

A romantic couple embracing at sunset. The woman has long red hair and is wearing a yellow top, looking up at the man with a smile. The man has short blonde hair and is wearing a white t-shirt and a brown backpack, looking down at her. The background is a warm, golden sunset with blurred lights.

Luces, cámaras  
¡corazón!

*Shirin Klaus*

# Luces, cámaras ¡corazón!

Shirin Klaus

Foto de portada: maridav 123RF Stock Photo

Copyright © 2014 Shirin Klaus

[www.albanavalon.es](http://www.albanavalon.es)

All rights reserved.

ISBN: 1499594488

ISBN-13: 978-1499594485

# Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[Agradecimientos](#)

[Más libros de la autora](#)



En la puerta de atrás del set de grabación un numeroso grupo de fans y *paparazzi* estaba esperando a la famosa actriz Sue Johnson, conocida en sus orígenes en el mundillo por ser la estrella de varias películas infantiles y juveniles, aunque ahora los fotógrafos y periodistas de la peor calaña la seguían por sus coqueteos con las drogas, sus numerosos ligues y sus escándalos en pubs nocturnos.

En cuanto la joven empujó la barra que abría la puerta de emergencia, comenzó a oír los gritos de las fans y los comentarios de los *paparazzi*. Sue dibujó la mejor de sus sonrisas y salió entre el gentío protegida por dos guardias de seguridad, firmando autógrafos, posando para fotos y respondiendo a preguntas tanto de seguidoras como de periodistas mientras avanzaba, lenta pero inexorablemente, hacia la limusina que estaba esperándola.

Pese a todo lo que se decían de ella en la prensa e Internet, Sue Johnson pasaba por un momento relativamente bueno en su carrera pues habían fichado por ella para una importante película que prometía ser un auténtico bombazo. Estaba basada en una saga de libros que había sido un *best seller* del New York Times y todo apuntaba a que sería la nueva gran franquicia adolescente. Además, para asegurarse del éxito, los productores habían decidido contratar a Sue para arrastrar todavía a más adolescentes al fenómeno literario y cinematográfico. No solo querían lectores sentados en las butacas del cine, sino que también buscaban adolescentes que lo único que leían eran revistas del corazón pensadas especialmente para su edad. Y por eso estaba ahí Sue, la reina de las películas adolescentes, aunque ella ya había dejado de ser una adolescente hacía varios años.

La actriz oyó gritos entusiastas por detrás de ella pero no se giró para ver qué los había motivado. Siguió avanzando entre la gente, con una resplandeciente sonrisa en su cara. Tras firmar varias decenas de fotos con posados suyos y oír diez veces la manida frase de «soy tu mayor fan», consiguió llegar a la puerta de la limusina que la esperaba y la abrió, no sin problemas por la gente que se agolpaba a su alrededor. Se giró para despedirse con una sonrisa y un movimiento de la mano de los allí congregados y de pronto se encontró con James, su compañero de reparto, justo delante de ella, escabulléndose de las fans como podía. Uno de los de seguridad se había quedado atrás para poder protegerlo a él también del gentío. La chica que había junto a la puerta de la limusina, deslumbrada por la presencia del actor, dejó de empujar la puerta del coche en sentido contrario y Sue consiguió meterse en el vehículo. Antes de que pudiera cerrar la puerta, James se coló a su lado sin pedirle permiso.

—Socorro —dijo por todo saludo a la vez que cerraba la puerta.

Aquello, pero sobre todo su ropa, algo descolocada por el agarre de las fans, hicieron que Sue no pudiera evitar reirse.

—¿Necesitas ayuda para salir de aquí?

—Desde luego, no pienso esperar a mi taxi ahí en medio.

Ella sonrió, aunque sabía que James no debería haber entrado en el coche con ella. Se acercó hasta la parte de delante de la limusina y golpeó el cristal.

—Podemos irnos —le dijo al conductor.

—Sí, señorita.

Se giró hacia James, que miraba por la ventanilla cómo dejaban atrás a las chicas que habían

estado esperándoles a la salida. No sabía qué decir, pero tenía que pensar algo. Él se le adelantó:

—¿Siempre es así?

—¿El qué?

—Las fans, los gritos, el que casi te desnuden en medio de la calle —comentó abotonándose la camisa.

—Creo que lo de acabar desnudos solo les pasa a los hombres, al menos cuando las fans son en su mayoría chicas, que es mi caso. Cuando los fan son chicos... bueno, no sabría decirte. Eso tendrás que preguntárselo a una animadora o algo.

Él la miró durante un par de segundos, su boca curvándose en una ligera sonrisa. Después dijo:

—Y yo que salí por la puerta de atrás porque me habían dicho que delante se había reunido demasiada gente...

—¿Dónde quieres que te dejemos? —interrogó Sue con una punzada de arrepentimiento, pues sabía que el grupo se había reunido allí atrás por ella.

—Pues... —él miró su reloj de muñeca—. ¿Te apetece si cenamos juntos?

La joven, que se había quedado en la parte delantera del coche, a casi metro y medio de distancia de él, se quedó paralizada y sin saber qué decir durante varios segundos. ¿Cenar juntos? No estaba segura de si debían. El hecho de que él se hubiera montado en su limusina y los objetivos de las cámaras hubieran capturado el instante ya la ponía un poco en tensión.

—Creo que estaría bien conocernos un poco más, ¿sabes? —insistió él ante su mutismo—. Ya solo quedan unas semanas del rodaje de esta película, pero quedan otras tres por rodar. Vamos a tener que vernos las caras bastante y estaría bien que supiéramos algo más el uno del otro. Además, me gustaría que me dieras algunos consejos, de famosa a actor desconocido.

Sue lo miró durante varios segundos, sin saber qué decir. Sabía muchas cosas de James, o al menos lo que se decía en Internet de él. Sabía que no tenía novia conocida, sabía que tenía 29 años, sabía que había nacido en Nueva York, sabía que le gustaba practicar beisbol. Sabía todo lo que una fan podía saber de él, pero no sabía lo necesario para mantener una conversación de tú a tú, para darle consejos, para fingir que llevaba trabajando con él varios meses. Y es que Sue Johnson tenía una doble, una doble que esa noche había ido hasta los estudios de grabación para salir por la puerta de atrás previo chivatizo a la prensa y así captar toda la atención mientras la auténtica Sue salía a hurtadillas para hacer Dios sabía qué sin el acoso de la prensa y las fans. Pero en el plan no estaba que James también saliera tras ella, ni que se montara en la limusina y mucho menos que le pidiera cenar juntos.

Tragó saliva, intentando pensar rápido. Ganó tiempo con una coletilla:

—Verás...

No podía decirle que era una farsante, una chica que parecía un calco de la famosa actriz pero que realmente no era ella. Pero le pagaban por dar la mejor imagen de Sue Johnson que podía, por ser mejor persona que la original, por tener paciencia a la hora de firmar autógrafos, por sonreír incansable a todos los fans, por contestar a la prensa cosas políticamente correctas. ¿Se podía incluir en su labor como representante de la mejor imagen de Sue Johnson el quedar bien con un compañero de rodaje? Se dijo que sí. Sobre todo si la cena era con un hombre tan guapo y rebosante de masculinidad como él. Pero no, no podía. La pillaría, y eso iba en contra de su contrato.

—Verás —repitió, y esta vez continuó rápido—, estoy cansada por el rodaje y creo que me iré directamente a cenar a mi casa y a acostarme. —Antes de que él pudiera preguntar nada más, interrogó—: ¿Dónde quieres que te dejemos?



—En mi hotel estaría bien —claudicó James, y le dio la dirección al conductor de la limusina.

La falsa Sue le dio a un botón para encender la música y la subió lo suficiente como para frenar cualquier tipo de conversación. Fijó su vista en la ventanilla, rezando porque él no le dijera nada más. Era fácil engañar a la prensa y a los fans, pues ellos solo sabían la vida pública de la actriz, vida que la propia Emma (sí, así era como se llamaba la joven farsante) se estudiaba a diario para actuar acorde a ella, pero no podía saber nada de lo que pasaba entre la auténtica Sue y sus compañeros de rodaje. El guapísimo James, si tenía tanto cerebro como músculo (lo cual, sorprendentemente, parecía que era cierto, pues según había leído tenía una licenciatura en filosofía) podría descubrirla en cuanto abriera la boca.

No obstante, por el rabillo del ojo no pudo evitar lanzarle miradas curiosas. ¡Era guapísimo! De esos tíos que solo se le acercaban cuando hacía de Sue Johnson. Como buena fan de los libros que ahora mismo él y Sue estaban rodando, al principio había pensado que él no pegaba para el papel, pues en su cabeza se lo había imaginado de otra forma, pero ahora, tras haber visto varias imágenes de él caracterizado, no podía imaginarse al personaje con otra cara y otro cuerpo que no fueran el suyo.

En una de las ocasiones en que le lanzó una mirada rápida, lo sorprendió mirándola, y no precisamente con buenos ojos. Su expresión era bastante seria, elucubradora, y aquello la asustó tanto que, tras ajustarse la peluca para asegurarse de que estaba donde debía estar, posó su mirada de nuevo en la ventanilla y ya no la volvió a apartar.

Quince minutos después, la limusina se detuvo delante del hotel de él y James se bajó tras despedirse escuetamente. Al verlo bajarse tan serio, Emma rezó porque su desapego y su mutismo no le hubieran hecho sospechar ni le hubieran molestado. ¿Y si se suponía que entre los dos había buen rollito? Suspiró. Los actores, especialmente los del tipo de Sue Johnson, eran bastante bipolares. Lo más seguro era que James achacara su comportamiento al cansancio de todo un día de rodaje.

—Señorita, ¿la llevo a su casa o al restaurante donde me han dicho que debía llevarla? —interrogó el conductor, que sin duda había oído lo que le había dicho a James pero se había mantenido prudentemente callado hasta que estuvieron solos.

—Al lugar que le han dicho —respondió.

Tres horas antes le había llegado un mensaje al móvil donde le decían que tendría que aparecer en un restaurante de comida vegetariana al que habían invitado a Sue Johnson a cenar. El restaurante buscaba publicidad y, visto lo visto, a Sue o no le gustaba la comida ecológica o tenía otros planes para esa noche.

Emma acababa de sentarse en la mesa que habían guardado para ella en el reservado del restaurante, protegida de las miradas indiscretas por un biombo. Aquel restaurante vegetariano recién inaugurado era una auténtica maravilla. Todo estaba construido con materiales naturales, predominando sobre todo la madera al natural. Las bombillas, LED para minimizar el consumo bañaban la sala de una luz dorada encantadora y acogedora. En la entrada la habían entretenido para echarle varias fotos y la joven pareja que regentaba el local la había invitado a un aperitivo ligero en la barra.

Le dolían los pies porque esa misma tarde había estrenado los tacones, así que cuando por fin se sentó, soltó un suspiro de alivio. También contribuyó a su gesto el hecho de saberse al fin a salvo, al menos por un rato. Cada vez que tenía que convertirse en Sue Johnson se ponía en tensión, aunque tenía que tragarse los nervios y la presión para poder hacer bien su papel.

La dueña del restaurante pasó a su lado para dejarle la carta y Emma se entretuvo ojeándola, sin saber qué estaría mejor. Por la periferia de su visión captó movimiento, pero no alzó la cabeza, pues supuso que sería de nuevo alguno de los dueños o un camarero. Cuando la silla que había frente a ella se movió, alzó la cabeza, sobresaltada: James acababa de sentarse delante de ella.

Emma abrió la boca para decir algo, pero él se le adelantó y con tono mordaz dijo:

—Qué bonita es tu casa.

—¿Qué?

—Ibas a cenar en tu casa, ¿no? —Con la mano extendida abarcó el espacio del reservado—. Muy bonita.

—Sí, esto... Después de que te bajaras del coche me acordé de que me habían invitado a cenar en el restaurante.

—¡Fíjate, a mí también! Lo que hace la publicidad, ¿eh? Mueve a tanta gente que invitan a dos actores del próximo bombazo adolescente para que los fotógrafos los pillen saliendo del restaurante y al día siguiente tener una larga cola de nuevos clientes. Porque te acuerdas de que yo también soy parte de ese «próximo bombazo», ¿no?

—Emmm... —pero él no le dejó decir el «sí, claro» que tenía pensado.

—¿O pensabas que te habían invitado solo a ti por lo famosa y divina que eres?

—¿Disculpa? —Emma se habría quedado con la boca abierta si el tono de él no le hubiera sentado como una patada.

—¡Oh, vamos! No disimules. Te crees mejor que el resto. Mejor que yo, mejor que el equipo, mejor que todos.

Emma separó los labios para decir algo. No era la primera vez que la atacaban por ser Sue Johnson, pero tanta animadversión por parte de James, tanto odio llegado de improviso, la hizo ponerse a la defensiva como si la estuvieran atacando a ella.

—¿Lo dice un tío que es actor solo por la testosterona que se mete en el cuerpo para tener músculos?

—¡Oh! ¿Sabes lo que es la testosterona? No pensaba que una palabra con más de tres sílabas entrara en tu vocabulario.

Emma lo miró furiosa, pero su pregunta le hizo entrar en razón. Le hablaba a Sue, no a ella; todo ese odio iba destinado a la actriz, no a su doble. Cualquiera que conociera a Emma sabía que

conocía perfectamente lo que era la testosterona, pues precisamente inculta no era. Debía comportarse.

—Mira —le dijo, no pudiendo evitar sonar un poco borde mientras señalaba hacia el otro lado del reservado—, ¿ves esa mesa de ahí? Creo que te llama.

—Con lo a gusto que estoy yo aquí, mujer.

—¿En serio? —Pero no lo decía por lo que le había dicho, sino por la expresión que había aparecido en su rostro—. ¿Me estás sonriendo?

Él se tocó la cara, palpándose la sonrisa.

—¡Eso parece!

Emma no contestó, aunque tuvo que comerse un «¡menudo gilipollas!». Cogió el menú, que había soltado sobre la mesa, se puso en pie, y tras coger su chaqueta, se fue hasta la otra mesa que le había señalado antes pero que él no parecía muy dispuesto a ocupar. No quería bronca aquella noche, y menos con un compañero de reparto de Sue.

Para su disgusto, él la siguió y se sentó de nuevo justo en frente de ella.

—Quiero cenar tranquilamente, si no te importa —le espetó Emma.

—Pero mujer, con lo que te he soltado ya me he quedado a gusto. Creo que ahora podré ser civilizado.

Emma se inclinó sobre la mesa hacia él y en voz baja le dijo un secreto:

—Civilizado o no, no quiero tu compañía.

Y volvió a ponerse en pie, dirigiéndose hacia la otra mesa y sentándose. Él la siguió de nuevo y Emma, al verle, resopló. Un camarero que llegaba para tomarles nota, al ver la situación, se dio la vuelta y salió del reservado para darles algo más de tiempo en su elección de mesa.

—¿Quieres que me vaya del local o algo? —preguntó Emma.

—No, claro que no. De hecho vengo a darte buenas noticias.

—¿En serio? —la joven se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

—¡Vaya! No sabía que podías hacer eso de levantar una sola ceja así a lo policía malote. ¡Qué bien te queda!

Emma bajó la ceja. Ella tampoco se lo había visto hacer nunca a Sue. Con los brazos aún cruzados sobre su pecho, miró sin decir palabra la anchísima sonrisa de él, que lo hacía especialmente atractivo. Sin duda estaba disfrutando con aquello. ¡Qué gran hijo de su madre!

—¿Y bien? —preguntó al fin, cansada del duelo de miradas y de que él no soltara lo que, obviamente, tenía tantas ganas de decir.

—¿Y bien qué?

—Tenías una buena noticia que darme.

—¡Oh, sí! Acabo de firmar un contrato para otra saga de películas.

—Enhorabuena —dijo Emma, sin mucho sentimiento y con mucha precaución. Algo venía tras aquello, seguro.

—Sí, creo que sabes cuál es porque se barajaba tu nombre para la actriz protagonista pero al final... oh, lo siento, no vas a ser tú.

Emma se contuvo de volver a levantar la ceja. No estaba segura de que Sue estuviera al tanto de todas las películas a las que sus agentes la presentaban. Tampoco sabía si la actriz estaría realmente interesada en hacer aquella película o no. A ella, personalmente, le importaba un bledo. Aunque que James fuera un imbécil tan integral sí que le estaba sentando mal. ¡Parecía tan buena gente por las entrevistas y vídeos que había visto de él!

Descruzó los brazos y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Otra saga adolescente? —interrogó.

—Sí. Sé que le tienes un poco de alergia a los libros, pero probablemente hayas oído hablar de ellos. Bueno, ¿qué digo? Claro que has oído hablar de ellos. ¡Casi te cogen para protagonista! Casi.

Emma ignoró todas las palabras que vinieron después del «sí» y dijo:

—Mi más sentido pésame.

Aquello pareció sorprender a James.

—¿Y eso a qué viene?

—Antes, en la limusina, me has dicho que quizá podríamos intercambiar consejos. Bien, pues aquí va el mejor consejo que te van a dar en tu vida: no te encasilles. Quien es el protagonista de un bombazo adolescente lo tiene muy jodido para que lo tomen en serio como actor de cualquier otro género. No vas a ganar premios de renombre con películas para adolescentes. Triste pero cierto. Y tú, hijo mío, acabas de firmar un contrato para qué, ¿tres películas? ¿Cuatro? Además de la saga que tienes ahora entre manos. Bien, pues despídete de una carrera de actor interesante hasta el próximo dos mil *veintialgo*. Hasta entonces solo forrarás carpetas de colegialas.

Por segunda vez consecutiva, dejó a James sorprendido. Aunque en esta ocasión casi podía decirse que lo había dejado patidifuso. Lo miró, victoriosa, hasta que él pudo decir algo con tono acusatorio:

—¿Hablas por experiencia propia?

Obviamente no hablaba de sí misma, sino de Sue, pero eso él no lo sabía.

—Si de verdad me estás pidiendo que conteste a esa pregunta, estarás diciendo mucho, pero mucho, de tu inteligencia.

—¿Qué te pasa hoy? —interrogó él—. ¿Te has tomado tu medicación?

—¿Y eso por qué?

—Pareces otra. Casi diría que te han instalado unos sesos nuevos en esa cabecita tuya.

Tenía toda la razón. Ni por asomo se estaba comportando como Sue Johnson, ¡pero es que la había sacado tanto de sus casillas aquel guaperas! También con tono beligerante, replicó:

—Supongo que nunca me has visto tratando con un gilipollas.

—Llevamos viéndonos las caras desde hace varios meses.

—Rectifico. Nunca me has visto tratando con un gilipollas maleducado.

Emma se puso en pie, pero en lugar de dirigirse hacia la otra mesa, cogió su chaqueta y se dirigió hacia la salida del reservado. Se largaba de allí, ya habían tenido conversación suficiente.

—¡Oye! —dijo de pronto James. Por un momento Emma pensó que intentaría retenerla, pero en su lugar dijo—: Mañana nos toca rodar otra escena de beso, así que hazme el favor de tomarte un chicle o un caramelo antes, que hoy tu aliento mataría hasta a las ratas.

La joven ni se molestó en girarse para replicarle algo, aunque sí que dejó escapar un «¡gilipollas!» bien audible que hizo sonreír a James.

James se encontraba en el gimnasio que habían habilitado para ellos en el estudio de grabación. Algunos días tenían ratos muertos de varias horas entre la grabación de una escena y otra, por lo que habían conseguido varias máquinas con las que los actores podían mantenerse en forma y a punto. La película, que contaba una historia distópica de un futuro en guerra les obligaba a todos a estar bien fuertes. James llevaba ya media hora de entrenamiento cuando John, un compañero de rodaje, llegó a su lado.

—Así que ayer cenaste con la Bruja de Vil.

No era una pregunta.

—¿Y tú cómo te has enterado de eso? —interrogó James tras levantar la barra con las pesas.

—Hay fotos en varios blogs y foros.

—Cierto, me olvidaba que eres don cotilla y don obsesionado por lo que dicen los medios.

Como quien no quiere la cosa, John se apoyó en la barra que James estaba levantando, dejando solo parte de su peso sobre ella, el suficiente como para hacer sufrir a James.

—¡Quita de ahí! —exigió con los dientes apretados por el esfuerzo.

John rió y se apartó, viendo como James apoyaba la pesa en su lugar de descanso y se sentaba en el banco. Con una toalla, se limpió el sudor que cubría su frente.

—¿Y qué tal fue?

—Raro —confesó James a la pregunta de su amigo.

—Todo lo que esa chica suelta por su boca es raro. Sé más específico.

—No, verás es que... No sé, tío. Parece como si aquí en el estudio se hiciera la tonta o algo. Ayer la vi bien espabilada.

—¿Le dijiste lo del contrato nuevo?

—Sí, ¿y sabes qué? Me dio el pésame.

—¿El pésame?

—Dice que acabo de sentenciar mi carrera durante años.

—¿Te ha amenazado?

—No, no. No lo decía porque ella fuera a hacer nada en mi contra, sino porque al hacer dos películas adolescentes de gran tirón me iba a encasillar y me iba a costar salir de ahí.

—¡Mira quién fue a hablar! Miss Dibujos Animados.

—Ahí está el problema, que lo dijo desde su propia experiencia. ¿Y si me he equivocado al aceptar esa nueva saga?

—Sin duda, te has equivocado.

—¿En serio? —James miró a su compañero, descorazonado.

—Sí. Rescinde tu contrato ya mismo y así consigo yo el papel. Tendrían que haber cogido mi cara bonita y no la tuya.

James le tiró a la cabeza la toalla con la que había estado secándose el sudor.

—¡Puaj, qué asco! —se quejó el otro, poniéndose en pie y alejándose de la toalla como si estuviera intoxicada.

—¡Venga, hombre, si la escurres y embotellas mi sudor seguro que puedes hacer la nueva fragancia de moda entre las chicas! Para algo voy a ser una estrella adolescente.

—¿Para embotellar tu sudor?

—Desde luego no será para follar mucho.

—Oye, que los actores con muchas fans de entre 12 y 16 años mojan mucho.

—¿Y no van a la cárcel?

—No, porque ganan lo suficiente para atraer a muchas chicas mayores de edad. ¡Es un plan genial, James! Tienes hordas de fans en miniatura y montañas de dinero para atraer a las chicas 90-60-90.

—¿Fans en miniatura?

—¿Cuánto puede medir una chica de 12 años?

—Mi hermana medía 1,50 con 12 años.

—¡Tío, un *hobbit*! O una *hobbita*, en este caso.

—1,50 es lo que medía tu última novia, cacho burro. Los *hobbits* miden poco más de un metro.

—Bueno, el resultado es el mismo. Tendrás fans para hacer que tu nombre sea conocido y dinero para hacer lo que te dé la gana. ¿Qué hay mejor que eso?

«Crecer como actor» pensó James, aunque no iba a decírselo a su amigo, que hoy había llegado en plan superficial. John era un buen tío, pero para hablar de cosas serias con él había que pillarlo en un día donde no se lo tomara todo a broma.

John se sentó en el banco de ejercicio del que James acababa de levantarse y mientras levantaba las pesas, interrogó:

—¿Entonces no le dijiste todo lo que pensabas de ella? Con las ganas que le tenías desde que te enteraste de lo del contrato. Todos tenemos que tener la boca cerradita a su lado porque será tonta, pero tiene influencias y puede hundirnos antes de despegar. Pero tú ya has firmado tu próxima saga, era tu momento de decirle a la cara lo que todos pensamos de ella.

—Le dije algunas cosas, pero ya te he dicho que estaba rara. Las cosas no salieron como pensaba.

—Pero a ver, descríbeme rara. Además de que por lo del pésame.

—No se cabreó como una niñata. Lo que le dije la molestó, desde luego, pero en lugar de enrabiarse como suele hacer por cualquier gilipollez aquí en el estudio, intentó calmar las cosas, y cuando yo insistí persiguiéndola por el local me respondió con bastante... cerebro. Sí, esa sería la palabra. Ayer tenía cerebro.

—¿La perseguiste por el local?

—Sí, insistía en cambiarse de mesa en el reservado del restaurante.

John se rió al imaginarse la escena.

—¡Anda que haberme perdido eso!

—Ahora tendré la prueba de fuego de si mis palabras le hicieron mella o no.

—¿Y eso?

—Antes de que se fuera le pedí que hoy se tomara un chicle o un caramelo porque ayer le apestaba la boca.

—¡Con un par!

James no pudo evitar reírse por el entusiasmo de su amigo, pero tenía que admitir que la conversación de la noche anterior lo había dejado completamente descolocado.

—¡Venga, James! Ponle algo más de pasión.

James no aguantó más y se separó de Sue con cara de auténtico asco. La chica no le había hecho caso a su petición y el aliento le olía (y sabía, que era lo más asqueroso) peor todavía que el día anterior.

—Tengo que parar un momento —pidió, rodando por la cama y poniéndose en pie.

Una de las ayudantes corrió a darle su camiseta, pues estaba desnudo de cintura para arriba.

—¡Y yo quiero irme, no te jode! —Oyó que decía la voz de Sue detrás de él.

Puso los ojos en blanco y se dirigió hacia Sean, el director.

—Necesito algo para matar el aliento de Sue —le dijo a Sean en voz baja al llegar a su lado—. Un chicle, un caramelo, lejía, lo que sea.

El director, de unos cuarenta años, le dio una palmada comprensiva en el hombro a James, pues él también odiaba a la actriz protagonista que los productores le habían endosado.

—¡Paramos durante cinco minutos! —anunció.

—¡No, de eso ni hablar! —se negó Sue—. He quedado esta noche y no pienso llegar tarde porque este *macho man* de poca monta no sepa besar.

—¿Has quedado esta noche? —interrogó Sean—. Pues como lo siento, pero te recuerdo que tenemos varias entrevistas una vez terminemos de rodar.

—¿¡Qué!?

Durante las últimas semanas James había llegado a odiar el tono de voz que Sue utilizaba en sus exigencias y acusaciones. ¡La muy niña! Vio que Sean abría la boca para decir algo, pero lo retuvo posando una mano sobre su brazo.

—Tú graba, y por Dios, que esta sea buena —le suplicó, con cara de pocos amigos.

Se giró hacia Sue, se quitó la camiseta y avanzó con decisión hacia ella. La odiosa actriz se quedó paralizada sobre la cama, mirándolo con ojos agrandados por la impresión. En aquel momento James supo con certeza que a Sue le gustaban los chicos malos.

Aquella noche, James se pidió una bebida bastante fuerte para matar el sabor que el beso (o los besos, pues habían tenido que repetir la escena muchas más veces de las que le habría gustado) de Sue le había dejado. Tenía la sensación de haber comido algo asqueroso y todavía no había tenido la oportunidad de lavarse los dientes ya que del estudio directamente los habían llevado a aquella discoteca como si fueran ovejitas que siguen a su pastor. La productora les había conseguido varias entrevistas con la prensa en aquella discoteca de moda y allí estaba ahora, en la barra del bar soñando con un cepillo de dientes mientras esperaba que los reporteros de la tercera entrevista estuvieran listos. Miró hacia la entrada de la zona VIP para ver si alguien lo llamaba y descubrió que Sue salía a toda prisa de la sala.

La miró con curiosidad y cierto odio, removiendo en su boca la bebida como si fuera un colutorio. Pasó cerca de él sin darse cuenta de su presencia y se dirigió hacia la zona de los baños. James apuró el contenido de su vaso y la siguió. Tenía ganas de hablar un ratito con ella.

La discoteca no estaba muy llena, pues aún era temprano. De hecho, habían quedado precisamente a esa hora para poder hacer las entrevistas con mayor tranquilidad. Por ello, la zona de los baños estaba tranquila y no había una cola kilométrica de chicas, como seguro habría unas horas después. Llegó hasta la puerta que tenía un monigote de chica con falda y abrió sin pedir permiso.

—¡Oye!

Escuchó que gritaba la voz de Sue y fue a decir algo mordaz, pero entonces sus ojos procesaron lo que estaba viendo y se quedó paralizado. Dios mío, su peor pesadilla. ¡Dos Sue Johnson! El mundo iba a acabarse allí y ahora.

—Ah, pero si eres tú —dijo una de las dos Sue.

James seguía sin poder decir palabra. Miraba a la Sue que pensaba que él no era nadie importante y después a la otra Sue, que lo observaba con una cara de estupor idéntica a la que él debía tener ahora mismo.

—Venga, pásame tu chaqueta ya —exigió la Sue número uno a la vez que se quitaba su propia chaqueta.

La otra Sue pareció reaccionar y se quitó la cazadora que llevaba, pasándosela a la otra chica y cogiendo la prenda que esta le tendía. Ante los atónitos ojos de James, se intercambiaron la ropa hasta que la Sue de la izquierda acabó vestida como la actriz que había hecho la entrevista con él hacía un rato.

—¿Qué haces ahí mirando? —le espetó la Sue que ahora llevaba el pelo recogido en una coleta y una gorra puesta—. ¿Nunca has visto a una doble?

—No tan parecidas.

—¡Bah! —despreció la joven, y sin despedirse de nadie, pasó junto a James y salió del baño.

El actor y la doble de Sue se miraron durante varios segundos sin saber qué decir. Al final, él consiguió preguntar:

—¿Acaba de largarse?

—Sí, ¿por qué?

—Aún nos queda una entrevista más.

La cara de la chica se descompuso.



—¿Cómo que queda una entrevista? ¡Me ha dicho que ya habíais terminado!

—No, están cambiando el equipo pero aún no hemos terminado.

—¡Mierda!

La Sue farsante salió corriendo del cuarto de baño y James no pudo hacer otra cosa que seguirla. La vio buscar con la mirada a la auténtica Sue entre la gente que había en la discoteca, pero no parecía haber ni rastro de ella. Juntos, se dirigieron hacia la salida y le preguntaron al portero si una chica con gorra y gafas de sol acababa de pasar. Éste les dijo que sí, que la chica a la que buscaban acababa de parar un taxi justo delante de la discoteca.

—¡Joder! Esta tía es tonta —exclamó la falsa Sue una vez dentro de la discoteca mientras rebuscaba en su bolso.

Con aquellas cinco palabras consiguió ganarse la simpatía de James, aunque este se quedó parado a su lado sin saber qué decirle exactamente. La miró con todo el detenimiento que pudo bajo la luz algo escasa del local. Si no hubiera visto a la auténtica Sue salir de la discoteca, diría que la tenía delante. De pronto, lo supo:

—Tú eras la de ayer, ¿no? La del restaurante.

La falsa Sue lo miró, colgando el teléfono al no recibir respuesta desde el otro lado de la línea. Volvió a marcar antes de decirle, con cara de pocos amigos:

—Testosterona.

—¡Vaya! Siento todo lo que te dije. Pensaba... bueno, ya sabes, pensaba que eras Sue.

—Sí, eso me pareció. —Suspiró sonoramente, colgando una vez más el teléfono—. Qué mierda, no me contesta.

—¿A quién llamas?

—A mi contacto con Sue. Y antes a Sue, pero ninguna contesta.

—¡Aquí estáis! —exclamó de pronto la voz de Sean a espaldas de la falsa Sue. El director les estaba acompañando en aquellas entrevistas y había ido a buscarles, preocupado al no ver a ninguno de sus dos protagonistas—. Venga, venid que ya está todo listo.

La farsante se giró hacia Sean y le sonrió forzosamente. Después, cuando este comenzó a andar hacia la zona VIP, miró a James suplicándole ayuda.

—Hazte la enferma —le sugirió este.

Ella no lo escuchó bien y le hizo una mueca rara. James se llevó dos dedos a la boca, simulando el gesto de «vomitivo» para que entendiera que su única vía de escape era hacerse la enferma. Pero la falsa Sue se tomó el gesto al pie de la letra y, ni corta ni perezosa, se llevó los dedos a la boca y se los metió hasta provocarse una arcada. Y después otra, hasta que su cena trepó hasta la boca de su estómago y salió disparada de entre sus labios, con tan mala suerte que cayó directamente sobre los zapatos de Sean, que al oír la primera arcada se había girado a ver qué ocurría.

—¡Oh, lo siento mucho! —se disculpó la doble al ver el estropicio y oír maldecir a Sean.

Sintió unos brazos entorno a ella, enderezándola, y una voz le dijo al oído:

—No te disculpes.

Cierto, Sue Johnson no se habría disculpado por vomitarle a alguien encima. ¡Que Sue Johnson vomitara a alguien era un honor!

—¿Te encuentras bien? —interrogó Sean, entre preocupado y asqueado.

—No, la verdad es que no —negó ella sin necesidad de mentir. Siempre que vomitaba su cuerpo se cubría de una capa de sudor y su cara perdía todo el color.

—La llevaré al baño —se ofreció James—. Tú entretén a los periodistas.

—De acuerdo, pero no tardéis mucho.

Guiada por James, la falsa Sue llegó hasta el cuarto de baño, donde seguía sin haber nadie. Se apoyó en uno de los lavabos y se echó agua sobre la frente y la nuca a pequeños golpes.

—Eres una bruta —se le escapó a James al verla tan desmejorada, aunque por suerte iba ganando color rápidamente.

—¿Qué?

—¿Cómo se te ocurre ponerte a vomitar en medio de la discoteca?

—¡Me lo has dicho tú!

—Que te hicieras la enferma, no que vomitaras.

—Hiciste esto —se llevó dos dedos a la boca, imitando el gesto de él—. Eso para mí es vomitar.

—Reina de la mímica, ¿y cómo habrías dicho tú «hazte la enferma»?

—Pues obviamente... —y se llevó una mano a la frente, fingiendo un desmayo al estilo de las mujeres más teatreras.

James tuvo que admitir que el gesto era bastante adecuado, aunque dijo:

—Si te llego a hacer ese gesto, finges un desmayo y me toca sacarte en brazos del local.

La Sue de mentira no respondió a aquello. En su lugar, interrogó:

—¿Qué vamos a hacer? No puedo hacer la entrevista.

—Le diré a Sean que te encuentras mal y que no puedes hacer la entrevista.

—¿No protestará?

—Se quejará, pero no creo que le importe. De hecho, creo que será un alivio para él: he visto sus caras con cada respuesta que daba Sue en las anteriores entrevistas.

La chica que tenía frente a él no dijo nada ante aquella clara muestra de que el director de la película odiaba a su doble.

—¿Te quedas aquí y me esperas? —no era una pregunta, sino más bien una propuesta.

—Lo más lógico sería que pidiera un taxi y me largara, ¿no? Ya que estoy indispuesta.

—La verdad es que me gustaría hablar contigo.

—¿Conmigo, para qué?

—Pues... no sé, todavía estoy en estado de shock por... bueno... —la señaló con un gesto—. Eres calcada a ella. Es impresionante.

—De acuerdo, te esperaré aquí. Si te preguntan, no puedo despegarme del váter.

—Sí, buena idea —asintió James, y sabiendo que le esperaban, se dirigió hacia la puerta, aunque antes de salir, se giró hacia ella—. Por cierto, ¿cómo te llamas? Que en mi mente te estoy diciendo «la falsa Sue».

—Emma, mi nombre es Emma.

—Estupendo, pues ahora vuelvo, Emma. No te vayas.

James se dirigió hacia la zona VIP y al encontrarse con Sean, le contó que Sue no se encontraba en condiciones de responder a la entrevista. Éste maldijo la poca profesionalidad de aquella niñata, pues obviamente se había emborrachado entre entrevista y entrevista, pero apremió a James a entrar en el reservado donde los periodistas tuvieron que conformarse con entrevistar al protagonista masculino de la película y al director. Durante casi diez minutos contestaron preguntas sobre el rodaje y los personajes, además de algunas cuestiones personales. Cuando le preguntaron qué tal se llevaba con su compañera de reparto, la conocida Sue Johnson, James pensó inmediatamente en Emma, que le esperaba en el baño, y después, forzando una sonrisa que le salió muy creíble dijo que era muy interesante trabajar con alguien como ella.

Cuando terminó la entrevista y se despidieron de los periodistas, James solicitó en la barra que

le pidieran un taxi y después se dirigió al baño para encontrarse con Emma y sacarla de allí rápidamente. No obstante, en el aseo de señoras ya no había nadie.

Aquella noche, en su hotel, James usó su ordenador portátil para buscar las fotos que la prensa y los fans habían tomado la noche del restaurante vegetariano. Tardó un poco en localizarlas, pues eran recientes y aún no estaban bien indexadas en los buscadores. Se descargó un par a su ordenador para poder verlas en alta calidad y ampliarlas. ¿En serio aquella no era Sue? Analizó con detalle una instantánea de cuando ella había salido del set de grabación, comparándola con fotos de estudio que le habían hecho a la joven. Eran idénticas. Hasta tenían el mismo lunar encima del labio. Aunque bueno, quizá aquella no era Emma sino Sue. Sabía que la doble había estado en el restaurante, pero no podía estar cien por cien seguro de que también fuera la que había salido de los estudios. Buscó las fotos de la llegada y la salida del restaurante e indagó hasta tener un plano decente de Emma. ¡Igualitas! ¡Eran igualitas! Lo había visto con sus propios ojos en la discoteca, pero verlo ahora con más tranquilidad era todavía más inquietante.

¿Serían gemelas? Nunca había visto a dos personas tan parecidas que no fueran hermanas. Surfeó la red, buscando imágenes de Sue Johnson, y se preguntó quién sería Sue y quién sería Emma. También buscó el nombre de la actriz acompañado por el de su doble, pero no apareció nada interesante. Y tras buscar «la doble de Sue Johnson», la web tampoco le ofreció nada de interés, pues solo salían las dobles de rodaje que usaban para escenas peligrosas y que, por supuesto, no se parecían a Sue tanto como lo hacía Emma.

Se acordó de la conversación que habían mantenido en el restaurante y se sintió algo avergonzado. ¡Y él que pensaba que se había desahogado con la odiosa actriz y resultaba que había sido con la doble! Menudo marrón para la pobre chica.

Durante los días siguientes pensó bastante en Sue y Emma, dándole vueltas al tema de los dobles en su cabeza, pero pasaron los días y las semanas y no volvió a coincidir con la chica, y si lo hizo, no se dio cuenta. La verdad es que desde el descubrimiento cada vez que veía a Sue fuera de las cámaras se preguntaba si sería realmente ella o sería Emma. Nunca se lo preguntó a la joven actriz, a la que ignoró en la medida de lo posible.

Terminó el rodaje y voló a Nueva York para pasar unas semanas con su familia y descansar de las intensivas jornadas de rodaje. Casi un mes después volvió a volar a California, donde Sean había convocado a los principales personajes de la película para grabar unas tomas que les faltaban, hacer un par de sesiones de fotos y hacer varias entrevistas en una convención.

Durante las últimas semanas no había dedicado ni un solo pensamiento a Sue ni a Emma, pero cuando volvió a ver a la actriz, no pudo evitar que el tema volviera a su cabeza. ¿Sería Emma aquella joven, haciéndose pasar por Sue? En cuanto vio sus ojos rojos, sus ojeras y su mal aspecto, que no solo se debía a la falta de sueño, supo que aquella era la divina Miss dibujos animados, como solía llamarla John por haberse ganado la fama con películas y series para niños. La mañana de grabación resultó horrible y poco productiva, pues Sue no estaba preparada. No se había estudiado los diálogos y los efectos de todo lo que se había tomado la noche anterior todavía no se le habían pasado. Le temblaban las manos y no podía dejar de parpadear con rapidez, mirando a un lado y a otro sin cesar. ¡Horrible! Y lo peor de todo fue cuando saltando desde aproximadamente medio metro (era una altura tan ridícula que nadie pensó en usar a su doble) la joven cayó mal y se estrelló contra el suelo, haciéndose daño en la muñeca. No la tenía rota, pero aun así comenzó a llorar en el suelo como una niña, negándose a levantarse, y al final decidieron

llevarla en coche al hospital para que se la miraran. En cuanto ella y sus acompañantes desaparecieron, Sean comenzó a despotricar contra su mala suerte por tener que trabajar con alguien como ella y dijo que se rendía y que trabajaría con las imágenes que ya habían grabado. Tan cabreado estaba que anunció que no firmaría para las siguientes películas con tal de no volver en su vida a aquella niña.

James nunca lo había visto tan furioso. Lo cierto es que tenía que ser muy frustrante tener que dirigir a alguien que no te respondía como quería. ¡Si para él ya era horrible trabajar con Sue, para el director tenía que ser una auténtica pesadilla! Pero él no podía negarse a hacer la segunda parte de la saga (ni la tercera, ni la cuarta). A diferencia de Sean, había firmado ya el contrato que lo ataba para el resto de partes si estas llegaban a rodarse.

Suspiró sonoramente, sintiendo cómo el agua caliente de la ducha se deslizaba desde su cabeza hasta los pies. Estaba de vuelta en el hotel, dándose una ducha y preparándose para una entrevista que su agente Kim le había conseguido con unos directores de casting de una película que prometía estar bien. Cerró el grifo del agua caliente y, abriendo la mampara, buscó la toalla que pendía de la pared junto a la ducha. Se secó con ella el cuerpo y después se la enrolló en la cintura, cogiendo otra un poco más pequeña para secarse el pelo.

Abrió la puerta del baño, todavía frotándose el pelo con la toalla, y al salir al pasillo se quedó paralizado al ver a Sue sentada en uno de los butacones de su habitación. Ella también pareció sorprendida, pues se le entreabrió la boca. Iba a preguntar «¿Qué haces aquí, Sue?», pero en su lugar, de su boca escapó un:

—¿Emma?

—Míster Testosterona.

Siguió su mirada y se miró el torso, perfectamente definido por las horas y horas de entrenamiento. Sonrió, sabiendo que su ataque al llamarlo así era defensivo. ¿Por qué si no se habría quedado con la boca abierta? ¿Por verlo salir del baño? ¡Obviamente lo estaba esperando! Pero, desde luego, no medio desnudo. Dejó de secarse el pelo, pero no hizo ningún intento de cubrirse ni se dio prisa en ir a buscar su ropa. Avanzó, descalzo y derrochando encanto masculino, hasta acercarse a la cama, para lo cual tuvo que pasar junto a ella, que retiró un poco los pies.

—¿Cómo has entrado? —interrogó.

—Soy Sue Johnson, ¿recuerdas? Puedo entrar donde quiera.

—Ya les diré yo algo a los de seguridad.

—No, por favor —pidió ella, dejando a un lado su tono de broma—. Solo me han hecho un favor. Tenía que verte.

—¿Y eso?

—Necesito que me ayudes.

James, todavía vestido solo con la toalla, se giró hacia ella, curioso.

—Yo te pedí que te quedaras para hablar conmigo y te largaste, ¿por qué tendría que hacerte ningún favor?

Se miraron a los ojos. Ella abrió la boca para decir algo, pero después se lo pensó mejor y en lugar de las palabras que tenía pensadas, dijo:

—Por favor.

Ante aquello, James no pudo negarse. Asintió con la cabeza y después, cogiendo su ropa del armario, se dirigió al baño.

—Déjame vestirme y hablamos.

Se metió en el cuarto de baño y rápidamente se puso los pantalones vaqueros y la camiseta roja

que había elegido. Se pasó las manos por el pelo para ponérselo en su sitio y salió de nuevo a su habitación. Emma ya no estaba sentada en el butacón, sino que se había levantado y se había acercado a la ventana, mirando a través del cristal con los brazos cruzados sobre el pecho, lo cual le indicó que no estaba a gusto, que estaba en tensión.

—Ya estoy —anunció, y ella se giró hacia él.

Pese a que tenía mucho mejor aspecto que la Sue que había visto esa misma mañana, parecía terriblemente cansada. La invitó a sentarse en uno de los sofás que había en la habitación de hotel y él se sentó en el otro extremo, vuelto hacia ella.

—Se supone que no debo decirle a nadie quién soy realmente —comenzó ella—, pero en tu caso fue Sue quien te dijo que yo era su doble, así que creo que no estoy haciendo nada malo.

Él la miró sin decir nada, esperando a que continuara. Emma no lo miraba a los ojos; estaba claramente nerviosa. Se humedeció los labios, con los brazos todavía cruzados sobre su pecho, y en un acto de valentía, alzó la mirada y ancló sus ojos azules en los marrones de él.

—Sue no está bien. Está... está teniendo muchos problemas últimamente y me han llamado hace un rato para decirme que tengo que hacerme pasar por ella en unos actos que tenéis dentro de unos días. Una conferencia o algo así.

—Sí.

—La chica que me ha llamado me ha dicho que no me preocupara, que me mandaría información para que pudiera contestar a las preguntas que me iban a hacer. ¿Y sabes lo que me ha mandado? Una lista con vídeos de *Youtube* y de varias entrevistas que ya ha hecho, ¡como si yo no revisara todo eso a diario!

—¿Y por qué no cancelan la aparición de Sue? Sería más fácil.

—Eso les he dicho yo, pero... —Lo miró, indecisa de si debía seguir hablando o no. Después, en un susurro, como si fuera un secreto, dijo—: Sue está tocando fondo. Si los medios lo supieran... se la comerían viva. Últimamente he estado haciendo muchísimo de ella, es una auténtica locura. Los periodistas no pueden llegar a saber, ni tan siquiera sospechar, nada de esto.

James asintió, recordando a Sue esa misma mañana.

—Esta mañana ha dado el espectáculo —compartió con Emma—. Con casi toda seguridad ha llegado drogada y al final incluso se ha caído, se ha hecho daño en la muñeca y ha acabado llorando en el suelo. Ha sido patético.

Emma suspiró y cerró los ojos. Sí, definitivamente parecía muy cansada.

—¿Y cómo quieres que te ayude? —interrogó James.

—Necesito que me cuentes algunas cosas del rodaje. Anécdotas, cosas que solo Sue y tú podéis saber. He estado revisando otras entrevistas de la misma convención para películas parecidas a esta y hay miles de cosas que no sé responder, y lo último que quiero es contradecirme contigo o con el director.

—Claro, eso está hecho.

—Genial, toma mira, te he traído un listado de preguntas que me gustaría que me contestaras. —Se puso en pie y sacó un papel plegado del bolsillo trasero de su pantalón—. Si me las pudieras contestar te estaría eternamente agradecida. También te dejo mi correo para que me las puedas enviar, ¿de acuerdo?

—¿Tu correo? Y por qué no me las preguntas tú directamente y te respondo ya mismo. Tengo tiempo hasta la entrevista que tengo ahora después —dijo mirando su reloj.

Ella también miró su reloj e hizo una mueca de frustración que no pasó desapercibida a James, aunque el gesto desapareció pronto de su cara y asintió, agradecida.

—De acuerdo. Sí. Será mejor. ¿Te importa si te grabo? Solo la voz, para después poder repasarlo.

—No, claro que no.

Ella se sentó de nuevo en el sofá frente a él y puso su móvil entre ambos con el modo de grabación activado. Le preguntó sobre los horarios de grabación, sobre el tiempo que les llevaba maquillarse y vestirse para actuar, sobre cómo se hacían los tatuajes que sus personajes llevaban en la película, sobre qué diferencias había entre esta superproducción y otras películas de más bajo presupuesto en las que había trabajado, sobre cómo trabajaba Sean... Él respondió pacientemente a todas las preguntas que había anotado en la lista y otras que surgieron en la conversación. A James le resultaba extraño hablar con ella. Era idéntica a Sue en apariencia, pero en todo lo demás la actriz y ella no se parecían en nada. Emma sabía escuchar y lo miraba con un brillo de interés y concentración en la mirada que nunca había visto en Sue. La sonrisa que en varias ocasiones curvó su boca era bonita y encantadora, nada que ver con las sonrisas superficiales que Sue dedicaba a todo el mundo. Y aunque había acabado odiando a Sue Johnson tras haber trabajado con ella durante aquellas semanas y solo con su imagen o su mención se ponía en tensión, aquella sensación se diluyó durante aquella media hora de preguntas y respuestas.

—Muchísimas gracias, James —agradeció ella con auténtica sinceridad. Se puso en pie, mirando su reloj—. Tengo que irme o llegaré tarde.

—¿Quieres que te acerque a algún sitio? Tengo que salir yo también porque he quedado con mi representante.

—Oh, no, no hace falta. Cogeré el autobús.

—Insisto, déjame llevarte.

Emma pareció dudar durante unos segundos y después sonrió.

—Necesito ir a la UCLA, ¿te pilla de paso?

—¿Qué es la UCLA?

—La universidad.

—¿La universidad?

—Sí, tengo un examen en...—consultó su reloj— una hora.

—¿Vas a la universidad?

—Tu sorpresa resulta insultante.

—Bueno, con la apariencia de Sue, que digas que tienes un examen en la Universidad de Los Ángeles, ¡pues sí, sorprende!

—¡Oh, cierto! Tengo que quitarme todo esto. Ya no necesito ser Sue para entrar en el dormitorio de una estrella.

La naturalidad y sonoridad de su risa hizo que una sonrisa apareciera en el rostro de James. La joven se acercó hasta el espejo que había frente a la cama y, cogiéndose del pelo, tiró hasta que...

—¡Joder! —exclamó James, sobresaltado, al ver una mata de pelo castaño en la mano de Emma.

—¿Qué pasa?

—¡Es una peluca!

—Claro. ¿Nunca has visto a nadie quitarse una peluca?

—Sí, pero esta vez no me lo esperaba. ¡Joder! Por un momento esto ha parecido una película de terror, contigo arrancándote el pelo.

Emma se rió a la vez que se quitaba la redecilla que tenía sobre el pelo y una a una iba retirando todas las horquillas que le sujetaban los mechones. Su cabello, negro como la noche y tan largo que le llegaba a casi media espalda dibujando suaves ondas, le enmarcó el rostro, resaltando sus ojos azules.

James la miraba con la boca abierta.

—¿Por qué me miras así?

—¿Dónde tenías metida toda esa mata de pelo? —interrogó. Lo vasto de sus palabras no hizo justicia a sus pensamientos, pues justo en aquel momento, además de estar sorprendido porque ella pudiera camuflar tanto pelo bajo la peluca, pensaba que aquel cabello le quedaba mil veces mejor a Sue Johnson que el pelo castaño.

—Trucos de belleza que se aprenden con el tiempo, Míster Testosterona.

—Bien, pues a partir de ahora te llamaré Miss Potato.

—¿Miss Potato? ¿Por qué?

—¡Te desmontas!

Aquello hizo que Emma se riera con fuerza. Guardó la peluca y la redecilla en una bolsa que llevaba en el bolso, y con una de las horquillas, se cogió el flequillo.

—¿Al final me llevas? —interrogó.

—Claro, vamos. Siempre es un placer pasear por Los Ángeles con una chica bonita al lado.

Bajaron hasta el parking del hotel y se montaron en el coche de él, un Mustang plateado.

—¡Qué bonito! —exclamó ella.

—Lo alquilo cada vez que vengo a Los Ángeles.

—Cierto, eres de Nueva York. Se me había olvidado.

—¿Me has estudiado? —interrogó él, sentado ya al volante del coche, dedicándole una mirada provocativa.

—Por supuesto que sí. Me gusta saber detalles de la vida de la gente que trabaja con Sue, solo por si acaso.

—Ere muy concienzuda, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Según lo que he entendido antes, te tragas todas las entrevistas que salen de Sue para mantenerte al día de lo que hace y dice. También estudias a sus conocidos. Has venido hoy al hotel para «documentarte» para la conferencia aunque los propios agentes de Sue te han dicho que con ver lo que hasta ahora ha dicho ella te valía... Eres meticulosa y concienzuda.

—Me gusta el trabajo bien hecho. Pero sobre todo, me gusta ahorrarme el bochorno. La gente de Sue me ha dicho que con ver las entrevistas me basta porque no van a ser ellos los que se pongan delante de una sala llena de periodistas. Ellos no van a tener que sentarse y hablar sobre algo que no conocen. Ellos no van a pasar la vergüenza.

—Bueno, tú ten en cuenta que Sue tampoco ha puesto el listón de las entrevistas muy alto. Cualquier cosa que hagas, por muy mal que salga, no llamará la atención de los periodistas.

—Es bueno saberlo —dijo Emma, aunque no parecía muy convencida. Después, tras unos largos segundos sin decir nada en los que James condujo a través de las calles de Los Ángeles, confesó—: Lo que pasa es que me pagan por ser mejor que Sue, ¿sabes? He de ser Sue pero mejor que ella. He de ser la Sue de hace unos años. La que quería a sus fans, la que amaba su trabajo, la que todavía tenía un cerebro dentro de la cabeza.

—¿Tu contrato te permite decir eso en voz alta? —interrogó de pronto James. Ella se giró para mirarlo, muy seria, y después, al ver los esfuerzos que él estaba haciendo para no reírse, se unió a sus risas.

—No, probablemente no. Pero si dices en público cualquier cosa de la que hemos hablado, haré rodar por Internet una foto que te he sacado en la ducha.

—¿Se supone que eso es una amenaza? —interrogó James divertido, sabiendo perfectamente



que era un farol—. ¿Publicar una foto mía desnudo? ¿Tú sabes todos los seguidores que ganaría?

—Estabas agachado, cogiendo una pastilla de jabón del suelo. Créeme que con esa foto solo perderías seguidores.

James la miró durante un par de segundos, todo lo que le permitió el tráfico. No pudo disimular su cara de sorpresa. ¡Qué cara tenía aquella chica! Y tenía que admitir que la sonrisita pícara que lo recibió cuando la miró le encantó. No podía negar que Emma le caía bien, y eso que apenas si la conocía.

—Prometo no decir nada.

—Gracias.

Un par de calles más allá, James sintió curiosidad:

—¿Y qué estudias? ¡No, espera! Déjame adivinarlo. Literatura contemporánea.

—Frío.

—Filosofía.

—Frío.

—Arte.

—No.

—¿Alguna filología?

—Como sigas así vas a llegar al Polo Norte.

—¿Historia?

—¡Nada de letras!

—¿Derecho?

Emma no pudo evitar lanzarle una mirada que ponía en duda su inteligencia.

—Derecho también está dentro de la rama de humanidades y te he dicho que nada de letras.

Aunque ¿qué se puede esperar de alguien que ha estudiado filosofía?

—¿También sabes eso de mí?

—Wikipedia dice muchas cosas interesantes. ¿Entonces es cierto que te licenciaste en filosofía?

—Sí.

—¿Y para qué sirve la filosofía exactamente?

—Vale, si dices eso es que definitivamente no eres de letras. Ni de mucho pensar.

—Disculpa, pasaste de filósofo a actor. Diría que si alguno de los dos es más listo que el otro, definitivamente soy yo.

—¿Me lo dice alguien que se dedica a ser la doble de una niñata? —dijo con falsa superioridad.

Aquella conversación le estaba resultando de lo más divertida. Cuando se peleaba con Sue quería arrancarle los pelos. Cuando discutía con Emma quería seguir chinchándola para hacerle rabiar. Se sorprendió de la camaradería que había entre ambos, de la sensación de confianza.

—Te lo dice alguien que le saca perras a la niñata.

—¡Ah! Ahí me has pillado —sonrió—. Definitivamente eres la más lista de ese lado del coche.

En lugar de responder, Emma se rió de buena gana ante la ocurrencia. Y finalmente, dijo:

—Estudio química.

—¡Química!

—Una vez más, tu sorpresa resulta un poco insultante.

—No, mi sorpresa debería resultarte admirativa. Me has dejado impresionado. ¿Y en qué año estás?

—Último. Estos son mis últimos exámenes antes de graduarme.

—¡Eso es genial! Una lástima que justo te haya tocado todo el problema de Sue con tus

exámenes finales.

—Sí, lo cierto es que me he vuelto adicta al café durante estas últimas semanas. Llevo sin dormir más de cuatro horas seguidas desde... ya ni me acuerdo. Suerte que soy la reina del maquillaje gracias a mi vida secreta como Sue Johnson y sé camuflar ojeras. ¡Mira! Ya hemos llegado. Puedes dejarme aquí e iré andando hasta mi facultad.

—¿Seguro? Puedo acercarte más si quieres.

—No, no hace falta. Además, no se aceptan coches dentro de la universidad.

James orilló el coche donde ella le indicaba y Emma llevó su mano hasta el tirador de la puerta, aunque antes de abrir, se giró hacia el actor y le sonrió:

—Gracias por traerme.

—Un placer, Miss Potato.

Ella ríe y mientras se bajaba, dijo:

—¡Adiós, Míster Testosterona! Nos vemos en la conferencia.

Y se alejó corriendo del coche antes de que James pudiera darle su teléfono, como era su intención. Solo por si necesitaba su ayuda en alguna otra cosa, por supuesto.

—¿Dónde se habrá metido esta niña? —interrogó Sean, mirando hacia todos lados. Por la entonación que le dio al «niña» era obvio que en su mente estaba usando una palabra totalmente distinta.

James, cruzado de brazos a su lado, miraba también hacia todos lados, pero no había ni rastro de Emma. Una par de chicas, nerviosas como ellas solas, se acercaron para pedirle un autógrafo y James, sonriente y amigable, les firmó y posó con ellas para una foto.

—¡Ya he llegado, ya he llegado! —oyó de pronto la voz de Sue a sus espaldas, y se giró para mirarla—. ¡Ni que por cinco minutos fuera a morirse nadie!

El tono agudo de la joven se le clavó en los oídos. ¿Al final había podido ir Sue? ¿Se había recuperado lo suficiente como para no necesitar a Emma? Le dedicó una sonrisa a las dos chicas a las que ya les había dado el autógrafo y se acercó a Sean, que en aquel momento hablaba con Sue, aunque se quedó un poco por detrás. La joven, con gafas de sol, un vestido azul y blanco informal, y unos botines de tacón negro, llevaba un bolso diminuto colgado del brazo en un gesto de lo más pijo.

Se sintió desilusionado al saber que no era Emma. ¡Qué lástima!

Sean, refunfuñando algo que no llegó a entender, le dijo a uno de sus ayudantes por señas que la conferencia podía comenzar y tan solo unos segundos después por los altavoces sonó una voz que los iba presentando a todos: a Sue, a Sean, a James y a Elisabeth, la autora del libro. En la alargada mesa tenían los asientos asignados, así que Sue y James se sentaron juntos en el centro de la mesa, con Sean a un lado y Elisabeth al otro.

La entrevista comenzó con una pregunta para Sean en la que le preguntaban si había notado la diferencia de hacer películas con un presupuesto ajustado a esta nueva aventura fílmica, donde el presupuesto era bastante abultado. Después, le preguntaron a Elisabeth sobre qué le había parecido el proceso de adaptación de su libro a la gran pantalla. A James le preguntaron por su personaje y por todo el trabajo que había tenido que hacer para parecerse a él. La pregunta para Sue, que llegó en curto lugar, fue:

—¿Sue Johnson, al final ha tenido ya tiempo para leerse el libro?

—¡Uhhhh! Eso ha dolido. Tengo un anti-fan por aquí, ¿eh? Me gustaba más la pregunta que le han hecho a James. Pero sí, caballero, ya he terminado de leerme el libro. El primero y el segundo, por cierto. Leo lento, pero leo, ¿eh?

De nuevo una tanda de preguntas para cada uno y volvió a tocarle a Sue.

—¿Sue, qué le dirías a la gente que ha criticado tu presencia en la película y que afirma que no vas a estar a la altura?

Aun sabiendo que se trataba de Sue, James sintió un poco de pena por ella. Los periodistas ibas a comérsela viva. La joven podía tener detrás a una horda de fans y de *paparazzi*, pero los de la prensa de verdad no la tenían en mucha estima.

—Les diría que se esperen a ver la película. Y puesto que seguro que quienes me critican son los fans originales de la saga, los que ya se entusiasmaron con los libros, les diría: ¿no dicen que no se debe juzgar un libro por su cubierta? ¡Pues que se apliquen el cuento!

Otra ronda de preguntas y una vez más, un periodista le lanzó una pregunta peligrosa a Sue.

—¿Y podría hablarnos sobre los rumores del mal ambiente que hay en el set de grabación?

—De los rumores se encarga la prensa del corazón, no yo.

—De acuerdo. —El periodista no iba a dejar escapar la oportunidad—. Entonces reformulo la pregunta: ¿qué me dice sobre las noticias que nos han llegado de que usted y su compañero de reparto, James Petersen, no se llevan bien?

Durante unos segundos, todos en la mesa se quedaron estáticos. ¡Los periodistas sí que sabían dar dónde dolía! Sue fue la primera en reaccionar y lo hizo girándose hacia James.

—¿Tú y yo no nos llevamos bien? —interrogó.

A él no se le ocurrió otra cosa que encogerse de hombros y poner cara rara, como diciendo «no sé de qué hablan». Sue se giró entonces hacia los periodistas y dijo con desparpajo:

—James y yo nos llevamos estupendamente, ¿cómo no voy a llevarme yo bien con un chico tan guapo? Pero... —Pareció dudar un instante—. Venga, sí, os voy a contar la verdad. James y yo estamos en una competición continua por ver quién es el más sexy del plató y eso a veces lleva a situaciones de alta tensión. De hecho, la competición ha hecho que nos pasemos el día haciéndonos putaditas entre nosotros. James —dijo girándose hacia él—, ¿qué fue eso que dijiste de mi aliento en la escena del beso?

La boca de James quedó abierta durante dos segundos, el tiempo que el joven tardó en reponerse de la sorpresa. ¡Era Emma! Se inclinó hacia delante en la mesa y supo improvisar una respuesta para explicar su cara de asombro:

—Yo... bueno, se suponía que no tenías que haberte enterado, pero sí, dije que el aliento te olía mal.

—No, no, ¿qué fue exactamente lo que dijiste? —interrogó ella, mirándolo a los ojos.

—Que tu aliento podía matar ratas.

—¡Exacto! ¿Y sabes por qué olía así? Sabía que teníamos que rodar esa tarde la escena del beso y me fui a comer a un restaurante indio donde pedí doble ración de las comidas más apestosas y fuertes de sabor que pude. Te la debía por lo del agua con sal embotellada que me diste a beber.

Se oyeron algunas risas entre los periodistas y aquello animó a James a decir:

—Ya decía yo que aquel olor y ese sabor no podían ser naturales.

El actor vio como la joven escondía las manos debajo de la mesa y se las restregaba por el vestido en un intento de secar el sudor. ¡Pobrecilla! Sin pensar mucho en lo que hacía, le pasó el brazo por encima y la acercó a él como si fueran amiguísimos. Dirigiéndose a la prensa, dijo:

—Así que la pregunta estaba bien como al principio. Nuestra mala relación son rumores (falsos, obviamente), no noticias.

Antes de quitar el brazo de los hombros de Emma y volver a apoyar su espalda en el respaldo de su asiento, aprovechó para susurrarle a la chica:

—Lo estás haciendo muy bien. Hasta yo me he creído que eras Sue.

Emma le dedicó una ligera sonrisa de agradecimiento y después volvió a concentrarse en los periodistas. La entrevista se alargó casi media hora, pero Emma supo responder sin problemas y mucho arte a casi todas las preguntas que le hicieron. James estaba ciertamente admirado. Aquella chica podía ganar un Óscar y el título de Miss Ocurrencia, pues tenía cada salida para esquivar las preguntas lanzadas a mala fe por los periodistas... y todo manteniendo la apariencia y la forma de hablar de Sue.

Cuando se dio por terminada la conferencia y atendieron a los fans, James se llevó a un aparte a Emma.

—Me dijiste el otro día que estás en una etapa de adicción a la cafeína. ¿Te apetece si te invito a un café?

—¿Tú no sabes que los vicios hay que ayudar a quitarlos, no animar a la gente a que los mantenga?

—Pues un chocolate.

—De acuerdo.

Tras preguntarle a uno de los trabajadores de la productora que los había acompañado durante la charla si podían marcharse y recibir su permiso, salieron intentando llamar lo menos posible la atención, aunque Sue Johnson no pasaba fácilmente desapercibida y James, a su lado, era más fácilmente reconocible, así que tuvieron que detenerse con algunas fans. Cuando al fin llegaron a la puerta, encontraron un taxi del que acababa de bajarse un hombre y se subieron en él antes de que cualquier otra persona pudiera reclamarlo. Para poder tomar algo tranquilos tenían que alejarse de la zona de la convención o les resultaría imposible que no les interrumpieran.

—¿Te importa? —le preguntó Emma de pronto, dándole la espalda y recogiendo el pelo para dejar a la vista la cremallera.

—Si quieres que te desnude, dímelo, pero ten en cuenta que estamos en un sitio público.

Ante aquellas palabras, los ojos del taxista volaron hasta el retrovisor para ver si podía ver algo interesante.

—¡Mire hacia la carretera! —le dijo Emma—. Y tú, Míster Testosterona, no sueñes con verme desnuda y bájame la cremallera.

Con una sonrisa, obedeció, pero para su desencanto, la joven llevaba una segunda capa debajo de su vestido y cuando se la quitó, se quedó vestida con un pantalón corto y una camiseta.

—Qué desilusión.

—Para ti y para el taxista —comentó la joven, que en aquel momento se retiraba la peluca y las horquillas.

Sin necesidad de un espejo, se trenzó el pelo, comenzando en la frente y bajando por uno de los laterales de la cabeza. Mechón a mechón, consiguió que todo su cabello quedara entrelazado en una bonita trenza que le caía por el hombro. Palpándose el pelo, se ajustó el peinado con las horquillas. Sacó una bolsa de su pequeño bolso y guardó en ella el vestido y la peluca. Cuando hubo terminado, se acomodó en el asiento y miró a James.

—¿Qué? —preguntó, sorprendida por cómo él la miraba.

—Tú desde luego no necesitas ir al programa ese de «Cambio Radical», ¿eh?

Ella sonrió y se encogió de hombros. Enigmáticamente, dijo:

—He tenido que aprender a hacer esto en los lugares más insospechados.

—¿En serio? ¿Cómo cuáles?

—¿Cuartos de la limpieza? ¿Garajes? Y me guardo los más raros porque podrían resultar comprometidos.

—Suena como si llevaras mucho tiempo haciendo esto.

—Bastante, sí. Cinco años ya.

—¡Cinco años!

—Sí, cuando... —Miró por el rabillo del ojo al conductor, dudando, y después continuó—, cuando la señorita S comenzó a tener problemas.

James, sabiendo que los taxistas tenían la oreja siempre puesta en la conversación de sus viajeros porque tenían un trabajo bastante aburrido, prefirió no ahondar en aquello. Además, sabía perfectamente qué clase de «problemas» tenía Sue.

—¿Y por qué lo haces?

—Dinero, obviamente. Tengo un crédito universitario que pagar, ¿sabes? Cualquier dinero extra

es bueno.

James, afortunadamente, había dejado de preocuparse por el dinero unos años atrás, cuando comenzó a encadenar varias apariciones en series y películas que aunque no le habían asegurado el futuro le habían permitido conseguir un interesante colchón. Y ahora, con la película que habían terminado de rodar y con los contratos que ya había firmado, podía respirar tranquilo. Aun así, recordaba perfectamente lo que era ser universitario y estar hasta el cuello.

—Hablando de universidad, ¿qué tal el examen del otro día?

Emma sonrió, contenta por el detalle de que él se acordara de aquello.

—Bueno... ya veremos.

—¡Uh! Eso suena a suspenso.

—No, hombre. Lo que pasa es que no sé si conseguiré matrícula o se la pondrán a otro. He estado tan liada con todo lo de Sue...

—¿Has dicho...? ¿Has dicho que no sabes si conseguirás matrícula? ¿Y a eso lo llamas un «ya veremos»? Qué repelente.

—¿Ahora estamos de acuerdo en que soy la más lista de ambos lados del coche?

—La más empollona, diría yo.

—Perfeccionista más bien—corrigió ella.

El taxista anunció que ya habían llegado a destino y James, tras pagarle la carrera, se bajó, seguido por Emma. Juntos, se dirigieron hacia el Starbucks y pidieron, ella un helado de café mocha y él un café americano helado. A la pregunta de él de si quería algún dulce de acompañamiento, ella negó con la cabeza.

—¿No decías que no ibas a tomar café? —interrogó James cuando se sentaron en una mesa en la planta de arriba.

—Si no le meto cafeína a mi cuerpo, me quedaré durmiendo en media hora —respondió ella, dedicándole una sonrisa a James que le hizo sentir algo culpable.

—¿Has dormido algo esta noche?

—Algo —respondió encogiéndose de hombros.

—Bueno, nos tomaremos esto y nos marcharemos, ¿de acuerdo? Para que puedas descansar.

—No hay prisa —respondió ella, dándole un sorbo a su bebida—. Esto me mantendrá alerta durante un par de horas más y además ni mañana ni pasado tengo exámenes, así que puedo tomarme un respiro. Además, por raro que parezca, me gusta hablar contigo.

A James instintivamente le asomó una sonrisa a la boca. A él también le gustaba hablar con ella. No obstante, cuando habló, hizo que su boca fuera una línea dura.

—¿Cómo que por raro que parezca?

—Sí, bueno... mi primera impresión de ti fue de, ¡qué gilipollas!

Él se rió ante aquello.

—Una vez más, siento todo lo que te dije esa noche en el restaurante.

—Durante toda nuestra conversación estuve pensado «¡qué gran hijo de su madre!, con lo majo que parece ante la prensa y los fans».

—¿Y ahora qué? ¿Te parezco majo?

—Digamos que vuelves a parecerme buena elección para O'Connor.

—No me digas que eres una fan de los libros.

—¡Me encantan! Soy la fan número 1 —dijo haciendo la «V» de victoria con los dedos y poniendo morritos—. Estoy deseando que salga la última parte.

—¿Y qué te pareció la elección de Sue como protagonista?

—Pues... por un lado pensé «¡mierda!» y por otro «¡toma!». Sue no es una buena elección para hacer de Emily, pero que le dieran el papel a ella significaba que yo podría tener algo que ver con la película. A ver, no voy a aparecer en ella, pero... no sé si me entiendes.

—Sí, creo que sí.

—¿Tú cómo crees que saldrá la película? ¿Gustará?

—Pues... espero que sí, pero... no sé. Sue es...

—Una actriz de mierda, lo sé.

—Sí, esa sería la palabra.

—Antes estaba muy bien, ¿sabes? —dijo Emma, mirando al infinito con una mirada soñadora—.

Yo era fan suya cuando salía en las películas infantiles y me encantaba. Un poco sobreactuado, pero Sue Johnson molaba. Después todo se jodió. Creo que les ha pasado a todos los que, como ella, consiguieron fama demasiado jóvenes. Lo que no sé es cómo le han dado el papel a ella.

—Creen que atraerá a muchas adolescentes al cine y que eso salvará la película.

—Pero es que la película no necesitaba ser salvada. Los libros son geniales. Se han vendido una barbaridad de ejemplares y tienen muchísimos fans. Las películas no necesitaban a Sue.

Le dio otro sorbo largo a su bebida, paladeándola con placer. Él también se concentró en su bebida durante unos segundos.

—¿Sabes qué? —dijo ella de pronto—. Apuesto a que ha pagado por aparecer en la película. Tal y como está la cosa, este era el último tren de Sue Johnson para encarrilar su carrera.

—No creo, porque no se la ha tomado muy en serio.

—Quizá quería tomárselo en serio cuando firmó el contrato, pero después cambiaron las cosas. O tal vez ella ni siquiera sepa que ha pagado por aparecer en la película y todo haya sido cosa de sus mánager. No era la película la que necesitaba a Sue, era Sue la que necesitaba esta película.

Cuando terminó de decir aquello, se dio cuenta de que James la miraba de forma elucubrada y lo señaló con un dedo.

—Recuerda que aún tengo la foto de tu culo mientras cogías una pastilla de jabón. Esta conversación no puede salir de aquí.

Él sonrió, aunque dijo:

—Sé que no tienes esa foto y si quieres conservar tu trabajo como doble de Sue, probablemente deberías controlar más esa lengua tuya. Pero tranquila que prometo no decir nada de lo que tú y yo hablemos. ¿Y sabes qué? Creo que podrías tener toda la razón en lo que has dicho. No lo había pensado, pero igual que esta película es una gran oportunidad para mí, quizá también lo sea para Sue, aunque ni ella misma se dé cuenta.

—James —le llamó de pronto Emma con un tono de voz que hizo que el actor la mirara preocupado. Su expresión, entre seria y asustada, no ayudó a tranquilizarlo.

—¿Qué ocurre?

—Tienes que prometerme que no le dirás nada de lo que te he dicho a nadie. Absolutamente nada. Yo... te juro que normalmente no digo ni palabra sobre mi trabajo ni sobre lo que pienso de Sue. Ni tan siquiera a mis amigos. Prométeme que todo lo que te he dicho no saldrá de aquí. Si dijeras algo, cualquier cosa, podría tener muchos problemas. He firmado un contrato y...

Él extendió el brazo sobre la mesa y cogió en su mano la de Emma para tranquilizarla. Mirándola a los ojos, dijo:

—Te prometo que no le diré nada a nadie.

Ella le sonrió, agradecida.

—Tu cara bonita hace que se me suelte la lengua —bromeó.

—¿Así que te parece que tengo una cara bonita?

Por toda respuesta, ella se encogió de hombros.

—¿Qué respuesta es esa? —interrogó James.

Emma volvió a encogerse de hombros.

—¡Estás hiriendo mi orgullo!

—¡Venga ya! Como si tus seguidoras no te dijeran a diario lo bueno que estás. ¿Qué pasa, que necesitas oírlo más veces? ¡Pues te metes en Internet y ya verás cómo a las tías se les caen las bragas contigo!

—¿Cómo se le caen las bragas conmigo? —James se rió de buena gana por la expresión—. A ti seguro que también te dicen cosas muy bonitas.

—A Sue se las dicen, no a mí.

—Pero si tú eres Sue.

—Tan pronto como me quito la peluca y la ropa de Sue, los tíos dejan de mirarme.

—¡Anda ya! —A James le resultaba imposible creerse aquello. ¡Si Emma era mucho más guapa que Sue!

—En serio. Como Sue se me acercan los tíos como si fueran moscardones y yo fuera miel. Como Emma... ¡puf!

—Pero eso es porque vivimos en una época en la que las chicas tienen que tomar la iniciativa. Si te lanzas, no habrá tío que te diga que no.

—¿Algún tío dice que no a alguna chica?

—Depende de lo desesperado que esté —se rió James.

Emma se tapó la boca para cubrir un bostezo.

—¿Te aburro?

—No, claro que no. Es solo que debe ser que mi cuerpo está empezando a no asimilar la cafeína. O que la cafeína de aquí es más bien barata.

—Venga, termínate la bebida y busquemos un taxi.

Apuraron sus vasos y salieron a la calle. James, tras parar un taxi, le abrió la puerta a Emma y, sorprendentemente, se metió dentro tras ella.

—¿Vas a acompañarme a casa como un Don Juan?

—También puedes verlo desde el punto de vista de que voy a acompañarte a casa para descubrir dónde vives y así poder acosarte. Pero si me quieres ver como un Don Juan...

—Si pagas tú la carrera, me da igual si eres un Don Juan o un acosador —bromeó Emma.

—¿Así que quieres aprovecharte de mi dinero?

—¡Eres un actor de Hollywood! Seguro que no te mueres por pagarle a una chica el taxi.



Emma se encontraba concentrada en un complicado ejercicio de bioquímica que le estaba llevando más tiempo del debido cuando su hermana Anna abrió la puerta de su habitación y gritó:

—¡Tienes visita!

La joven se quitó los auriculares que le cubrían las orejas y que no emitían música, pues solo los utilizaba para aislarse un poco del entorno. Se giró hacia su hermana, que seguía en la puerta con una expresión demasiado entusiasta.

—¿Una visita? ¿Quién es?

—Un tío cañón. Seguro que no es compañero tuyo de facultad, porque está demasiado bueno.

Emma se puso en pie a la vez que la regañaba:

—¿Sabes que probablemente te esté escuchando ahora mismo? ¡No hace falta que hables tan alto!

La joven estaba convencida de que su hermana tenía un problema en los oídos, pues en lugar de hablar, gritaba. Cuando llegó a la altura de la puerta, Anna se apartó para dejarla pasar, pero en lugar de irse a su habitación, la siguió hasta el salón, donde esperaba la visita.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Emma de sopetón al ver quién la esperaba en el centro del salón.

—¿Acosarte? —bromeó James.

—Pues prefiero al tipo de acosador que mira a través de las ventanas.

—¿Te pilló en mal momento? —interrogó James, alerta por el tono de ella, y Emma supo al instante que había sonado demasiado dura.

—No, lo siento. —Se masajeó la frente para aligerar la tensión de su cabeza—. Un ejercicio se me está resistiendo y estoy de mal humor. ¿Qué haces por aquí?

—Vengo a proponerte un trabajo.

—¿Un trabajo?

—Remunerado.

—Eso me interesa. Dispara.

—Sue ha...

—Espera —le interrumpió Emma en cuanto oyó el nombre de la actriz. Se giró hacia su hermana, que se había quedado espiando la conversación en el marco de la puerta que daba acceso al pasillo y dijo—: ¿Puedes dejarnos a solas? Es trabajo.

—¡Ya sé quién es! —exclamó de pronto Anna con la mirada fija en el invitado—. ¡Es James Petersen! El actor ese que va a hacer la película con Sue. ¡El que salió también en esa película de zombis que...!

—¡Anna! —la cortó Emma—. Tra-ba-jo.

—El salón es de todos. No puedes echarme de aquí.

Emma suspiró y se acercó hasta James.

—Sígueme.

Se dirigieron hacia la puerta de entrada y salieron al pasillo. Estaban en el último piso, el cuarto, así que cuando Emma comenzó a ascender por la escalera solo había un lugar al que podían dirigirse: la terraza. El sol cegó a James en cuanto cruzaron la puerta y salieron al exterior.

—Aquí nadie nos oirá —dijo Emma, girándose hacia él una vez la puerta se cerró a sus espaldas.

James la miró con interés. Era la primera vez que veía a Emma tal y como era. Sin maquillaje ni

se parecía tanto a Sue como las otras veces que la había visto y el cambio le parecía ciertamente favorecedor. Además, tampoco iba vestida como la actriz. En su lugar, llevaba unos pantalones piratas deportivos y una camiseta dos veces su talla de color rojo.

—Llevas gafas —comentó James, sorprendido al verla con unas gafas de pasta negras.

—Sí, demasiadas horas de lectura, supongo. Pero dime, ¿qué querías?

—Sí, cierto. —Casi se olvida del motivo de su visita—. Como te iba diciendo, Sue sigue sin estar bien y hoy ha llamado para cancelar una sesión fotográfica que teníamos. Quiere pasarla para dentro de unas semanas, pero yo no puedo volver dentro de unas semanas. Dentro de dos días empiezo a rodar otra película y voy a estar casi un mes trabajando en la otra punta del país, así que no puedo esperarme a que Miss Dibujos Animados se digne a echarse unas fotos. Y he pensado en ti.

—¿En mí?

—Claro, eres la doble de Sue, ¿quién mejor que tú para sustituirla?

—Para hacer algo así tendría que darme permiso Sue.

—Sean está ahora mismo hablando con su agente. En cuanto me llame es que habrá llegado a un acuerdo.

—¿En serio quieres que sustituya a Sue en una sesión fotográfica?

—No creo que haya nadie mejor.

—¿Sue?

—Van a caracterizarnos como nuestros personajes y nos echarán algunas fotos. Tú harás mejor de Emily que Sue.

—Pero...

—Te pagarán 500 dólares.

—¿500?

—Sí.

—¿Por una tarde?

—Sí.

Aquello silenció a Emma durante varios segundos. ¿Ganar 500 dólares en un día? ¿En serio iba a decir que no a eso? ¡Ni loca!

—De acuerdo, pero la gente de Sue tiene que darme permiso.

Justo en aquel momento el teléfono de James comenzó a sonar y éste se apresuró a responder. Con una radiante sonrisa, escuchó las buenas noticias que Sean le daba desde el otro lado de la línea.

—Ya tienes tu permiso —anunció al colgar—. Vamos, Miss Potato, ponte tu redecilla y tu peluca que nos vamos a los estudios.

—¿Ya mismo?

—Claro, tengo mi coche esperándonos en la puerta.

—¿Tengo que maquillarme, ponerme alguna ropa especial o algo?

—No hace falta que te maquilles porque ya se encargarán las chicas de maquillaje. Y la ropa... no hace falta que te cambies porque allí te darán también las prendas que tienes que llevar, pero la verdad es que no me imagino a Sue con lo que llevas ahora mismo puesto y en el estudio nadie sabrá que no eres ella salvo el director y yo.

—De acuerdo —dijo ella asintiendo—. Dame diez minutos y me convierto en Sue.

En cuanto entraron en el estudio de grabación, James localizó a Sean esperándolos y lo saludó con la mano. El director avanzó hacia ellos también y se encontraron a mitad de camino. Los ojos del hombre estaban fijos en Emma, que se sentía algo incómoda con el escrutinio. Pese a que James le había dicho que no hacía falta que se maquillara, había dedicado algunos minutos a transformar su rostro, y no solo su pelo, en el de Sue Johnson. Sin algunos toques de iluminador y corrector sabía que no se parecía tanto a Sue como debería. El efecto, sin duda, convenció a Sean.

—Cuando James me dijo que Sue tenía una doble, pensé que sería la típica doble de rodaje. Cuando me dijo que no, que era igualita que ella y me contó que eras tú la que había estado en la conferencia, no le creí tampoco. Y la verdad es que ahora sigo sin creérmelo. ¡Es impresionante! ¿Seguro que no eres Sue?

—Emma —replicó esta, extendiendo la mano para estrechársela.

Algunos minutos después Emma se encontraba en un camerino, desvestiéndose para ponerse las prendas que una ayudante del director le había señalado. Éstas estaban colgadas en una larga barra llena de ropa y la joven se preguntó si tendría que probarse todos aquellos modelos. Una vez se hubo puesto las prendas, se miró al espejo y una sonrisase dibujó en su boca. ¡Era Emily! Se miró desde todas las perspectivas en el espejo y después, sin poder resistirse, sacó su móvil del bolso y se echó una foto. Sean, que en aquel momento abría la puerta del camerino, la avisó:

—Esa foto no puedes hacerla pública, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, claro. No pensaba... Es solo que... ¡guau, soy Emily! —dijo mirando una vez más su reflejo.

—¿Te gusta la saga?

—¡Me encanta! Me he leído todos los libros un par de veces y cuando mismo salga el cuarto, me lo compraré.

—Pues entonces cuando te veas en Internet y en las portadas de las revistas, vas a alucinar.

—¿Cómo que en Internet y en las revistas?

—Sí, ¿para qué crees que es esta sesión de fotos? Para los pósteres de la película, y cuando los publiquemos van a correr como la pólvora por Internet y las revistas.

Emma sintió que se le desencajaba la mandíbula.

—¿No te lo había dicho James? —sospechó Sean.

—Pues no. Pero... ¿está seguro de que puedo hacerlo? Quiero decir... ¿daré el pego?

El director sonrió ampliamente y se acercó a la chica por detrás, posando las manos sus antebrazos. Se miraron a través del espejo.

—Van a quedar genial las fotos, ya verás. Y tutéame, por favor.

Media hora después, las chicas de maquillaje ya se habían encargado de ella. A la peluquera que la atendió justo antes de empezar la sesión de maquillaje tuvieron que contarle el secreto de que ella no era la auténtica Sue después de que a la pobre mujer casi le diera un infarto cuando se quedó con el pelo de falsa Sue en la mano.

—Guau —comentó Emma, admirada, cuando la llevaron hasta el set de grabación, donde reunidos en apenas 200 metros cuadrados estaban los escenarios principales de la película. Ver aquello era el sueño de toda fan.

—Miss Pe —oyó la voz de James a su lado. Se giró para verlo caracterizado como O'Connor y tuvo que tragar saliva al verlo con aquella camiseta negra ajustada que marcaba los músculos de

sus brazos y aquel tatuaje falso trepándole por el cuello.

—¿Miss Pe? —interrogó cuando se repuso de la sorpresa.

—Creo que la gente me miraría raro si te llamara Miss Potato, así que mejor Miss Pe que es más discreto.

—De acuerdo, Mister Te.

—¡James, Sue! —los llamó Sean, que estaba junto a otro hombre, el fotógrafo de la sesión—. Vamos a empezar, si podéis ponerlos aquí, frente a este escenario.

—¿Crees que voy bien? —le preguntó Emma a James mientras caminaban juntos hacia donde Sean les había indicado.

—Estupenda. Y tranquila que aquí no tienes nada que temer. Nadie va a atacarte como el día de la conferencia.

—¡Sí!, qué cabrones los periodistas, ¿eh? Qué mal lo pasé.

—Pues diría que con tus respuestas quedaste como una reina. Tienes una mano izquierda que no veas.

—Gracias —sonrió ella.

Se ubicaron en una zona con un panel verde detrás y alguien encendió unos potentes focos, dejando momentáneamente cegada a Emma. El fotógrafo comenzó a darles órdenes sobre cómo debían colocarse y cuando tanto Emma como James estuvieron en la posición que quería, empezó con la sesión. Durante media hora les fue diciendo cosas del estilo de «James, pon cara de duro. No tanto. Así, perfecto» y «Sue, mira hacia la derecha y crúzate de brazos. Ahora deja caer los brazos a cada lado. Crúzalos una vez más». Después, dijo:

—Ahora poneos mirando el uno hacia el otro y Sue, rodéale el cuello con las manos.

Emma se giró hacia James y sonrió nerviosa mientras pasaba sus manos por detrás del cuello del chico. Él le sonrió también, transmitiéndole tranquilidad y confianza. ¡Pero qué sexy estaba el jodido! Con aquella sonrisa ella no podía tranquilizarse.

—Sue, posa tus manos en él, que parece que le tengas miedo —pidió el fotógrafo, y Emma relajó sus brazos hasta que sus muñecas descansaron sobre los hombros de él. Entrelazó los dedos en su nuca, sintiendo el corazón acelerado.

—Tranquila —le susurró James.

—Para ti es fácil decirlo. Estás acostumbrado.

—James, posa tus manos en la cintura de ella —pidió el fotógrafo, ajeno a su conversación.

Él obedeció y Emma sintió un cosquilleo allí donde la estaba tocando. Se humedeció los labios aun a riesgo de estropear el pintalabios.

—¿Acostumbrado a esto?

—Abrazas y besas a chicas por trabajo.

—¿Soy un gigoló? —sonrió James.

—Eres actor, que es peor, porque encima tienes público —replicó Emma, también sonriendo. Captó por el raballo del ojo que el fotógrafo se había acercado y se giró un poco para mirarlo.

—No me mires. Seguid a lo vuestro —ordenó el fotógrafo.

—¿Seguimos hablando? —se sorprendió Emma.

—Seguid haciendo lo que estabais haciendo.

—Si te sirve de consuelo —le susurró James, atrayendo su atención—, esto para mí no hubiera sido nada agradable si hubiera tenido que hacerlo con Miss Dibujos Animados.

—¿Miss Dibujos Animados?

—Así la llamamos, sí.

Emma se rió ante aquello.

—James, acércala un poco más a ti —dijo el fotógrafo, y éste le hizo caso, atrayendo a Emma hasta que sus rostros estuvieron a apenas unos centímetros y sus cuerpos se rozaban desde el pecho a la cintura.

El fotógrafo estaba tan cerca que podían oír perfectamente el sonido que hacía el obturador al cerrarse de manera incesante. Los ojos de Emma lo miraron por el rabillo del ojo.

—Eh, ignóralo. Mírame a mí —atrajo su atención James. Sus manos habían cambiado de posición y en lugar de sujetarla por la cintura le rodeaba la espalda.

Emma sentía que no podía respirar con normalidad, teniéndolo tan cerca y sintiendo sus fuertes brazos en torno a ella. Era tan masculino con aquella barba incipiente y aquel mentón cuadrado. Sus labios gruesos le resultaban tan tentadores... Y aquellos ojos, que no dejaban de mirarla con una intensidad que la derretía. ¡Por Dios! Si hasta estaba temblando.

Muchos chicos guapos habían intentado ligar con ella cuando aparecía en un lugar público con la apariencia de Sue, pero Emma nunca les había seguido el juego más de lo necesario, pues sabía que a quienes miraban ellos era a Sue, no a ella, y no podía soportar la idea de liarse con alguien fingiendo ser quien no era. Pero James... oh, Dios, James la veía a ella y no a Sue Johnson.

—Chicos, acercaos como si fuerais a besaros.

Los labios de Emma se descolgaron al oír aquello. ¿Qué? ¿Cómo? «Acercaos como si fuerais a besaros» resonaba la voz del fotógrafo en su cabeza. No se movió ni un centímetro, sus brazos todavía rodeando el cuello de James, pero éste sí que obedeció al fotógrafo y acercó su rostro al de ella, entreabriendo también los labios e inclinándose ligeramente hacia un lado para que sus narices no chocaran.

Emma estaba completamente paralizada, mirándolo acercarse sin saber qué hacer.

—Cierra los ojos, Sue, cariño —le pidió el fotógrafo.

Ella obedeció, sintiendo el corazón latir a mil por hora. Al dejar de ver, el resto de sus sentidos se agudizaron y sintió el cálido aliento de James contra sus labios. ¡Estaba tan cerca! El corazón le bombeaba alocado en el pecho. Sintió que los labios de él rozaban ligerísimamente los suyos.

—Parad ahí —les ordenó el fotógrafo, y después, hablándole a alguien más, añadió—: Acercadme aquel foco más. Quiero más luz.

Emma aprovechó para parpadear un par de veces y mirar a James. Estaba tan cerca que no podía verle bien la cara, pero le pareció que tenía los ojos cerrados. Durante varios segundos, mientras el fotógrafo les echaba fotos con la nueva luz del foco, estuvieron así, estáticos en aquella posición donde sus labios se rozaban como si fueran ligeras alas de mariposa.

—Sue, deja el brazo derecho donde lo tienes y el izquierdo pásaselo por debajo del brazo hasta posar tu mano en su omoplato. James, sujétala por la espalda con un brazo y pon tu otra mano en su cintura, atrayéndola hacia ti.

Durante unos segundos separaron sus caras para coger la postura que el fotógrafo les decía y Emma, que aprovechaba para tragar dificultosamente saliva, vio que el rostro de James estaba serio y su mirada tranquilizadora había desaparecido.

—Bien, así, volved a juntad vuestras bocas —les animó el cámara cuando estuvieron en la postura que él quería.

James acercó sus labios a los de ella durante unos segundos. En esta ocasión, puesto que ella no se había quedado boquiabierta por la sorpresa como en la ocasión anterior, no pudo simular el casi beso encajando sus labios donde ella había dejado espacio y en su lugar tuvo que posar sus labios contra los de ella. La tenía tan pegada contra él que pudo sentir cómo el corazón de Emma

galopaba. Aguantó uno, dos, tres, cuatro segundos, y después, sin poder resistirse, separó sus labios y atrapó los de ella con los suyos. No supo si fue por la sorpresa o por un acto voluntario, pero los labios de Emma se abrieron para él y aquello lo animó a besarla con más intensidad a la vez que sus brazos la atraían para pegarla más a sí.

¡Díos! Emma olía y sabía muy bien. Nada que ver con Sue. Su fragancia era embriagadora, su calor de lo más atrayente. Dejándose llevar por el instinto, usó su lengua para acariciar los labios de Emma.

—¡Chicos, chicos, chicos! —los interrumpió de pronto la voz de Sean—. Que esto es una película para todos los públicos, como sigáis así nos ponen tres rombos.

James se separó de la boca de Emma rápidamente, recordando de golpe dónde estaban. La miró a los ojos y vio una mezcla de confusión, sorpresa y deseo. Intentó controlar su respiración para que no viera lo agitado que estaba y la soltó, dando un paso hacia atrás.

—Tomaos un descanso de cinco minutos mientras revisamos las fotos —dijo el fotógrafo, y se alejó de ambos hacia unos ordenadores que tenían preparados muy cerca de allí.

Emma no sabía dónde meterse. Se cruzó de brazos, sintiendo todavía los rápidos latidos de su corazón. Algunas personas en la sala los miraban con una sonrisa en la boca y aquello la incomodó todavía más.

—Vamos, ¿quieres beber algo? —le dijo James, y al mirarlo, se dio cuenta de que él estaba tan tranquilo, como si no acabara de ocurrir nada, y aquello la hizo sentir todavía peor, aunque le agradeció que intentara distraerla, pues no sabía qué podía hacer durante aquellos cinco minutos de parón.

—Sí, estaría bien.

Juntos fueron hasta unas mesas donde había varias hileras de botellas de agua. Cada uno se cogió una botella y bebieron en silencio.

—¿Y esa mesa con fruta pelada? —interrogó Emma, viendo unos metros más allá una mesa con varias bandejas de fruta pelada y perfectamente alineada.

—Cosas de Sue —le explicó James, lo suficientemente bajo como para que nadie les oyera—. Allá donde va tiene que tener una bandeja de fruta pelada esperándola.

—¿En serio?

—Sí, aunque la mitad de las veces no come más que un trozo. Cosas de famosa. ¿Quieres venir a ver qué tal han salido las fotos? —interrogó, señalando con su botellín a Sean y al fotógrafo, que con las cabezas muy juntas, miraban un monitor.

—No —negó Emma. Definitivamente no quería revivir el beso viendo las fotografías—. Voy a ver si como un poco de fruta ya que está ahí para mi falsa yo.

—De acuerdo, ahora nos vemos.

James se dirigió hacia los monitores y vio desde arriba algunas de las instantáneas. Tragó saliva, sintiendo de nuevo con intensidad el agradable sabor de Emma en su boca y una punzada de deseo. Se cubrió los labios con una de sus manos y contempló las instantáneas sin decir palabra.

—¿Qué? —le comentó Sean al oído cuando terminaron de ver la tanda de fotos—. Con esta si te hubiera gustado rodar la escena del beso en la cama, ¿eh?

La sesión fotográfica se alargó dos horas más y tuvieron que echarse fotos en distintos decorados y escenarios, cambiando de postura una y mil veces para contentar al fotógrafo. Afortunadamente para el corazón de Emma, no tuvieron que volver a besarse en ninguna otra toma.

Cuando finalmente terminaron, Emma sentía todo el cuerpo dolorido y tenso por las horas que había tenido que pasar de pie y sin cambiar apenas de postura. Estaba deseando llegar a casa y echarse a dormir. Ese día ya no iba a estudiar más, por lo que el ejercicio que se le había atrancado tendría que dejarlo para el día siguiente.

—Gracias por tu paciencia y tu trabajo, Emma —le agradeció Sean, entrando en su camerino tras dar un par de golpes en la puerta. Emma volvía a llevar su ropa de calle, aunque conservaba la peluca para no llamar la atención del resto del equipo—. Ha sido un auténtico placer conocerte.

—Igualmente, Sean.

—James, yo, y algunos otros vamos a ir a cenar a un restaurante de aquí cerca. ¿Te apetece venir? Te invitamos.

—Gracias, pero creo que prefiero irme a casa. Estoy molida. ¡Quién me iba a decir que la vida de actor es tan difícil!

—¡Oh, no! Eso sí que no. Tú te vienes —dijo James, que acababa de aparecer por la puerta y que, obviamente, había oído la conversación.

—Estoy cansada, James.

—Toma, mira, esto es mano de santo —el actor buscó algo en la bandolera que llevaba y le tendió una pastilla blanca a Emma junto con un botellín.

La joven, que había extendido la palma de la mano instintivamente, miró la pastilla y después miró a James con una ceja enarcada.

—¿Drogas? ¿En serio?

—Eres cafeinómana, ¿qué más te dará una droga más? —Y al ver las caras de estupor de Sean y Emma, dijo—: ¡No me miréis así! Es una aspirina, ¡por favor! Ni que yo me drogara, no soy Sue. Y a ti más te vale decir que sí a la cena. Prometo que no se alargará y yo mismo te llevaré a casa después.

—¿De nuevo un Don Juan?

Por toda respuesta, él se encogió de hombros.

Sean, divertido, los miraba alternativamente a ambos. No le habría hecho falta ver con sus propios ojos el apasionado beso que se habían dado para saber que había química entre ambos. ¡Ojalá también la hubiera entre James y Sue! Hubiera conseguido una película mucho mejor.

—¿Debería ir como Sue o como Emma? —interrogó ésta.

—Como Emma.

—¿Y no se extrañará la gente de verme allí?

—Vamos solo unos pocos amigos del equipo y además, créeme que les extrañaría más ver a una Sue Johnson simpática. Si alguien te pregunta, vienes conmigo.

Emma lo miró durante varios segundos sin saber qué decir. ¿Acababa de decirle que si alguien le preguntaba, dijera que iba con él? ¿Cómo que con él? En su investigación sobre James había descubierto que él no tenía novias. Al menos no se conocía ninguna hasta ahora. Y lo más raro

todavía era que en Internet tampoco había nada sobre sus ligues. Su vida sentimental era toda una incógnita. Aunque obviamente debía tenerla; si no sentimental, al menos sexual. Alguien como él era evidente que... Emma intentó apartar aquellos pensamientos de su mente, ¿por qué se ponía a pensar en aquellas cosas? Asintió con la cabeza y señaló un punto del camerino por encima de su hombro.

—¿Puedo coger una de esas bebidas energizantes? —interrogó.

La pregunta pilló desprevenido a Sean, que no supo exactamente qué quería decir. ¿Le estaba pidiendo permiso para beber? Pero James sí la entendió:

—Están en tu camerino, puedes coger lo que quieras.

—Técnicamente es el camerino de Sue.

—Tú coge lo que quieras.

—Sí —la animó Sean—. Coge todas las que quieras. Esas bebidas están ahí por exigencia de Sue igual que la fruta en el set, no sé si la has visto. Cuando estábamos grabando exigía que en su camerino hubiera siempre al menos cuatro botellines de sus bebidas energizantes favoritas y aunque no se las tomara, exigía que las renovaran cada día. Como si fueran zumos naturales o algo, que se pasan de un día para otro.

Emma no comentó nada ante aquello, aunque le resultaban llamativas todas las veces que el director había dicho la palabra «exigir». Sue era una persona exigente, solo que a diferencia de ella, no era exigente con su trabajo sino con sus caprichos. Se acercó a la pequeña nevera y sacó una bebida de color verde que había probado una vez en la universidad cuando se rompió la máquina del café y ella necesitaba reactivar su actividad cerebral. Dejó la botella junto al espejo del camerino y comenzó a quitarse la peluca y el maquillaje que la caracterizaban como Sue. Después, se aplicó un ligero toque de colorete en las mejillas, se echó un poco de corrector y maquillaje en las ojeras, se hizo una delgada línea negra sobre el ojo y se echó brillo en los labios. Ya era Emma y estaba lista para salir a cenar.

Tardó poco más de tres minutos en hacer aquello, pero al girarse, la sorprendió ver que James y Sean seguían allí, mirándola. El actor sonreía y Sean parecía bastante descolocado.

—¿Qué? —le preguntó—. ¿Tú también vas a hacer la broma del Cambio Radical o del Miss Potato?

—Nada de bromas por mi parte —replicó Sean—, pero he de admitir que ha sido bastante espectacular ver cómo Sue iba desapareciendo.

—Llevabas soñando con este momento desde hace meses, ¿a que sí? —interrogó James.

—¿Con la desaparición de Sue? No. En mis sueños soy yo el que la estrangula. Anda, vamos, que seguro que tenéis hambre.

En el taxi que los llevó hasta el restaurante, Emma se bebió la botella entera de bebida energizante, mezclada con la aspirina que James le había dado, y para cuando llegaron al local, ya no notaba el cuerpo cansado.

—Esto queda muy cerca de tu hotel, ¿no? —le preguntó Emma a James cuando se bajaron del coche, seguidos por Sean.

—Sí. La mayor parte del equipo se aloja en el mismo hotel que yo y Sean ha pensado que estaría bien cenar cerca. Además, en este restaurante hacen cosas para chuparse los dedos.

Pero lo que en principio iba a ser una cena entre unos pocos amigos acabó siendo una cena de despedida de gran parte del equipo que había trabajado en la producción de la película. Más de 40 personas se juntaron a cenar gracias a que alguien informó sobre la cena en el grupo de mensajería instantánea en que estaba todo el equipo. Así, sin esperárselo, Emma se vio rodeada por actores y



profesionales del mundo del cine que habían participado en la película y que seguían en Los Ángeles por cuestiones de trabajo o, directamente, porque vivían allí.

Por suerte, James fue lo suficientemente considerado como para guardarle a Emma un sitio al lado suyo, pues de otro modo la joven habría tenido que sentarse junto a desconocidos. Frente a ambos se sentó John, que tras ojear la mesa, le preguntó sin bajar la voz:

—¿No viene la Bruja de Vil?

James negó con la cabeza, notando que Emma lo miraba por el rabillo del ojo.

—Pero habéis tenido sesión fotográfica hoy, ¿no?

—Sí, pero ya la conoces: no se mezcla con la plebe.

Aquello hizo reír a John, cuya mirada se posó entonces en Emma.

—Hola, señorita —dijo galán—. Creo que no tengo el gusto de conocerla.

—He estado en la sesión de fotos de hoy.

—Ahhh, ¿y qué te ha parecido? Quiero los trapos sucios. ¿James ha vomitado? ¿Se le han quemado los brazos al tocar a Sue?

—John, no deberías hablar así —le riñó James, bebiendo de la cerveza que le habían servido—. Cualquiera podría oírte y de cara al público se supone que nos llevamos bien con Sue.

—¡Tío!, eso me recuerda... ¿Qué coño pasó en la conferencia de prensa?

—¿Cómo que qué pasó?

—Sí, ¿qué se había tomado Sue? Parecía otra. Y ese buen rollito entre los dos... ¡Le echaste el brazo por encima y todo, como si fuerais coleguitas!

James sentía que Emma, a su lado, se estaba poniendo nerviosa. La miró y dijo con tono serio:

—Emma, te presento a John, el amo y señor de los cotilleos.

—El Señor de los Corrillos —dejó caer Sean, que sentado al otro lado de James debía haber estado pendiente a la conversación aún sin dar muestra de ello.

—¡Oh, venga! Que a vosotros no os interese lo que dicen de vosotros en la prensa está bien, pero dejad en paz a los que sí estamos interesados.

—Eres tú el que no nos dejas en paz con todos tus chismorreos.

—No son chismorreos. Os estoy hablando de algo que vi con mis propios ojos. Sue en la conferencia me dejó alucinado. ¿Recuerdas eso que dijiste de que la vez que la viste en el restaurante parecía como si le hubieran puesto un cerebro dentro de la cabeza? —le preguntó a James, que fingió no darse cuenta de que Emma se volvía para mirarlo—. Pues lo mismo pasó en la conferencia. ¡Miss Dibujos Animados parecía lista y todo!

—Bueno, dejadlo ya —pidió Sean—. No quiero que me arruinéis la noche hablando de Sue. Demasiados quebraderos de cabeza voy a tener montando la película para que salga algo decente de su actuación.

—Brindemos —colaboró James a desviar la atención de Sue, y lo pidió en voz lo suficientemente alta como para que toda la mesa lo oyera—. Brindemos por todo el trabajo que hemos hecho y por todo el trabajo que queda. Porque la película sea un éxito y podamos vernos las caras el año que viene otra vez.

—¡Chin-chin! —gritaron varias voces en la mesa, alzando sus copas, hasta que todos entrecocaron sus vasos con sus respectivos vecinos, sonriendo de corazón.

Dejarse llevar por el buen ambiente que había entre los distintos miembros que conformaban el equipo de la película era fácil. La conversación nunca decaía, las risas abundaban y la comida y el alcohol fluían. La cena se alargó casi hora y media y después dijeron de ir a la discoteca del hotel, donde había unkaraoke. James le pidió a Emma que los acompañara y ella aceptó. El alcohol y la

buena compañía le hicieron olvidar momentáneamente sus próximos exámenes. No obstante, antes de salir del restaurante, fue al baño, pues no se sentía del todo bien. Si iba a vomitar, sin duda era mejor hacerlo en el restaurante que en la discoteca del hotel.

—¿Estás bien? —le preguntó una mujer cuando salió del retrete para ir a lavarse las manos. La reconoció como una de las chicas que había cenado a no muchas sillas de distancia en el otro lado de la mesa.

—¿Qué?

—Eres tú la que ha vomitado, ¿no? ¿Estás bien?

—Sí, yo... algo ha debido sentarme mal. Quizá la bebida energizante que tomé en el set. Se la robé a Sue y probablemente estuviera envenenada —bromeó, y aquello hizo que la otra sonriera y olvidara sus vómitos.

Salieron todos juntos del restaurante y se dirigieron al hotel. No había periodistas y fans esperándoles a la salida ni a la entrada, lo cual era un poco desconcertante para Emma, que siempre que hacía de Sue tenía que lidiar con un montón de *paparazzi* y de seguidoras, aunque claro, siempre que ella hacía de Sue, alguien daba un chivatazo de dónde iba a estar y a qué hora saldría, pues su trabajo era precisamente atraer la atención para desviarla de la auténtica Sue.

Emma nunca había sido una apasionada del karaoke, pero tenía que admitir que ver a gente haciendo el ridículo era bastante divertido, sobre todo con un poco de alcohol corriendo por su sangre. Y la gente que subía al escenario y cogía los micrófonos también parecía estar pasándoselo genial, aunque la mayor parte de ellos deberían estar terriblemente avergonzados por sus voces. James subió al escenario para cantar junto con algunos compañeros y Emma se preparó para el espectáculo, sabiendo que iba a partirse de risa. Ver gente haciendo el ridículo era divertido. Ver a alguien conocido haciéndolo era todavía mejor. Pero para su sorpresa, James tenía una voz bastante interesante y sugerente que más que hacerla reír, le provocó escalofríos por dentro.

El actor, en cuanto bajó del escenario y pasó por la barra para pedirse algo, fue junto a ella. La verdad es que se estaba portando como todo un caballero y aquello la hacía sentir bastante especial.

—¿Te lo pasas bien? —interrogó.

—Sí, es divertido. ¡Oye, por cierto, cantas muy bien!

—¡Hombre! Soy vocalista de una banda, ¿qué más quieres? Bueno, era. Ya no estamos juntos.

—¿Has sido vocalista de una banda? —se sorprendió Emma. Aquello no lo decía la Wikipedia.

—Sí, Mummy Sound.

—¿Mummy Sound? ¿Cómo «El Sonido de Mamá»?

—Más bien como «El Sonido de la Momia», pero aquello fue hace ya tiempo. Cosas de juventud —se rió bebiendo de su vaso—. ¿Te apetece cantar conmigo? Puedo reservarnos una canción.

—Oh, no, no me gusta el karaoke.

—¿A quién no le gusta el karaoke?

Y aunque aquello era una pregunta retórica, Emma contestó:

—A mí.

—No puedo creérmelo.

—Es que se basa en hacer el ridículo delante de un puñado de amigos y un montón de desconocidos. No, definitivamente no es una afición pensada para mí.

—Cierto, tú eres perfeccionista y lo quieres todo bien hecho.

—Como debe ser.

En aquel momento terminaba la canción que un trío estaba cantando en el escenario y James

dejó su bebida sobre la mesa que había junto a Emma. Se inclinó hacia delante, como si fuera a atarse la cordonera y antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que hacía, tenía el hombro masculino pegado a la barriga y su brazo le rodeaba las piernas.

—¿Pero qué haces? ¡Bájame!

Pero era tarde. Él ya se la había cargado al hombro y avanzaba hacia el escenario diciendo en voz alta:

—¡Esta canción nos toca!

Se subió al escenario con ella a cuestas sin notar apenas su peso. Emma podía oír a la gente riendo a su alrededor por el numerito que estaban dando. La dejó en el suelo, frente a él, y le tendió uno de los micrófonos que un compañero le había puesto en la mano que tenía libre.

—Tú estás borracho —le dijo Emma. No había otra explicación para lo que acababa de hacer.

—No demasiado, aunque he de admitir que lo último que me he pedido ya ha sido una Pepsi. Hay que saber controlar.

Para que no se escapara le había echado el brazo por encima del hombro. Con la mano, le indicó la pantalla donde podían ver la letra de la canción a la vez que la música comenzaba a sonar.

—No quiero cantar —protestó Emma, sonriendo muy a su pesar al público, que los animaba con vítores y aplausos.

—Pero mira, si es una canción perfecta para una chica. *Titanium* de David Guetta —y dicho aquello, comenzó a cantar.

Su voz, aunque era demasiado masculina para ajustarse a la de la vocalista de la canción, Sia, estaba perfectamente entonada. Mientras cantaba, le sonrió a Emma, que no movía la boca, muerta de la vergüenza. Puesto que ella tenía el micro a la altura del pecho y no parecía tener intención de levantarlo, él acercó su rostro al de ella y puso el micro entre ambos. La chica comenzó a cantar, alentada por su mirada. Suave al principio, más alto después. Emma fue cogiendo confianza y perdiendo la vergüenza y sorprendió a todos cuando llegaron a la parte de:

*You shoot me down but I won't fall  
I am titanium*

Que a Emma no le gustaran los karaokes no quería decir que no le gustara cantar ni que no supiera hacerlo. De hecho, desde pequeña había recibido clases de música y a la vez que le enseñaban a tocar el piano había recibido clases de canto. Había heredado de su abuela una voz bonita y potente, llena de energía y magia, una magia que fue capaz de lanzar una corriente eléctrica por la espalda de James, que se la quedó mirando muy sorprendido, maravillado por su voz. Cuando se repuso de su estupor, volvió a unir su voz a la de ella, y juntos terminaron la canción entre los gritos y aplausos de los compañeros.

—¡Sí que sabes cantar! —exclamó James en cuanto se bajaron del escenario. Sentía la excitación correr por sus venas.

—Yo nunca he dicho lo contrario.

—Pero has dicho que no te gustaba.

—El karaoke.

—Tienes una voz preciosa —le confesó James, acercándose a ella.

Emma sonrió y alzó la cabeza para mirarlo a los ojos. Sintió que se le paraba el corazón al ver cómo él la miraba. James acercó su mano a la cara de ella y le apartó un mechón, demorando su

mano en la sien femenina y rozándole también con calma la mejilla. La joven sintió un cosquilleo en la boca del estómago y durante varios segundos no fue capaz de decir nada.

—Yo... debería irme ya —dijo al fin. Le parecía que habían estado así, mirándose a los ojos, diciéndose todo y diciéndose nada, durante demasiado tiempo. Todos a su alrededor debían haber notado ya la extraña corriente eléctrica que existía entre ambos.

James bajó el brazo, dejando de acariciar la mejilla de la chica, y asintió. Sí, quizá que se marchara fuera lo mejor.

—Te acompaño.

—No hace falta.

—Al menos hasta que cojas el taxi. Y yo te lo pagaré.

Se dirigieron hacia la puerta del hotel y salieron al exterior. No había ningún taxi a la vista, así que se pararon cerca del borde de la acera, listos para alzar el brazo en cuanto vieran pasar algún taxi libre.

—Supongo que esto es un adiós —dejó escapar Emma, pues sentía aquella verdad como una losa en el pecho.

—Seguro que nos veremos pronto. Aún tengo otras tres películas que hacer con Sue, ¿recuerdas?

—Pero yo no voy a seguir siendo la doble de Sue durante mucho tiempo.

—¿No? —Aquello sorprendió, y no para bien, a James—. ¿Y eso?

—Estoy a punto de terminar la carrera. Si todo va bien, este verano empezaré a hacer las prácticas en la empresa que quiero y conseguiré un trabajo. No necesito seguir siendo Sue.

James no supo qué decir. En aquel preciso instante, cuando se dio cuenta de que no iba a volver a verla nunca, se dijo que no podía dejarla ir así porque sí. No deseaba hacerlo. Quería más de ella. La deseaba.

—Yo... el beso de antes, en el estudio... —se humedeció los labios, nervioso como un adolescente—. Ha estado bien.

Irremediablemente, una sonrisa asomó a la boca de Emma al recordar aquel momento.

—Sí, ha estado muy bien. Aunque poco profesional, ¿no? ¿O son todos así? La verdad es que no lo sé.

—No, lo cierto es que no suelen ser así. Yo solo... me he dejado llevar.

La mirada y la sonrisa de Emma, entre inocente e ilusionada, se le clavaron en el pecho. Ella continuó:

—Y no solo ha estado bien el beso. Conocerme también ha sido...

Pero James no la dejó terminar, se inclinó hacia ella y la besó con pasión, con todo el deseo que sentía, abrumándola con el hambre que dejaban entrever sus labios. Cuando ambos se quedaron sin respiración, James se apartó un instante de ella para ver su expresión, pero Emma no le dejó apartarse y lo besó, rodeándolo con sus brazos.

Ella sentía su cuerpo arder. Los besos y caricias de James dejaban muy claro lo que quería y ella estaba dispuesta. Lo deseaba. Quería sentir sus fuertes brazos en torno a ella, quería besar su piel, descubrir su sabor. Sí, lo deseaba.

—Subamos a tu habitación —le propuso entre beso y beso.

—Emma —él separó sus bocas. La cabeza de la chica estaba entre sus manos y le acarició el rostro mientras decía—: Me gustas. Me gustas mucho. Y por eso no voy a mentirte: yo no tengo novias. Y esto no puede pasar más que una vez.

—Me parece bien.

Cuando había respondido a sus besos sabía perfectamente que ese sería su último día juntos.

¿Cómo iban a estar juntos una futura química y un actor cuya carrera empezaba a despegar y que, por consiguiente, iba a estar de un lado para otro durante los próximos años? No, claro que no. Sabía perfectamente que una relación con él no podría ir más allá de una noche, por muy bien que se llevaran, por mucha química que hubiera entre ambos.

Subieron a la quinta planta por el ascensor, aguatando su pasión a duras penas por respeto a una pareja que subía hasta el octavo piso. En cuanto salieron al pasillo y las puertas se cerraron tras ellos, James cogió a Emma y, atrapándola contra una pared, le devoró la boca y el cuello, sintiendo las manos de ella en su espalda y su abdomen. También oía con nitidez la respiración entrecortada de Emma y algún jadeo que escapaba entre sus labios cuando le mordisqueaba el cuello, y aquellos sonidos le hacían arder por dentro.

Llegaron a su habitación como pudieron y en cuanto se supieron a salvo James cogió a Emma en volandas, haciendo que ella enroscara sus piernas en sus caderas. La joven se apretó contra él a la vez que con su lengua exploraba la boca de James, completamente entregada.

Él la sentó sobre el escritorio y le quitó la camiseta sacándosela por el cuello. Ella comenzó a quitarle también la camiseta pero apenas se la hubo levantado un poco cuando James le tomó el relevo y se la quitó él mismo, sintiendo las caricias de Emma en su abdomen y sus besos en el pecho. Dejó caer la camiseta al suelo y llevó sus manos a la espalda de ella para soltarle el sujetador mientras le daba pequeños mordisquitos en la piel de los pechos que quedaba al aire. Cuando finalmente consiguió deshacerse de la prenda, se sorprendió, pues al contrario de lo que solía ocurrir (¡cuántos chascos habían causado los sujetadores con relleno!), los pechos de Emma parecían más grandes sin sujetador que con él. Dejando un rastro de besos desde el cuello femenino hasta los pechos, James apresó entre sus labios un pezón y después fue hasta el otro.

—¡Me haces cosquillas con la barba! —se rió Emma, empujándolo primero con las manos y después dándole un empujón más fuerte con una de las piernas hasta que las corvas de James se encontraron con la cama y no tuvo más remedio que dejarse caer sobre esta.

Emma se bajó de la mesa y en dos pasos se acercó a James. Aprovechó el camino para desabrocharse el botón de los vaqueros y bajarse la cremallera. En cuanto la tuvo cerca, James la cogió por la cintura y la acercó a él. Mientras jugueteaba con sus pechos, le bajó los pantalones hasta las rodillas. Desde allí, Emma se encargó de deshacerse de ellos usando los pies.

—¿Qué tendrán los pechos? —suspiró James, pegado, precisamente, a los pechos de Emma.

—Yo más bien preguntaría qué hay en el cerebro de los tíos para que dos colgajos os gusten tanto —bromeó esta, haciendo que James se pusiera de pie para poder desabotonarle los pantalones.

—¿Dos colgajos? No las insultes así —James protegió los dos pechos de Emma con sendas manos. Tenían el tamaño exacto para que él pudiera abarcarlos con sus manos.

Tras quitarle el pantalón y ver la excitación de James bajo unos bóxers negros, Emma lo hizo sentarse de nuevo en la cama y se sentó a horcajadas sobre él. Unió su boca a la de James y tras un ardiente beso, lo hizo tumbarse.

—¿Tienes preservativos? —le preguntó.

En lugar de responder, James invirtió sus posiciones, dejándola a ella debajo, y estiró una mano hasta la mesita de noche.

—¿Guardas los condones en la mesita de noche de un hotel? Veo que los tienes que tener a mano siempre —comentó antes de que pudiera acallar aquel ramalazo de celos. Se arrepintió de decir aquello en cuanto escapó de su boca. No tenía derecho a quejarse. No eran ni serían nada.

Pese a todo, él no se molestó por la pregunta y en su lugar le sonrió:

—No he estado con nadie en esta cama, si es eso lo que te preocupa.

—No, no me preocupa —se apresuró a negar Emma, aunque lo cierto es que se sintió aliviada. Llevó una mano hasta la nuca de él y lo atrajo hacia su boca para así terminar con aquella conversación.

James era músculo y dureza allí donde tocara. Su piel era suave y cálida, pero su tacto le decía a Emma en todo momento que bajo aquella piel había fuerza y energía. Aunque sinceramente no necesitaba que sus terminaciones nerviosas le dijeran cómo era el cuerpo de James. Lo había visto cuando le había quitado la camiseta y cuando lo había tenido frente a ella tan solo con bóxers. James era de esa clase de hombres que solo se le acercaban cuando era Sue Johnson; de esa clase de hombres que en su época de instituto solo miraban a las animadoras. Pero allí lo tenía, sobre ella, rozándola para excitarla y excitarse, besándola por todos lados.

James se apartó un momento de su lado, se bajó los calzoncillos y tras rasgar el paquetito del preservativo, se lo puso. Después volvió a acercarse a Emma y coló su mano bajo las bragas de la chica.

—¿Cómo vas por aquí abajo? —le preguntó, besándola y buscando con su dedo corazón la entrada de Emma.

Ella le besó con excitación, rodeándole el cuello con ambas manos para pegarlo más a sí al sentir su dedo jugando con los pliegues de su zona íntima.

—Mmmm, creo que estás lista —afirmó, aunque en lugar de bajarle las bragas y colarse entre sus piernas, introdujo un poco su dedo y con otros dos dedos la excitó por fuera.

Aquello consiguió arrancar un gemido de la garganta de Emma y James sonrió con cara de chico malo. Cuando notó que ella comenzaba a mover sus caderas, se incorporó y, poniéndose a sus pies, le bajó completamente las bragas, sacándoselas por los pies. Cayó sobre ella, ya colocado entre sus piernas, y la besó brevemente en la boca para después pasar a la oreja y al cuello. Emma, con sus manos en su pecho, le pellizcó los pezones con cierta malicia, aunque cuando lo notó haciendo presión en la entrada de su vagina, llevó las manos a los fuertes hombros de él, aguantando la respiración. Lentamente, muy lentamente, él fue entrando en ella hasta que ambos exhalaban un suspiro de placer. Las primeras penetraciones siempre eran de una alta carga sensitiva. La estrechez de Emma abrazaba a James, ajustándose a él como un segundo preservativo. Hundiéndose contra el hombro de ella, James hizo retroceder sus caderas y cargó de nuevo. Repitió el movimiento una vez más, más rápido. La agitada respiración de Emma en su oreja le ponía la piel de gallina, excitándolo sobremanera.

Se dejó caer hacia a un lado, moviendo a Emma junto a él hasta que esta quedó encima. La joven se incorporó sobre él. El pelo negro le caía sobre los hombros y la espalda. Sus ojos azules estaban fijos en él. Era preciosa. Cuando ella movió la cintura hacia adelante y hacia atrás la sensación de placer fue tan intensa que llevó las manos hasta las caderas de ella para mantenerla allí. Ella repitió el movimiento, con una mueca en la cara que James no sabía si era de dolor o de placer.

—Creo que... creo que soy un poco pequeña para ti —jadeó.

—¿Te hago daño? —se preocupó James. Él también sentía que su punta rozaba con algo, como si estuviera tocando fondo, pero a él aquello le volvía loco en lugar de dolerle.

—No lo sé —respondió ella con sinceridad y respiración desacompasada.

—¿No lo sabes?

—Es... una mezcla de dolor y placer. Es...

Puesto que tenía sus manos en las caderas de la chica, James se dejó llevar y aprovechó para

hundirla contra él a la vez que levantaba un poco la pelvis. La sensación le hizo ver las estrellas y Emma gritó, agarrándose a los brazos de él.

—¿Paro? —interrogó James, con una mirada salvaje y los dientes apretados. Cuando ella no contestó, volvió a repetir el movimiento y Emma gritó de nuevo, clavándole las uñas en la piel—. ¿Paro? —insistió.

—No, James, no pares. No...

Él volvió a repetir el movimiento, encadenándolo esta vez con una embestida más. Y otra. La mente de Emma se quedó ofuscada en el «no» y cada vez que James la hundía contra sí, gritaba un salvaje «¡no!», «¡no!», «¡no!». Emma echó hacia atrás la cabeza, su pelo cayéndole como una cascada por la espalda. Sus manos seguían apretando los antebrazos de James con fuerza. La frente de él empezaba a perlarse con gotas de sudor por el esfuerzo que estaba haciendo, tanto físico como mental para no dejarse llevar, aunque se sentía al borde del abismo cada vez que penetraba a Emma y su miembro tocaba fondo.

De pronto sintió como Emma se estrechaba más todavía en torno a él y la oyó jadear con fuerza. Cuando supo que ella estaba llegando al clímax, se dejó llevar, terminando tan solo unos segundos después que ella, qué concluyó con un prolongado «síiiiiiii».

Agotada, Emma se dejó caer sobre él. Las respiraciones de ambos estaban terriblemente agitadas. James la rodeó con sus brazos y cuando sus respiraciones se acompasaron, le apartó el pelo hacia un lado para poder verle la cara.

—La próxima vez, decídetes: o síiiii o nooooo.

Emma se rió, haciendo temblar toda la cama, y James se unió a sus risas. Ninguno de los dos quería recordar que no habría próxima vez.





Cuando Emma despertó, lo primero que percibió fue la blancura de las sábanas, e instantes después, sus ojos se fijaron en la espalda de piel dorada que tenía frente a ella. No pudo evitar que a sus labios aflorara una sonrisa tonta mientras recordaba la noche anterior. Se incorporó en la cama apoyando un brazo y tapándose el pecho con la sábana. Se inclinó hacia James hasta verle la cara y vio que él dormía como un bebé, con los labios parcialmente abiertos. Su sonrisa se amplió, aunque instantes después desapareció, diluida por una sensación de nostalgia. ¡Y eso que aún no había salido de su cama!

Suspirando, se giró y se puso en pie. Comenzó a buscar su ropa por la habitación, pero cada prenda estaba en un extremo opuesto de la sala y su ir y venir consiguió despertar a James.

—Ey, buenos días —le sonrió.

Emma lo miró sintiendo una punzada en el pecho. ¡Estaba tan guapo de buena mañana, con aquellos ojillos adormilados!

—Buenos días.

Él se fijó en que ella ya se había puesto la ropa interior y se estaba terminando de subir los pantalones. Miró hacia uno y otro lado antes de volver a posar sus ojos en ella.

—No me digas que ibas a largarte sin despedirse.

La joven asomó la cabeza por la camisa que se estaba poniendo y lo miró. Con una tímida sonrisa, le dijo:

—Quizá. Todavía lo estaba decidiendo.

—No me hubiera gustado despertarme y no encontrarte —confesó James.

Emma se sentó en la silla que había junto al escritorio y comenzó a ponerse los calcetines y las deportivas. Sin mirarlo a la cara, habló:

—Nunca he hecho esto y no sé qué es lo normal.

—¿Esto? —interrogó James.

—Sexo con desconocidos.

—No soy un desconocido.

Su tono algo molesto hizo que Emma se atreviera a mirarlo.

—No quería decir eso. Me refería a... ya sabes, estar con alguien que no es mi novio. No es algo normal para mí.

Aquello dejaba implícito que para él sí era algo normal y una parte de Emma deseó que él negara aquella faceta suya, pero James no la contradujo.

—Pero tú y yo somos amigos, ¿no? —replicó James—. No se deja a un amigo plantado después de una noche como esta.

Una sonrisa sesgada apareció en la boca de Emma y, sintiendo que sus mejillas enrojecían, preguntó:

—¿Te gustó?

—¿Hace falta que responda a eso?

—No, supongo que no —negó ella, radiante, acordándose de que con lo que le había dicho James de que aquello solo podía ocurrir una vez, no se refería a que no pudiera ocurrir varias veces en una misma noche.

—¿Qué te parece si bajamos a desayunar?

—Estaría bien. Me muero de hambre.

James se vistió rápidamente y juntos se encaminaron hacia el restaurante del hotel, donde les esperaba un buffet con todo tipo de desayunos internacionales.

—¿Necesitas café? ¿Es que no has dormido bien esta noche? —le pinchó un sonriente James.

—De hecho, he descansado maravillosamente bien. Estoy descansada, tengo la mente despejada, no me duele nada del cuerpo salvo... bueno, ya sabes.

—¿Demasiado hombre para ti? —bromeó el actor, aunque sintió una oleada de deseo en su entrepierna al recordar lo estrella que le había resultado ella y todas las sensaciones que aquello le había provocado.

—Demasiado tiempo en barbecho, me temo.

James no supo qué contestar ante aquello. Esa información, saber que ella llevaba tiempo sin estar con nadie, le había gustado. Probablemente más de lo que debería. De hecho, sintió como una patada en los riñones las siguientes palabras de Emma. Y es que ella, algo avergonzada porque se había dado cuenta nada más pronunciar aquella frase de que parecía que tenía escasez de pretendientes, añadió un «ya sabes, con esto de los exámenes y con lo de Sue llevo unas semanas muy liada». Procuró que ella no viera su expresión seria a la vez que se reñía mentalmente: «a ti no te importa si estuvo con un tío ayer, hace dos semanas, un mes, un año o nunca».

El desayuno pasó rápidamente en una conversación distendida en la que no hablaron de nada importante. Ambos sabían que la despedida llegaba después del último bocado y aquello les instaba a no hablar de nada personal, aunque no pudieron evitar lanzarse algunas pullas, al más puro estilo de su relación desde que se encontraran y discutieran en el restaurante.

—Me ha encantado conocerte, James. —Emma le dedicó una espléndida sonrisa en el hall del hotel, donde sus caminos se separarían para siempre—. Espero que tu carrera sea todo un éxito y pueda ir muchas veces al cine para verte.

—Y yo espero que consigas ese trabajo que tanto te mereces y que te vaya muy bien. Para mí también ha sido un placer conocerte.

Se fundieron en un abrazo de despedida y Emma, tras sonreírle una última vez, salió por las puertas giratorias del hotel. Había un taxi esperándola y antes de montarse, se giró para ver si James seguía allí. Y sí, lo estaba, pero ya le había dado la espalda, hablando con alguien a quien no pudo reconocer.

Emma aprobó sus exámenes de último año con unas notas extraordinarias y consiguió una plaza de prácticas en la empresa que deseaba, por lo que tuvo que mudarse a Atlanta. La empresa era una compañía farmacéutica con presencia internacional que ofrecía interesantes becas de formación y un gran número de posibilidades de trabajo para una química como ella. Pasó los tres meses de verano trabajando en prácticas y después le ofrecieron un contrato de medio año, con posibilidad de renovación si gustaba su trabajo. Al completar ese periodo de prueba le renovaron el contrato, de nuevo durante seis meses, a la vez que la cambiaban de jefe, posicionándola en un equipo con más responsabilidad. Aquel nuevo desafío la entusiasmó y la animó a seguir esforzándose, pues sabía que con tiempo y dedicación podía seguir trepando y trepando en los engranajes de aquella empresa. Y ella era buena. Muy buena.

Un día, al salir del trabajo para comer, vio que tenía varias llamadas perdidas de su hermana Anna y decidió devolverle la llamada tras calcular la hora que sería en Los Ángeles y saber que Anna no estaría ocupada en aquel momento.

—¿Qué quieres? —le dijo su hermana nada más descolgar. Siempre tan simpática.

—¿Me has llamado?

—¡Ah, sí! Ha llegado un paquete para ti.

—¿Para mí?

—Sí, es una copia del Entertainment. Salen Sue Johnson y ese chico guapo que estuvo en casa James Petersen, caracterizados como sus personajes en esa película que tantas ganas tienes de ver.

—¿¡Has abierto el paquete!?

—Pues claro. Si iba a tu nombre y tú ya no vives aquí, ¿qué querías que hiciera? ¿Guardarlo?

—¡Mándármelo! Eres de lo que no hay, Anna. Robarle el correo a la gente es ilegal.

—¡Anda ya! Yo lo que quiero saber es por qué te mandan a ti esa revista si ya no tienes nada que ver con Sue.

—¿Es que lo manda ella?

—No, no, la nota la firmaba un tal Sean. ¿Te suena?

¡Claro que sí, Sean, el director de la película! Pero no iba a decírselo a su hermana. A la muy cotilla no le contaba absolutamente nada de su trabajo (o de su antiguo trabajo, para ser más exactos) desde que la tonta (no había otro nombre para ella) insinuó en un foro de fans de Sue Johnson que la actriz estaba usando una doble. ¿En qué cabeza cabía? Por eso no había dejado que James hablara delante de ella, porque aquella descerebrada era capaz de contárselo a todo el mundo. No tenía filtro entre el cerebro y la boca.

—¿Una nota? —interrogó—. ¿El paquete llevaba una nota?

—Sí, decía algo así muy enigmático como «seguro que esta te gusta más que la que echaste con tu teléfono». ¿Te dice algo?

Por supuesto, Sean la había descubierto en el camerino echándose una foto caracterizada como Emily. Sonrió. Sean se había acordado de ella después de todos aquellos meses y la había hecho llegar una revista donde salían las fotos. Emma se había mantenido al tanto de las noticias que salían de la película precisamente para poder dar con aquellas fotos, pero hasta ahora no había salido ningún póster del film.

—Mándame una foto de la revista. En buena calidad, ¿eh?

—No la tengo aquí ahora mismo. ¿Pero por qué no te la compras?

¡Cierto! ¡Qué tonta! Se despidió de su hermana y en lugar de seguir caminando hacia el restaurante donde iba a comer cruzó la calle y entró en una tienda de consumibles y prensa. Tras unos segundos buscando entre la montonera de revistas, vio a James. Lo reconoció antes incluso que a sí misma.

Con mano temblorosa, sacó la revista de entre el resto y contempló la espectacular imagen de James y ella sobre un paisaje de rascacielos al atardecer. ¡Espectacular! Abrió la revista y ojeó el interior, nerviosa. Sintió que el corazón le daba un vuelco al verse a sí misma en brazos de James, fundidos ambos en un pasional beso. Y había otras cuantas de la misma sesión, y de otras tomadas durante la grabación de la película (en aquellas, obviamente, era la auténtica Sue la que salía). Volvió a mirar la portada. ¡Qué valientes habían sido al poner una foto de ella como portada! ¿Y si alguien se daba cuenta de que aquella no era Sue? Aunque tenía que admitir que daba el pego total. Había hecho un buen trabajo durante los años que hizo de doble de la actriz y se sentía contenta por ello, aunque no echaba de menos aquel trabajo.

Compró la revista y la ojeó con más tranquilidad mientras comía, leyendo en detalle el artículo. Estaba terminando tanto su filete como el artículo que acompañaba las fotos cuando alguien se le sentó delante. Alzó la cabeza y se encontró con su nuevo jefe. Le sonrió:

—Hola, Martin.

—Hola, Emma. ¿Te gusta el cine? —interrogó, señalando la revista que tenía abierta sobre la mesa.

—Me encanta —sonrió la joven, aunque inmediatamente cogió la revista y se la guardó en el bolso. Miró su reloj. Todavía le quedan quince minutos de su tiempo de descanso.

—¿Qué te parece hasta ahora el equipo? —le preguntó Martin.

—Bien, muy bien. Creo que podremos hacer cosas muy interesantes.

—Sí, yo también lo creo. Y me alegro mucho de que te hayan asignado en mi grupo. He estado leyendo tu expediente y sin duda creo que nos vamos a llevar muy bien.

—Muchas gracias, Martin —contestó ella sinceramente ilusionada.

Todavía no conocía mucho a Martin, pero era un jefe bastante majo, aunque no por ello dejaba de ser exigente. Hacía no mucho que había superado los cuarenta y según le habían dicho, estaba felizmente casado y tenía tres hijos. Llevaba trabajando en la empresa doce años ya.

—Bueno, no te entretengo. Te dejo terminar tu filete y que vuelvas tranquilamente a la oficina.

—Martin se puso en pie—. Nos vemos luego, Emma.

Pero resultó que Martin no estaba tan felizmente casado como se decía y que solo estaba «feliz» cuando alguna de las chicas de su equipo estaba cerca. Las cosas se pusieron algo complicadas para todas las féminas del grupo de trabajo de Martin, que callaban para que no las despidieran mientras rechazaban una y otra vez de manera educada las propuestas de Martin para ir a tomar algo fuera de las horas de trabajo. Una de las chicas, no obstante, acabó por explotar e interpuso una queja a su jefe en recursos humanos. Durante una semana completa la tensión en la oficina podía cortarse con un cuchillo y Martin, que había cesado en sus insinuaciones, estaba de un humor de perros con todos. Cuando concluyó la semana, se descubrió que acababan de transferir a la joven trabajadora a otra sede de la empresa. A Martin, sus jefes le amonestaron y listo.

Aunque todas las chicas temían que aquello fuera insuficiente y que pronto Martin volvería a las andadas, al menos durante el mes siguiente la amonestación fue efectiva y todos volvieron a interactuar como jefes y trabajadores.

Durante ese mes, se estrenó la película de Sue y James y ella compró su entrada para el día del

estreno en un cine de Atlanta. Estaba tan nerviosa mientras entraba a la sala que parte de las palomitas se le cayó al suelo por el temblor de manos que tenía. La película duraba hora y media y cada vez que James aparecía en la pantalla a Emma se le aceleraba el corazón. La adaptación del libro a la gran pantalla le pareció bastante buena, como si hubieran cogido las escenas más importantes del libro y las hubieran ensamblado en distinto orden hasta crear una unidad con sentido. Como si con las mismas piezas pudieran hacer dos puzles distintos. Los escenarios eran increíbles, los efectos especiales alucinantes, y las actuaciones bastantes logradas salvo por la de Sue, que siempre tenía la misma expresión plana y que, cuando conseguía transmitir algún sentimiento, la emoción no llegaba a sus ojos. Salió del cine con una mezcla extraña de sensaciones. Le había gustado ver aquella película porque se sentía parte de ella (al fin y al cabo, salía en el póster que la recibió al llegar al cine), y aunque podía decir bastantes cosas positivas de ella, también sabía que no la había llenado ni la había dejado con esa sensación de «¡guau!» que tuvo al terminar el libro. Sue, por supuesto, tenía gran parte de culpa. Su actuación no le hacía justicia a la valiente e intrépida Emily.

Comenzaba ya el segundo mes tras el incidente y el ambiente de trabajo seguía siendo agradable cuando Emma recibió la llamada más inesperada de su vida.

—Hola, buenos días —le dijo una voz femenina—. La llamo desde Emotive Pictures. ¿Hablo con Emma Miller?

—Sí, soy yo. Disculpe, ¿desde dónde ha dicho que llamaba?

—La productora Emotive Pictures.

—¿Productora de qué?

—Productora de cine, por supuesto.

Emma no supo qué decir ante aquello y la voz al otro lado de la línea continuó:

—La llamaba para concertar una cita con usted la próxima semana. ¿Le viene bien martes?

—Disculpe, pero no sé de qué me está hablando.

—Es Emma Miller, ¿verdad?

—Sí, ya le he dicho que sí. ¿Esto tiene que ver con Sue Johnson? Porque ya no trabajo para ella.

—Mmmm —la chica pareció dudar—. Me temo que no me está permitido hablar sobre ese tema, lo siento.

—Pero a ver, explíqueme, ¿para qué me llama?

—Como le he dicho, para concertar una entrevista con usted —la voz nunca perdía su tono alegre y educado. Si no fuera porque contestaba perfectamente a sus preguntas, Emma habría pensado que era una máquina, y no precisamente una máquina muy lista.

—¿Pero una cita para qué?

—Para el papel de Emily.

—¿Cómo que el papel de Emily? —la joven casi se atraganta—. ¿De qué me está hablando?

—¿Seguro que hablo con Emma Miller?

—Sí, sí.

—Bien, pues tengo instrucciones de concertar una cita con usted para que trate con nuestros productores su posible contratación como Emily en la película de...

Emma no la dejó terminar; acababa de entrar en pánico.

—No, lo siento. Debe haber habido algún error. Soy Emma Miller, pero yo no soy actriz ni nada. Ha debido equivocarse.

—¿Está usted segura?

—Segurísima.

—Vaya, pues lo siento. Comprobaré de nuevo la información que me han dado. Disculpe las molestias.

—No es nada.

Emma colgó el teléfono y se lo quedó mirando como si fuera un objeto alienígena. Era demasiada casualidad que la llamaran, precisamente a ella, para la película que había rodado Sue, por lo que obviamente no era un error, pero alguien debía estar muy borracho si pensaba que iba a renunciar a su puesto en la farmacéutica para volver a hacer de Sue Johnson. Vale que su trabajo no era tan maravilloso como se lo había imaginado. El tema del acoso de Martin, aunque estaba calmado, podía renacer en cualquier momento, pero le quedaban tan solo unos meses para que acabara su contrato y seguro que cuando se lo renovaran volvería a cambiar de equipo. Solo tenía que aguantar unos meses y cambiaría de puesto. Tendría nuevos retos por delante, nuevos desafíos relacionados con la química que tanto la apasionaba. Nunca volvería a ser Sue Johnson. Nunca.

Esa tarde, su teléfono volvió a sonar. De nuevo era un número desconocido y Emma lo silenció sin intención de contestar. Al día siguiente, otros números que no identificó la llamaron al menos diez veces, pero Emma no respondió. No le interesaba lo que tuvieran que decirle.

Viernes se encontraba comiendo en el restaurante de siempre, que ofrecía descuentos a los trabajadores de su empresa, cuando Martin se sentó frente a ella. Emma inmediatamente se tensó.

—¿Qué tal estás, Emma?

—Bien, gracias, Martin —lo miró, con sus cubiertos suspendidos sobre el plato, y al ver que él la miraba pero no decía nada, preguntó—: ¿Querías algo?

—Sí, he estado revisando el informe que me mandaste y creo que deberíamos revisarlo juntos.

—¿Has encontrado algún error? —preguntó Emma. No le gustaba cometer errores.

—Luego pásate por mi despacho y...

—¡Emma!

Al oír aquella voz que rebosaba masculinidad y que pronunciaba su nombre, a la joven se le cayeron los cubiertos sobre la mesa. Se giró hacia la derecha y se encontró a James, con unos vaqueros, una camiseta oscura y una gabardina negra. Él la miraba desde su casi metro noventa de altura con aquella mirada penetrante tan suya.

—¿Qué haces aquí? —fue lo primero que le salió de la boca. Ni un «¡James!» ni un «¡oh, Dios mío!». No, solo un sorprendido «¿qué haces aquí?» que no hacía justicia a los saltos que su corazón estaba dando en ese momento.

—He venido a verte.

La sorpresa hizo que durante varios segundos Emma no se moviera y Martin malinterpretó su mutismo.

—¿Te está molestando, Emma? —preguntó, machito él.

—No, no.

—Porque si te está molestando...

—He dicho que no —le replicó secamente.

Precisamente que él, un acosador de empleadas, le preguntara si James la estaba molestando la ponía furiosa. Se levantó y recogió su chaqueta y su bolso, dejando el plato sin acabar.

—Nos vemos luego en la oficina, Martin. Vamos, James.

El actor siguió a Emma hasta la salida del restaurante, aunque a medio camino se giró para mirar por encima del hombro al hombre que dejaban atrás, que no parecía especialmente contento.

En cuanto salieron a la calle, Emma se giró hacia James y tras mirarlo durante unos segundos, lo

abrazó.

—¡Hola, James! ¿Qué haces aquí?

—Esta si es la bienvenida que me esperaba —replicó él, estrechándola entre sus brazos.

—Sí, lo siento. Me ha sorprendido tanto verte que... ¡Todavía no me creo que estés aquí! ¿Qué te trae por Atlanta?

—Tú.

Se sostuvieron la mirada durante varios segundos. Emma enarcó una ceja.

—¿Cómo que yo?

—Vamos, caminemos un rato, ¿te parece?

Comenzaron a andar por la calle, hombro con hombro. Ella lo miraba por el rabillo del ojo con una sonrisita asomándole a la boca, aunque también estaba algo preocupada, pues sabía que aquella visita probablemente estuviera relacionada con las llamadas que había recibido de la productora.

—¿Qué tal te va todo? —le preguntó James.

Emma le resumió en unas pocas frases su nueva vida en Atlanta y su nuevo trabajo, omitiendo, obviamente, todo lo malo. No era de esas personas que aprovechaban un «¿qué tal?» para contar todas sus penurias.

—Pero no hablemos de mi aburrida vida en una empresa de fármacos —dijo—. ¡Hablemos de la estrella de cine! ¿Qué tal te va todo?

—Pues ahí vamos. No me puedo quejar.

—¿No te puedes quejar? ¡Venga hombre! Sé más específico.

—¿Para que puedas vender los secretos a la prensa? Sí, hombre.

Se rieron juntos ante aquello.

—Vi la película —dijo Emma al fin—. Definitivamente eres el O'Connor perfecto.

—¿Eso crees?

—Sí, sin duda.

—¿Y la película en su conjunto qué te pareció?

—No está mal —Emma se encogió de hombros.

—¡Venga, mujer! Sé más específica.

—¿Para que puedas vender mi opinión a la prensa? Sí, hombre —puesto que él jugaba a sacarle burla, ella también repitió, palabra por palabra, lo que él le había dicho antes.

Aquello consiguió arrancarle a James una sonrisa torcida que encantó a Emma. Hacía casi un año que no se veían y era como si no hubieran pasado más que unos días. Aunque lo más raro, sin duda, era el nivel de confianza que tenían para el poco tiempo que habían estado juntos. Si sumaba todas las horas que habían compartido despiertos lo más probable es que no sumaran ni 24. Aun así, Emma se sentía con él como si fueran amigos de toda la vida, con el aliciente del deseo que sentía por él.

James de pronto se puso serio y la miró con gran formalidad.

—Te necesitamos, Emma.

—¿Me necesitáis? ¿Para qué?

—Sé que te llamaron de la productora y que no quisiste hablar con ellos.

Emma se cruzó de brazos, en actitud defensiva.

—Hablé con ellos y les dije que se equivocaban.

—No se equivocaban y lo sabes.

—Tengo un trabajo, James —dijo Emma, y en lugar de señalar hacia la sede de la farmacéutica,

señaló al bar de donde habían dejado a Martin y que quedaba a varios centenares de metros ya.

—¿Quién era ese, por cierto? —se interesó James—. ¿Tu novio?

—No, mi jefe.

—¿Tu jefe? —se sorprendió el actor—. Pues menudos modos de mirar a las empleadas que tienen los jefes ahora.

Emma prefirió cortar aquel tema cuanto antes.

—No voy a hacer de Sue nunca más, James. Nunca. Ser ella no era fácil para mí, ¿sabes? Exigí sacrificios por mi parte, sacrificios que no estoy dispuesta a volver a hacer. Nunca. No volveré a ser Sue. Yo no...

El discurso de Emma había cogido tanta fuerza, tanta vehemencia, que James le cogió la cara entre las manos y acercó su cara a la de ella para mirarla directamente a los ojos.

—Emma —la cortó—. No queremos que hagas de Sue. Queremos que seas Emily.

—¿Y qué diferencia hay?

Sabiendo que tenía toda su atención, el actor se echó un poco hacia atrás, soltándole la cara.

—La crítica se ha cebado con Sue. Dicen que su actuación ha sido pésima, que debería plantearse dejar de ser actriz porque no da la talla, que... bueno, cosas terribles a las que no les falta razón. Tanto se han metido con ella que no lo ha soportado y la han ingresado en un centro por depresión. O eso dicen algunos. Otros dicen, y yo creo más a esas fuentes, que conducía borracha y drogada y atropelló a unos niños.

—Dios mío, eso es horrible.

—Sí, pero sea como sea, va a estar en rehabilitación durante bastante tiempo. Ella ya no puede hacer de Emily. De hecho, los productores ya no la quieren. La película ha conseguido recaudar lo suficiente desde que se estrenó para que nos permitan hacer una segunda parte, pero ha sido por los pelos y no se van a arriesgar a contratar a Sue otra vez. Te quieren a ti.

—Pero yo no soy actriz, James.

—¿No? ¿En serio? Porque todavía recuerdo cómo me tragué que eras Sue en esa conferencia que dimos ante la prensa.

—Hasta tu amigo se dio cuenta de que no actuaba como Sue.

—Porque, como me dijiste, tú haces de una mejor versión de Sue Johnson. Yo y John conocimos a Sue en un momento bastante feo de su vida. Si no iba con algo metido en el cuerpo a las sesiones de grabación, poco le faltaba. Por eso John supo que algo raro pasaba con ella en la conferencia, no porque tú no hicieras bien tu trabajo.

Emma, que seguía parapetada tras tus brazos, negó con la cabeza.

—No, James. No voy a volver a hacer de Sue.

—¿No lo entiendes, Emma? No queremos que hagas de Sue —dijo aquellas palabras lentamente, para que el cerebro de la chica tuviera tiempo de procesarlas—. Queremos que tú, Emma Miller, seas la nueva protagonista de la película. No serás tú haciendo de Sue, serás tú haciendo de Emily.

—¿Pero... públicamente? ¿Todo el mundo sabrá que yo...?

—Sí, claro que sí. Nadie en la productora quiere ver a Sue ni en pintura. La nueva Emily serás tú. En los créditos de la película saldrá tu nombre, en las entrevistas saldrás tú, con tus gafitas, tu pelazo y tu cejita levantada.

Para acompañar sus palabras, James posó su dedo índice en la ceja de Emma y se la levantó. Ella le apartó la mano.

—Es una locura, James. Las fans de Sue se me echarían encima, boicotearían la película. ¿Y qué diría la prensa!? Además, yo no soy nadie. Sue estaba en la película por todas las chicas a las que



podía mover, yo no...

—No necesitamos un nombre conocido para llenar el cine. Necesitamos una historia bien contada, unas actuaciones creíbles.

—¿Pero por qué no contratáis a cualquier otra actriz?

—No podemos cambiar por completo el aspecto de Emily. Necesitamos cierta continuidad de una película a la otra y nadie puede hacer eso mejor que tú.

—Entonces lo que necesitáis de mí es que sea Sue.

—No te encabezones, Emma. No necesitamos que seas Sue, queremos que seas tú caracterizada como Emily. Los actores se caracterizan para todas sus películas. Ganan o pierden peso, se tiñen el pelo, se les maquillan cicatrices, se ponen lentillas de colores... Harás de Emily, no de Sue. Te lo prometo.

Ella apretó los labios y negó con la cabeza. Antes de que pudiera decir nada, él continuó:

—Mira, no te voy a presionar más, ¿de acuerdo? Pero tú piénsatelo. —Buscó en uno de los bolsillos de su gabardina y sacó una tarjeta—. Este es el número de Sean. Y por detrás te voy a escribir mi número personal de móvil. —Con un bolígrafo pequeñito que sacó del bolsillo anotó algo en la parte de atrás de la tarjeta de visita—. Llámame a mí o a él si tienes cualquier pregunta. El martes a las once de la mañana te estaremos esperando en la dirección que pone en la tarjeta. Si vas no te comprometes a nada, ¿de acuerdo? Simplemente te hablaremos sobre tu trabajo, el contrato, el calendario... Piénsatelo, Emma. Por favor. Piénsatelo de verdad. Te necesitamos para hacer algo bueno con los libros que tanto te gustan. Te prometo que cobrarás por unos meses de trabajo más de lo que ganarás en todo un año trabajando donde estás ahora. Y te ayudaremos a lidiar con las fans de Sue y con todo lo que venga, ¿de acuerdo? —y después acercando sus caras hasta que a ella no le quedó más remedio que sumergirse en su mirada de chocolate, le dijo con voz suave—. Te ayudaré en todo, Emma, te lo prometo.

Se despidió de ella dándole un beso en la mejilla y después se alejó calle arriba tranquilamente, mezclándose con la gente. Emma lo siguió con la mirada y después posó sus ojos en la tarjeta que aún tenía en la mano. ¿De verdad podía estar pasándole aquello?



A Emma se le había hecho tarde y cuando llegó a la oficina Martin le echó la bronca para después encerrarse en su despacho. Tras la reprimenda, Emma fue hasta su mesa y se concentró en revisar varios informes que tenía pendientes, aunque le costaba bastante enfocar sus pensamientos, pues irremediablemente volvían una y otra vez a James y su propuesta.

—¡Emma! —gritó de pronto Martin. Ella alzó la cabeza, sobresaltada.

—¿Qué pasa, Martin?

—¿No te había dicho que vinieras a verme a mi despacho?

Emma miró a uno y otro lado. Sus compañeros se habían quedado estáticos, mirándolos. Alineó las hojas que estaba ojeando y que había desperdigado por su mesa con el susto y se puso en pie.

—Lo siento, Martin, no te oí.

Éste se giró hacia su despacho sin decir palabra y Emma lo siguió. Volvió a mirar a su alrededor y vio que todos la observaban con cara apenada. Tragó saliva y entró en el despacho de su jefe, cerrando la puerta tras de sí. Martin ya estaba sentado tras su escritorio.

—Este informe que me pasaste no tiene ni pies ni cabeza, Emma.

La joven miró los documentos que había sobre la mesa de Martin y recordó entonces que sí que le había dicho que se pasara por su despacho, solo que se lo había dicho comiendo y no había especificado hora.

—¿Qué le ocurre, Martin? —preguntó la joven, sentándose frente a él.

—Los datos, Emma. Están todos mal. ¿No revisas los datos? ¡Estamos trabajando con vidas Emma!

—Yo... lo siento, Martin. Déjame el informe y lo corregiré por completo.

—No, se lo asignaré a otra persona. No creo que ahora mismo seas capaz de...

—Martin, por supuesto que soy capaz.

—No, no lo creo. En los últimos días tu trabajo está dejando mucho que desear, supongo que será por ese chico.

Emma lo miró con cara de pasmo. ¿Pero de qué hablaba aquel hombre? ¿Estaba insinuando que había estado haciendo un mal trabajo durante los últimos días? ¡Sí hombre! Como si ella no fuera meticulosa en todo lo que hacía. Podía haberse equivocado en algún dato del informe, pues errar era cosa de humanos, ¿pero que todo el informe estuviera mal? ¡Y encima le echaba la culpa a James!

—James no tiene nada que ver con...

—No me ha gustado cómo me ha mirado ese... ese...

Aquello era demasiado para Emma. Se cruzó de brazos, olvidándose del informe, que sabía no estaba tan mal como Martin decía, y miró a su jefe.

—¿Cómo te ha mirado? ¿Con los ojos?

—No te pases, Emma. Soy tu jefe. Y ese... James... mira con esa cara de superioridad con la que miran todos los tíos como él.

—¿Los tíos como él?

—Sí, esos que se creen tan guapos, que se pasan horas y horas machacándose en el gimnasio. Que se creen superiores por tener una cara bonita y que se llevan a las mujeres como tú de calle.

Durante varios segundos, Emma lo miró sin decir palabra. Después, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde vas, Emma?

—Con todos mis respetos, Martin, creo que será mejor hablar de esto cuando estés más calmado.

Él hizo un ademán despectivo con la mano, bajando la mirada hasta el informe y apartándolo a un lado de malos modos.

—Esta tarde te quedarás después de tu hora. Revisaremos este desastre.

—De acuerdo, Martin.

La joven esperaba que en aquellas horas que les quedaban de trabajo su jefe se serenara y dejara de actuar como un hombre inseguro y que odiaba al resto de hombres que poblaban el mundo si eran más guapos que él. Por si acaso, y sabiendo que al quedar después del trabajo iban a estar solos, preparó su móvil para ponerlo en modo grabación en cuanto él se acercara a ella. Tenía muy presente que sus inseguridades como hombre no le impedían ser un cerdo con las mujeres. O quizá precisamente era por sus inseguridades por las que era un capullo acosador.

Su encuentro al terminar el horario de trabajo comenzó bien. Martin la hizo sentarse frente a él en su despacho, al otro lado de su escritorio y le tendió el informe. Comenzó a decirle los fallos que había encontrado, que no eran por un mal trabajo de Emma sino porque le había faltado información sobre los resultados de varios experimentos. La joven se encontraba haciendo anotaciones al margen de la hoja para después volver a revisar el documento a ordenador cuando sintió que los dedos de Martin le acariciaban la mano. Levantó la mirada y apartó el brazo sin brusquedad, fingiendo que escribía algo en el pie de la hoja, fuera del alcance de su jefe.

—Disculpa por cómo me he puesto antes.

El tono de él no le gustó nada de nada.

—No importa, Martin.

—Es solo que odio cuando un hombre mira a una mujer como si fuera un objeto más que una persona, y así es como te miraba tu... amigo.

Emma clavó sus ojos en él durante unos segundos. Recordaba que James había hecho un comentario sobre el modo en que Martin la miraba, y obviamente, creía más capaz a su jefe de mirarla como un objeto que a James, que siempre había sido todo un caballero con ella.

—Las mujeres sois... —alargó su mano de nuevo y acarició una vez más la mano de Emma— un regalo.

La joven se echó hacia atrás hasta que su espalda tocó el respaldo del asiento.

—Martin, no creo que esto esté bien.

—¿Esto? ¿El qué?

—Con lo que pasó con Sophie...

—Sophie —repitió él con acritud el nombre de la chica que había sido trasladada después de que denunciara su acoso—. Esa estúpida dijo que yo la había tocado sin su consentimiento. Mentir no está bien, Emma, ¿a que no?

—No, no está bien —negó ella, aunque sabía que su antigua compañera no había estado mintiendo. Puesto que no le gustaba por donde estaban yendo las cosas, prefirió cortar con aquello—: Creo que ya tengo todas las correcciones que tengo que hacerle al informe, así que me voy a marchar ya. Mañana a primera hora tendrás las correcciones en tu mesa.

Emma se puso en pie y Martin se apresuró a imitarla.

—¿Por qué no vamos a tomar algo juntos, Emma? Aún es temprano.

—Tengo... tengo cosas que hacer, lo siento.

—Tomémonos unas cervezas y te comentaré algunas cosas más que quiero que pongas en el

informe, ¿de acuerdo?

«No, no, no, no y no» se decía la joven mentalmente. Se lo habría espetado a Martin con gusto, pero sabía que no podía. Tenía que intentar salir de aquello sin una carta de despido en la mano.

—Tengo una cita, Martin. Y ya llegó tarde —miró su reloj para darle mayor credibilidad a la mentira.

—¿Qué te parece entonces quedar mañana?

—Pero si tengo que entregarte el informe mañana...

—Podremos tratar otros temas, como tu futuro en la empresa, por ejemplo.

Emma tragó saliva para disolver el nudo que se le había hecho en la garganta. Aquello había sonado a amenaza. Dibujó una amplia sonrisa en su cara, más falsa que un unicornio, y dijo:

—Claro, Martin. Mañana nos tomamos algo.

Salió del despacho de su jefe con la decisión más importante de su vida ya tomada. Y es que ni muerta iba a tomarse unas cervezas con aquel troglodita. De hecho, no pensaba volver a verle en su vida.

Los Ángeles y Atlanta estaban aproximadamente a la misma distancia del Ecuador, pero el hecho de que Los Ángeles tuviera playa y la capital de Georgia no, hacía que el clima pareciera totalmente distinto. Además, la gente de California y la de Georgia eran completamente diferentes en costumbres, humor e incluso en mentalidad. En California existía un culto al cuerpo inculcado desde la cuna que hacía que en las playas y alrededores pudieran verse todo tipo de personas con cuerpos esculturales haciendo deporte. Emma, al pasear por las playas de Santa Mónica tras su regreso, sintió que el verano ya estaba a la vuelta de la esquina por la poca ropa que llevaban muchas de las personas con las que se cruzaba, aunque aún quedaban un par de meses para verano. ¡Cosas de California!

Paseó junto a la playa, tomándose un helado mientras hacía tiempo para que su hermana Sarah saliera de trabajar. Todavía era lunes, así que hasta el día siguiente no tenía que ir a hablar con Sean y James, y hablar un rato con una de sus hermanas mayores no le iría nada mal. Además, tenía unas ganas tremendas de verla, pues desde que se había ido a Atlanta no la había visto salvo por videoconferencia y en la cena de Navidad.

Sarah tenía 35 años, era abogada y esperaba un bebé junto con su marido, un compañero de profesión del que estaba completamente enamorada pese a que se habían casado hacía ya 5 años y para ese entonces se suponía que el enamoramiento ya debería haberse acabado.

Habían quedado para comer frente al bufete donde Sarah trabajaba y aún le quedaban varias horas por delante, así que Emma decidió coger un autobús y acercarse a la zona de Hollywood. Paseó por el Paseo de la Fama, mirando los nombres de actores y cantantes escritos junto a las estrellas rosas que ocupaban toda la avenida. A mucha gente le daba igual pisar las estrellas, pero Emma iba paseando a su lado, respetándolas. Pasó también por delante de *Grauman's Chinese Theatre* siguiendo el Hollywood Boulevard y otros lugares emblemáticos de aquella larguísima avenida. Cuando aún le quedaba hora y media para la comida con su hermana, se montó en un autobús y se puso en camino, pues las distancias en una ciudad como Los Ángeles no podían medirse precisamente en minutos sino más bien en horas.

Cuando Emma y Sarah se encontraron, se fundieron en un fuerte abrazo.

—¡Qué bien te veo! —le sonrió Sarah—. Desde que no haces de Sue has engordado un poco y los kilos te quedan de maravilla.

—No hagas de mamá —protestó Emma, pues sabía que su madre en los últimos años se había preocupado bastante por su peso y siempre que se veían le decía que estaba demasiado delgada—. Aunque sé que en tu estado es difícil —añadió con una sonrisa tocándole la barriga.

—¡Sí! —Sarah se tocó también la abultada tripa—. Yo también he ganado unos cuantos kilos y a mí no me quedan precisamente bien.

—¡No digas bobadas! El embarazo te sienta genial. Tienes la cara... iluminada.

—Y las tetas gordas.

Ambas se rieron a carcajadas ante aquello.

—Por cierto, ya sé lo que va a ser.

—¿En serio?

—Para desilusión de Sam, vamos a seguir la tradición familiar de las Miller.

—¡Una niña! Qué bonito.

En su familia solía decirse que existía una «tradición», aunque más bien podía considerarse una «maldición» (o bendición, según se mirara), pues no podían hacer nada para evitarla. Y esa tradición era que las Miller solo tenían descendencia femenina. Las cuatro hermanas que Emma tenía eran la prueba de que aquel dicho tenía una base bastante fundada.

Se dirigieron al restaurante donde Sarah había reservado mesa para ambas y allí Emma le contó a su hermana que había dejado su trabajo en Atlanta porque su jefe acosaba a las empleadas y su próxima víctima iba a ser ella. Le contó también la propuesta que le habían hecho para convertirse en actriz.

—¿Y vas a aceptar?

—No lo sé, la verdad. Mañana iré a la reunión y veré qué me parece. Una vez me haya informado bien, decidiré qué hacer.

—Pero desembucha, algo tendrás pensado. ¿La balanza se inclina más hacia el sí o hacia el no?

—Pues... la verdad es que sería muy interesante poder hacer algo así, ¿no? ¡Dar vida en la gran pantalla a un personaje que me encanta! Y me han dicho que me van a pagar bastante bien y el dinero sabes que no me vendría nada mal...

—¿Has hablado con mamá de esto?

—No, todavía no.

—¿No suele llamarte los viernes?

Su madre llamaba cada día de la semana a una de sus hijas, sin contar los fines de semana. Los viernes era cuando solía llamar a Emma, y la semana anterior no había sido una excepción, pero la joven no se había atrevido a contarle nada de lo que había pasado.

—Sí, pero no quería preocuparla así que...

—Le mentiste.

—Omití algunos hechos.

—Mentira por omisión.

—¡No te pongas a lo abogada conmigo, Sarah! He venido a que me aconsejes.

—Y yo que creía que venías a verme a mí...

—Eso también, tonta.

—¿Y a Anna se lo has contado? —preguntó, pues sabía que Emma se alojaba en la casa que era propiedad de sus padres en Los Ángeles y que, por lo tanto, había tenido que ver a su hermana pequeña.

—No, claro que no. Es capaz de publicarlo en Internet.

—Pobrecilla, creo que deberías perdonarle ya su indiscreción. Era una cría cuando lo hizo.

—Ya, claro, y hace unos días una mujer de la productora Emotive Pictures llama a casa, pregunta por mí, y ella le da mi teléfono sin preguntarme a mí antes ni nada. Definitivamente sigue sin ser muy lista.

—¡Emma! No hables así de tu hermana.

—Además, diría que ha suspendido varias asignaturas este curso que llevo fuera.

—¿Por qué dices eso? —se preocupó Sarah. Desde que Emma se fuera a Atlanta ella había quedado encargada de echarle un ojo a Anna y pese a que sabía que la joven no era tan estudiosa como el resto de sus hermanas, no había visto indicio alguno de que sus estudios como psicóloga estuvieran yéndole mal.

—Hoy tenía varios apuntes encima de la mesa de la cocina. Algunos tenían la fecha escrita de cuando se imprimieron y vi que eran de principio de curso. ¿Por qué iba a estar estudiándose algo de lo que ya se ha examinado?

—¿Quizá repasaba para refrescarse la memoria?

—Podría ser, pero cuando le pregunté por el tema, fue muy esquiva y escondió enseguida los apuntes.

Sarah hizo una mueca.

—Le preguntaré al respecto. A mamá ni palabra, ¿eh?

—¿¡Me estás pidiendo que mienta por omisión!?! —se horrorizó Emma.

—Si vas a ser actriz, no deberías sobreactuar tanto, mona.

Emma se rió y después, poniéndose seria, preguntó:

—¿Tú me ves como actriz?

—La pregunta es si te ves tú.

Emma se encogió de hombros y dijo:

—Le he estado dando vueltas y no me desagrada del todo. El año pasado hice una sesión de fotos con James caracterizada como Emily, la protagonista de la película, y la verdad es que estuvo bastante bien.

—¿Y no tendrá ese tal James algo que ver con que dejar a un lado tu carrera como química y dedicarte a ser actriz te parezca una buena idea?

—No voy a «dedicarme» a ser actriz ni voy a dejar de lado mi carrera como química.

—¿A no?

—No. La idea es hacer esta película, y si gusta las dos siguientes, pero eso no quiere decir que vaya a dedicarme para siempre a ser actriz. Además, la preparación, el rodaje y las presentaciones seguro que me dejan tiempo para hacer otras cosas. Podría hacer un máster, por ejemplo. Seguir formándome.

Sarah la miró durante varios segundos y después sonrió.

—¿Qué? —interrogó Emma.

—Nada, es solo que estaba pensando... ¡líate la manta a la cabeza y hazlo! No te lo pienses. Si crees que puede salir bien y te apetece, ¡di que sí! Encontrar trabajo ahora mismo está bastante complicado y a ti te quieren contratar para una película de Hollywood. ¡Di que sí! Además, en la familia nunca hemos tenido una actriz, ¡es lo único que nos falta! Así que, hermanita, si crees que es lo que quieres hacer, ¡a por ello!

—¡Vaya! Has dejado de ser mamá para ser mi hermana. ¡Hola!

Sarah hizo una mueca.

—Mamá te diría lo mismo.

—¿Mamá me diría que me liara la manta a la cabeza y lo hiciera?

—Mamá te animaría a hacer lo que sientes que debes hacer. Eso es lo que siempre ha querido de nosotras: que pongamos el alma y el corazón en lo que hacemos para que seamos las mejores en ello. Al principio protestará y te preguntará si es que estás loca... pero una vez le digas que es lo que quieres hacer, te dirá que a por ello. Aunque recuerda que para dejarla contenta tendrás que ganar un Óscar.

Emma se rió ante aquello.

—Creo que eso va a ser difícil.

—Pues entonces tendrás que dejarla llorando en el cine.

—Eso quizá sí lo consiga.

Sarah alargó la mano por encima de la mesa y agarró la de su hermana con fuerza, dándole ánimos. Leyó en la cara de Emma que algo rondaba por su mente y al ver que ella no compartía sus preocupaciones, pidió:



—Venga, suéltalo.

La joven química miró a su hermana y no tuvo que preguntar a qué se refería. Sabía perfectamente que Sarah podía leer en ella como si fuera un libro abierto. Anna sería la psicóloga de la familia pero Sarah como buena abogada sabía detectar secretos y preocupaciones a distancia, y muy especialmente en sus hermanas.

—Mamá siempre odió mi trabajo como Sue. ¿Crees que verá la diferencia?

—Mamá no odiaba tu trabajo como Sue. Odiaba a Sue y tenía miedo de que te convirtieras en alguien como ella. Pero después vio que podías ser Sue y seguir siendo su hija encantadora y lista y dejó de preocuparse tanto.

—¿Dejó de preocuparse? —se rió Emma. Le resultaba imposible creerse aquello.

—Sí, lo creas o no, dejó de preocuparse tanto. No estaba del todo contenta con que hicieras de Sue, porque te obligaba a controlar mucho tu peso y a salir más de la cuenta, pero créeme cuando te digo que una vez se dio cuenta de que seguías siendo su pequeña Emma, a mí dejó de torturarme con que te tuviera controlada por si algo te pasaba.

Las dos hermanas se miraron durante varios segundos y después Sarah le sonrió:

—Haz que mamá vea que das lo mejor de ti en tu trabajo, sea cual sea, y ella será feliz. Se quejará, preocupará y te aleccionará, pero eso es lo que hacen las madres.

El martes a las once y dos minutos, Emma se encontraba en la recepción de un edificio de oficinas. Le había dado su nombre a la recepcionista y le había dicho que quería ver a Sean. Esta, tras hacer una llamada, le dijo que esperara un momento, que Sean bajaba en seguida. Apenas tres minutos después, Sean aparecía en el ascensor y se dirigía hacia Emma con una radiante sonrisa en su cara.

—No sabes cómo me alegro de verte —le dijo cuando estuvo lo suficientemente cerca, y en lugar de estrecharle la mano le dio un beso en la mejilla—. James estaba convencido de que vendrías, pero yo no estaba tan seguro.

—James me dijo que viniendo no me comprometía a nada. Solo me diríais algunas cosas más de esta locura que me estáis proponiendo. Así que tampoco perdía nada por escucharos, ¿no?

—Qué listo que es James. Aunque bueno, yo también podría haberte dicho eso si te hubieras dignado a contestar mis llamadas.

Pese a sus palabras, no parecía enojado sino divertido, y Emma hizo una mueca.

—¡Ups! Me has pillado. Aunque en mi defensa diré que no sabía que eras tú quien llamaba.

—¿No? ¿En serio? Porque diría que Amanda se presentó bastante bien como trabajadora de Emotive Pictures.

—Pensaba que te llamabas Sean, no Amanda ni Emotive Pictures.

Sean se rió, a la vez que con un gesto la invitaba a montarse en el ascensor con él.

—Tienes razón, con el interés que tenía en captarte debería haberte llamado yo directamente, aunque al menos hice bien llamando a James para que te hiciera una visita cuando vi que no dabas señales de vida.

—¿Dónde está James, por cierto? Me dijo que estaría aquí.

—Ha tenido que quedarse en Nueva York por cuestiones de trabajo, así que no podrá estar hoy aquí. Pero tranquila que yo podré solucionararte todas tus dudas, que supongo tendrás muchas.

—De hecho, solo tengo una duda que me atormenta.

—¡Vaya! Pues esto entonces va a ser mucho más fácil de lo que pensaba.

Ya habían salido del ascensor y habían llegado hasta una puerta del lado derecho del pasillo. Sean la abrió con una llave y ambos entraron a un despacho amplio y bastante luminoso donde todo era blanco, desde la moqueta a los muebles, pasando por los asientos y hasta la pantalla de ordenador que había sobre la mesa.

—Siéntate, por favor —le pidió Sean—, y cuéntame cuál es esa duda que te atormenta.

—Sue.

—¿Sue? De ella no tienes que preocuparte, Emma.

—Por supuesto que sí. ¿No crees que se cabreará bastante cuando le digan que se va a hacer una segunda película y que en lugar de a ella van a coger a su doble para hacer la película?

Sean se encogió de hombros.

—Se cabreará igual que cuando a una actriz la descartan de un casting y cogen a otra.

—Pero me queréis a mí porque queréis mantener su imagen en pantalla pero sin que ella salga realmente.

—No queremos mantener su imagen en pantalla, Emma, queremos mantener la imagen de Emily que ya habíamos creado en la anterior película para que a los espectadores no les cause rechazo el

cambio. La película ha conseguido sacar adelante la segunda parte por muy poco, pero con ese poco estamos hablando de millones de espectadores, Emma, y a varios cientos de miles de esos espectadores les ha gustado la adaptación e irán a ver la segunda parte, por lo que te necesitamos a ti para agradar tanto a los que disfrutaron con la primera parte, como a los que nos van a dar a regañadientes una segunda oportunidad con la secuela.

—Eso no evita que Sue vaya a cabrearse.

—No le tengas miedo a Sue, Emma. Si decides firmar el contrato, que espero que sí, contarás con todo el apoyo y protección de la productora. Pondremos a tu disposición abogados, especialistas en marketing e imagen... Todo lo que necesites. Juntos conseguiremos que cualquier cosa que Sue pueda hacer o decir no llegue ni a tocarte. Además, la productora y todo el equipo de la película intentarán quedar en buenos términos con Sue, por lo que si es razonable, ella no hará nada contra ti.

—¿Y sus fans? Me odiarán.

—¿Qué es una estrella de Hollywood sin gente que la odie?

—No es eso precisamente lo que quería oír —dijo Emma, aunque no pudo evitar reírse.

—Haremos que esto funcione, Emma —dijo él con seriedad—. Te lo prometo. No debes preocuparte ni por Sue ni por sus seguidoras porque estás con nosotros y nosotros te protegeremos y te ayudaremos. Además, dudo seriamente que Sue Johnson pueda suponer una amenaza para ti en su estado, tanto físico como cinematográfico. Las críticas contra ella han terminado de hundir su carrera y no se sabe cuándo saldrá de rehabilitación.

—Quizá tengas razón.

Sean sonrió ampliamente y después buscó algo en el primer cajón de su mesa.

—Mira, este sería tu contrato. No sé si has visto alguna vez un contrato de actor.

—No —negó Emma —lo que firmé para trabajar como doble de Sue puede que se pareciera, pero no creo que fuera igual.

—Bien, pues aquí tienes un auténtico contrato de actor. Tranquila, no quiero que lo firmes ahora, solo que lo tengas. En él aparece, por ejemplo, el dinero que recibirías por hacer de Emily en la película —abrió el contrato por la segunda hoja y le señaló una cláusula donde aparecía una cifra con cuatro ceros.

A Emma se le abrió la boca del pasmo al ver cuánto iba a ganar, aunque antes de alzar la mirada del contrato para mirar a Sean adoptó una expresión entre socarrona y desafiante.

—¿Crees que puedes comprarme, Sean?

—Espero que sí.

Se rieron ante aquello y continuaron hablando, largo y tendido, sobre la película. Emma tuvo oportunidad de preguntarle a Sean muchas otras dudas que tenía, y aunque estas no le preocupaban tanto como las relacionadas con Sue, las respuestas que Sean le dio consiguieron tranquilizarla y calmar inquietudes que ni siquiera era consciente que tenía.

—¿Y no me vais a hacer una prueba ni nada?

—¿Una prueba?

—Los actores suelen pasar por un casting para demostrar sus aptitudes interpretativas, ¿no?

—A ti ya te he visto actuar; de hecho, me hiciste pensar que eras otra persona distinta, por lo que sé que puedes hacerlo maravillosamente, y las pruebas de imagen ya las hiciste en la sesión fotográfica el año pasado. Eres nuestra Emily, Emma, no necesito un casting para asegurarme porque ya lo sé.

Cuando finalmente se despidieron, Emma llevaba bajo el brazo el guión de la película y el

contrato.

—El lunes por la mañana necesitaría una respuesta, Emma. Y te digo de corazón que espero que sea afirmativa —le dijo Sean a modo de despedida.

Emma llevaba varias horas en su cama, leyendo el guión de la película con detenimiento. Nunca había leído un guión cinematográfico antes y pensaba que podría leerlo en algo menos de tiempo que le llevaría ver la película, pero entre los encabezados, las descripciones, las acotaciones y todos los demás elementos típicos de un guión la lectura se le estaba haciendo bastante larga. Por suerte, se estaba divirtiendo bastante. Llegó incluso a coger el libro original, que tenía en uno de los estantes de su habitación, y a comparar las frases del libro con las del guión. Eran las siete y media de la tarde cuando, sintiendo que necesitaba hablar con alguien sobre el tema, no se le ocurrió nadie mejor a quien telefonar que a James. Buscó su número en la tarjeta de visita de Sean y lo marcó desde su móvil.

—¿Sí, dígame?

—¿James? Soy Emma.

—¡Emma, hola!

—¿Te pillo mal?

—No, no. Estoy ahora mismo en un descanso de la grabación. Dime, ¿qué querías?

—Estoy leyendo el guión de la segunda parte de la peli.

—¿En serio? Eso es genial. Sean me ha llamado en cuanto has salido de su despacho para hacerme saber que al final sí habíais ido. Estaba más ilusionado que un niño pequeño. —Se rió al otro lado de la línea—. Yo siento no haber podido estar allí como te dije, se me ha complicado el trabajo.

—No importa, tranquilo. ¿Tú has leído ya el guión?

—No, todavía no. Estoy liado con otros trabajos, pero bueno, he leído el libro, así que sé por dónde van a ir las cosas, ¿no crees?

—¡Pues yo estoy emocionadísima leyendo el guión! —confesó Emma.

—¿Pero entonces ya has dicho que sí? ¿Serás mi Emily?

Emma sintió que se derretía por dentro con aquello de «¿serás mi Emily?».

—¡Suen a propuesta indecente!

—Lo es, sobre todo si le suben un par de grados a la escena de sexo que hay en el libro.

A Emma se le aceleró el corazón. ¡Era verdad! Se le había olvidado, pero al final del libro Emily y O'Connor se acostaban. No se describía demasiado el acto, por supuesto, pues era una novela juvenil, pero en el set de grabación la cosa seguro que se ponía caliente, caliente. ¡Y más entre ellos dos!

—Pues... —dijo, procurando no mostrar toda la emoción y el deseo que sentía dentro—, todavía no he llegado a esa parte del guión.

Pasó las hojas del documento hasta encontrar la escena en cuestión. James, al otro lado del teléfono, no decía nada, hasta que de pronto comentó:

—Has ido a leer la escena, ¿ehhhh?

—¡Cómo me conoces!

Por el altavoz se oyeron risas y después silencio durante unos segundos.

—¿Y...?

—¿Y, qué?

—Que cómo es la escena.

—¡Ya la leerás!

—¿Me vas a dejar así, mujer?

—Venga, vale. Te leo una frase. O'Connor y Emily se miran a los ojos y se van acercando lentamente.

—Sigue.

—Se besan. Emily dice «Te quiero»; O'Connor dice, «Dilo otra vez»; Emily dice, «Te quiero, O'Connor».

—Pero hay tema o no hay tema —se impacientó James.

—Mmm... si por «tema» te refieres a tetas o culos, obviamente no, no hay tema.

—Psssss. Tengo que empezar a hacer películas para mayores, ¿eh?

—Tú sabrás lo que quieres hacer con tu carrera.

—Emma, tengo que dejarte. Mi descanso termina ya.

—De acuerdo, solo una cosa más.

—Dime.

—Esta semana voy a Nueva York. ¿Te apetecería que nos viéramos? Para preguntarte algunas dudas y eso.

Emma aguantó la respiración mientras esperaba la respuesta.

—¡Claro, sería estupendo! Cuando estés aquí me das un toque y quedamos.

—De acuerdo, James.

—Miss Potato.

Antes de que ella pudiera llamarlo Míster Testosterona, James colgó el teléfono.



Emma viajó a Nueva York porque allí vivían sus padres y había pensado que sería mejor contarles la noticia en persona. Por supuesto, hubiera sido más fácil hacerlo por teléfono, pues en una llamada si la cosa se ponía fea podía colgar, pero lo más decente por su parte era hacerlo cara a cara. Se dirigió al apartamento que sus padres tenían en Malcolm Boulevard, a no mucha distancia de Central Park. Allí no la esperaba nadie, pues sus padres estaban trabajando y no los vería hasta la hora de la cena, lo que aún le dejaba varias horas más para preparar su discurso.

La casa de sus padres era grande y espaciosa, con unos impresionantes ventanales que daban al amplio boulevard. Se olía a limpio y todo estaba perfectamente ordenado, por lo que la asistenta que se encargaba de la limpieza no debía haberse ido hacía mucho. Tras dejar sus cosas en su habitación, buscó el móvil y le escribió un mensaje a James para saber cuándo podían quedar. Éste, para su sorpresa, no tardó en contestarle, y lo hizo con un «Ahora. Estoy en Central Park, en el lago Harlem Meer, junto a la piscina». Sintió un placentero escalofrío, aunque era imposible que él supiera que la tenía casi al lado.

Sin responder al mensaje, Emma se protegió el cuello con un bonito pañuelo de colores y bajó a la calle, dirigiéndose hacia el parque más grande y famoso de la ciudad. En apenas diez minutos estaba en el sitio que James le había dicho y descubría que él no estaba allí por ocio sino porque estaba rodando una escena. Habían acordonado la zona para que los curiosos no se acercaran y cuando le dijo al de seguridad que James la esperaba, éste le dijo:

—Sí, ya, claro, claro.

Cruzándose de brazos, Emma intentó localizar a James entre todas las personas que había dentro del perímetro de seguridad pero no lo vio. ¡Ah, sí, allí estaba! Se encontraba en un aparte, sentado en una silla a bastantes metros de ella con una mujer retocándole el maquillaje. Iba vestido de una forma muy peculiar que la hizo sonreír. Cogió su teléfono y llamó al número de James. Éste no tardó en sacar algo de su bolsillo y llevárselo a la oreja.

—¿Emma?

—¿Un caballero de época con un teléfono? ¿Qué es, una película de viajes en el tiempo?

El actor comenzó a mirar hacia todos lados pero no la vio. La oyó reírse.

—¿Dónde estás?

—Aquí, con vuestro segurata, que no me deja pasar —dijo lo suficientemente alto para que el susodicho la oyera.

—¿Aquí? ¿Dónde es aquí?

—Mira a tu derecha, más, más, más... esa que menea el brazo como una posesa soy yo.

—¡Ya te veo! Espera, que voy.

Un minuto después, James estaba a su lado y el guardia de seguridad le franqueaba el paso a la zona de rodaje. Fue con el actor hasta la zona de maquillaje, donde la chica que le había estado retocando continuó con su trabajo.

—Has venido muy rápido —comentó James, con los ojos cerrados para que no le entrara polvillo.

—Estaba cerca. Pero no me habías dicho que vendría a verte grabar.

—Pensé que sería instructivo. Además, en una hora o así terminamos y si quieres podemos comer juntos.



—¡Estupendo! ¿Y de qué va la peli?

El actor le relató en unas pocas líneas el argumento de aquella película de época y remató su explicación con un:

—En la siguiente escena me matan.

—¿En serio?

—De un disparo.

—¡Qué guay, voy a ver cómo te matan!

—Parece que te gusta la idea de verme morir —se rió James.

En aquel momento una joven rubia que también iba disfrazada (o vestida, Emma no estaba segura de si podía considerarse que un actor se disfrazaba o simplemente se vestía) se sentó en una silla que había justo a James para que las maquilladoras se ocuparan de su aspecto.

—¡Hola, Jamie! —dijo con voz dulzona.

Y para disgusto de Emma, James le contestó con el mismo tono jovial:

—Hola, Samie.

La joven, ignorando por completo la presencia de Emma, le preguntó a su compañera de rodaje:

—¿Vendrás esta noche a la fiesta?

—Claro, no me la perdería por nada.

—¡Estupendo!

Emma no abrió la boca, mirando a aquellos dos con rostro serio. Una voz dentro de su mente la torturaba con retahílas de «tonta, tonta, tonta, tonta, tonta», pues sabía que aquello no debía molestarla, pero lo hacía. Entre ella y James no había nada. Él se lo había dejado claro, lo que pasó entre ellos solo pasaría una vez. Pero claro, ella había aceptado aquello porque pensaba que no volverían a verse nunca. Ahora las cosas habían cambiado y ver que James no solo era atento y cariñoso con ella sino con todas las féminas en general le molestaba bastante. Pero no tenía derecho ninguno a estar celosa. De hecho, no debía estarlo. No, no debía. Y no iba a permitirse estarlo. Además, ¿es que ella estaba enamorada de James? ¡Por Dios, no! Claro que no. Solo le caía bien y la atraía por su físico. No había nada más.

Se giró para mirar a su alrededor, embebiéndose de todo lo que veía a la vez que ignoraba la charla de aquellos dos, que hablaban sobre la fiesta a la que irían esa noche y que al parecer era una despedida para gran parte del elenco de la película. Intentó imaginarse cuál era exactamente el trabajo que hacía cada una de las personas a las que veía. Sin duda pronto tendría que familiarizarse con todo aquello.

«Si es que decides firmar el contrato» le dijo una vocecilla. Y es que tenía que admitir que ver a James flirteando con otra chica le había quitado bastante las ganas. Aunque debía sobreponerse a aquel sentimiento. «No seas tonta. ¿Es que acaso ibas a aceptar el trabajo por él? ¡No! Pues entonces te da igual lo que él haga o deje de hacer».

—Emma.

—¿Qué? —la joven se giró hacia James. Tan ensimismada estaba en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que él le había estado hablando.

—Que si te apetece venir a la fiesta esta noche.

«Sí, sí, sí» pensó la joven, pero después cayó en la cuenta de que tenía cena familiar y que le resultaría imposible ir. «Mejor» añadió su parte más sensata «solo estabas tan interesada en ir por James».

—Gracias por la invitación, pero ya tengo planes para esta noche.

Que tuviera que decir que no, no le quitaba que pudiera parecer misteriosa. ¿Quién tenía algo

mejor que hacer que ir a una fiesta con actores de Hollywood? ¡Pues ella, Emma Miller!

Aquella mañana, vio a James morir al menos nueve veces antes de que dieran la toma por buena. La grabación de una película era bastante lenta y pesada, y de hecho, a partir de la quinta vez que James cayó muerto sobre el suelo a Emma toda la escena comenzó a aburrirla enormemente.

—¿Cómo puede uno morirse bien o mal? —le preguntó a James cuando dieron por concluida la grabación—. Uno se muere y punto. No hace falta repetir tantas veces la escena.

El actor le echó un brazo por encima del hombro:

—¡Ya aprenderás a tener paciencia! Los directores son así, quieren repetirlo todo hasta que quede perfecto. Y conociéndote a ti y tu afán perfeccionista, seguro que serás más tiquismiquis que el propio Sean cuando te toque a ti ponerte delante de la cámara. Voy a quitarme todo esto y vuelvo, ¿vale?

Un cuarto de hora después James volvía a parecer un hombre del siglo XXI y juntos se acercaron a una hamburguesería para comer.

—¡Qué glamour! —exclamó Emma.

—¿Tienes algo en contra de las hamburguesas?

—No contra las hamburguesas, pero sí contra todo lo que les echan en sitios como este. ¡Pero oye! Que por un día no voy a morirme.

Ella se tomó una hamburguesa con patatas fritas mientras que él se pidió dos de cada. Tenía mucho cuerpo para mantener.

—Por cierto —dijo Emma, que no pudo aguantarse la curiosidad—, tu compañera de rodaje te ha llamado Jamie. ¿Por qué? ¿Es tu segundo nombre o algo?

—No, mujer. Me llama así porque debe creer que Jamie es diminutivo de James. Por eso la llamo Samie yo, porque se llama Samantha y según su lógica, Samie debe ser el diminutivo de Samantha.

—Ya decía yo que llamarse James Jamie era un poco raro.

Durante varios segundos estuvieron en silencio, saboreando sus hamburguesas.

—¿Entonces ya has firmado el contrato?

—Todavía no.

—¿Pero has tomado ya la decisión?

—Sí y no.

—¿Sí y no?

—Estoy convencida a firmar, pero debe ser que todavía no lo he interiorizado, porque cuando pienso en lo que estoy a punto de hacer me da vértigo.

James le sonrió.

—Es normal. Es un cambio importante en tu vida, pero piensa que de esta experiencia puedes sacar cosas muy buenas.

—¿Tú te lo pensaste mucho antes de decir que sí harías la saga?

—¿Si me lo pensé? ¡Claro que no! El milagro fue que me cogieran, no era cuestión de tentar más a la suerte. Además, Emma, hay gente que mataría por estar en tu situación, ¿lo sabes, verdad? Los actores suelen tener que luchar contra viento y marea para conseguir papeles decentes y a ti te han puesto una superproducción en bandeja.

—Por eso precisamente me da miedo.

—Pues que no te dé, Emma, porque tú no tienes nada que perder. ¿Qué la cosa no funciona? Pues nada, te vuelves a tu mundo de la química y listo. Con la película se te ha abierto una puerta sin que las demás se te hayan cerrado.

Emma le sonrió ampliamente.

—Eres demasiado profundo para ser actor.

—También soy filósofo.

—Ahora mismo más que filósofo pareces psicólogo.

—Como filósofo seguro que he pensado más que los propios psicólogos sobre la esencia del ser humano y nuestra existencia en este mundo.

—¡Venga ya! Confiesa, a ti te tocó el título universitario en una tómbola.

—¡Sí, hombre! Mi esfuerzo me llevó terminar la carrera. Aunque —recalcó—, he de admitir que desde que salí de la universidad mi cerebro hace lavados selectivos de información y a este ritmo en uno o dos años no sabré quienes fueron Sócrates, Platón, Aristóteles, Pitágoras y compañía.

Estaban ya a punto de terminar la comida cuando él preguntó:

—Por cierto, ¿qué te ha traído a Nueva York? Si puedo preguntar.

—Mi familia.

—¿Vive aquí?

—Mis padres y una de mis hermanas, sí.

—¿Sois de aquí?

—No, pero mis padres trabajan en Nueva York ahora. De hecho, mi padre es español.

—¿Español?

—Sí, de España. Europa —añadió. Localizar geográficamente España en Europa ya se había convertido en un hábito porque era consciente de que muchos estadounidenses no sabían mucho de geografía una vez los sacabas del mapa de Estados Unidos, aunque al menos Europa sí eran capaces de ubicarla al otro lado del mar.

—¿Eres española?

—No, soy estadounidense. Nací aquí, en Los Ángeles. Pero mi padre es español y tengo mucha familia en España. De hecho, todas mis hermanas y yo tenemos nombres españoles.

—¿Emma es español? Porque conozco a más de una Emma.

—Vale, me has pillado, no es español, pero me refería a que tenemos nombres que en España se pronuncian casi igual: Emma, Anna, Sarah, Ruth y Rebekah.

—Espera, repite eso.

—Nos llamamos Emma, Anna, Sarah, Ruth y Rebekah.

Conforme iba enumerando a sus hermanas James iba levantando dedos de su mano derecha.

—¿Sois cinco hermanas? ¿En serio?

—Sí.

—¡Mi paraíso! Yo quiero poder vivir con cinco tías.

—De paraíso nada. Yo lo describiría más bien como la Tercera Guerra Mundial.

—Pero eso es porque eres chica. Si fueras chico no dirías lo mismo, créeme.

—Créeme tú a mí. Si llega a nacer un chico en mi familia, se hubiera fugado de casa en cuanto hubiera aprendido a andar.

Se rieron juntos ante aquello y después, al terminar con sus respectivas comidas, se dirigieron a la salida.

—¿Te quedan muchos días de grabación aquí en Nueva York?

—No. De hecho, hoy era el último día. De ahí la fiesta de despedida.

—¡Cierto! Si te han matado.

—En el cine nunca se sabe. Podrían rodar la escena de mi muerte y al día siguiente ponerse con la de mi nacimiento...

—¿Pero entonces la fiesta es para despedirte?

—Sí, bueno, a mí y a otro montón de gente que se va hoy. A partir de mañana solo grabarán los protagonistas de la peli. Algunas escenas de interior y listo. Va a ser una fiesta bastante multitudinaria, me temo, con actores figurantes y todo. ¿Seguro que no quieres venir?

—Imposible. Tengo que cenar con mis padres y cuando lo hacemos todos juntos solemos hacerlo tarde, costumbre española.

—Podrías apuntarte con la fiesta ya empezada, no pasa nada.

—¿Por qué tienes tanto interés en que vaya?

—Quiero que firmes el contrato y enseñarte todas las cosas buenas que podrías tener si firmas creo que podría motivarte.

—¿Piensas motivarme llevándome a fiestas?

—Hollywood puede ofrecer unas fiestas espectaculares.

—Pues lo siento, pero no me ganarás con ese tipo de «pros».

—¿No?

—No. A Sue Johnson, probablemente; a mí, no.

—¿Y qué te seduce a ti, Emma? —preguntó con un tono de voz provocativo, acercándose a ella—. ¿Con qué puede comprársete?

«Contigo» pensó la joven, recordando cómo se había replanteado todo el tema del contrato cuando se dio cuenta de que entre ambos nunca podría haber nada. Por supuesto, no dijo aquello en voz alta. En su lugar, afirmó tras pensar durante varios segundos:

—Con desafíos nuevos. Con retos. Me gusta ponerme a prueba a mí misma, aprender cosas nuevas.

—¡Bueno! Pues de eso puedo darte. Bueno, yo no, la película. Si no me equivoco lo primero que vas a hacer va a ser aprender a dar tortas.

—Sí, Sean me dijo que si acepto, la semana que viene empezaré con mi preparación física.

—*Wiiiauuu* —James hizo un movimiento con las manos como si fuera un karateka y aquello hizo reír a Emma—. Probablemente tu monitor sea Jack. ¡Ese hombre es la leche! Eso sí, muy estricto. ) no le importan los moratones ni las agujetas.

Emma hizo una mueca.

—Quizá no me gusten esos desafíos. Siempre he sido más de desafíos mentales.

—¡Ah, lo siento! Has pedido retos, y los retos tienen que ser siempre cosas nuevas, así que...

James sacó su móvil del bolsillo, que había comenzado a sonar. En la pantalla iluminada podía verse una foto de una chica joven sacando la lengua y el nombre de «Susan».

—Mi hermana —se disculpó James, separándose de Emma para hablar. Un minuto después volvía a su lado—. Lo siento, pero tengo que marcharme corriendo. Mi hermana se ha hecho un esguince de muñeca jugando al baloncesto y voy a ir a recogerla para llevarla a casa.

—Vaya, espero que se ponga bien pronto.

—Seguro que sí. Por cierto, me has preguntado si voy a estar grabando más días aquí en Nueva York y te he dicho que no, pero eso no quiere decir que no vaya a estar aquí. Voy a tomarme algunos días libres y me quedaré aquí con mi familia. Si quieres que quedemos o cualquier cosa, solo tienes que mandarme un mensaje, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

James alzó un brazo para llamar la atención de un taxi que pasaba cerca de ellos en ese momento y, cuando vio que se detenía, se despidió de Emma con un beso.



—¿Cómo que te han ofrecido un trabajo como actriz? ¿Y cómo que vas a decir que sí? —en el tono de su madre sin duda había sorpresa, pero no de la buena. Parecía cabreada.

—Es que quiero decir que sí, mamá. Me apetece hacerlo.

—¿Cómo que te apetece? ¿Y tu trabajo, cariño? ¡Habías encontrado un puesto en lo que te gustaba!

—Tampoco me gustaba tanto, la verdad. El tema de la farmacología no es ni remotamente lo que me imaginaba.

—¡Pero era en lo tuyo!

—¿A qué vienen estas voces? —interrogó en aquel momento su padre, entrando en el salón.

—¡Tu hija, que ha dejado el trabajo y dice que va a ser actriz!

—¿Emma? —preguntó Óscar a la vez que se sentaba junto a su mujer, mirando a su hija para que se explicara.

Óscar y Julie eran, según Emma, la pareja perfecta. Tenían 56 y 54 años respectivamente y la impetuosidad de su madre se veía domada por la paciencia y diplomacia de su padre, que no se alteraba bajo ninguna circunstancia. Él tenía el pelo blanco, pues había renunciado a tintárselo hacía muchos años, y ella tenía una larga melena negra igual que la de su hija. O quizá fuera más apropiado decir que Emma tenía una melena como la de su madre.

—Me han ofrecido un puesto como actriz y voy a decir que sí —explicó la joven, mirando a su padre.

—¿Pero y tu trabajo?

—¡Dice que no era lo que esperaba! —intervino Julie—. ¡Se ha sacado una carrera para descubrir que la química no es lo que esperaba!

—Julie, cariño, déjala que se explique —intentó tranquilizarla su marido.

Emma miró a sus progenitores y supo que el único modo que vieran bien aquel cambio en su vida era haciéndoles ver que no había vuelta atrás, que no podía regresar a su trabajo. Se estrujó los dedos, nerviosa.

—Veréis, mi jefe... Bueno, digamos que no era... digamos... bueno.

—¿A qué te refieres?

—Él... —la joven se sentía avergonzada contando aquello—. Digamos que ya le han dado más de un toque de atención por cómo trata a sus empleadas. Y todo apuntaba a que yo iba a ser la siguiente.

Durante los segundos de silencio que siguieron, sus padres procesaron lo que acababa de insinuar la chica.

—¡Emma, hija! —su madre se levantó y se sentó junto a ella en el sofá, sujetándola entre sus brazos como si quisiera cerciorarse de que su hija estaba bien—. No te habrá hecho nada.

—No dejé que llegara a eso, mamá —negó la joven, reconfortada entre los brazos de Julie.

Óscar chascó la lengua con cara de disgusto. Se puso en pie y fue hasta el minibar, donde se sirvió un dedo de whisky y se lo bebió de un trago.

—¿No denunciaste? —interrogó.

—No, porque como os he dicho, no llegó a nada denunciabile. Solo insinuaciones y amenazas veladas del estilo de «sal a cenar conmigo y hablemos de tu futuro en la empresa». Pero las

grabaciones que hice se las pasé a una compañera de trabajo antes de irme, por si las necesitaran.

—Ay, mi niña. —Julie la besó en la sien.

—Uno no puede fiarse de nadie —suspiró su padre, sentándose de nuevo en el sofá, frente a su mujer y su hija.

Emma se quedó callada. Pensó que quizá con aquella bomba se hubieran olvidado de lo del tema de la película y ella no iba a insistir en ese momento, pero no tuvo suerte.

—¿Y vas a pasar de una empresa con un jefe pervertido a la industria de la perversión por excelencia? —interrogó su padre.

—¡El cine no es perversión, papá!

—¿Ah, no? Fiestas, drogas... la mayoría de los actores ni han terminado su educación básica.

—¡Eso no es verdad! Hay gente muy inteligente en el cine, incluidos actores. Esta mañana por ejemplo he estado con un compañero de rodaje y es muy buena persona y muy listo. ¡Incluso tiene la carrera de Filosofía!

—¿Filosofía? ¿Un actor?

Para otras muchas personas aquel tipo de estudios podría no haber significado nada, pero para el padre de Emma eran todo un punto a favor de James, pues él había estudiado Ciencias Políticas en la época en la que Filosofía, Filología y otras ramas de humanidades formaban un extraño aglomerado en las asignaturas de Ciencias Políticas.

—Sí. Y es muy buena persona, te lo prometo. Lleva varios años dedicándose al cine y a las series y no es un drogadicto ni un alcohólico... ¡es una persona normal!

—¿Pero cómo se te ha ocurrido lo de que quieres ser actriz, hija mía? —interrogó Julie al ver que su marido no decía nada.

—No se me ha ocurrido a mí. Me lo propusieron.

—¿A ti? ¿Por qué? ¿Quién?

—El año pasado hice de Sue Johnson en varias entrevistas y reportajes fotográficos. El director de la película me conoció y me quiere en la segunda parte.

—¡Oh, no! —Julie se puso en pie. La preocupación por su hija había desaparecido, absorbida por algo mucho más importante—. Sabes que odio a Sue Johnson. Si este trabajo tiene algo que ver con ella...

—Me lo han dado por mi trabajo como doble de Sue, pero ella ya no tiene nada que ver. Yo entro en la película porque a Sue la han echado.

Pero su madre no quería entrar en razón y negaba con la cabeza mientras se paseaba por el salón sobre sus zapatos de tacón.

—Esa chica no me gusta nada. Y tu trabajo para ella me gustaba todavía menos.

—Ya no voy a trabajar para ella, mamá. Ahora trabajaré para Emotive Pictures, una productora solvente, seria y profesional. Ya conozco también al director, se llama Sean y es atento y muy profesional. Seguro que habéis visto algunas películas suyas.

Emma dijo tres títulos de películas que Sean había dirigido y su padre asintió levemente, reconociéndolas. Su madre, no obstante, seguía paseándose por el salón.

—Quiero que invites a tu amigo ese, a tu compañero de rodaje, a cenar.

—¿Qué invite a James a cenar? ¿Para qué?

—Para conocerle.

—¿Para conocerle? ¡Ni que yo estuviera en la secundaria y él fuera el chico que me va a llevar al baile!

—Emma —intervino su padre, alargando la mano y cogiendo la de su mujer para frenar así su

paseo infinito por el salón; la hizo sentarse a sulado—, tu madre y yo nos quedaríamos mucho más tranquilos si pudiéramos conocer a ese actor, a... —hizo memoria— James.

—No creo que él quiera venir a cenar con mis padres, la verdad. ¡Qué situación tan incómoda!

—¿Incómoda, por qué? No nos comemos a nadie.

—No, solo vais a hacerle un montón de preguntas.

—Por favor, Emma.

La joven resopló, pensando en cómo iba a convencer a James de que cenara con ella y sus padres.

—¿Mañana te parece bien? —presionó su padre.

—¡No lo sé, no lo sé! Dejadme que le pregunte, que algo tendrá que decir él al respecto, ¿no creéis?



—¡James! —exclamó Emma, aliviada, al descolgar el teléfono y saber que era el quien estaba al otro lado de la línea. Lo había estado intentando localizar desde el día anterior y no había tenido suerte hasta entonces.

—Hola, Emma. Acabo de ver todas tus llamadas. ¿Ha pasado algo?

—No, no, tranquilo, no ha pasado nada. Siento haberte llamado tantas veces, pero es que tenía que hablar contigo.

—Pues dispara.

—Sé que ya es un poco tarde y quizá tengas planes pero...

—Claro que sí —asintió él, divertido al notar que ella estaba nerviosa.

—¿Claro que tienes planes?

—No, que claro que quiero cenar contigo.

Emma se quedó con la boca abierta, sintiéndose interiormente halagada. ¡Qué predisposición!

—Estu... estupendo. Pero...

—¿Pero?

—Es que verás, sé que va a sonar muy raro, pero mis padres quieren conocerte.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Les he contado lo de la película y tienen una idea algo fea de los actores y del mundo del cine. Les he hablado de ti, de que eres buena gente, y me han dicho que quieren conocerte.

Durante varios segundos solo hubo silencio entre ambos.

—Emma, yo lo siento pero... no, no puedo cenar con tus padres. Uno de los motivos por los que no tengo novias es precisamente para no conocer a sus familias.

—Sé que te estoy pidiendo mucho, pero es que... Dijiste que querías que firmara el contrato, ¿no? Pues necesito que hagas esto por mí.

—Eres mayor de edad, Emma, no necesitas la autorización de tus padres para hacer nada.

—Pero que ellos no estuvieran en contra lo haría todo muchísimo más fácil. Por favor...

Lo oyó suspirar al otro lado de la línea.

—Me tendrás que pagar por esto.

—¿Cuánto?

—No en dinero. Ya veremos en qué me lo cobro.

—De acuerdo. ¡Gracias, gracias, gracias! La cena es a las nueve en mi casa.

—¿A las nueve? Qué tarde.

—Horario español, ya te lo dije. Y tienes que ponerte guapo; con unos vaqueros oscuros y una camisa es suficiente.

—¿Algo más?

—Sí. Necesito que parezcas una persona bastante formal.

—Define formal.

—Nada de hablar de las fiestas de Hollywood, ni de cualquier otro tipo de exceso.

—Vamos, como si fuera a cenar con mis suegros.

Emma hizo una mueca compungida, aunque sabía que él no podía verla. Por el tono serio de él y su última frase sabía que el plan no le gustaba nada. Y la verdad es que no era para menos.

—Sí, pero sin novia.

—¡Pues vaya! Le quitas la mejor parte: la chica.

—James, muchas gracias.

—No me las des, que esto me lo cobraré. Y obviamente, aunque tus padres no queden contestos, firmarás el contrato. Sí o sí.

—De acuerdo.

A las nueve menos cuarto de la noche, un hambriento James llegaba a la dirección que Emma le había dado y accedía al edificio. En cuanto cruzó la puerta vio un portero que lo miraba desde el otro lado de una alta mesa.

—Buenas noches —dijo James.

—Buenas noches, caballero. ¿Puedo ayudarle?

—Voy a cenar a casa de los Miller.

—¿Los Miller? ¡Ah, sí! La señorita Julie Miller, me han dicho que le esperábamos. Puede subir por los ascensores, allí los tiene.

—Gracias.

Mientras avanzaba hacia el ascensor, James marcó el número de Emma en su móvil.

—Dime, James.

—¿A qué me has dicho que se dedicaban tus padres?

—No te lo he dicho, ¿por qué?

—Pues porque estoy ya en tu edificio y ¡madre mía! ¿A qué se dedican tus padres?

—Pues mi madre CEO en una empresa de aquí de Nueva York y mi padre es cónsul general.

—¿Cónsul? ¿Cónsul general de qué?

—Cónsul general de España en Nueva York.

Durante unos segundos Emma no oyó nada al otro lado de la línea, hasta que finalmente:

—¿Me estás diciendo que voy a cenar con una directora ejecutiva de una empresa de aquí de Nueva York y con el maldito cónsul general de España en Nueva York y no me habías avisado?

—No creí que fuera importante.

—¿En serio? He comprado una botella de vino de 20 dólares para cenar con un cónsul general. De hecho, ¿qué narices es un cónsul general? ¿Hay un cónsul no general o algo?

—Sí, claro, hay cónsules de cultura, cónsules adjuntos... Y por el vino no te preocupes. Es el detalle lo que importa.

Lo oyó resoplar, por lo que prefirió no comentar nada.

—Bueno, pues ya estoy delante de tu puerta. ¿Me abres o llamo?

—Llama y yo te abro.

James tocó el timbre una única vez. Apenas un segundo después una apresurada Emma le abrió la puerta enfundada en un bonito vestido blanco de punto que le llegaba por encima de las rodillas. El pelo le caía suelto sobre los hombros en bonitas hondas y una bonita sonrisa adornaba su cara. Pese a que estaba nervioso, James no pudo evitar sonreírle.

—Hola, Emma.

—Hola, James. Pasa, por favor —dijo haciéndose a un lado para dejarle entrar.

Él, vestido con unos vaqueros oscuros, una camisa de cuadros azul que pese a ser bastante formal le quedaba genial y una chaqueta, entró con una botella de vino en una mano y un ramo de flores en la otra.

—¿Son para mí? —interrogó Emma, sorprendida.

—De hecho, no. Son para... usted —dijo él, mirando por encima del hombro de Emma y dedicándole una sonrisa a alguien que se acercaba. Esta se giró y vio que eran su hermana Rebekah

y su marido John.

—Esa no es mi madre —le susurró Emma, pero era tarde, pues Rebekah había escuchado el comentario.

—¿Pues qué edad aparento? —interrogó, mirándolo con fijeza y con una sonrisa forzada nada halagüeña.

—Rebekah, no seas dura. Está nervioso el pobre.

—Además, cariño, tú siempre aparentarás 29 —intervino su marido.

Acercándose a James, le tendió la mano, y este, tras apoyar el ramo en su otro brazo como si fuera un bebé recién nacido, se la estrechó.

—James, estos son mi cuñado John y mi hermana Rebekah —les presentó Emma—. John, Rebekah, este es mi compañero de trabajo James. Y aquí vienen mis padres. Óscar y Julie.

Esta vez sí, James le entregó el ramo a la madre de Emma y la botella de vino a su padre. Apurado, vio cómo el padre de Emma miraba la etiqueta de la botella con una sonrisa agradable. Esperaba que entendiera tan poco de vinos como él, aunque siendo un cónsul era poco probable.

—Oh, qué atento. Muchas gracias por las flores y el vino —dijo la madre de Emma.

—Gracias a ustedes por la invitación.

—Por favor, pasa. Siéntete como en casa.

Los seis se dirigieron hacia el interior de la casa. El comedor, el salón y la cocina compartían el mismo espacio, conformando una estancia amplia y diáfana. Se dirigieron a la zona de la cocina y se posicionaron en torno a la isla que esta tenía frente a la encima. Había varias copas de vino y una botella ya empezada.

—Emma, sírvale a James una copa —pidió su padre—. Y James, espero que me disculpes, pero puesto que ya habíamos empezado una botella, guardaré la que has traído para otra ocasión.

—Por favor.

Emma se apresuró a obedecer a su padre y cogiendo una copa vacía de un estante, le sirvió a James un poco de vino.

—Espero que te importe que hayamos empezado a beber si ti —dijo Julie, colocándose junto a James—. Rebekah y John se han apuntado a cenar, nos hemos puesto a hablar y nos hemos despistado.

—Está bien, no pasa nada —sonrió James y le dio un sorbo a su bebida. Estaba en tensión, aunque hasta ahora todos estaban siendo muy amables con él.

—Sí, Rebekah y John no tenían nada mejor que hacer un viernes por la noche que venir a cenar a casa de sus padres cuando ya cenaron ayer también aquí —comentó Emma, dedicándole a su hermana una mirada acusadora.

—No todos los días va a casa de tus padres un actor de Hollywood —replicó esta, poniendo sobre la isla varios platos de comida—. Aunque bueno, visto lo visto, quizá a partir de ahora todas las Navidades tengamos a una actriz famosísima sentada a la mesa.

—Como Sarah me dijo, una actriz es lo último que faltaba. Una cirujana, una violonchelista profesional, una abogada, una química-actriz y una psicóloga. ¡Todas las Miller reunidas!

Al oírla hablar, James comprendió por qué Emma era tan perfeccionista y por qué quería dar siempre lo mejor de sí misma en todo: sus hermanas le habían puesto el listón muy alto y desde que nació había tenido que luchar por destacar.

—Chicas, chicas —llamó su atención Óscar—, que para Navidad aún queda mucho y el protagonista de esas fechas siempre es el pavo. Toma, James, prueba esto. Es jamón serrano, típico de España.

El actor cogió un trozo de fiambre del plato que Óscar le acercó y se lo llevó a la boca.

—Buenísimo —dijo tras saborearlo.

—Los españoles estamos muy orgullosos de él.

—Y del aceite de oliva —añadió Julie.

—Y del fútbol —remató Emma.

—Y de los toros —aportó Rebekah.

—Puaj, no me gustan los toros —negó su hermana—. Es maltrato animal convertido en fiesta nacional. Me acuerdo de cuando el abuelo me llevó a ver una corrida y eché la pota encima de una señora calva.

—¡Emma, esa boca! —la conmino su madre.

—Perdón. Me acuerdo cuando el abuelo me llevó a ver una corrida de toros y regurgité todo lo que había ingerido durante ese día sobre la cabeza de una señora con una cabeza poco poblada.

Su madre puso los ojos en blanco y James sonrió, controlando su risa a duras penas. Emma lo miró y le guiñó un ojo. Parecía querer atraer la atención hacia ella para desviarla así un poco de James. El actor cogió otro trozo de jamón del plato a la vez que miraba a su alrededor.

—Tenéis un piano —comentó al ver el elegante instrumento contra la pared opuesta, al otro lado del salón.

—Sí —asintió Óscar—. Todas nuestras hijas han estudiado música en honor a mi madre, que hizo carrera como cantante. Una de mis hijas, de hecho, es violonchelista profesional, como ya ha comentado Emma antes. La música y las matemáticas están muy relacionadas y ambas son materias muy buenas para desarrollar el cerebro.

—Según mi maestro, para tocar el piano se necesitaban más unos dedos entrenados que un cerebro desarrollado.

—¿Sabes tocar? —se sorprendió Óscar.

—Un poco. Pero mire estos dedos, —enseñó una de sus fuertes manos y todos los presentes se la miraron. A Emma le parecieron muy sexys, con aquellas venas marcadas que hablaban de fuerza y energía— no son dedos de pianista.

—¿Y eso quién lo dice? ¿Ese profesor tuyo que pensaba que eran más importantes los dedos que el cerebro a la hora de tocar música? —preguntó Óscar. Le puso una mano en el hombro a James—. Ven, aún queda algo de tiempo para que la cena salga del horno, vamos a ver tus habilidades al piano.

—¡Papá! Vamos, no pongas en un aprieto a James —pidió Emma.

—No pasa nada, Emma —le sonrió el actor para tranquilizarla, aunque después le hizo un gesto con la cabeza para que les acompañara y no lo dejara a solas con su padre.

Los tres juntos cruzaron el salón mientras Julie, Rebekah y John se quedaban donde estaban, apurando el plato de jamón. Al llegar junto al piano, Óscar levantó la tapa y tocó un par de notas, haciéndolo sonar. Emma fue hasta un mueble que había junto al piano y sacó una carpeta con multitud de partituras. Se sentó en la banqueta frente al piano, justo en el centro para no dejar hueco a James. A su padre le gustaba verla tocar, si conseguía distraerle lo suficiente quizá se olvidaría de que había ido hasta el piano con la intención de hacer tocar a James. No obstante, el actor le pidió que le hiciera hueco.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Emma entre dientes, lo suficientemente bajito para que su padre, a apenas un metro de ellos, no la oyera.

—No te preocupes —replicó James, y ojeó las partituras que Emma iba pasando—. ¿Cumpleaños feliz? ¡Qué nivel!

—Sí, estoy enseñándole a mi nieta a tocar —replicó Óscar—. Seguro que cuando oiga el piano viene corriendo, está viendo la tele en mi despacho.

Mientras Emma seguía pasando hojas, James llevó sus manos al piano y comenzó a tocar de cabeza una melodía que Emma no reconoció al momento pero que después le hizo sonreír, ¡la intro de la Warner Bros!, y seguidamente una canción que tampoco reconoció al momento. Su padre la sacó antes que ella:

—¿La canción principal de Forrest Gump? —interrogó.

Lucía una sonrisa sincera en su boca y una expresión de sorpresa en su cara. Emma lo miró durante varios segundos y después miró el rostro de James, que estaba concentrado en las teclas y el movimiento de sus manos.

Pasó a otra canción y en aquella ocasión padre e hija la reconocieron al momento:

—¡Piratas del Caribe!

James sonrió y siguió tocando. Cuando estaba dando las últimas notas, miró a Emma sonriente. Esta sintió una fuerte presión en el pecho y le sostuvo la mirada mientras las manos le temblaban ligeramente. Unos segundos después, James se giró hacia Óscar.

—Soy bastante cinéfilo, espero que disculpe la poca variedad temática.

—¡Para nada! Me ha encantado, James. Y a Helena también, ¿verdad que sí?

James giró un poco más el cuello y se encontró con una niña de no más de ocho años que lo miraba, pegada a la pierna de su abuelo. Esta asintió enérgicamente a la pregunta de Óscar.

—Me han dicho que sabes tocar la canción de «Feliz cumpleaños» —dijo James, mirando a la niña—. ¿Es cierto?

La chica asintió y el actor le sonrió. Después se volteó y miró a Emma.

—¿Te importa? —preguntó, haciendo un gesto con la mano que indicaba que quería que se levantara.

Ella, sorprendida, se puso en pie y James ocupó su puesto, palmeando el espacio caliente que había dejado su trasero para que la niña se sentara en él.

—Escuchemos ese feliz cumpleaños.

Halagada por la atención que James le estaba prestando, Helena se sentó a su lado sonriendo de oreja a oreja y llevó sus manos al piano, comenzando a tocar con dedos seguros las notas de la canción que le había pedido.

—¡Bravo! —aplaudió James cuando la niña terminó, y a él se unieron Emma y Óscar.

—¡La cena ya está lista! —anunció Julie entonces, y todos se pusieron en pie y se dirigieron a la cocina para ayudar a llevar hasta la mesa varios platos con aperitivo.

En el centro, coronando la mesa, pusieron un amplio recipiente de cerámica con una lasaña que olía a las mil maravillas y que todavía burbujeaba. Se tomaron el aperitivo mientras la lasaña se iba enfriando lentamente en el cuenco.

—Bueno, y James, cuéntanos. ¿Qué hace exactamente un actor? —interrogó Óscar, que estaba sentado en la cabecera de la mesa con su mujer justo en frente.

—Como sé que es lo que le preocupa, le voy a contar qué va a hacer su hija una vez firme el contrato. ¿Le parece?

—Por favor.

—Bien. La grabación está previsto que comience el mes que viene, así que en cuanto Emma firme el contrato, comenzará con un entrenamiento físico específico, pues su personaje es una guerrera y necesitamos que esté en forma. Ese entrenamiento se alargará aproximadamente un mes y se compaginará con una instrucción de combate cuerpo a cuerpo y defensa personal. En la

pantalla sus movimientos deben parecer reales y por ello necesita aprender a hacerlos, no simplemente fingir que sabe hacerlos. Después, comenzará la grabación. Un día normal nos levantamos a las cinco o seis de la mañana, pasamos por maquillaje y vestuario, y a eso de las siete, ocho comenzamos a grabar. Grabamos durante cinco horas, o al menos estamos en el estudio durante cinco horas, pues hay muchas pausas para repasar las tomas grabadas, retocar maquillaje, preparar escenarios y demás. Tras esas cinco horas hay una pausa para comer de una hora aproximadamente y volvemos a engancharnos para echar otras cinco horas. Por contrato podemos trabajar un máximo de diez horas, aunque a veces la cosa se alarga. Tras eso se cena y nos vamos a la cama bien temprano para estar en pie a las cinco sin ojeras y con mucha energía.

Todos lo habían estado mirando mientras hablaba y cuando terminó, se quedaron en silencio durante varios segundos, procesando todas sus palabras. Aquella detallada información era nueva también para Emma, aunque ella sabía perfectamente que la vida de un actor no era tan alocada como su padre creía.

—Parece un horario bastante razonable —comentó Óscar, sin duda impresionado—. ¿Pero y las fiestas? ¿Esas para cuando se dejan?

—Cenas y otros eventos sociales se suelen dejar para el tiempo que hay entre que se termina la grabación y uno se va a la cama, aunque durante el periodo de grabación no suele haber casi fiestas. Una grabación resulta bastante agotadora. Cuando tenemos que asistir a más fiestas suele ser durante el periodo de promoción de la película. Y ya cada cual, por supuesto, hace con su vida lo que quiere cuando no se encuentra trabajando en ninguna película.

Emma asintió, dándole la razón, y miró a sus padres, que en aquel momento intercambiaban una mirada antes de volver a mirar a James con una sonrisa agradable. La cosa estaba resultando mucho mejor de lo que Emma hubiera podido esperar. Con los regalos, el piano y la formalidad de James para hablar parecía que el actor iba a conquistar a sus padres.

—James, ¿de dónde eres? —interrogó Helena, que estaba sentada junto a su madre, al otro lado de la mesa que ocupaban Emma y James.

—De aquí, de Nueva York.

—¿De Nueva York? —La niña levantó una ceja, haciendo sonreír al actor, que recordó a Emma haciendo el mismo gesto.

—Sí, ¿por qué?

—Porque los actores siempre sois guapos pero en mi colegio todos los chicos son feos. ¿Seguro que eres de Nueva York?

—Sí, Helena —sonrió éste—. Nací aquí. No hay ninguna fábrica de actores ni nada por el estilo.

—¿Y tú y mi tata ya os habéis acostado?

Emma, que en aquel momento se llevaba un trozo de lasaña a la boca, se atragantó. James le palmeó la espalda para que no se ahogara.

—¡Helena! —le riñó Julie—. ¿Cómo preguntas eso?

—Mamá le dijo ayer a papá que los actores son unos promiscuos y que...

—¡Helena! Suficiente —dijo Rebekah, acalorada por la indiscreción de su hija.

Emma le lanzó a su hermana una mirada asesina, pero esta no se atrevió a devolverle la mirada.

—Pero cariño, ¿tú sabes lo que significa la palabra promiscuo? —interrogó Óscar, que tenía a la niña a su mano derecha.

—Se lo pregunté a papá hoy —dijo la niña, mirando a su padre, que pese a estar avergonzado, al menos sí se atrevía a mirar a su hija—, y después de preguntarme que de dónde había aprendido esa palabra, me dijo que ser promiscuo es que se duerme con mucha gente. Y por cómo me lo dijo

tenía que referirse a dormir como hacen en las películas, desnudos y moviendo las sábanas, no como cuando yo duermo con el primo.

Ante la razonada explicación de aquella niña que era demasiado lista, nadie se atrevió a decir nada y se produjo un incómodo silencio que duró casi un minuto mientras todos se concentraban en sus platos de comida.

Pero la niña tenía otra cosa guardada en su cabecita para ponerlos a todo en tensión. Cuando terminaron de cenar y estaban llevando las cosas a la cocina, Helena se acercó a una estantería donde su abuelo tenía varias enciclopedias y con cierto esfuerzo sacó un gran tomo que apoyó en el suelo y abrió buscando una imagen en concreto. Cuando la encontró, volvió a coger el libro y con cuidado, lo llevó hasta el centro del salón, donde todos se habían sentado en los sofás, y colocó la enciclopedia abierta en el regazo de James, que la miró sorprendido.

—¿Dónde está España? —interrogó la niña, y todos se la quedaron mirando sorprendidos.

—¿Cariño, qué haces? —le preguntó su madre, que se había enderezado en el sofá, sentándose muy cerca del borde por si tenía que saltar hacia su hija en cualquier momento.

—Quiero que me diga dónde está España —respondió la niña, mirando a James con una sonrisa, ajena a la tensión que había en el salón.

—¿Por qué, Helena? —quiso saber Óscar.

—Es la tradición.

—¿La tradición?

—Se lo hiciste a papá, ¿no? Papá siempre le cuenta a todos sus amigos que la primera vez que cenó con vosotros le sacaste un mapa y le hiciste señalar dónde estaba España. Dice que se lo haces a todos los novios de tus hijas y quien no pasa la prueba, no puede ser de la familia. Si James quiere ser el novio de la tía Emma, tiene que pasar la prueba.

Todas las miradas se posaron de nuevo en John y Rebekah, que aquella velada no salían de un apuro para caer en otro.

—Cuando empiecen a comercializar los bozales para niños Rebekah se hace accionista de la empresa —comentó Emma en medio de la tensa situación.

El silencio se prolongó durante varios segundos hasta que James carraspeó a la vez que miraba el mapa.

—A ver... España es muy antigua y de allí llegaron los que descubrieron América, ¿no? ¿Has estudiado ya eso en el colegio? —le preguntó a la niña.

—No, pero el abuelo me lo ha explicado.

—Tienes un abuelo muy listo. Bien, pues si de España vinieron los que descubrieron América, descartamos toda esta zona de aquí —dijo señalando el continente americano—. Y nos queda un buen trozo todavía. A ver, Emma, mírame.

Esta obedeció. Ya lo estaba mirando mientras hablaba con la niña, pero en aquel momento alzó los ojos hasta los suyos.

—Tu tata es demasiado blanquita para ser de aquí —dijo señalando África—. Así que descartamos este trozo también. Y tampoco tiene los ojos así —dijo achinándose los ojos con los dedos—, así que creo que podemos descartar también esta zona. Aunque no estoy seguro, porque a veces cuando se cabrea hacia así —entornó los ojos mirando a Helena— y los ojos se le achinan. Quizá tengáis algo de sangre asiática.

La niña se rió ante aquello y Emma no pudo por menos que sonreír. Miró un momento a su padre y vio que también esbozaba una ligera sonrisa con los ojos fijos en James. El actor volvió a girarse hacia ella y Emma fijó su atención de nuevo en él.

—Y tu tata tiene los ojos muy, muy azules, así que seguro que nació en algún sitio rodeado de agua.

Helena lo miró, entusiasmada, sin notar el disparate que James acababa de decir.

—Así que... —el actor movió en el aire su dedo índice y lo dejó caer en el mapa—. Aquí está España.

—¡Noooo! —La niña se partió de risa—. ¡Eso es Inglaterra!

—¡Vaya, vaya! Pues entonces aquí —cambió su elección y, esta vez sí, posó su dedo en la península ibérica.

—¡Sí, ahora sí! Pero has tardado mucho, y encima te has equivocado una vez. No sé si al abuelo vas a gustarle como novio de Emma.

—Por suerte, cariño —intervino la joven, cogiendo a la niña y sentándola en sus rodillas para que dejara de acosar a su amigo—, James no es mi novio, solo un compañero de trabajo.

—Pues a mí me gusta para novio.

—¿Tuyo o mío?

—Tuyo. Mi mamá no me dejaría tener un novio tan mayor.

—También es verdad.

Tras aquel incidente, Rebekah y John no tardaron en coger a su hija y marcharse, por si acaso a la niña le daba por volver a abrir la boca y dejarlos en feo una vez más. Minutos después de que su hermana se fuera, Emma consideró que el pobre James ya había tenido suficiente y, mirando la hora en el reloj de pared que había en el salón, atrajo la atención de todos sobre lo tarde que se había hecho. Apenas dos minutos después, James y Emma salían por la puerta, uno para marcharse y la otra para acompañarlo hasta abajo.

—Siento todas las situaciones violentas que ha habido —le dijo la joven en cuanto se quedaron solos.

—¡Pero mujer, si ha estado muy bien! La que debe haberlo pasado mal es tu hermana.

Emma se rió ante aquello y James se le unió.

—¡Merecido se lo tiene la muy bocazas! Por ser cirujana se cree que es la mejor del mundo.

—Bueno, ¿y crees que tus padres han quedado contentos y que te darán su apoyo en lo de la película?

—¿Sinceramente?

—Por supuesto.

—Creo que hasta te adoptarían ahora mismo si se lo propusiera.

—Bien. Entonces ya no tienes excusa para no firmar el contrato.

—Creí que tenía que firmarlo sí o sí a cambio del favor que me has hecho al venir.

—Pero ahora lo harás con más motivo.

Habían llegado ya a la planta baja y se dirigieron hacia la puerta. El conserje había desaparecido y la puerta estaba cerrada, pero Emma le dio a un interruptor en un lateral para que el acceso se abriera.

—Por cierto, ¿puedo seguir llamándote al móvil o...? —la joven dejó la frase suspendida en el aire.

—Puedes llamarme cuando quieras, claro.

—No, si me refería a que como lo has tenido desconectado todo el día, quizá lo tenías roto o algo.

—Oh, no. Está en perfecto estado. Es solo que me lo olvidé en el hotel de Samantha.

Emma se sintió como si le hubieran echado un jarro de agua fría encima. Mientras bajaba de su



casa se sentía en una nube, no solo porque todo hubiera salido bien con sus padres sino porque, sinceramente, ella también adoptaría a James si pudiera, pero las palabras de él habían conseguido que le costara hasta respirar.

—¿Samantha? —preguntó, fingiendo indiferencia.

—Sí, Samie, mi compañera de rodaje. La viste el otro día.

—Ah, sí, ya me acuerdo. No sabía que estabais juntos.

—No estamos juntos. Yo no tengo novias, Emma, ya te lo dije —él se giró para mirarla a la cara

—.Y eso me recuerda que quizá deberíamos hablar de lo nuestro.

—¿Qué nuestro?

—Cuando nos acostamos lo hicimos pensando que no volveríamos a vernos, pero ahora eso ha cambiado y bueno... no quiero que haya situaciones incómodas entre nosotros.

—¿Situaciones incómodas? ¿Te parece que cuando estoy a tu lado me siento incómoda? —interrogó. Sentía un puñal clavándose en su pecho más y más hondo con cada palabra que decía—. Para nada.

—Yo también me siento muy a gusto a tu lado y por eso precisamente es por lo que quiero que no haya malentendidos entre nosotros. Me caes demasiado bien, Emma.

—No va a haber malentendidos —negó la chica, forzando una sonrisa que le quedó bastante natural—. Ambos teníamos claro que lo que pasó sería cosa de una sola noche. Ambos estuvimos de acuerdo. Y ya está. No tenemos que hablar del tema ni nada.

—Perfecto.

—Perfecto.

—Buenas noches, Emma —se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, James.



El lunes por la mañana, Emma le entregaba el contrato firmado a Sean y este, en respuesta, le daba un abrazo a la vez que empezaba a respirar tranquilo después de varios meses.

Al día siguiente, la joven comenzaba su entrenamiento físico con Jack. Tres horas diarias de ejercicio más dos horas en la que aprendía movimientos de defensa personal y ataques. Durante una semana no se quejó, recordando las palabras que James había dicho delante de sus padres: tenía que aprender los movimientos, interiorizarlos para que resultaran creíbles en la película. Pero aquel entrenamiento era diez veces peor que el que Emily vivía en el libro, salvo porque en la ficción las peleas eran hasta que alguno de los dos rivales quedaba inconsciente y con Jack era hasta que Emma quedaba tirada en el suelo. Una de las veces que el monitor la derribó sobre el tatami, Emma se quedó allí despatarrada, mirando el techo.

—¿Estás bien? —interrogó Jack, apareciendo en su campo de visión.

—Estoy viva, si a eso te refieres. Pero no puedo moverme más. Tengo agujetas sobre las agujetas. Moratones sobre los moratones. No puedo más.

Jack la miró con seriedad desde su metro noventa y Emma hizo una mueca.

—Lo siento —se disculpó—, he intentado aguantar, lo prometo. Pensaba que las agujetas se me pasarían, pero no hacen más que aumentar y aparecer en sitios en los que ni siquiera sabía que se podían tener agujetas. Necesito descansar un poco, por favor.

—Claro, no hay problema. La verdad es que me tenías impresionado y empezaba a pensar que no eras humana.

—¿En serio?

Emma se sentó sobre el tatami al oír aquello, haciendo una mueca al sentir punzadas en la espalda y el estómago. Jack, que iba vestido con una camiseta negra en sisas y unos pantalones deportivos, se sentó a su lado.

—Llevamos una semana y no te he oído quejarte ni una sola vez. La gente suele empezar a lloriquear al tercer día de trabajo, cuando les empiezan las agujetas. Eso si no se quejan con el primer golpe en el suelo.

Bebió de una pequeña botella de agua que llevaba en la mano y después se la pasó a Emma. Esta, sin importarle que él hubiera chupado, bebió también, tomándosela toda.

—Te compraré otra —se disculpó.

—De hecho, tengo una idea mejor. ¿Por qué no vamos a tomarnos algo?

—¿En serio?

—Claro; el entrenamiento ha terminado por hoy.

Ágilmente, él se puso en pie y le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie, gesto que Emma agradeció, pues tiró de ella y la joven apenas tuvo que hacer uso de sus músculos para incorporarse. Fueron hasta sus respectivos vestuarios y un cuarto de hora después, tras una ducha rápida, se encontraban a la salida del gimnasio.

Aquel día, Emma descubrió que Jack, además de entrenador, era el coreógrafo de la película. Y no coreografía precisamente bailes, sino las peleas. Los movimientos que le iba enseñando a Emma a ejecutar con precisión correspondían a movimientos que después tendría que repetir frente a las cámaras. Le contó que en una semana llegarían otros compañeros de rodaje a los que tendría que enseñar también los distintos movimientos. Se despidió de ella escribiéndole en un papel varios

medicamentos que podría comprar en la farmacia y que la ayudarían con sus dolores y su cansancio.

Cuando no estaba entrenando con Jack, Emma se dedicaba a ver películas y a empaparse de sus actuaciones, repitiendo después escenas frente al espejo de su baño para ver si conseguía que sus expresiones transmitieran los sentimientos adecuados. También había memorizado el guión de tantas veces que se lo había leído. Aprovechó para releerse también los libros y meterse más todavía en el mundo postapocalíptico que se retrataba en los libros y las películas. Pero no todo podía ser entrenamiento y preparación, y una tarde que sentía la cabeza embotada y espesa, llamó a unos amigos de la facultad para saber si seguían por la ciudad y podían salir a tomar algo. Al final salió con cuatro compañeros a tomarse unas cervezas y unas pizzas mientras recordaban viejos tiempos.

Días después, al llegar al gimnasio, se encontró con una cara conocida esperándola. Lo reconoció no solo porque aparecía en la película en un papel secundario sino porque había cenado con él tras la sesión fotográfica en la que se hizo pasar por Sue. Era un amigo de James, pero no se acordaba de cómo se llamaba.

—¡Hola, Emma! —la saludó él como si la conociera de toda la vida—. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí, claro, cenamos juntos. Además, te he visto en la peli.

—Qué calladito os lo teníais en la cena. Ya me ha contado James que ese día la que hizo de Emily para la sesión fotográfica fuiste tú.

—Sí.

—Pues no te pareces mucho a ella, la verdad —dijo evaluándola con la mirada.

—¿No? Porque diría que dijiste de mí que hacía de una Sue pero con seso.

—¿Yo dije eso?

—¿James no te ha dicho que fui yo también la que hizo de Sue en la conferencia, esa conferencia en la que te pareció que Sue actuaba menos tonta de lo normal?

—Yo no voy contando por ahí todos tus secretos, cariño —dijo de pronto una voz detrás de Emma.

—¡James! —exclamó contenta al verle, y fue a abrazarle—. ¿Qué tal estás?

—Listo para pegar unas cuantas tortas.

—Eso espero —intervino Jack, que acababa de llegar.

Aquel día fue mucho más entretenido que los otros, aunque debía reconocer que las clases con Jack, aunque duras, habían sido muy interesantes. Pero claro, con compañía el tiempo se le pasó mucho más rápido y puesto que no era la única que tenía que aprenderse las coreografías de puñetazos, bloqueos, patadas y caídas, se divertía mucho más. Eran cuatro personas en total, James, John (James le dijo a Emma que su amigo se llamaba así cuando esta le preguntó por Ic bajini), una chica llamada Rose que curiosamente también se llamaba Rose en la película, y ella. Emma comenzó su secuencia de movimientos con John, a cámara lenta al principio, hasta que pudieron hacerlo a una velocidad razonablemente rápida. En aquella secuencia, Emma tenía que ganar la pelea y John acabar tirado en el suelo, pero tras cuatro veces de tirarse al suelo al final de cada serie, John comenzó a decir «y ahora me caigo» en lugar de caerse de verdad.

Después le tocó con James.

—¿Lista para que te dé una paliza?

—Lo mismo pregunto —replicó Emma, poniéndose en posición de defensa como le había enseñado Jack.

James sonrió e imitó a la joven en la postura.

—¡Dejaos de juegos! —les riñó Jack—, que si no me equivoco ambos habéis firmado una clausula en vuestros seguros en la que afirmáis que no haréis nada arriesgado ni peligroso durante el tiempo que dure el rodaje y la promoción de la película.

—¿En serio? —interrogó sorprendido James.

—¿No te lees la letra pequeña de las cosas que firmas? —preguntó Emma, que sabía perfectamente que en el seguro que le habían hecho firmar junto con el contrato aparecía la cláusula que Jack mencionaba y que afirmaba que en caso de que sufrieran un percance practicando deportes de riesgo o haciendo una actividad peligrosa que no estuvieran directamente relacionada con el rodaje el seguro no se haría responsable de los gastos derivados del tratamiento médico ni de cualquier modificación o retraso que tuviera que hacerse en la grabación.

—Claro que no. ¿Quién se lee la letra pequeña?

—Yo.

—Pero tú eres una empollona, no cuentas.

—Yo también leí esa cláusula, tío —dijo John, colocándole una mano en el hombro derecho—. Y la de la restricción de sexo también.

—¿De qué hablas?

—¿Te refieres a esa en la que se dice que no se pueden mantener relaciones sexuales 24 horas antes de cada grabación? —intervino Emma.

—¿24? En el mío ponía solo 12.

Emma hizo una mueca y balanceó el dedo índice señalándose a sí misma y a James.

—Supongo que la restricción de las 24 horas solo es para él y para mí porque somos los protagonistas.

James miró a uno y a otro con una sonrisa en la boca.

—¿De verdad creéis que me voy a creer una gilipollez tan grande?

—No es una gilipollez —negó Emma—. Yo le pregunté a Sean por qué estaba ahí la cláusula y me explicó que las aseguradoras se basan en distintos estudios médicos y estudios sobre mortalidad para añadir o quitar clausulas en sus seguros. Factores de riesgo como ser fumador o tener un coche potente hacen que se tenga que pagar más por contratar el seguro.

—¿Y desde cuándo el sexo es malo?

—Desde que se ha descubierto que un 86% de los actores y actrices de Hollywood afirman ser promiscuos y un 72% confiesa hacerlo ocasionalmente sin ningún método de protección. Las enfermedades de transmisión sexual se están expandiendo como la pólvora entre los actores: clamidia, gonorrea, sífilis y SIDA son, por ese orden, las enfermedades más frecuentes.

Ante aquella retahíla de datos, todos se la quedaron mirando fijamente. Durante varios segundos nadie dijo nada hasta que Emma no pudo aguantar más tiempo y se echó a reír a carcajadas. John la secundó y Jack también se rió. James, los miró a todos con ojos furibundos.

—No me lo he creído.

—¿Ni un poquito al final? —interrogó Emma—. Por la cara que has puesto diría que sí. Además, basta con ponerse serio y soltar unas pocas cifras y datos para que la gente se crea lo que estás contando.

—A mí me has dejado pasmado —intervino John—. Aunque los datos que dicho no eran muy creíbles. ¿Solo un 86% de los actores son promiscuos? ¡Ja! Yo diría que el 99,9999999%. ¿Y qué coño es la clamidia? Nunca había oído hablar de ella. ¿Es de verdad una ETS?

—Sí, lo es.

—Venga, ya, no más cháchara —cortó Jack—. Que os gusta mucho hablar y poco trabajar. Tenéis

coreografías que practicar.

Aquel día terminaron para la hora de la comida y se fueron todos juntos a comer. Tras aquello, James y ella se dirigieron en el coche de James a los estudios de grabación, donde habían quedado con Sean para hacer unas pruebas de fotografía y de vestuario. El director los esperaba junto con una chica muy alta y pelo muy corto que les estrechó la mano cuando llegaron a su lado.

—Emma, James, esta es Lisa, que se va a encargar del marketing digital de la película.

Y la mujer estaba allí no solo para que la conocieran sino para informarles de ciertos aspectos de la difusión digital de la película en los que ellos tenían que involucrarse.

—Os hemos creado a cada uno una cuenta en *Instagram* que necesitamos que mantengáis actualizada a lo largo de todo el rodaje y la promoción de la película.

—No me gusta airear mi vida privada en las redes sociales —replicó James.

—No tenéis por qué decir nada de vuestras vidas privadas. Podéis subir cosas relacionadas con la película y el rodaje. Consideramos que con unas dos fotografías a la semana se mantendría el interés de la gente. Os ayudaremos a mantener ese ritmo en caso de que no lleguéis, aunque la mayor parte de la gente que entra a *Instagram* le coge el gustillo y acaba subiendo más.

—¿Nos ayudaréis a mantener el ritmo? ¿Cómo?

—Si vemos que no llegáis, os enviaremos propuestas de publicaciones sobre la película para que las subáis a vuestras cuentas.

—¿Y se supone que por arte de magia una horda de fans de la película va a empezar a seguir nuestras cuentas de Instagram? —interrogó James, que seguía receloso con todo aquel tema.

—Vamos a lanzar una campaña bastante fuerte de marketing online que será como una red de muchos puntos interconectados entre sí. Vosotros seréis dos puntos de esa red y el resto de puntos señalarán a vosotros a la vez que vosotros señaláis hacia los otros puntos.

Emma miró a Sean y después a James, que parecía igual de perdido que ella. Pero puesto que a ella le gustaban las cosas prácticas, no dudó en qué pregunta debía hacer:

—Y eso en nuestro día se traduce en...

—Os lo iremos contando poco a poco —intervino Sean—. Vosotros no tenéis que preocuparos de nada, salvo de intentar hacer esas dos publicaciones de *Instagram* a la semana. Con el resto de cosas os guiaremos nosotros, como ahora mismo, que os van a hacer una prueba de maquillaje y vestuario a los dos y os van a grabar durante todo el proceso.

—¡Yupi! —le susurró James a Emma en el oído cuando Sean y Lisa echaron a andar hacia los camerinos.



Antes de pasar por maquillaje, los sentaron en sendos butacones blancos de diseño. Un cámara los esperaba y en cuanto se sentaron, encendió los focos que había instalado frente a ellos y James y Emma tuvieron que parpadear varias veces para ajustar los ojos a la nueva y cegadora luminosidad.

—Chicos, estos son Johana y Liam —dijo Lisa señalando al cámara y a una joven que había a su lado—. Se encargarán de preparar los vídeos que vamos a compartir en las redes sociales sobre el rodaje y la producción. Lo que queremos ahora de vosotros es hacer un vídeo en el que os presentéis. Va a ser un cuestionario de preguntas y respuestas rápidas. Queremos que contestéis con una o dos palabras y sin pensar. ¿De acuerdo?

—Bla.

Todos miraron a James.

—¿Bla? —preguntó finalmente Emma.

—Si quieren que responda sin pensar, eso será lo más inteligente que salga de mi boca.

—Mientras no sea «beeeeee».

James soltó una carcajada y todos los presentes se rieron también. Lisa les pidió el móvil a los dos para instalarles y configurarles *Instagram* mientras les hacían la entrevista. Se sentó por detrás de Johana y Liam, concentrándose en los móviles al momento. La entrevista comenzó con Emma.

—Nombre completo.

—Emma Miller.

—Edad.

—23.

—Lugar de nacimiento.

—Los Ángeles.

—Personaje al que interpretas en la película.

—Emily.

—Describe a Emily en una palabra.

—Valiente.

—Descríbete a ti en una palabra.

Ante aquella pregunta Emma no supo qué responder y se quedó durante unos segundos callada. Todos la miraban, incluido James, y ella intentaba pensar una palabra con la que describirse, pero no le venía ninguna a la cabeza en aquel momento.

Vio de pronto que James se acercaba a ella y decía con voz masculina y sugerente:

—Sexy.

Después se giró hacia la cámara y añadió:

—Inteligente. Divertida. Perfeccionista. ¿Algo más que te venga a la cabeza? —interrogó de nuevo girándose hacia Emma—. Así sin pensar.

—Beeeee.

—¡Bien dicho! Choca esos cinco —y levantó la mano derecha para que Emma se la entrecocara.

Le hicieron algunas preguntas más a las que Emma sí pudo contestar rápidamente y después le pidieron que, señalando por encima de su cabeza, dijera su nombre de usuario en *Instagram* y pidiera a la gente que la siguiera. Después entrevistaron a James, que cuando llegó a la pregunta



de que se describiera con una palabra dijo:

—Máquina sexual.

—Eso son dos palabras —no pudo contenerse Emma.

—Vale. Pues, maquinosexual —replicó sin hacer pausa entre ambas palabras.

Cuando terminaron la entrevista, Lisa se acercó con sus móviles y se los dio con la aplicación con la que tenían que familiarizarse ejecutándose. Empezó a explicarles el funcionamiento, pero en lugar de prestarle atención, James trasteó los botones hasta que en la pantalla cargó la cámara de su móvil y le echó una foto a Liam y Johana, junto con sus cámaras y focos.

—James, te agradecería si me prestaras atención —le riñó Lisa.

—Esta es la primera foto que quiero subir a *Instagram* —replicó él, tendiéndole su móvil—.

Explícanos usando esta foto cómo se hace todo.

Un minuto después, tras aplicarle varios filtros a la foto, la primera instantánea que subió James a su cuenta iba acompañada de la frase «Luces, cámaras, acción. Entrevista ON».

—James —llamó Emma, enfocándole a él con su móvil—, dedícame tu sonrisa de ligar.

Este obedeció a la vez que señalaba la cámara con un gesto que parecía querer decir, «ey, nena». Emma subió la foto a la red social acompañada de «La gran maquinosexual. Sí, todo junto. Así es James.» y añadió la dirección de la web donde iban a subir todos los vídeos y fotos de la película para su promoción.

—¡Perfecto! —sonrió Lisa. Sospechaba que aquellos dos iban a cogerle el gustillo a la aplicación enseguida.

Había llegado la hora de pasar por vestuario y maquillaje, en ese orden. Aunque antes les hicieron una foto de cuerpo entero en el mismo sitio donde les habían hecho la entrevista, con un fondo blanco resplandeciente. La ayudante de la encargada de vestuario llegó en aquel momento y los guió hasta sendos camerinos, donde los esperaban las ropas que los caracterizarían como sus personajes. Emma se desnudó, se puso la camiseta blanca y se metió los pantalones. El corazón comenzó a latirle con rapidez cuando se dio cuenta de que los muslos a duras penas le entraban en los pantalones y que era incapaz de subirse la cremallera.

—No, no, no, no.

Metió todo lo que pudo su casi inexistente barriga y la cremallera subió hasta la mitad, pero no consiguió abrocharse el botón.

—Joder.

Se miró al espejo, respirando con dificultad, y entonces recayó en otra cosa. Se probó la chaqueta de tela negra que le habían dejado y pese a que le entraba bien por los brazos y le venía bien de espalda, cuando intentó subir la cremallera, no consiguió que le subiera del pecho.

—Mierda, mierda, mierda.

En aquel momento, y tras dar tan solo un toque en la puerta, entró la ayudante de vestuario.

—¿Es que no sabes llamar? —le espetó Emma.

—Lo siento, yo... he tocado.

—¿Y has esperado respuesta?

—No, yo... lo siento.

La joven ayudante, sorprendida, no supo qué hacer y dio media vuelta, cerrando la puerta tras de sí. Emma cerró los ojos con fuerza, inhaló profundamente y después, corrió como pudo hasta la puerta.

—Oye —llamó a la chica, que se alejaba pasillo adelante—, lo siento. No debí hablarte así. Pasa, por favor, necesito ayuda.

La chica, que no se atrevía a mirarla a los ojos, volvió sobre sus pasos y entró de nuevo en el camerino. Emma cerró en cuanto la tuvo dentro.

—Tengo un problema con la ropa —confesó.

La chica, que seguía sin mirarla a la cara, estudió con ojo experto su cuerpo y las ropas que llevaba.

—Te faltan dos tallas de pantalón —dijo, sin necesidad de tocarla— y otra de pecho. Todo este vestuario se hizo a medida para Sue. Supongo que habrá que ajustarlo para ti. Avisaré a Anna.

—No, no —Emma le cogió a la chica las manos y le suplicó—, no le digas nada a tu jefa, por favor.

—Pero tenemos que ponernos manos a la obra para que tengas vestuario con el que rodar...

—¿No podrías soltarme tú un poco el pantalón de la cintura para que me cierre? —interrogó.

—Los muslos también te están muy tirantes. Debe de costarte moverte.

—Ahora mismo solo los necesito para unas fotos en las que voy a estar de pie. Con que me cierren me vale. Antes de que empiece el rodaje prometo volver al peso de Sue. Con estas semanas de entrenamiento físico me he confiado y he comido más de la cuenta.

—¿Y el pecho? —interrogó la ayudante.

—Me dejaré la chaqueta sin abrochar para la sesión fotográfica y para el rodaje me pondré el sujetador reductor que tengo. Siempre me ha permitido ponerme la ropa de Sue sin problemas.

—¿Seguro? —la chica la cogió por la pechera y tiró un poco de ella. Dubitativa, la miró finalmente a la cara—. Te falta una talla.

—Hace un tiempo hice una sesión de fotos con este mismo vestuario y me entró sin problemas llevando el sujetador. En cuanto me lo ponga y siga la dieta estricta, podré ponerme todo el vestuario de Sue y vosotras no tendréis que hacer ningún retoque. ¿Pero me puedes ayudar con el pantalón ahora? Por favor.

—Claro —la chica finalmente le sonrió—, déjame el pantalón mientras te maquillan y te lo arreglo.

—Muchas gracias. ¿Cómo te llamas, por cierto?

—Becka.

—¿De Rebecka? Pues tengo una hermana que se llama igual que tú —le sonrió—. Muchas gracias, Becka, te debo una.

Emma pasó a maquillaje, donde ya estaba James. Pese a que él apenas si necesitaba caracterización, las maquilladoras pasaron bastante tiempo con él, pues los focos de las cámaras HD comían mucho y las fotos que iban a subir eran de gran calidad y en primer plano. A Emma, mientras tanto, le pusieron la peluca y comenzaron a maquillarla. Para cuando terminaron con ella, Becka ya tenía listo el pantalón y Emma pudo ponérselo sin problemas, aunque seguía quedándole muy ajustado y tenía dificultades para andar. Para cuando dieron por concluida la sesión, era casi la hora de cenar y James le propuso a Emma que fueran a cenar juntos, pero esta se excusó diciéndole que ya había quedado con alguien para cenar. Era mentira, pero no podía ir a cenar con él porque cenar involucraba comer y tras ver que no cabía en los pantalones no le apetecía nada de nada llevarse algo a la boca.

Cuando llegó a su casa, se acostó directamente, pero a eso de las tres se desveló con un hambre atroz. Dio vueltas por la cama hasta que a las cuatro no pudo aguantar más y fue hasta la cocina, donde cogió lo primero que pilló: un paquete de galletas de chocolate que le encantaban a su hermana Anna. Para cuando fue a darse cuenta, se había comido el paquete entero.

—Mierda —dijo en voz alta, horrorizada ante lo que acababa de hacer.

Se limpió con energía las migajas que se le habían quedado en la comisura de los labios y escondió el paquete vacío en lo más profundo de la basura. Sin dejar ni rastro de su delito en la cocina, se dirigió al baño y de forma casi automática se metió los dedos en la boca y se provocó una arcada. Vacío su estómago en el retrete a la vez que una película de sudor le cubría el cuerpo.

La puerta del baño se abrió y apareció su hermana Anna, adormecida pero preocupada.

—¿Estás bien, Emma?

—Sí, algo que he cenado me ha sentado mal —mintió—. Pero ahora que está fuera me siento mucho mejor. Acuéstate.

—¿Seguro?

—Sí, sí, acuéstate, por favor. Siento haberte despertado. Estoy perfectamente.

Algo dubitativa, Anna cerró la puerta del baño y volvió a su habitación. Emma, que seguía arrodillada frente al lavabo, abrió el grifo de la ducha, que era el que tenía más cerca, y dejó correr el agua para que camuflara el sonido del llanto que en aquel momento trepaba por su garganta y sus lagrimales.

Durante la semana siguiente, Emma estuvo silenciosa y de bastante mal humor con todo el mundo. James intentaba gastarle bromas durante los ensayos de las coreografías pero nada conseguía hacerla reír. Le preguntó en varias ocasiones si le había pasado algo, pero ella negó incluso que estuviera comportándose de manera inusual.

—Con lo poco que nos conocemos, ¿cómo puedes saber siquiera si estoy rara o no lo estoy? ¡A lo mejor soy así! —le espetó un día, cerrando después de un portazo.

Pero James no era el único que notaba algo raro en ella. Jack también podía ver claramente que algo estaba cambiándole el humor de Emma. Y no solo el humor. La joven tenía mucho menos energía y se agotaba mucho antes durante las tablas de ejercicios que tenía que hacer de buena mañana.

Había pasado una semana completa desde que Emma vomitara su tentempié nocturno cuando durante el ensayo de una de las coreografías la joven se desplomó en el suelo acolchado en pleno ejercicio y sin que nadie la tocara.

—¡Emma! —gritó James, que era con quien estaba ensayando.

Las demás personas de la sala no tardaron ni cinco segundos en llegar a su lado. Jack se arrodilló también a su lado y le sacudió la cara a la vez que decía:

—¡Emma, despierta, Emma!

La joven parpadeó, recobrando la consciencia, y lo primero que vieron sus ojos fueron las caras preocupadas de James y Jack.

—¿Me oyes, Emma?

—Sí. ¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado —explicó Jack.

—¿Me he desmayado? —La joven se sentó con la ayuda del actor y el monitor.

—Sí. ¿Cómo te sientes?

—Bien —contestó ella, aunque lo cierto era que seguía mareada.

—Vamos a llevarte al hospital —dijo Jack, y sin casi esfuerzo, la cogió en brazos y se puso en pie.

—¿Qué? No, no hace falta. Estoy bien.

—Te has desmayado en una de mis clases. Yo decido si vas al hospital o no.

—Pero estoy bien, Jack.

—Eso lo dirá el médico.

Hora y media después, el médico que había atendido a Emma en la consulta privada a la que la habían llevado les daba las buenas noticias: solo había sido una bajada de azúcar. Por lo demás, Emma se encontraba bien, aunque un análisis sanguíneo había revelado que tenía anemia.

Mientras esperaban a que saliera Emma, Jack se acercó a James y le preguntó:

—¿Te preocupa Emma?

—¿Cómo que si me preocupa Emma?

—Creo que puede estar ocurriéndole algo muy malo y necesito tu ayuda para asegurarme.

—Jack, no me asustes. ¿De qué estás hablando?

—Vamos a dejarla en su casa y ahora hablamos, ¿de acuerdo?

James asintió al ver que Emma se acercaba a ellos. Una tirita bien grande en el brazo marcaba el lugar donde le habían clavado la aguja.

—¿Qué tal estás? —le preguntaron cuando llegó a su lado.

—Bien. Con ganas de irme de aquí, no me gustan los hospitales. Y la enfermera no me encontraba la vena y me ha dejado el brazo hecho un colador.

—Pues vámonos de aquí.

En el coche, Jack aprovechó para hablar con Emma, a la que había hecho sentarse a su lado en el asiento del copiloto.

—Nos ha dicho el médico que ha sido una bajada de azúcar.

—Sí, eso me ha dicho a mí también. Te dije que no era nada.

—¿Pero cómo es posible que tuvieras una bajada de azúcar si acabábamos de hacer la pausa para almorzar?

—No lo sé, Jack.

—¿Comes lo suficiente, Emma?

James, sentado en la parte de atrás del vehículo, observaba y escuchaba en silencio total.

—Sí, Jack, como lo suficiente —contestó la joven con tono defensivo—. De hecho, solemos almorzar y comer juntos, ¿acaso me has visto dejarme algo de comida en el plato?

—No, pero me parece muy raro que hayas tenido una bajada de azúcar después de lo que has almorzado esta mañana.

—¿Y yo qué sé Jack?

—Cuando has ido al baño no habrás...

Emma no le permitió terminar la frase.

—¿Y no te has parado a pensar en que quizá es por culpa de tu entrenamiento que me he desmayado? Entreno más que nadie. Durante horas y horas hago tus tablas de ejercicios y las máquinas que me dices, y después ensayo las coreografías que nos pones. Una y otra vez, una y otra vez. ¿No crees que puede ser culpa tuya? ¿¡Eh!?

Tras aquel ataque, Jack prefirió no volver a decir nada y Emma tampoco abrió la boca. James, en el asiento de atrás, los miraba a ambos intentando procesar lo que había pasado.

Cuando dejaron a Emma en su casa, esta se despidió con un escueto «adiós» y se alejó sin mirar hacia atrás. James pasó al asiento delantero y esperó a que Jack le dijera algo, pero este arrancó y comenzó a conducir por la ciudad sin decir nada.

—Bueno, ¿qué? —interrogó finalmente James—. ¿Me vas a contar lo que está pasando o no?

—Creo que Emma vomita lo que come.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Si como ella dice, la bajada de azúcar se debiera a mi entrenamiento, le habría pasado durante las primeras semanas, no ahora, cuando ya ha cogido fuerza. Además, haz memoria. Siempre que come algo va al baño después. Hoy lo ha hecho después del almuerzo. Ayer lo hizo tras la comida.

—Sí, y anteayer. Y casi siempre. Pero puede ir a lavarse las manos o algo. Las mujeres hacen eso. No puedes estar seguro de que sea para vomitar.

—Ahí entras tú. Esta noche, preséntate en su casa para cenar. Compra algo ya hecho o cocínalo allí, me da igual. Lo importante es que te quedes con ella el tiempo suficiente para ver si va al baño. Si va, que estoy casi seguro de que lo hará, la sigues sin que ella se dé cuenta.

James no contestó enseguida, meditando aquello durante varios minutos.

—Pero es imposible que tengas razón. Emma come bien, come bastante. Sano, equilibrado.

—Una cosa es la anorexia, en la que la gente deja de comer, y otra la bulimia. En la bulimia la gente come bastante, de hecho, se suelen dar atracones, y después vomitan para eliminar todo lo

que ha comido de más.

—Pero Emma no se da atracones.

—No que nosotros veamos. Tú esta noche compra una pizza y helado de postre y ve a su casa. Y quédate un rato largo, ¿vale? A ver qué pasa.

—De acuerdo —aceptó James.

Emma se encontraba revisando el guión de la película por millonésima vez. Cuando tenía hambre y no quería comer tenía que concentrarse en cosas para hacer que la sensación de vacío en su estómago desapareciera de su mente. Antes se concentraba en sus ejercicios de química, ahora lo hacía aprendiéndose palabra a palabra todo el guión, no solo sus diálogos sino también los de otros. Y en aquel momento estaba hambrienta. En el hospital le habían inyectado un suero para subirle el azúcar y le habían recomendado que comiera al llegar a casa, pero no lo había hecho. Se había resistido sabiendo que si comía, se vería obligada a vomitar de nuevo. Todo sería mucho más fácil para Emma si pudiera controlar lo que comía, si pudiera pasar hambre como hacían tantas y tantas modelos, actrices y mujeres en el mundo para adelgazar. Pero ella era incapaz. Podía contenerse durante varias horas, comer menos de lo que su cuerpo le pedía, pero después, desesperada, siempre acababa yendo al frigorífico o la despensa y comiendo lo que encontraba para después arrepentirse y vomitar. Aunque al menos ya volvía a caber en la ropa de Sue.

Alzó la cabeza, sorprendida, cuando oyó que alguien llamaba al fono. No esperaba visita ese día, y puesto que Anna había salido con los amigos, era poco probable que fuera para ella. Descalza, fue hasta la entrada y descolgó el intercomunicador.

—¿Sí?

—Soy James. ¿Me abres?

—¿Qué haces aquí?

—Visita de cortesía.

Durante varios segundos, Emma se quedó allí plantada con el auricular en la mano sin decir nada. La voz de James volvió a sonar en su oreja:

—Y ahora es cuando tú respondes a mi cortesía abriéndome la puerta y dejándome subir.

La joven abrió el acceso y seguidamente la puerta, esperando en la entrada hasta que James llegó. Cuando lo vio aparecer, Emma se sorprendió al verlo cargado con una caja de pizza y una bolsa de papel.

—¿Comida? ¿De cortesía también?

—Eres la estrella de la película y ya hemos tenido mucha suerte encontrando una sustituta para Emily. Si algo te pasa a ti, no creo que volvamos a tener esa suerte, así que no podemos perderte —James entró en la casa y se dirigió al salón, que sabía dónde estaba por su última y única visita a la casa.

—No me vais a perder por un simple bajón de azúcar —replicó la joven, siguiéndolo.

—¿Y por el golpetazo contra el suelo?

—¿Qué golpetazo?

—El que te diste al desmayarte.

—¡Bah! Fue contra el suelo acolchado del gimnasio. Me he caído más de mil veces contra él y todavía no me he muerto.

James dejó la caja de la pizza encima de la mesita que había delante de la tele y se giró hacia Emma.

—No quiero que protestes más. Trae servilletas y bebida.

—No estoy protestando, solo digo que no es lo normal que te presentes con la cena en una casa sin avisar. ¿Y si hubiera cenado yo ya?

—Pero no lo has hecho, ¿a que no?

La joven hizo una mueca y se giró, dirigiéndose hacia la cocina. James, parado en el centro del salón, la vio alejarse y miró sus delgadas piernas, que asomaban de sus shorts de tela. No le gustó lo que vio. Emma estaba demasiado delgada. Por su profesión estaba acostumbrado a ver a muchas mujeres con el peso por debajo de lo normal, pero en el caso de Emma y siendo consciente de su posible trastorno, aquella delgadez le provocaba repelús. Además, no lo había notado antes, pero la joven había perdido bastante peso en los últimos días. Juraría que hacía tan solo unas semanas tenía un aspecto más saludable. Cuando había estado con ella en Nueva York, por ejemplo, la había visto bien, no tan preocupantemente delgada.

Emma volvió con unos refrescos, unos vasos y servilletas. Se sentaron en el sofá y James destapó la pizza, que no tardó en llenar la estancia de un agradable olor que le hizo la boca agua a Emma.

—*Bon appétite!* —deseó James.

La pizza le sentó de maravilla al estómago de Emma, que pidió trozo tras trozo como si fuera un manjar. Y lo cierto es que estaba deliciosa, con la masa exactamente como a ella le gustaba.

—Y ahora el postre —anunció él, sacando de la bolsa que había traído dos recipientes de plástico con sendos trozos de tarta de chocolate.

En cuanto abrió uno antes de dáselo a Emma, el olor de chocolate se coló en sus fosas nasales. Observó a Emma atentamente a ver cómo reaccionaba ante aquello, pero la joven solo tenía ojos para el trozo de tarta. Bueno, y también un segundo para él, pues lo miró y le dedicó una bonita sonrisa de agradecimiento a la vez que le cogía la cucharilla de plástico de la mano.

Se comieron juntos sus respectivos trozos de tarta. James miraba disimuladamente a Emma, tranquilizándose con cada cucharada que la veía meterse en la boca. Lo hacía con tal deleite, con tanto placer, que se convenció de que Jack estaba equivocado. Emma no podía tener un trastorno alimenticio. ¡Pero si le encantaba la comida!

Ella terminó la tarta un par de cucharadas antes que él y dejó el recipiente sobre la mesa.

—¿Te ha gustado?

—¡Está para chupar el plástico!

—¿Para chupar el plástico?

—Sí, la gente suele decir que algo está para chuparse los dedos, pero lo cierto es que si ya no comemos con los dedos, no tiene sentido decir eso. En este caso, yo chuparía el recipiente.

James sonrió ampliamente y le ofreció su último trozo a Emma, pero esta lo rechazó diciéndole que ya había tenido suficiente. Y lo cierto es que no le extrañaba, pues hasta él se sentía hinchado después de aquella bomba de chocolate.

Cuando terminó, dejó la bandeja sobre la mesa. Emma lo recogió todo, metiendo los plásticos y los botes vacíos en la bolsa de papel, y se lo llevó, junto con la caja de la pizza, a la cocina. James la siguió con los vasos, más relajado.

—He pensado que podríamos ver una película que echan en la tele.

—Vale. Ponte cómodo. Voy un momento al baño.

James, que se había ido confiando conforme avanzaba la cena, se puso en tensión al oír aquello. Sin embargo, intentó disimular y tras sonreírle, fue hasta el sofá. Apenas si se había sentado cuando volvió a ponerse en pie en cuanto la vio desaparecer por la puerta del salón. Se asomó al pasillo procurando no hacer ruido y vio como la segunda puerta del lado izquierdo se cerraba, aunque no habría necesitado verla entrar para saber dónde estaba, pues no solo la luz que se colaba por debajo de la puerta era delatadora, sino que además la joven enchufó dentro una radio o un aparato de música.



Con un nudo en el estómago, James se acercó hasta la puerta y pegó la oreja a la hoja, pero todo lo que oía era la música. Dejó pasar unos segundos más y abrió la puerta de golpe, alegrándose de que la joven no hubiera echado el pestillo.

Se la encontró con la cabeza metida parcialmente en el retrete, tirando su cena al fondo del váter, y la imagen le dolió en lo más profundo del alma. Cuando una última arcada sacudió la espalda de Emma, la joven alzó la cabeza y miró, pálida como el papel, a James.

—Algo ha debido sentarme mal —dijo la joven—. Pero ya estoy bien, no te preocupes.

Él no dijo nada. En aquel momento no le salían las palabras. Emma se obligó a ponerse en pie y fue hasta el lavabo, donde abrió el grifo para echarse un poco de agua en la cara y en la nuca. Se secó el rostro con una toalla, intentando no mirar a James, pero cuando se retiró la toalla, él seguía allí plantado con los ojos fijos en ella.

—No me mires así, estoy bien. Tranquilo.

—Has vomitado —dijo él, muy serio.

—Sí, algo me ha sentado mal.

—No. Has vomitado porque tú querías vomitar.

—¿Pero qué dices? Estás loco —replicó Emma, cogiendo de un armario un bote de colutorio y llenándose con el líquido verde la boca para quitarse el mal sabor.

—No estoy loco. Sé que has estado vomitando todo lo que comes desde hace un tiempo. Por eso te has desmayado hoy durante el ensayo: porque has almorzado para guardar las apariencias delante de todos nosotros pero después has ido al baño y has vomitado.

Emma escupió el líquido en el lavabo y después echó un chorro de agua para aclararlo.

—Últimamente he tenido el estómago algo inestable, eso es todo. Y no he estado vomitando después de cada comida, ¿de dónde te has sacado esa tontería?

Se dirigió hacia la puerta, pensando que James se haría a un lado y la dejaría pasar, pero este no se apartó. La miró fijamente y Emma, nerviosa, apartó la mirada.

—¿Vamos a ver esa película?

—Dime la verdad.

—Ya te he dicho la verdad. Algo de la cena ha debido sentarme mal y me ha revuelto el estómago. Pero ya estoy bien.

—¡No me mientas!

—¡No te estoy mintiendo!

—¡Sí lo estás haciendo! —gritó James, furioso porque le estuviera mintiendo en la cara.

La cogió por los antebrazos y la sacudió un par de veces. Emma le pegó un empujón, apartándolo de sí.

—¡Todo es culpa tuya, así que cállate! —le espetó.

—¿Cómo que todo es culpa mía?

—Te dije que no quería volver a ser Sue, que había cosas que tenía que hacer para ser ella que no estaba dispuesta a volver a hacer. Pero me convenciste de que aceptara la oferta y hay cosas que tengo que hacer para hacer bien mi trabajo.

—¿Vomitare?

—¿Cómo quieres si no que entre en los trajes de Sue? —le gritó a la cara. La desquiciaba que él no entendiera nada—. Ella es capaz de no comer, de mantenerse a base de aire o yo qué sé qué, pero yo no. Me gusta comer. Lo necesito. E intento controlarme, no comer porque sé que si lo hago no cabré en los trajes que tengo que ponerme para la película, pero no puedo, y me levanto, voy al frigo, y como más de lo que debo. Incluso si me controlo y como una ración normal, siempre es más

de la cuenta. Siempre. Yo no quería saber nada de esto, nada de ser actriz, nada de este mundo, y tú me obligaste, me convenciste de que dijera que sí. Así que sí, es culpa tuya que tenga que hacer ciertas cosas.

—No te atrevas a culparme de esto, Emma. Yo te dejé muy claro que te queríamos a ti, no a Sue. Si crees que debes vomitar para ser como ella, es cosa tuya, no mía.

—El otro día, James, cuando nos hicieron la sesión fotográfica, me costó horrores meterme en los pantalones, y no pude abrochármelos. La chaqueta ni tan siquiera me subía porque tengo demasiado pecho para ser Emily, James. ¡Tengo unas tetas demasiado grandes para ser Emily!

—No, tienes más pecho que Sue, pero Sue no es Emily, Emma. ¡Emily ahora eres tú!

—Me habéis elegido a mí para la película precisamente porque me parezco a Sue, James. Y lo sabes, así que no me vengas con gilipolleces.

—Emma, te queríamos a ti en la película porque eres mejor que Sue. Mejor persona, mejor actriz, mejor todo. Y ahora resulta que incluso tienes mejores tetas y mejor cuerpo que ella, pero tú en lugar de ver eso y decir «mira, voy a mejorar a Emily dándole un cuerpo más natural», decides vomitar comida tras comida para conseguir, ¿qué?, ¿que las chicas que te vayan a ver en la película piensen que lo normal es estar escuchimizadas? Si tú tienes que vomitar todo lo que comes para estar así de delgada, ellas también tendrán que hacerlo. O dejar de comer, como hace Sue. ¿Eso es lo que quieres? ¿Es eso, Emma?

—Yo... —la joven no supo qué contestar ante aquello. James la había dejado sin palabras. Nunca había pensado en eso, en la imagen que daba al mundo.

—Tú —dijo James, cogiéndole el rostro entre las manos—, tú eres perfecta tal y como eres, Emma. Perfecta.

Se miraron a los ojos un instante, la cara de ella apesada entre las fuertes manos de James. Sus rostros estaban a escasos centímetros. Tras pensarlo tan solo una fracción de segundo, Emma acercó su cara más a la de James y lo besó. Fue un encuentro de labios breve, tan solo un pico, y la joven se retiró para ver la respuesta de él. Se encontró con los ojos de James fijos en ella, mirándola con una expresión indescifrable. Muy lentamente, Emma volvió a acercarse a su boca, dejándole tiempo para retirarse, pero él no se movió ni un centímetro. En cuanto sus labios tocaron los de James, Emma cerró los ojos y se concentró en las sensaciones que experimentaba al sentir aquellos labios llenos y cálidos entre los suyos. Cuando él comenzó a responderle, Emma fue a rodearle el cuello con sus brazos, sintiendo el deseo crecer en su interior, pero aquel gesto pareció despertar a James, que la apartó unos centímetros, separando sus bocas.

—Emma, no.

—Por favor.

—No. Esto no está bien. Somos amigos.

—Ya lo hemos hecho antes.

—Solo una vez. Y dijimos que no habría más.

—Te deseo. Quiero hacerlo —replicó Emma, llevando sus manos al pecho de James y acariciándolo—. Lo necesito. Por favor, James.

Al ver que él no decía nada, solo la miraba con aquellos penetrantes ojos color marrón, Emma dio un paso hasta él, pegándose a su cuerpo, y llevó su boca al cuello de James, besándolo. Trepó hasta su barbilla, algo pinchosa por el incipiente vello. Pasó a su oreja, mordisqueándole el lóbulo a la vez que le rodeaba con sus brazos, posando una mano en su fuerte espalda y con otra aprisionándole el culo a la vez que lo pegaba a sus caderas. Lo oyó jadear a la vez que ladeaba la cabeza hacia un lado y supo que lo tenía en sus redes. Solo tenía que conseguir que no pensara en

nada más, en si lo que estaban haciendo estaba bien o mal.

Llevó sus manos hasta la bragueta de él y le bajó la cremallera, desabrochándole el botón. En ningún momento dejó de besarle y mordisquearle el cuello. Él tenía el cuello ladeado, los ojos cerrados y la mandíbula apretada. Emma coló sus manos por debajo de su camiseta, palpando con sus dedos los fuertes abdominales de él. Al llegar su pecho, comprobó que respiraba con rapidez, y su pecho subía y bajaba sin parar en inhalaciones cortas.

Emma flexionó las rodillas, agachándose y arrastrando las manos por el pecho de James hasta que quedó arrodillada frente a él. James había abierto los ojos y la miraba, con una mirada seria y a la vez cargada de deseo. Sin apartar la mirada de sus ojos, Emma le bajó los pantalones hasta los tobillos e hizo lo mismo con sus boxers. Él estaba excitado y en cuanto cayeron los calzoncillos, su erección quedó libre frente a Emma. La chica tragó saliva con la mirada fija en su miembro viril. Alzó la mirada un instante y vio que él la miraba, sus labios entreabiertos, su mirada igual de indescifrable que antes. Agarró el pene con la mano y se lo metió en la boca, sintiendo un ligero y agradable sabor a limpio, a gel de ducha. Ajustó sus labios entorno a la piel de él y fue hacia adelante y hacia atrás un par de veces hasta que el miembro quedó húmedo y resbaladizo. Entonces se concentró en su punta, usando su lengua para jugar con ella, y volvió a sumergir a James en su boca de golpe y sin previo aviso. Lo oyó soltar un gruñido ronco y lo agarró con más fuerza, succionando y apretando sus labios para que la «O» que hacía su boca fuera más fruncida. James se apoyó en la encimera, agarrándose al borde, y Emma volvió a repetir el ciclo de movimientos: dentro, fuera, jugueteo con la punta y succión.

—Dios, ven aquí —dijo James cuando ya no aguantó más.

La puso en pie tirando de ella de ambos brazos y le bajó los pantalones de tela junto con las bragas. La cogió en brazos como si apenas pesara y, girando hasta que él quedó de frente a la encimera y ella de espaldas, la sentó sobre el borde del mueble y la penetró de golpe con un único empujón. Emma gritó. Él también. No se había acordado de lo estrecha que era la joven, y aunque ella ya estaba húmeda y lista para recibirle, se apretaba a su alrededor haciéndole sentir hasta el último centímetro de su piel. Aquello le recordó que no llevaba preservativo y apretó los dientes al pensar en que tendría que detenerse antes de terminar. ¡Con lo deliciosa que era la sensación de estar en Emma! Se retiró y volvió a entrar en ella hasta el fondo. Emma medio jadeó medio gritó, sujetándose a sus hombros con fuerza. La miró a los ojos y vio el deseo febril en sus ojos y el placer que sentía con cada penetración. Oírla jadear y gruñir lo ponía a mil y la sensación que surgía en su entrepierna y se transmitía directamente a su cerebro hacía que se acercara peligrosamente al clímax.

—Tengo que terminar fuera —jadeó—. No me he puesto preservativo.

—Termina dentro.

—¿Qué? No.

—Mañana o... —se entrecortó cuando él volvió a entrar en ella— pasado tiene que venirme... la regla. No hay peligro.

—Ni hablar. Terminaré fuera.

—Pero sigue. Un poco, por favor. Estoy a punto.

Él obedeció y continuó penetrándola. Intentó pensar en otra cosa para distraer su mente y prolongar el momento, dándole a ella tiempo para terminar. Pero cuando ella estaba llegando, la situación se tornó insostenible. La temperatura de la joven pareció subir varios grados y las paredes de su vagina sufrían espasmos que le provocaban mil y una sensaciones. Emma se agarró a su espalda y su cuello, echando la cabeza hacia atrás y dejando escapar de su garganta gemidos de

placer que enloquecieron a James.

Los ojos del actor se tropezaron con su reflejo en el espejo que coronaba la encimera. La imagen de Emma abierta para él, la visión de sus fuertes manos en las caderas femeninas, fueron demasiado para él.

—No pued... —comenzó a decir, saliendo de ella.

Pero no pudo terminar ni la frase ni el movimiento. Emma, en un ágil y rápido movimiento, le rodeó las caderas con las piernas, cruzando los pies a su espalda. Le empujó hacia sí, hundiéndolo una vez más en ella. Y otra. Y otra. Hasta que ella llegó al orgasmo y James se vio arrastrado por sus gritos hasta el clímax.

Se quedaron quietos durante varios segundos, aclarando sus mentes y acompasando sus alocadas respiraciones. Ella seguía agarrada a él, aunque su cuerpo estaba relajado, y James tenía su cabeza apoyada en el hombro de ella y la espalda encorvada. Se sentía agotado.

Salió de ella y se apresuró a coger el rollo de papel que había en el portarrollos junto al retrete. Se partió un trozo y le pasó el resto a Emma, que lo cogió agradecida. No intercambiaron palabra alguna mientras se adecentaban y recolocaban la ropa. La situación se había vuelto incómoda y ninguno de los dos sabía qué decir.

—Creo que debería irme —dijo finalmente James.

Emma asintió y lo precedió hasta la puerta, aunque antes de abrir el acceso, se giró hacia él y le dijo:

—No le cuentes a nadie mi secreto, por favor.

—Necesitas ayuda, Emma.

—Lo que me has dicho me ha ayudado muchísimo, James, de verdad. Te prometo que no volveré a hacerlo nunca. Prométeme tú que no se lo contarás a nadie.

Tras unos segundos en los que se miraron a los ojos, el actor asintió y le prometió que no se lo contaría a nadie.



A la mañana siguiente, cuando se presentó en el gimnasio hizo sus ejercicios con energía y ganas renovadas. Su desayuno seguía en su estómago y el azúcar de los cereales tras tanto tiempo de pseudoayuno la estaba volviendo casi hiperactiva. Cuando Jack llegó dos horas después de que ella comenzara sus tablas de ejercicios, la estudió con detenimiento antes de dejarse notar.

—¿Qué tal estás hoy? —le preguntó.

—¡Estupenda! —sonrió Emma mientras seguía corriendo en la bicicleta elíptica.

Vio a través del espejo que Jack seguía mirándola y se decidió a hacer lo que había estado pensando toda la noche. Se bajó de la máquina, secándose la frente y la nuca con una toalla, y se giró hacia Jack.

—Siento lo de ayer, Jack.

—¿A qué te refieres?

—Te acusé de que quizá te estabas pasando con mi entrenamiento y por eso me había desmayado. Estoy segura de que no fue eso y siento habértelo gritado a la cara. Fue simplemente un bajón de azúcar, nadie tiene la culpa.

—Claro. No pasa nada.

Pero Jack no dejó de estudiarla durante lo que le quedaba de entrenamiento. Había estado esperando una llamada de James durante toda la noche y también durante lo que llevaba de mañana, pero el actor no había dado señales de vida. Quizá no hubiera descubierto nada, aunque le parecía imposible. Solo tenía que saber si sus temores eran ciertos o no. Un sí o un no era todo lo que buscaba.

Cuando James y el resto de actores llegaron para sus ensayos de artes marciales, Jack miró al actor con insistencia hasta que este se dignó a mirarle y pudo interrogarle con la mirada. James negó con la cabeza, aunque aquello no hizo más que confundir a Jack. ¿Que Emma no sufría de bulimia? ¿Que no sabía nada? ¿Qué significaba aquel no?

No lo supo hasta la hora de la comida, cuando pudo quedarse con James a solas durante un minuto.

—¿Qué pasó anoche? —interrogó a bocajarro.

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¿Fuiste a su casa o no?

—Sí.

—¿Y?

James no quería mentirle a Jack, pues sabía que su preocupación por Emma era sincera, pero tampoco podía decirle la verdad.

—Ella está bien, ¿vale? Hablamos y lo aclaramos todo.

—¿Aclarasteis el qué?

—Lo que le pasa. Por qué ha estado tan huraña, por qué se desmayó.

—¿Y?

—Ella está bien, en serio. No te preocupes, ¿de acuerdo?

James comenzó a andar hacia la salida, siguiendo los pasos que sus compañeros habían dado, pero la voz de Jack lo retuvo.

—Te ha dicho que no volverá a hacerlo, ¿no es así? Mentía. Siempre lo hacen. Porque creen que

podrán dejar de hacerlo, pero no son capaces. Están enfermos, James. No son capaces de controlarse sin ayuda. Así que si te preocupas en lo más mínimo por el bienestar de Emma, debes decirme si vomita la comida o no.

Muy lentamente, el actor se giró hasta mirar de frente a Jack.

—Me pidió que no le contara a nadie su secreto, pero puesto que su estado no es un secreto para ti, supongo que no estoy rompiendo mi promesa. —Guardó silencio durante un par de segundos y después dijo—. Sí, tiene problemas con la comida. La vomita porque cree que debe estar tan delgada como Sue.

Ese día transcurrió sin sobresaltos. Comieron todos juntos en el restaurante que había cerca del gimnasio y, bajo la atenta mirada de Jack y James, Emma no fue al aseo tras terminar su comida. Tampoco lo había hecho con el almuerzo. James se sintió aliviado ante aquello, confiando en la promesa que la joven le había hecho sobre que no volvería a provocarse el vómito.

Sin embargo, al día siguiente, cuando Emma llegó al gimnasio la primera, como siempre, se encontró con Jack, Sean y otras tres personas a las que no conocía esperándola. Supo que algo iba mal en cuanto los vio, antes incluso de que el director pronunciara la fatídica frase:

—Tenemos que hablar.

James también supo que algo iba mal en cuanto entró en el gimnasio y no vio a Emma haciendo sus ejercicios. Siempre que llegaba la joven ya estaba allí, pues entrenaba mucho más tiempo que los demás para coger la condición física que necesitaba para la película. Pero aquel día no la vio en ningún sitio. Y tampoco estaba Jack. Intentando no dejar que su cerebro divagara y le ofreciera hipótesis sobre lo que podría haber pasado, fue hasta una zona del gimnasio donde estaban las máquinas de correr y se montó en una activándola. Le vendría bien calentar un poco antes del ensayo.

Apenas si le había dado tiempo a dar cinco pasos cuando oyó un portazo y, por uno de los espejos que había frente a él, vio a Emma aparecer en la sala con cara de enfado. Se bajó de la máquina y se giró para ver qué le ocurría, pero en cuanto ella notó su presencia su expresión se volvió más rabiosa todavía.

—¿Qué...?

—¡Ni te atrevas a hablarme! —le cortó ella con voz bastante alta—. ¡No quiero hablar contigo! ¡No quiero verte!

Sin dedicarle ni un segundo más, la joven fue directa hasta un banco donde había dejado olvidado su bolsa cuando horas antes la habían abordado Sean, Jack y compañía. Acababa de colgarse la bolsa al hombro cuando cambió de opinión respecto a lo de no querer hablar con James y se giró hacia él para espetarle:

—¿Sabes qué? ¡Eres un cabrón! Me prometiste que no dirías nada. ¡Me lo prometiste!

Con aquellas palabras las sospechas de James se confirmaron, si es que en algún momento había llegado a dudar de a qué se debía el enfado de Emma.

—Pensaba que éramos amigos y me has vendido de esta forma.

—¿Vendido?

—Le has ido con el cuento a Sean, a Jack, ¡a todos! ¿Queda alguien más por saber mis problemas? ¿Eh? Probablemente solo quede mi madre por enterarse de que he estado vomitando para poder entrar en la ropa de Sue —la joven, que había llegado a la altura de James, le pegó un

empujón cargado de rabia—. Te odio.

Emma se dio la vuelta con furia y caminó pisando fuerte hasta la salida de la sala. En la puerta se encontró con Jack y con Sean, pero ni se dignó a mirarlos. Los tres hombres se quedaron allí, mirándose los unos a otros, hasta que oyeron que la puerta de entrada del gimnasio se cerraba.

—Tranquilo —le dijo Jack a James—. Entrará en razón y se dará cuenta de que necesita ayuda.



—¿Hoy tampoco vas a entrenar? —le preguntó su hermana Anna al verla tumbada en el sofá con el pijama puesto a las diez de la mañana por segundo día consecutivo. La tele estaba encendida en un horrible programa de la televisión pública.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no. ¿Y tú no vas a la universidad?

—Hoy tengo prácticas por la tarde —replicó la joven, levantando los pies de su hermana para poder sentarse en el extremo izquierdo del sofá.

Emma no replicó nada y siguió mirando la televisión.

—Le has dicho a Sarah que he suspendido una asignatura —dijo de sopetón Anna, sin andarse por las ramas.

Emma giró la cabeza hacia ella, sorprendida ante aquello. Estudió la expresión de su hermana en un intento de saber si estaba cabreada con ella o no. Ni su tono ni su expresión daban muestra de ello. De hecho, parecía bastante calmada.

—Le dije que tenía mis sospechas.

Anna no contestó. Guardó silencio durante varios segundos, tantos que Emma llegó a pensar que no diría nada, aunque al final propuso:

—Te contaré mi secreto si tú me cuentas el tuyo.

—¿Mi secreto?

—Sí, por qué llevas dos días en casa cuando deberías estar haciendo lo que sea que haces para la película.

Nada dispuesta a hablar de sus problemas con su hermana, Emma se sentó en el sofá, quitando las piernas de su regazo, y la atacó:

—¿Acaso tú sabes guardar secretos?

Sus palabras no parecieron alterar a Anna, que dijo simplemente:

—Tengo problemas para saber lo que se supone que es secreto y lo que no. Lo que dije de ti en Internet hace ya un millón de años lo dije porque no sabía que no podía contarlo. Si me cuentas un secreto y quieres que lo guarde, solo tienes que dejarme claro que no se lo puedo contar a nadie.

Emma la miró durante varios segundos sin saber exactamente qué decir. Lo cierto es que quería contarle a alguien sus problemas, ¿pero podía compartirlos con su hermana? Tomó una decisión:

—Vale, cuéntame tu secreto y si veo que es siquiera equiparable al mío, te contaré qué me pasa.

Su hermana asintió, conforme, pero no habló enseguida. Se tomó su tiempo para elegir las palabras adecuadas y conseguir que estas salieran por su boca.

—He suspendido una asignatura porque me coincidía en el horario con el único momento en que podía ver a una amiga.

—¿Qué mierda de secreto es ese?

Pero su hermana no había dicho lo que de verdad le quemaba en el pecho. Todavía.

—Soy lesbiana, Emma.

—¿Qué?

—Me gustan las mujeres.

—¿Qué?

—¿No me has entendido o simplemente estás procesándolo? —preguntó Anna, cansada de sus porqués.

—Procesándolo.

—Vale, pues te dejo un minuto para que lo asimiles.

Pero Emma no usó ese minuto. Tenía mil preguntas bullendo en su mente.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo?

—¿Cómo? No sé. ¿Desde cuándo? Desde siempre, supongo.

—Pero has salido con chicos.

—Sí, los justos para tener tranquilos a papá y mamá. Pero me gustan las chicas.

—¿Estás... estás saliendo con alguien? ¿Con esa chica que me has dicho antes?

—No. No funcionó y ahora mismo no estoy con nadie.

—¿Quién más lo sabe?

—Algunos amigos.

—¿Sarah?

—¿Sarah? ¡No, qué va! A ella no le di ninguna explicación de por qué suspendí la asignatura. Eres la primera de la familia en saberlo.

Emma se sintió halagada con aquello, aunque pensó sus siguientes palabras con cuidado.

—¿Y por qué me lo has contado a mí ahora?

—Pensé que había llegado el momento. Necesitaba soltarlo. Salir del armario, como suelen decir.

—¿Y qué se siente?

—¿Al ser lesbiana?

—No, mujer, al salir del armario.

—Pues... alivio. Y miedo.

—¿Miedo?

—De cómo vayas a responder. De cómo me vayas a mirar a partir de ahora.

—¿Cómo voy a mirarte? Con los ojos.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. No sabes la de gente que mira mal a los homosexuales. No tienes ni idea.

—Eres mi hermana, Anna —dijo Emma, acercándose a ella para cogerle las manos—. Y eso no cambia porque te gusten los hombres o te gusten las mujeres. De hecho, de todo lo que me has dicho, lo único que me haría mirarte distinto es lo que me has dicho de que cuando no has guardado un secreto mío ha sido simplemente porque no sabías que era un secreto.

—Me odiabas por eso, ¿eh?

—No te odiaba, solo no confiaba en ti.

—¡Solo!

—Sí, solo — se rió Emma y abrazó fuertemente a Anna, que le devolvió el abrazo con igual energía.

—Ahora te toca a ti. ¿Cuál es tu secreto? Creo que el mío era lo suficientemente gordo como para que me cuentes la verdad.

Emma miró a su hermana menor, esa que le había parecido bastante descerebrada pero que ahora se presentaba ante ella como una mujer madura, consciente de sus defectos y, sobre todo, de sus deseos. Había sido sincera con ella y le había confesado algo que mucha gente nunca llegaba a decir en voz alta. Tenía que pagarle con la misma moneda, por muy difícil que le resultara pronunciar aquellas palabras en voz alta.

—Llevo... llevo varios años vomitando gran parte de la comida que tomo.

—¡Emma! —se asustó su hermana, que como psicóloga sabía perfectamente lo que era la bulimia.

—No lo hago porque me vea gorda ni nada por el estilo —se apresuró a aclarar la joven—, lo hago... lo hacía, para tener el mismo cuerpo que Sue. Necesitaba meterme en su ropa y la única manera de conseguirlo era así.

—Pero ahora ya no haces de Sue.

—El vestuario de la película está todo pensado para ella y cuando vi que no entraba en su ropa... ¡uf! Casi me da un infarto. Y volví a mis viejas costumbres. Pero James se enteró y se lo contó al director de la película, que me llevó una psicóloga y un nutricionista al gimnasio. Quieren que vaya a no sé qué charlas y que siga no sé qué tratamiento.

—Están preocupados por ti, Emma. Yo también lo estoy.

—No tienen por qué. James me dijo una cosa y me di cuenta de que tenía razón. Si salgo en la película como una Emily delgada, miles de chicas me verán así, con un cuerpo que solo se puede conseguir vomitando. Y yo no quiero eso, así que no volveré a hacerlo.

—Estupendo, pues dile eso a ellos.

—Ya lo he hecho y no me creen. Siguen insistiendo en que necesito ayuda y Sean me dijo que o asistía a las charlas e iba a ver al nutricionista y a la psicóloga o dejaban de contar conmigo para la película.

—¿Pueden hacer eso?

—Supongo. Y si no pueden, simplemente tendrían que indemnizarme por romper el contrato y listo.

—¿Y por qué no les haces caso? Ve a esas charlas, deja que te vean la psicóloga y el nutricionista.

—¡No estoy enferma, Anna! Y no necesito que me estudien unos medicuchos.

—Emma, negándote a aceptar su ayuda estás demostrando que necesitas ayuda.

—¿Qué tontería es esa?

—En el proceso de curación de cualquier cosa el primer paso siempre es aceptar que se padece la enfermedad, el síndrome o, llamémoslo simplemente el «problema». Aunque no estés enferma y consideres que puedes dejar de hacer lo que llevas haciendo años, debes aceptar que tienes un problema.

—No tengo un problema.

—¿No has estado vomitando de manera voluntaria durante años?

—Sí.

—¿Y eso no es un problema?

—Sí, pero en mi caso no lo es sino que lo era. Puedo controlarlo, ¿y sabes por qué? Porque yo no lo hacía porque me viera gorda sino porque tenía un objetivo que cumplir. Ahora ese objetivo ya no existe, así que no voy a volver a hacer. Nunca. Lo prometo.

—El problema está en que la gente en tu situación miente. Miente mucho. Intenta esconder lo que les ocurre y acaban mintiéndose a sí mismas.

—No me estoy mintiendo a mí misma, Anna. Me conoces, y si digo que no lo voy a hacer más, es que no lo voy a hacer más.

—Y yo te creo, porque sé lo testaruda que eres y sé que siempre consigues lo que te propones. Pero tienes que entender que a los ojos del mundo debes probar que quieres cambiar tu situación. Debes probar que estás bien. Y cabrearte porque tus jefes se hayan enterado y quieran ayudarte a

salir de la situación en la que estás no es la mejor manera.

—¿Entonces qué propones? ¿Qué vaya a charlas de grupo a contar mis penas y que un nutricionista me pese todos los días a ver si voy bien?

—¡Pues sí! Si eso es lo que tienes que hacer para convencerles de que estás bien, hazlo y ya está. Están preocupados por ti. Tranquilízalos.

Anna se levantó sin previo aviso y desapareció por la puerta que llevaba a las habitaciones. Volvió poco después con el móvil de Emma en la mano, que estaba iniciándose.

—Tienes el móvil apagado y con batería, así que supongo que lo habrás apagado porque alguien te habrá estado dando el follón, ¿me equivoco?

—¿Alguien? Varios alguien, más bien. James, Sean y varios números desconocidos más.

—Bien, pues vas a llamarles y les vas a decir que vale, que aceptas hacer lo que ellos dicen. Y para quedarte tranquila te doy permiso a que les digas que no necesitas ayuda pero que lo harás para que se queden tranquilos.

Emma miró a su hermana, que le tendía el móvil, pero no se lo cogió.

—¡Cógelo! —ordenó su hermana con energía.

—Soy mayor que tú. No me puedes dar órdenes.

—Soy tu psicóloga y como tal puedo darte órdenes. Así que cógelo, llama a Sean y dile lo que quiere oír. ¡Ya!

—¿Así que tu consejo como psicóloga es que le dé a los demás lo que quieren en lugar de conseguir lo que quiero yo?

—Tú quieres que ellos te crean cuando les dices que estás bien. ¡Pues demuéstreselo! Demuéstrales que estas bien haciendo lo que ellos quieren.

Emma estiró el brazo para cogerle el móvil a su hermana de la mano, pero apenas si lo había rozado cuando este se iluminó y comenzó a sonar.

—¿Desde cuándo te sabes mi PIN? —dijo Emma, cogiendo el celular.

—¡Uf! Desde hace un montón. Pero tranquila, que eso sabía que era un secreto y no se lo he contado a nadie.

Emma negó con la cabeza y le hizo una mueca. Después se concentró en la pantalla del móvil, donde aparecía un número desconocido. Se decidió a descolgar:

—¿Sí, dígame?

—¿Emma? —la voz, que reconoció al instante como la de Jack, parecía sorprendida.

—Sí, Jack. Hola, ¿qué tal?

—Bien, bien —él seguía sonando completamente descolocado. Ya había llamado varias veces a Emma y aquella última vez lo había hecho sin la esperanza de recibir respuesta. ¡Y la chica iba y le contestaba tan pancha!— ¿Y tú qué tal?

—Muy bien. Justo me has pillado que iba a llamar a Sean.

—¿Ah sí? ¿Para qué? —No se hubiera atrevido a ser tan curioso si no hubiera sido porque sospechaba que la llamada estaba relacionada con el tema que le había hecho llamarla.

—Para decirle que acepto las condiciones que me ha puesto para seguir en la película.

—¿En serio?

—Sí.

—¡Estupendo! Eso es... ¡genial! Entonces no te entretengo más. Llama a Sean cuanto antes, que estaba preocupado.

—De acuerdo.

—Oye, Emma, no cuelgues. Una cosa más.

—Dime.

—James no fue quien se lo contó a Sean y a los demás —Jack se detuvo un momento y al ver que Emma no decía nada, continuó—: Fui yo. Él me lo contó a mí porque fui yo quien detectó lo que te pasaba y quien lo convenció para que fuera a verte esa noche. James no quería decírmelo, pero se lo sonsaqué.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó la joven tras unos segundos de silencio.

—Sé que sois amigos y él se preocupa por ti. Y os oí discutir por el tema, así que creí que era conveniente que lo supieras.

Emma asintió, y al darse cuenta de que Jack no podía verla, dijo en voz alta:

—Gracias, Jack.

James estaba delante del ordenador, leyendo el mensaje que su hermana le mandaba semanalmente con un detallado resumen de cómo le había ido la semana. Solían escribirse también por teléfono, pero Susan había cogido la costumbre de escribirle un email cada semana cuando le regalaron su primer ordenador y desde entonces mantenía la costumbre.

Había llegado a una parte que su hermana acompañaba con fotos del adorable perro de la familia cuando tocaron a la puerta. Se levantó y fue a abrir, sorprendiéndose al ver a Emma al otro lado.

—¡Hola! —saludó ella con voz cantarina.

—Hola —replicó él, más comedido en su entusiasmo por la sorpresa. Había intentado hablar con ella varias veces a lo largo de aquellos dos días pero Emma nunca le había respondido el teléfono. Había pensado también en ir a su casa, pero en el último momento había decidido darle espacio.

—¿Puedo pasar? —interrogó la joven al ver que él no decía nada ni tampoco la invitaba a pasar.

—Claro, entra.

Entraron juntos en la suite, formada por un baño, un dormitorio y una sala de estar. Emma vio el portátil abierto encima de la mesa y sonrió al ver la foto de un adorable perro labrador.

—Qué perro más bonito.

Pese a que James sonrió ante el comentario, lo siguiente que hizo fue bajar la tapa del ordenador. Se quedó allí parado, con la mirada fija en su portátil, acariciando la cubierta como si fuera muy interesante. Emma lo miró durante un par de segundos, intentando adivinar si la había cagado tanto como parecía por el comportamiento de James. Estrujó en su mano parte de la bolsa de papel que traía de la calle.

—Yo... he venido a pedirte perdón.

James, sin mover el cuerpo, alzó la mirada y fijó sus ojos marrones en ella. No obstante, no separó los labios, así que Emma continuó:

—Quería disculparme por haberte gritado de ese modo en el gimnasio. Jack ya me ha contado que tú solo se lo dijiste a él y porque ya estaba al tanto del tema. Así que siento haberte gritado. E insultado. Y empujado. Y violado.

Aquello, finalmente, hizo hablar a James.

—¿Violado?

—Sí, me siento casi como si lo hubiera hecho. Te usé para sentirme mejor. Tú no querías y yo insistí... Lo siento.

—Nunca te disculpes por darle sexo a un hombre —respondió James—. No hubiera ocurrido nada entre ambos esa noche si yo no hubiera querido, y deseado, que ocurriera. —Al ver que Emma comenzaba a esbozar una sonrisa, James aclaró—: Pero sí que aceptaré tus disculpas por los gritos, los insultos y los empujones. De eso sí que tienes que disculparte. Y de la tijera que me hiciste.

—¿La tijera?

—Te dije que no quería acabar dentro sin protección y cuando fui a salir no me dejaste.

—Ah, esa tijera. Sí, lo siento. Fue por instinto.

—Fue una temeridad por tu parte y estuvo muy mal. ¿Y si hubiera pasado algo malo?

—¿Algo malo? Ya te dije que me iba a venir la regla enseguida. De hecho, ya la tengo. No tienes

nada de qué preocuparte.

—¿Y qué me dices de las enfermedades?

—¿Enfermedades?

—Sí, toda esa rastra de enfermedades venéreas que listaste el otro día cuando tú y John intentabais asustarme.

—Pues... no sé cuánto sabes de biología, pero la cosa no funciona así. No es el semen lo que es contagioso. Desde el segundo uno en que lo haces sin protección puedes contagiarte. Basta con tener una pequeña herida para coger cualquier cosa. De todas formas, ¿es que tienes alguna enfermedad de la que deba preocuparme?

—No que yo sepa. ¿Y tú?

—¿Yo? Claro que no.

—¿Por qué dices «yo» con ese tono? Me has preguntado si tengo alguna enfermedad sexual, creo que puedo hacerte la misma pregunta sin que te ofendas.

—No me ofendo. Es solo que... bueno, no soy de las que hace «esto», ¿sabes?

—¿Esto?

—Sexo esporádico sin protección. De hecho, sexo esporádico, punto.

Se quedaron callados durante varios segundos, mirándose, y cuando Emma sintió que el silencio se alargaba demasiado alzó la bolsa que tenía en su mano y le dedicó a James una sonrisa gigante.

—Te he traído algo como soborno. Para que me perdones. Y me gustaría explicarte algunas cosas. He tenido una conversación muy interesante con mi hermana y me ha convencido para que le haga caso a Sean aunque yo crea que no necesito ver a nadie para tratar mi problema. Me ha dicho que lo haga para que os quedéis tranquilos, pero me gustaría que tú confíes en mi palabra y me creas cuando te digo que no voy a volver a hacerlo. Te lo dije la otra noche y lo decía en serio. No volveré a vomitar, lo prometo.

—Te creí cuando me lo dijiste la otra noche. Tanto, que intenté no decirle a Jack que nuestras sospechas estaban en lo cierto, pero tampoco podía mentirle porque él, como yo, lo único que estaba era preocupado por ti. Y bueno, acabó por convencerme diciéndome que la gente con tu problema suele mentir y engañarse incluso a sí misma.

—Por eso quiero explicarte mi historia. Para que lo entiendas.

James, con las manos cruzadas sobre el pecho, la miró un instante muy serio y después se acercó hasta ella y, para sorpresa y deleite de la joven, la abrazó con cariño. Cuando la soltó, le arrebató la bolsa de la mano y la abrió, sacando de ella dos trozos de tarta de chocolate como los que él le había llevado a su casa.

—¿Me sobornas con tarta de chocolate?

—Sí, bueno... estaba realmente buena y no pude disfrutarla como era debido.

—¿Pero esto no se supone que era mi soborno, o sea, para mí?

—Sí, pero hay dos trozos y es una ofrenda de paz, así que si la aceptas, debes compartirla conmigo.

—Mmm —James negó con la cabeza mientras se dirigía hacia el sofá que había en el salón—. De eso nada. Mi soborno/ofrenda de paz, mi tarta.

Se dejó caer en el sofá, recostándose en un extremo. Se deshizo de sus zapatos y cruzó las piernas a la altura de los tobillos sobre la tapicería del sofá. Emma lo siguió y, sin pararse a pensar en lo que hacía, se descalzó también y se sentó en el otro extremo del sofá, adoptando la misma postura que él pero en la parte de dentro del sofá.

—Hazme hueco, venga —dijo, pues aún tenía medio muslo levantado que no podía encajar en el

sofá.

—Hueco en el sofá, un trozo de tarta... pides demasiado. —Pese a sus palabras, James acercó sus piernas al borde del sofá, dejando que Emma se sentara del todo. De pronto él empezó a reírse descontroladamente.

—¿Qué pasa?

—Tienes ventilación extra en los calcetines.

Emma se miró alarmada los pies, pensando que se refería a que le olían, pero entonces se dio cuenta de que tenía un agujero en el calcetín derecho. Movi6 los dedos hasta que el dedo anular asom6 por el agujero.

—Hoooooaaaa —dijo con voccecita aguda.

James se desternill6 de risa ante aquello.

—¡Vale, vale! Te mereces un trozo de tarta. Toma.

Le pas6 la bandeja de pl6stico y Emma la destap6, deleit6ndose con el intenso olor a chocolate.

—¿A que no sabes c6mo he encontrado el sitio donde compraste la tarta?

—Sorpréndeme.

—Puse «la mejor tarta de chocolate de Los 6ngeles» en Google y ¡voil6!

Cogi6 con la cuchara un generoso trozo de tarta y se lo llev6 a la boca. Con el intenso sabor del cacao en su lengua, que mandaba agradables est6mulos a su cerebro, Emma comenz6 a contarle a James la historia de c6mo un d6a, hac6a varios a6os, descubri6 que no cab6a en la ropa de Sue. La cantante (o bueno, sus ayudantes) le mandaban a Emma peri6dicamente ropa de Sue que esta ya no quer6a. Era un m6todo bastante eficiente de mantener la farsa: la aut6ntica Sue se paseaba un d6a por la calle con un blus6n de la marca francesa April May o unos vaqueros Diesel y unas semanas despu6s Emma se dejaba ver con aquellas mismas prendas. Le explic6, aunque no estaba del todo relacionado con el tema de su bulimia, que durante los primeros meses pens6 que tendr6a que devolverle la ropa a Sue, pero que cuando llam6 a sus ayudantes para ver c6mo y cu6ndo les devolv6a las prendas le dijeron que pod6a qued6rselas. Sue ten6a m6s ropa de la que pod6a ponerse y salvo algunas prendas espec6ficas que eran las favoritas de la actriz, sol6a no repetir ropa m6s de dos o tres veces. Durante varios a6os Emma recib6a ropa cara que era considerada por los ayudantes de Sue como un «extra» por sus servicios.

—La mayor parte acab6 vendi6ndola por Internet —explic6 Emma—. Llegu6 a juntarme con un mont6n de camisetas y vestidos que solo me pon6a cuando era Sue, as6 que tom6 una decisi6n y cada cierto tiempo pon6a a la venta las prendas que menos me gustaban. Al principio lo hac6a con miedo a que la gente de Sue me llamara y me dijera «tienes que ponerte hoy ese vestido que te mandamos hace un a6o», pero nunca ocurri6 y yo pude sacarme una pasta con la venta por Internet.

Retom6 el tema de que un d6a las prendas que le mandaron eran demasiado peque6as para que entrara en ellas. No dijo ni hizo nada, pero la siguiente tanda de ropa era todav6a m6s peque6a. Coincidi6 con la 6poca en la que comenz6 con la universidad y necesitaba m6s dinero para sus cosas, dinero que no quer6a pedirles a sus padres, as6 que redujo la cantidad de comida que inger6a. Pero era incapaz de mantener una dieta tan estricta como la que se necesitaba para entrar en la ropa de Sue y acababa comiendo sin poder controlarse para seguidamente vomitar, llevada por el arrepentimiento. Con aquel m6todo logr6 perder el peso necesario para conservar su trabajo, aunque sab6a que estaba mal y se lo ocult6 a todo el mundo.

Su madre y todos los que la rodeaban se dieron cuenta de que hab6a perdido bastante peso, pero como la ve6an comer, no dec6an nada. Nadie pod6a imaginarse lo que pasaba cuando Emma



iba al baño.

No lo hacía siempre que comía, solo cuando sabía que había comido demasiado y muy especialmente cuando Sue entraba en el periodo promocional de algún disco, videoclip o película y, por lo tanto, contrataban más sus servicios para despistar a la prensa.

—La noche de la sesión fotográfica —intervino James—, esa en la que cenamos con todo el equipo, ¿vomitaste?

Emma asintió lentamente con la cabeza, mirando la reacción de él. Le pareció que James estaba triste.

—No me di cuenta.

—Nadie se da cuenta a no ser que pase mucho tiempo contigo.

Continuó contándole que cuando se mudó a Atlanta y dejó de ser Sue, dejó de vomitar, pues ya no tenía la necesidad de meterse en ropa que le venía ridículamente estrecha. También le contó que cuando le propusieron hacer la película, una de las cuestiones que había tenido en mente para negarse era precisamente los sacrificios alimentarios que había tenido que hacer para ser Sue. No obstante, cuando le aclararon que no la querían como doble de Sue sino como ella misma, la idea de que tendría que volver a sus antiguos hábitos se escondió en algún recóndito lugar de su mente. Después, con todo el entrenamiento físico, directamente el pensamiento pareció evaporarse. Y entonces llegó el día en que tuvo que ponerse ropa del vestuario de Sue y vivió un *dejà vu*, remontándose al principio de todo su problema, cuando por primera vez no fue capaz de meterse en la ropa de la cantante.

—Pero lo que me dijiste en mi casa me llegó muy hondo —aclaró—. Nunca había pensado en la imagen que daba al mundo. Me concentraba en hacer bien mi trabajo y nunca me di cuenta de que la imagen que daba Sue, la imagen que daba yo, solo ayudaba a alentar esa visión de que las mujeres para ser guapas deben ser delgadas. Y si una chica es delgada por naturaleza, ¡bien por ella! Pero yo no soy delgada, la gente que intenta imitar a Sue, imitarme a mí, probablemente tampoco sea delgada. Y no estoy dispuesta a continuar ofreciendo una imagen de mi misma que solo puedo conseguir a través de vomitar o matarme de hambre. Si a la gente le molesta mi cuerpo tal y como es, que no mire.

—Estoy seguro de que a la gente le gustarás tal y como eres. A mí me encantas.

—Gracias, James.

James hacía ya rato que se había terminado su trozo de tarta, pero Emma, que no había dejado de hablar, se llevó en aquel momento el último trozo a la boca.

—¿Sabes qué es lo peor? —interrogó, mirando el recipiente vacío.

—¿Qué?

—Sé que vomitar es malo para mi salud tanto física como mental, sé que esta tarta que me acabo de comer podré bajarla con una buena sesión de ejercicio... pero una cucharada antes de terminar he sentido la necesidad de ir al baño.

James no supo qué decir ante aquello, así que simplemente la miró, intentando transmitirle ánimo.

—No siempre me pasa —continuó Emma—. Por ejemplo, cuando como cosas ligeras no pienso en ir al baño, pero es sentirme un poco llena y...

—Sé fuerte, Emma. Si alguien puede con esto, eres tú.

La joven le sonrió y, tras unos minutos de silencio, preguntó:

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro. Con todo lo que me has contado de ti, creo que te mereces que yo también te cuente

algo de mí. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué no tienes novias?

James no pensaba que fuera a salirle por ahí y la miró durante varios segundos pensándose si contestar o no. Finalmente, decidió que se lo debía.

—Estuve con una chica durante varios años en una relación muy seria. Hasta que un día todo se fue a la mierda y decidí que no dejaría que nadie me hiciera sufrir de nuevo. Así que ahora lo único que busco es pasármelo bien sin complicaciones.

—Y lo de... bueno, ¿puedo hacerte otra pregunta?

—Dispara.

—Lo de que me dijiste de que solo pasaría una vez, ¿es con todas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque así a nadie le da tiempo a enamorarse ni a ir más allá del encaprichamiento. Al principio no tenía esa regla, pero me la impuse porque no me gusta romper corazones y rompí unos cuantos porque ellas se creaban expectativas. Es mejor dejar las cosas claras desde el principio.

—¿Y qué hay de nosotros? Hemos roto la regla.

—Tú me dirás qué hay de nosotros. Siempre sois vosotras la que os enamoráis y lo complicáis todo.

—¿Ah, sí? Así que las únicas que nos enamoramos somos las chicas, según tú.

—No hablo en general, sino en mis relaciones. Yo no puedo enamorarme. Y no me refiero a no poder porque no quiera, que tampoco quiero, sino a que mi corazón dejó de tener esa capacidad hace años. Así que tú me dirás, Emma. ¿Qué hay entre nosotros?

—Somos amigos. Y nos divertimos juntos de muy diversas formas. Y ya está.

—Eso me gusta: ser amigos.

—A mí también me gusta ser tu... ¿qué haces? ¿Le acabas de echar una foto a mi pie?

—No.

—He oído el sonido de la cámara. Le acabas de echar una foto a mi pie.

—A tu pie no, al agujero.

—¿Le has echado una foto al agujero de mi calcetín? —Emma supo que los motivos de James no podían ser buenos e instintivamente encogió la pierna, aunque obviamente ya era tarde—. ¿Para qué?

—La voy a subir a *Instagram*.

—Vas a subir una foto de mi calcetín con un agujero a *Instagram* —repitió con tono incrédulo—.

¿En serio?

—Sí, con este filtro queda hasta artística. Veamos... ¿qué escribo?

—¡Ni de coña vas a subir esa foto a Internet!

Pero él no la escuchaba.

—El verano aprieta y alguien necesita ventilación extra. LOL. ¿Qué te parece?

—¡No vas a subir esa foto!

—¿Te etiqueto?

—¡Que no vas a subir esa foto!

Al darse cuenta de que James la ignoraba por completo, Emma se lanzó contra él para arrebatárle el móvil. Le clavó la rodilla en el estómago y James soltó un quejido a la vez que empujaba la pierna hacia un lado hasta que la rodilla se clavó en el sofá. Emma estaba ni más ni

menos que sentada a horcajadas sobre él, pero ninguno de los dos pareció darle importancia, pues ambos estaban concentrados en el móvil. Él, con el brazo derecho extendido hacia atrás, intentaba ponerlo fuera de su alcance, y ella se debatía para intentar alcanzarlo.

—¡Dámelo!

—Vale, vale. No te etiqueto.

—¡Que me des el móvil!

James llevó la mano a la cintura de Emma y en cuanto sus dedos se posaron en su cuerpo supo que había acertado. ¡Emma tenía cosquillas allí, igual que su hermana Susan!

—¡No, no! Para, para —pedía la joven, intentando apartarle la mano mientras con el otro brazo seguía intentando alcanzar el teléfono. James redobló sus esfuerzos hasta que Emma tuvo que usar ambas manos para hacer frente a las cosquillas. —¡Para, para!

—No voy a parar hasta que supliques.

Pero Emma no pensaba rebajarse, y puesto que la mejor defensa era un buen ataque, probó suerte en las axilas de James y ¡bingo! Ella no era la única con cosquillas. El actor comenzó a retorcerse debajo de ella, intentando cortar el acceso a su punto débil, pero Emma tenía unos dedos finos y hábiles. Al ver que no podía con ella, James decidió atacarla también y así pasaron un rato, partiéndose de risa, haciéndose cosquillas mutuamente, sin aparentemente darse cuenta de la posición tan íntima y cercana en la que estaban. De hecho, parecían simplemente dos hermanos peleándose. Hasta que de pronto Emma se inclinó demasiado, perdió el equilibrio y se cayó del sofá pese a que James intentó evitarlo agarrándola de la camisa.

—¿Estás bien? —interrogó preocupado, asomándose por el borde del sofá.

Emma no contestó. Tenía los ojos cerrados, una expresión de dolor en la cara y la mano en la cabeza.

—Emma...

James se bajó del sofá rápidamente, arrodillándose junto a ella, pero en cuanto la joven vio vía libre, se incorporó dejando pasmado a su compañero y cogió el móvil que había quedado olvidado en el sofá.

—¡Eso es trampa!

—¡Eso es trampa! —le imitó burlonamente Emma, poniendo vocecilla infantil. Sonreía victoriosa con el móvil en la mano, pero en cuanto vio lo que aparecía en la pantalla su expresión cambió—. ¡Ya la has publicado!

—Antes de que te lanzaras contra mí.

—¡Pero James...!

—Si tienes unos calcetines monísimos, con... ¿cómo se llaman esos bichos?

—Lémures.

—Eso, lémures. Todos pensarán que son los pies de mi hermana o algo así, no te preocupes.

Emma miró la foto y el comentario que la acompañaba para asegurarse de que no mencionaba que aquellos calcetines infantiles y el agujero tenían algo que ver con ella. Pero aun sabiendo que nada la relacionaba con la foto, quería venganza, y preparando el móvil, cogió un cojín del sillón más cercano y se lo lanzó a James, que desprevenido, no pudo hacer más que cerrar los ojos a la vez que se apartaba un poco de la trayectoria del cojín. Un poco que no fue suficiente, por lo que Emma consiguió capturar con el móvil el momento exacto en que el almohadón impactaba contra la cara de James. Miró la foto y vio que había pillado a James sonriendo. No pudo por menos que sonreír también.

—Siendo castigado por subir la última foto —dijo Emma en voz alta a la vez que tecleaba.

Pensó que James intentaría evitar que publicara la foto, así que le dio al botón de subir antes de que el actor llegara a su lado. Sin embargo, él no tenía intención de detenerla y simplemente miró la foto, divertido.

—Anda que la cara con la que me has sacado...

—Tus admiradoras se van a volver locas. ¿Cuántos seguidores llevas ya, por cierto? ¡Ostras! ¿Mil?

James le cogió el móvil, sonriente.

—Y creciendo por momentos.

—Yo creo que todavía no he llegado a los cien.

—¿Has subido alguna foto desde aquella que subiste mía?

—Sí, una más que me mandó Lisa. ¿Cuántas has subido tú?

—Seis, me parece.

—Mil seguidores por seis fotos. Sales a 166,666666666 seguidores por foto. ¡Qué máquina!

—¿166,666666666? —repitió él.

—Sí, es lo que sale mil entre seis. Bueno, con seis, seis, seis hasta el infinito. Es una división infinita.

—¿Has hecho el cálculo de cabeza?

—¿Mil entre seis? Sí.

Sin decir nada más, James le cogió su teléfono de la mano y tocó la pantalla varias veces.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces? —interrogó Emma, desconcertada.

James se tomó unos segundos para contestar y cuando lo hizo abrió la boca teatralmente a la vez que giraba su móvil hacia ella. La calculadora estaba abierta y mostraba la división y el resultado que Emma había dicho.

—¡Tú sí que eres una máquina!

La joven sonrió, halagada por la sorpresa y admiración de él, pero no queriendo centrar la atención en sus habilidades con las matemáticas, dijo:

—Lo que debería desconcertarte es ese 0,6 infinito. ¿Cómo es posible que tengas por ahí un sexto de fan? ¿Qué tienes? ¿Un brazo? ¿Un pie? ¿Un ojo?

—Preferiría un pecho, la verdad. Podría usarlo como pelota anti estrés.

Hizo el movimiento de la mano como si tuviera una bola en la mano y aquello hizo reír a Emma, que sacudió la cabeza.

—¿Siempre piensas en lo mismo?

—No siempre, pero sí un 96,666666666666% de mi tiempo. Y ese seis también se extiende hasta el infinito.

—Pues no está mal hasta dónde has llegado dedicando solo un 3,34% de tu actividad cerebral a las cosas que no son sexo.

—Gracias.

Le dedicó una sonrisa y un guiño que hicieron que el corazón de Emma se derritiera. ¡Uf! Era tan... tan... ¡irresistible! Pero no podría ser suyo jamás. James ya le había dejado claro que no era capaz de amar a nadie. Por supuesto, ella no se creía esa chorrada, pues sabía que el ser humano biológicamente podía enamorarse infinitas veces, pero cuando alguien está decidido a no dejar entrar a nadie en su corazón, lo conseguía. Y James llevaba años con el corazón blindado, así que tenía claro que solo podía aspirar a ser su amiga. Aunque a la vez sabía perfectamente que si él volvía a tener un desliz y, por algún casual, incumplía con ella una vez más su regla de no repetir en la cama con nadie, no sería ella quien pusiera objeciones.

Charlaron un rato más hasta que James le propuso que fueran a cenar algo juntos, pero Emma tuvo que excusarse. Desde que volvió a la ciudad había salido todos los jueves a cenar con sus amigos de la universidad. La semana pasada no lo había hecho porque su humor estaba negro por su necesidad de adelgazar, pero ese mismo medio día, tras hablar con Sean, le había mandado un mensaje a Raúl, uno de sus compañeros, para confirmar que ese día sí se uniría a la cena. Necesitaba animarse. Si hubiera sabido que James la invitaría a cenar, quizá no habría mandado ese mensaje, pero ya era demasiado tarde.

—¿Por qué no vienes con nosotros? A veces nos *emparanoiamos* un poco con cosas de química, pero el resto del tiempo somos majos.

—Gracias, pero creo que me quedaré aquí. Cenaré algo rápido y me pondré a estudiarme el guión. ¿Cómo lo llevas, por cierto?

—Bien, bien —dijo simplemente Emma. No iba a decirle que se lo había releído tantas veces que se lo sabía de cabo a rabo.

Emma y sus amigos quedaban siempre en el mismo bar donde cenaban unos sándwiches, unas hamburguesas o unas pizzas junto con unas cervezas. El bar quedaba cerca de la universidad y era el lugar donde solían ir antes de una sesión de estudio para coger fuerzas, así que cuando dijeron de reunirse de nuevo, aquel fue el lugar elegido para hacerlo. No estaban todos los que solían ser en su grupo de estudio, pues algunos habían conseguido trabajo lejos de Los Ángeles, pero aún quedaban unos pocos: Oliver, que trabajaba con su padre en una empresa de tratamiento de aguas, Ethan, que en aquel momento trabajaba de repartidor porque no había encontrado trabajo en lo suyo, y Raúl, que sí que había conseguido trabajo en una empresa de explosivos como químico pero tenía un suelo paupérrimo para todo lo que trabajaba. Y ella, claro, la única chica. La química era una materia que sobre todo estudiaban los chicos, aunque en el grupo de estudio Emma siempre había contado con la presencia de Vivian, que ahora trabajaba en Wisconsin. Pero Emma no se sentía desplazada ni cohibida con tanto chico; no lo había hecho durante la carrera y menos iba a hacerlo ahora, entre amigos.

—¡Aquí está esa española linda! —la recibió Raúl en español. El joven, de ensortijado pelo negro, era de padres cubanos y siempre le gustaba lanzarle piropos en aquel idioma que ambos compartían.

La recibió con dos besazos en las mejillas, sabiendo que Emma estaba acostumbrada a esas cosas. Las mujeres norteamericanas solían darse la mano con los hombres salvo que tuvieran una relación cercana con estos y un tercio de las mujeres de Los Ángeles creía que Raúl había intentado ligar con ellas porque este se les había presentado con dos besos en lugar de con un apretón de manos. Emma, por suerte, había pasado largas temporadas en España y los besos allí estaban a la orden del día, por lo que no se había sobresaltado cuando en primero de carrera aquel joven dicharachero y vivaz le plató dos besazos.

—¡Meredith, qué alegría verte! —saludó la joven al ver sentada a la mesa a la novia de Oliver.

—¡Hola, Emma! Yo también me alegro de verte, aunque por tu reacción supongo que estos no te han contado nada.

—¿Contarme el qué? —Emma se dejó caer junto a Raúl y le cogió una patata frita del plato que acababan de servirle. Antes de que nadie le respondiera, le pidió al camarero lo que quería.

—La semana pasada se nos ocurrió una idea genial —le explicó Ethan.

—¿Una idea genial?

—Una idea de negocio.

—Bueno, pues soy todo oídos.

Entre los cuatro le contaron que habían pensado abrir una empresa de cosmética natural con productos que se venderían como algo exclusivo.

—¿Esa es vuestra idea para salir de pobres? ¿Una empresa de cosmética natural? —preguntó con tono de guasa, mirando a uno tras otro hasta que se dio cuenta, por sus expresiones, de que hablaban en serio—. ¿Me lo estáis diciendo de verdad?

—Tenemos todo lo que necesitamos en este grupo —dijo Meredith—. Yo soy esteticíen titulada y sé todo lo que hay que saber sobre productos cosméticos; vosotros sois químicos con conocimientos en otras muchas materias, como diseño y marketing, y tú eres actriz.

—Yo también soy química —protestó Emma, al darse cuenta de que Meredith la había excluido

de su auténtica profesión.

—Lo sé, lo siento, pero es que tu faceta de actriz famosa nos viene genial.

—No soy una actriz famosa.

—Todavía —apostilló Raúl.

—¿Pero y en qué ayuda a vuestra idea de negocio que yo sea actriz?

—Tú nos recomendarás entre tus amigas. Ya te hemos dicho que serán productos de belleza natural exclusivos.

Emma llevó sus ojos de una cara a otra, mirando a sus amigos como si estuvieran locos, pero no, lo decían de verdad.

—Ahora mismo solo tengo un amigo dentro del mundillo, y aunque estoy segura de que James se dejaría maquillar, no creo que vendáis mucho así.

—Tú lo has dicho —dijo Meredith—, ahora mismo. De aquí a que la empresa esté en marcha y tengamos productos y embalajes preparados para comercializarlos pasará al menos medio año, así que no tienes de qué preocuparte.

El camarero llegó con el pedido de Emma y la joven cogió el botellín de cerveza que le puso delante y bebió un largo trago.

—Estáis locos —dijo finalmente—. Pero si os comprometéis con la idea, yo me comprometo también. —Alzó el botellín en un brindis—. Por los mejores químicos de Los Ángeles. Y por la mejor estetician, por supuesto.

Durante toda la cena hablaron sobre el tema del negocio, proponiendo ideas y sugerencias. Emma se alegró de que James no hubiera ido con ella, pues se habría aburrido soberanamente.

Cuando la joven regresó a casa y se tumbó en la cama, la imagen de James maquillado como si fuera una mujer le vino a la mente y no pudo evitar reírse. Cogió su móvil y en Internet buscó el *Instagram* de James para poder ver la instantánea que le había tomado esa misma tarde cuando le lanzó el cojín. Salía tan natural y encantador que no pudo evitar guardarse la foto en su móvil.

El lunes Emma estaba ultra nerviosa. Era el primer día de grabación y por primera vez en su vida iba a actuar delante de todo un equipo de filmación. Podía decirse que ya había actuado delante de las cámaras, haciéndose pasar por Sue en la conferencia de prensa atestada por periodistas que grababan y fotografiaban el instante, pero actuar delante de la cámara era totalmente distinto. Para empezar, porque no solo había una cámara delante de ella. ¡Había dos! Cada una capturaba la escena desde distintos ángulos. Y además, había una cantidad de gente atenta a cada uno de sus movimientos... el especialista en iluminación, el de sonido y sus ayudantes, el director y su ayudante... Si no había 12 personas delante de ella a las que debía ignorar puesto que se suponía que no estaban allí, no había ninguna.

—Lo vas a hacer muy bien —intentó calmarla James, notando su inquietud—. Tú solo interacciona conmigo, ¿de acuerdo? Como si estuviéramos solos. No tienes ni que pensar en ser ingeniosa ni nada porque ya sabes lo que vas a decir.

Sean había programado la grabación de las escenas que James y Emma compartían en escenarios físicos para que la joven se soltara y se sintiera a gusto. Después vendrían las escenas a solas o con pantalla verde donde Emma tendría que darlo todo de sí.

La primera escena la repitieron más de seis veces hasta que la joven no aguantó más y acercándose a Sean, le dijo:

—Lo siento.

Éste se giró hacia ella, sorprendido. Había estado mirando la grabación de la última toma.

—¿Qué sientes?

—Sé que lo estoy haciendo mal y por eso tenemos que repetirla tantas veces.

Aquello pareció hacerle gracia a Sean, que sonrió comprensivo:

—No lo estás haciendo mal, Emma. Es lo normal grabar varias veces la misma toma.

—¿Seis veces?

—¡Y con suerte!

—Pero si hay que repetirla tantas veces es porque no lo hacemos bien.

—No, simplemente tenemos que cogeros desde distintos ángulos y corregir algunas cosas. La primera vez, por ejemplo, la cámara dos ha cogido demasiada luz. En la segunda nos hemos dado cuenta de que acercándoos más a ti y a James quedaba todo más visualmente bonito... —posó una mano sobre el hombro de la joven—. Lo estás haciendo bien, Emma, en serio.

—Si no lo hago bien, ¿me lo dirás?

—Claro.

—¿Lo prometes?

—Ahora soy tu jefe, mi misión es apretarte las tuercas y sacar lo mejor de ti, así que sí, si considero que no lo haces bien, te lo diré.

—Gracias, Sean.

A la hora del almuerzo, Emma aprovechó para subir a Internet una foto de la claqueta de la primera toma que habían rodado. Acompañó la foto con un «comienza la aventura. Nerviosa no, lo siguiente».

Cuando terminaron aquel día tras ocho horas de trabajo, Emma estaba agotada. Más mental que físicamente, aunque la tensión que había soportado también había hecho estragos en su



cuerpo y llegó a su casa casi arrastrándose. Cenó algo ligero y se metió en la cama. Se quedó dormida pensando en que al día siguiente estaba programado que rodaran varias de las coreografías que llevaban practicando desde hacía semanas.

Pasó una semana de rodaje en la que Emma aprendió a confiar en si misma delante de una cámara y en la que los distintos miembros del equipo cogieron confianza. Se respiraba camaradería y buen rollo entre todos los implicados en la película, aunque los que más notaban aquello eran los que repetían del rodaje de la primera parte, pues aún tenían muy presente el recuerdo de la creída, egoísta y siempre malhumorada Sue Johnson.

Un viernes por la mañana Emma y James coincidieron en la entrada del estudio y se subieron al ascensor que los llevaría a la segunda planta.

—¿Sigues bebiendo café? —le preguntó James al verla con un vaso enorme de plástico en la mano.

—Sí, pero ya no en cantidades industriales. Solo lo suficiente para despejarme —sonrió Emma a la vez que él presionaba el botón que los llevaría a la segunda planta.

Comenzaron a ascender lentamente, pero todavía no habían llegado a la primera planta cuando las luces se apagaron de pronto y sintieron que el ascensor se detenía.

—¡Uy! —se le escapó a Emma de la boca a la vez que extendía el brazo hacia donde sabía que estaba James. Se tranquilizó un poco en cuanto sus dedos dieron con el fuerte bíceps de él.

—¿No hay luz de emergencia? —se sorprendió James. Estaban en la oscuridad más absoluta.

—Parece que no. ¿Llevas tu móvil a mano?

—Sí, espera.

Pero antes de que James tuviera tiempo de sacar su teléfono, las luces alógenas parpadearon dos veces sobre sus cabezas y después se quedaron fijas. El ascensor, no obstante, no dio muestras de moverse.

—¿Estás bien? —le preguntó Emma a James, pero el actor parecía haberse quedado congelado.

Su rostro, tenso, miraba algo que había detrás de la joven. La joven se giró para ver qué había dejado paralizado a James y se encontró con que ya no estaban solos en el ascensor. Había un chico completamente vestido de negro en una esquina. De unos veintipocos años, el desconocido tenía el rostro blanco como la leche y en aquel momento tenía la mirada perdida en algún lugar del suelo.

—¿Ho... hola? —interrogó Emma, en voz mucho más baja y temblorosa de lo que habría deseado.

El desconocido alzó la cara bruscamente y pudieron ver que tenía los ojos completamente negros. Justo entonces volvió a irse la luz. Emma se pegó a James, que la acogió entre sus brazos, estrechándola con fuerza. Aliviados, sintieron que el ascensor volvía a ponerse en marcha, aunque seguían a oscuras. Cuatro dolorosos y largos segundos después, la luz volvió.

—¿Sigue ahí? —interrogó Emma, que en aquel momento tenía la vista fija en el cuello de James.

—Mmmm... no —y al ver que la joven comenzaba a girar el cuello, dijo—: Pero no mires.

Demasiado tarde, Emma ya tenía en su ángulo de visión a la espectral aparición. Lo miró a la cara, sintiendo los fuertes brazos de James a su alrededor. En aquel momento el desconocido soltó un grito tremendo y prolongado que sobresaltó tanto a James como a Emma, que se pegaron todavía más entre si y a la esquina opuesta del ascensor. El ascensor se detuvo antes de que el grito del espectro cesara y se oyó un suave «ding» a la vez que las puertas del ascensor comenzaban a abrirse. James empujó a Emma hacia la puerta en cuanto vio que esta se abría y la siguió de cerca sin perder de vista en ningún momento al desconocido hasta que ambos estuvieron

fuera del ascensor y corriendo como posesos.

Las carcajadas que oyeron al salir del ascensor los desconcertaron por completo, pero en cuanto vieron delante de ellos un nutrido grupo de personas partiéndose de risa y, para más inri, el fantasmagórico muchacho salió del ascensor riéndose también, supieron que les habían tendido una trampa.

—¡Qué tontos sois! —los insultó James, aunque no pudo evitar reírse con ellos.

Emma se llevó la mano al pecho, notando todavía los acelerados latidos de su corazón.

—¡Se me va a salir el corazón del pecho! —protestó. Se cubrió los ojos con la mano que tenía libre y entonces comenzó a reírse por lo que acababa de pasarles—. Yo no os llamaría tontos, os llamaría ¡cabrones!

—¡Shhhh! ¡Que sube otra persona! —llamó la atención de todos un chico que llevaba un walkie talkie de los de seguridad en la mano.

El espectro salió corriendo y se metió en el ascensor justo antes de que las puertas comenzaran a cerrarse.

—¿Cómo sale de la nada? —preguntó Emma, cuyo corazón había vuelto a su ritmo normal.

—¿Liam? —preguntó alguien—. Han puesto una pared falsa en el fondo del ascensor y se esconde allí antes de que la gente se suba. Después, cuando se va la luz, sale sigilosamente.

—¿Pero han puesto cámaras o algo?

—¡Claro! Es una broma de cámara oculta.

—¿Y todos habéis pasado por ella? —preguntó James mirando a su alrededor.

—Casi todos. Algunos ya lo sabían porque prepararon la broma. Otros han subido por las escaleras y no les han pillado.

—¿A ti también te han gastado la broma? —interrogó James, sorprendido por las palabras de Sean, que era quien había hablado. Había supuesto que él, siendo el director, habría estado al corriente de los planes de su gente.

—¡Y ha gritado como una nena! —comentó por lo bajini alguien, y todos comenzaron a reírse, incluido Sean tras intentar descubrir quién había sido el que había dicho aquello.

Todos se quedaron callados entonces, agudizando el oído por si podían captar algo del interior del ascensor. Hubiera sido todavía más divertido poder ver lo que ocurría dentro, pero para eso tendrían que esperar a que montaran el vídeo completo. Pese al silencio sepulcral, no se oyó nada mientras las puertas del ascensor estuvieron cerradas, lo que quería decir que nadie gritó en aquella ocasión, pero en cuanto se oyó el «ding» y las puertas comenzaron a abrirse, pudieron oír que alguien estaba lloriqueando y golpeando las puertas metálicas. Una mujer regordeta de unos cuarenta y tantos años salió del ascensor, aferrada a su bolso.

Emma sintió pena por la pobre mujer, aunque en cuanto la pararon y le explicaron que era una cámara oculta esta comenzó a reírse. O llorar. Probablemente ni ella misma sabía lo que estaba haciendo.

Desafortunadamente, no pudieron quedarse allí mucho tiempo. Habían ido a trabajar y, tras la novedad, Sean comenzó a dar órdenes para que todos fueran a ocuparse de sus quehaceres. Lisa y el equipo encargado de la cámara oculta se quedaron allí, haciendo sufrir a los que aún quedaban por subir mientras los que ya habían caído víctimas de la cámara oculta usaban las escaleras en su ir y venir entre plantas.

Pero la demora a la hora de comenzar el rodaje les obligó a quedarse una hora más tarde de lo normal para compensar la pérdida y así no estropear el plan de trabajo que tenían hecho. Cuando Emma terminó su última escena, sabía exactamente dónde iban a aparecerle los moratones al día

siguiente. Habían pasado todo el día con escenas de combate y estaba terriblemente cansada y con dolores por todo el cuerpo. James se había quedado todavía grabando una escena más, pero puesto que ella ya no tenía que salir más, le habían permitido ir a cambiarse antes.

Al entrar en su camerino, se encontró con una desconocida de pie junto al armario donde guardaba sus pertenencias. Era una joven cuyo pelo le llegaba hasta los hombros y le cubría las cejas con el flequillo. Su expresión era muy seria, casi siniestra, y Emma sintió un escalofrío en cuanto la vio. Un segundo después, no obstante, se impuso la cordura:

—¿Otra broma? —dijo alzando la mirada para ver si encontraba las cámaras—. ¡Venga, chicos! Deberíais haberos esperado un poco, ¿no? ¡Esta broma no resulta creíble!

—¡Esto no es una broma! —respondió la desconocida a la vez que sacaba la mano del bolsillo de su chaqueta. Emma pudo ver que llevaba un revolver y que el dedo lo tenía puesto en el gatillo.

—¡Eh, eh! —se alarmó. Alzó las manos en ademán apaciguador mientras sus ojos seguían buscando en la estancia las dichosas cámaras—. Tranquila, tranquila.

¿Dónde coño estaban? Tenían que estar muy bien disimuladas porque no las veía por ningún lado. Volvió a centrar su atención en la joven desconocida al ver que esta la apuntaba con el revólver. Tragó saliva al verse enfocada por el cañón.

—Esta broma no tiene gracia.

—¡Que no es una broma!

—Vale, vale, lo siento, lo siento. ¿Qué quieres?

—De ti no quiero nada.

—¿Y qué haces en mi camerino entonces?

—¡Este no es tu camerino!

—Sí, sí que lo es.

—Este camerino es de Sue. Tú la has echado y debes pagar por eso.

Emma no fue capaz de articular palabra durante varios segundos. Sintió que el corazón se le aceleraba y un miedo frío y devastador se instalaba en su pecho. Aquello no era una cámara oculta. No era una broma. Los productores nunca autorizarían una broma relacionada con Sue, a la que habían intentado dejar elegantemente a un lado. Aquella chica estaba allí por su cuenta y riesgo y su intención era hacerle pagar por haberle usurpado el puesto a la actriz y cantante. «Piensa, Emma, piensa» se decía una y otra vez la joven. Sus ojos estaban fijos en la boca del cañón.

—¿Eres una fan de Sue? —interrogó Emma con voz suave. La desconocida asintió con la cabeza—. ¿La sigues desde hace mucho?

—Desde que éramos niñas.

—A mí también me gustaba mucho Sue cuando era niña. ¿Te acuerdas de esa serie en la que hacía de bruja? ¡Cómo me reía con ella!

—A ti no te gusta Sue. Tú la odias.

—Yo no odio a Sue. La admiro.

—¡No, eso no es verdad!

—Claro que s...

—¡No me mientas! Por tu culpa ella ya no hace esta película. Por tu culpa han tenido que internarla por depresión.

Emma podía ver por el rabillo del ojo la puerta, que permanecía abierta. Si solo pudiera llegar hasta ella, o si simplemente alguien pasara, las oyera y llamara a los de seguridad... pero se habían quedado hasta tarde y solo permanecían en el estudio las personas justas, que en aquel momento

debían seguir en uno de los decorados grabando las escenas de James. Debía conseguir alargar aquella conversación. Tarde o temprano terminarían de rodar y tendrían que pasar por camerinos.

—¿Cómo te llamas? —interrogó, intentando ganar tiempo.

—¡No te voy a decir mi nombre!

—¿Por qué no?

—Porque eres una mala persona.

—No soy una mala persona. Estoy aquí para ayudar a Sue.

—¡Mentira!

—Es verdad, es verdad —intentó tranquilizarla Emma. Cada vez que la joven gritaba, movía todo el cuerpo, agitando también la pistola y poniendo muy nerviosa a Emma—. Sue me pidió que la sustituyera en esta película, pero volverá para la tercera parte.

—Eso no es verdad.

—Sí, sí lo es. Sue ahora mismo está enferma, necesita todo nuestro apoyo. A mí me pidió que la sustituyera en esta película para así evitar que la productora la denunciara. Está... Sue está enferma del corazón. Necesita un tratamiento médico muy largo y necesita toda nuestra ayuda. Si yo no llego a hacer de ella en esta película, la productora la habría denunciado por romper el contrato, y ella no habría podido aguantarlo en su situación.

—Mientes.

El tono que había usado la lunática, menos enérgico que antes, hizo que Emma supiera que solo tenía que insistirle un poco más para que la creyera. Y ella sabía cómo hacer que la gente se creyera las cosas: simplemente tenía que darle datos.

—Es verdad. La vida tan estresante que lleva Sue por las grabaciones, las giras y demás le han provocado hipertensión arterial que ha degenerado en una enfermedad vascular periférica con unos niveles de arritmias que en los últimos meses han crecido hasta más de 250 cuando los valores medios suelen estar en 150 arritmias.

Esperaba que la chica no tuviera ni idea de medicina ni de enfermedades cardiovasculares, pues estaba soltando cada disparate por su boca... Había aprendido aquellas palabras cuando a su abuelo sufrió un ataque al corazón, pero las estaba usando al tuntún, conforme le venían a la boca. Por suerte, funcionó y aquella avalancha de datos hizo que la desconocida la mirara con cara de sorpresa y bajara un poco la mano, dejando de encañonarla.

—¿De verdad Sue está enferma?

—Me temo que sí —asintió, poniendo cara triste.

Fingió no mirar la pistola, pero lo cierto era que no perdía detalle de su posición, y cuando finalmente vio que el cañón ya apuntaba el suelo y que el brazo de la joven estaba relajado, su cuerpo actuó solo y, en lugar de seguir razonando con aquella psicópata, echó a correr hacia la puerta. En su camino, tiró del pomo para cerrar la puerta y esta se cerró estrepitosamente tras ella. El golpe no evitó que oyera también el sonido que produjo el disparo de la pistola. Un grito escapó de la garganta de Emma cuando vio que un pequeño agujero se abría en el aglomerado de la puerta a poco más de un palmo de su cara. Y después otro, más cerca todavía.

El cansancio y el dolor se habían evaporado de su cuerpo y el miedo la propulsó hacia delante. Corrió como alma que lleva el diablo, sin pensar hacia dónde dirigía aquel pasillo. Oyó que la puerta se abría tras ella, a cierta distancia ya, y giró hacia un pasillo que se abría a su derecha justo antes de que se oyeran otros dos disparos.

«¡Joder, joder, joder!» pensaba mientras corría. En el siguiente pasillo giró a la izquierda, con tan mala suerte de que resbaló y casi se cae al suelo. Consiguió mantenerse en pie sujetándose a la

pared y siguió corriendo, viendo por el rabillo del ojo la figura de aquella lunática aparecer por el anterior cruce. Escuchó otro disparo y corrió con más energía todavía. Se dio cuenta de pronto que el pasillo que había escogido era bastante corto y apenas se extendía 20 metros antes de terminar en una puerta. Por suerte, a mano derecha, unos pasos por delante de ella, podía ver que se abría otro pasillo. Se dirigió hacia allí, sabiendo que la lunática la tendría a tiro en cualquier momento.

Giró a la derecha en cuanto pudo y se dio de bruces contra una puerta.

—No, no, no —suplicó mientras giraba el pomo de la puerta y empujaba sin éxito.

Aquello era una ratonera y ella había acabado en un pasillo sin salida. Sintió un acceso de pánico que la bloqueó durante unos segundos y después, como una posesa, retrocedió para probar a abrir las puertas que tenía más cerca. Ninguna se abrió. Le pegó una patada a una de ellas, mirando constantemente por encima de su hombro, pero todo lo que consiguió fue hacerse daño en la rodilla.

—Estás atrapada —oyó que decía la desconocida. Acaba de aparecer en el pasillo y la apuntaba con el revólver.

—Por favor —suplicó Emma, interponiendo sus manos entre ambas en ademán apaciguador—. No dispaes, por favor.

La chica seguía andando hacia ella y Emma retrocedió hasta que su espalda chocó contra una puerta cerrada.

—Me has mentido además de arruinarle la vida a Sue.

—No, oye, no, por favor. —Al saberse sin salida, las lágrimas estaban comenzando a acudir a sus ojos. ¡Iba a morir!—. Por favor, déjame que me explique.

—¿Para que me mientas? No. Ha llegado tu hora.

La desconocida apretó el gatillo y Emma cerró instintivamente los ojos. No obstante, no se oyó la detonación y Emma tampoco sintió dolor alguno. Tras casi un segundo de desconcierto en el que se preguntó si ya estaría muerta y no lo había notado, abrió los ojos y vio que la chica miraba también con sorpresa el revólver. Lo apretó otra vez con el mismo resultado. Y otra.

El instinto de supervivencia actuó por Emma y con un grito de guerra que salió solo de su garganta, cargó contra la chica, que no tuvo reflejos suficientes para esquivarla, y la golpeó contra la pared. El cuerpo de la joven supo qué hacer entonces y tomó el relevo del instinto de supervivencia. Tenía una escena en la película en la que precisamente desarmaba a un contrincante. Se dio la vuelta, quedando su espalda contra el pecho de la desconcertada chica, y le retorció el brazo derecho hasta que la pistola cayó al suelo. Después apoyó un pie contra la pared opuesta y se lanzó hacia atrás hasta que notó que ambas chocaban con fuerza contra la pared, llevándose la desconocida lo peor del golpe. Puesto que tenía el brazo de la joven todavía sujeto con sus manos, lo colocó sobre su hombro y echó la mano hacia atrás hasta coger a la chica por el cuello. Se colgó de ella y usando su peso se inclinó hacia delante con fuerza. La desconocida pasó por encima de ella y cayó al suelo. Puesto que no contaba con espacio por la pared de enfrente, quedó allí tirada en un extraño ángulo, hasta que poco a poco su cuerpo fue deslizándose hacia la derecha y se quedó tendida en el suelo, inconsciente. O muerta. Emma no lo sabía ni tampoco iba a tomarle el pulso. Salió corriendo hacia la salida del pasillo, cogiendo el revólver para asegurarse de que la joven, si despertaba, no se apoderaría de él. ¿Y si llevaba balas guardadas en algún bolsillo de su chaqueta o su pantalón?

Aunque durante aquellas semanas había llegado a familiarizarse con el estudio y podía ir sin problemas de un lugar a otro, en aquel momento no tenía ni idea de dónde estaba y se sintió atrapada hasta que a lo lejos vio un indicador verde que marcaba la salida. Cuando atravesó

aquella puerta, se detuvo tan solo un momento hasta que reconoció el lugar y supo hacia dónde debía correr. Reanudó la marcha sintiendo que las lágrimas volvían a trepar hasta sus ojos ahora que la adrenalina estaba dejando hueco a una sensación de horror y miedo.

Atravesó las puertas del set de grabación y vio que allí, al fondo, seguía reunido el grupo que se había quedado hasta más tarde.

—¡A... ayuda! —dijo, pero su voz no salió de su garganta como esperaba. Volvió a intentarlo—. ¡Ayuda! ¡AYUDA!

Una vez consiguió formular aquella palabra lo suficientemente alto, todo se precipitó. Desconcertado, el grupo se acercó a ver qué ocurría. Ella les explicó con las pocas palabras que consiguió conjurar que una chica había intentado matarla. Sean dio la orden de que alguien llamara a la policía mientras él llamaba a los de seguridad. Atrancaron todas las puertas del set de grabación a la espera de que seguridad se encargara de la joven.

—Yo... no... no sé si la he matado —dijo Emma con voz entrecortada cuando Jack, que había estado durante todo aquel día presente en el rodaje, intentó quitarle el revólver de la mano—. Le... le hice esa llave que me enseñaste, la que... la que hago en la película. Pero no había espacio y cayó mal. De... de cabeza.

—Tranquila, Emma —le susurró James. En cuanto Jack le quitó la pistola, la atrajo hacia sí y la abrazó. La joven se aferró muy fuerte a él.

—Yo... pensaba que era otra cámara oculta —explicó la joven, sintiéndose reconfortada entre los fuertes brazos de James, al igual que le había pasado en el ascensor—. Pero entonces... entonces me habló de Sue y supe que no era una broma.

—¿Habló de Sue? —interrogó Sean, que la había escuchado.

—Sí. Es una fan suya. Dijo que yo había destrozado su carrera. Que debía morir. Que... —no pudo continuar. Comenzó a llorar y James la apretó más contra sí, acariciándole el pelo hasta que se dio cuenta de que ella seguía llevando la peluca. Pasó entonces a acariciarle la espalda.

—Tranquila, Emma. Ya estás a salvo. Tranquila. Ya ha pasado todo.

Y tenía razón, lo peor había pasado, pero la noche no resultó para nada agradable. Los de seguridad encontraron a la desconocida, que resultó se llamaba Jennifer y estaba bajo tratamiento psiquiátrico, intentando escapar de la instalaciones. Saber que seguía viva y que, por suerte, la habían pillado antes de que desapareciera, fue todo un alivio para Emma. No obstante, pese a que estaba vivita y coleando, la lunática había sufrido lesiones en varias vértebras por la llave que Emma le había hecho y tuvo que ser trasladada al hospital. Antes de que se la llevaran, los médicos de la ambulancia revisaron el estado de Emma por petición de Sean y se aseguraron de que, pese a la ansiedad provocada por el sobresalto, se encontraba bien. Todo lo que tenía que hacer era descansar y tranquilizarse.

Pero antes de poder hacer eso, Emma tuvo que prestar declaración ante la policía. Explicó paso por paso todo lo que había ocurrido desde que había llegado a su camerino hasta que entró en el set de grabación pidiendo ayuda. En todo momento James y Sean estuvieron a su lado, dándole apoyo. Lo cierto era que ambos se sentían responsables por lo que había pasado, pues Emma les había planteado antes de firmar el contrato que Sue y sus seguidoras podían ser un problema y ambos habían intentado quitarle importancia a aquello. Jamás se les habría pasado por la cabeza que una fan psicópata pudiera intentar matar a Emma por ocupar el puesto de Sue en la película.

—Te acompañaré a casa —propuso James cuando el inspector que le había estado tomando declaración le dijo a Emma que ya podía marcharse.

—Es una idea estupenda —asintió Sean antes de que Emma pudiera decir nada—. Así me

quedará mucho más tranquilo. Mañana no hace falta que vengáis al rodaje, ¿de acuerdo? Ya nos volveremos a enganchar el lunes.

James asintió y Emma dejó que la guiara hasta su coche, aparcado en el parking privado del estudio. Viajaban en silencio por las calles de Los Ángeles cuando el móvil de la joven comenzó a sonar. Buscó en su bolso hasta que dio con él y vio que quien llamaba era su madre.

—¿Crees que se hará público el incidente? —le preguntó a James con la vista fija en el móvil.

—No creo, a no ser que se filtre.

Emma asintió con la cabeza y descolgó el móvil, intentando hablar con su madre de manera normal y distendida. Durante casi cinco minutos la joven le puso al día de lo que había estado haciendo durante aquella semana y también se interesó por cómo iban las cosas por Nueva York. Cuando finalmente colgó, volvieron a quedarse en silencio hasta que James comentó:

—No le has dicho nada de lo que ha pasado.

—Se asustaría y la tendría aquí mañana en el primer vuelo. Siempre ha odiado a Sue y si le digo que han intentado matarme por su culpa... —no concluyó—. Pero creo que no ha sospechado nada. Siempre me llama los viernes por la noche y supongo que lo último que se pondrá a pensar tras una llamada rutinaria es que alguien ha intentado vaciarle un cargador en su hija.

—¿Estás bien? —interrogó James, lanzándole miradas cada pocos segundos cuando el tráfico se lo permitía.

—No, James, la verdad es que no. Esa chica me apuntó con la pistola, me dijo que tenía que morir y disparó. Apretó el gatillo delante de mis narices tres veces mientras me apuntaba a la cara con su revólver. La primera cerré los ojos y llegué a pensar si es que me había muerto y no me había dado cuenta. Pero por suerte había agotado sus balas mientras me perseguía por todo el estudio disparando cada vez que me tenía a tiro. Así que si me preguntas si estoy bien, no James, no estoy bien.

Su voz se quebró con la última frase a la vez que las lágrimas volvían a sus ojos. Se las secó antes de que pudieran deslizarse por el rabillo de su ojo. No quería llorar. No, no quería llorar.

—Ey, ven. Ven aquí.

James la atrajo hacia sí con un brazo y la hizo apoyar la cabeza en su hombro mientras seguía conduciendo con una única mano. Le dio un suave y reconfortante beso en la frente. Aparcaron a poca distancia de la casa de Emma y subieron juntos hasta la casa de ella. James no estaba seguro de qué debía hacer, así que siguió a la joven por toda la casa mientras esta se aseguraba de que todas las ventanas estaban correctamente cerradas.

—¿No está tu hermana?

—No. Es época de exámenes y suele quedarse hasta tarde en la biblioteca.

—¿Incluidos los viernes?

—Los viernes empalma el estudio con la fiesta, así que no creo que vuelva hasta tarde.

—¿No vas a llamarla?

—No, mejor no.

—¿Tampoco vas a contarle lo que ha pasado?

—Sí, mañana se lo contaré. Estamos ahora mismo en una etapa de «nos lo contamos todo», pero no voy a llamarla ahora para darle el susto. Y no te preocupes por mí. Solo dame un momento para ponerme el pijama, tomarme algo relajante, y podrás irte tranquilo.

James asintió y vio cómo Emma se dirigía hacia su habitación. Aprovechó mientras ella se cambiaba para ir a la cocina y buscar por los armarios y cajones alguna infusión. Encontró té negro y lo echó en un vaso lleno de agua para después meterlo en el microondas. Para cuando Emma

llegó vestida con un pijama de verano deportivo, tenía un delicioso té preparado para ella.

—Toma, te relajará.

Emma lo cogió entre sus manos, agradecida, pero lo miró a él y al té alternativamente sin saber qué decir.

—¿Qué?

—Pues... —Se lo pensó mejor—. Nada, nada. Gracias.

Fue a llevárselo a los labios, pero él la detuvo:

—Venga, dime.

—La gente piensa que los tés relajan, pero lo cierto es que llevan teína, que es un excitante como la cafeína. Un litro de té negro tiene aproximadamente la misma cantidad de teína que medio litro de café de máquina.

—No tenía ni idea —replicó James, sorprendido. Le quitó el vaso de las manos a Emma—. ¿Te apetece entonces un vaso de leche?

—Yo me lo prepararé, siéntate, por favor.

James la obedeció y se sentó a la mesa, dándole un sorbo al té que había preparado y que no pensaba desperdiciar. La vio ir de un lado para otro, cogiendo la leche de la nevera, el cacao soluble de un armario, un vaso, una cuchara... Mientras la veía ir y venir, se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no veía a ninguna mujer que no fuera su hermana en un pijama tan poco sexy como el que Emma llevaba ahora mismo. Su mente se remontó a casi 10 años atrás, cuando en su vida había una chica que también se paseaba a su lado en pijamas nada sexis porque estaba tan segura de sí misma y de su relación que no los necesitaba. La expulsó de su mente de una patada. No la quería allí.

Emma se sentó frente a él en la mesa, con su vaso de leche caliente en la mano. Bebieron en silencio de sus respectivas bebidas hasta que cuando Emma ya llevaba la mitad de su vaso, comentó:

—¿Sabes? Esta noche dentro de lo malo ha ocurrido algo alucinante. Cuando vi que la chica se había quedado sin balas, me lancé contra ella y en ese instante mi cuerpo tomó el control. Sin pensar en lo que hacía, le hice una llave de las que me ha enseñado Jack para desarmarla y lanzarla por encima de mí. Me he sentido toda una karateka.

James sonrió.

—Pues me alegro entonces de que prestaras atención a las clases de Jack. Yo, el año pasado, que fue más intensivo para mí en lo que a entrenamiento de lucha se refiere, estaba dividido entre dos ideas. Por un lado me sentía fuerte y poderoso y por otro lado me daba cuenta de que sabía tan poco que si me metía en una pelea con alguien que supiera del tema me haría picadillo.

—Solo sé que no sé nada.

—¿Sabes que ese dicho viene de algo que dijo Platón sobre Sócrates?

—No, no lo sabía.

—Pues sí. Platón en la *Apología de Sócrates* dice que Sócrates piensa que sabe algo pero no sabe nada.

—¡Bueno, bueno, bueno! Tus lavados selectivos de memoria aún te dejan saber datos curiosos de la filosofía. Me gusta.

James le sonrió. Cuando terminaron sus bebidas, Emma llevó los vasos al fregadero y después ambos se dirigieron hacia la puerta. Al abrir el acceso, la joven revisó los cerrojos y pestillos.

—Por ahora solo podré echar la llave de arriba y la de abajo. Cuando venga mi hermana pasaré la cadena y echaré los cerrojos.



James presionó su mano sobre la madera y cerró la puerta.

—¿Qué haces? —se sorprendió Emma.

—Me quedo a dormir contigo.

—Oh, no, gracias, pero no hace falta.

—No protestes, está decidido.

—Pero...

—Pero nada —James echó la llave central y después, posando ambas manos sobre los hombros de Emma, la guió hasta el salón y después hacia el pasillo que comunicaba con las habitaciones—.

¿Cuál es tu dormitorio?

Ella le señaló la segunda puerta de la izquierda, que estaba entornada. Entraron y Emma tanteó en la pared interior hasta dar con el interruptor de la luz. Por primera vez, James vio la habitación de la joven y su primer pensamiento era que demasiado infantil para ella, pero lo cierto era que lo único que provocaba aquella sensación era la estantería repleta de peluches que tenía en un lateral de la habitación.

—¿Te gustan los peluches?

—Pues... no me desagradan. Tampoco me encantan. —Tras pensarlo un segundo, añadió—: Son de Sue.

—¿Cómo que son de Sue? ¿Te lo has regalado ella?

—No. Son regalos que me daban cuando hacía de Sue.

James no dijo nada y Emma siguió hablando.

—Cuando comencé a hacer de doble de Sue, me daban un montón de regalos. Yo intentaba acordarme de los nombres de la gente, o al menos de los sitios donde me los habían dado, y cuando reunía unos cuantos, se los mandaba en cajas a Sue para que los tuviera. Bombones, peluches, collares... me han dado incluso bragas. Nuevas, he de añadir. El caso es que yo juntaba todo lo que no era rápidamente perecedero (las flores me las quedaba), y se lo mandaba a Sue con una nota de quién me lo había dado, la fecha y el lugar. Tras seis meses haciéndolo, un día que su ayudante me llamó para concertar una cita me dijo que dejara de mandarle todas aquellas cosas. Las cajas se habían estado acumulando sin abrir en la dirección de la agente de Sue y recientemente lo habían tirado todo a la basura porque Sue había decidido que no podía responder a todas las cartas y paquetes que le habían llegado a su dirección para fans y había dado la orden de que lo tiraran todo. Desde ese día guardo los peluches hasta que la estantería se llena y entonces los dono a una ONG.

Mientras contaba aquello había estado mirando la estantería repleta de muñecos. Pensó en que probablemente debería haber donado aquellos también cuando terminó con su trabajo como doble de Sue, pero allí se habían quedado. Se giró para mirar a James, que se había quedado callado. Se lo encontró con una adorable sonrisa en la cara.

—Eres una persona maravillosa.

Emma se sonrojó ligeramente y agachó la cabeza.

—Solo hago lo que considero que está bien.

—Vamos, métete en la cama.

Emma obedeció y retiró la colcha, aunque no se cubrió con ella sino que simplemente se tumbó encima. La temperatura a aquellas alturas del año era agradable y no necesitaba taparse. Encendió la luz de la mesita mientras James se dirigía hacia la puerta.

—Buenas noches, James.

—Buenas noches, Emma.

Pero para su sorpresa, en lugar de salir de la habitación, cuando apagó la luz James se descalzó, dejando los zapatos alineados junto a la puerta y se dirigió hacia la cama.

—¿Qué haces? —se sobresaltó la joven.

—Te he dicho que iba a dormir contigo.

—¿En mi cama?

—Sí.

Emma abrió la boca para decir algo pero se lo pensó mejor y volvió a recostar su cabeza contra la suave almohada, atenta a cada uno de los movimientos de James. El actor, completamente vestido a excepción de por los zapatos, pasó por encima de ella en la cama y se acostó tras ella, que apagó la luz de la mesita. Emma estaba tumbada de lado y sintió que él la imitaba en la postura, acomodando su cuerpo al de ella en una posición tan íntima como era la cucharita. Le echó el brazo por encima de la cintura.

Permanecieron así callados durante varios minutos hasta que James susurró:

—¿Emma?

—Dime.

—Siento haberte metido en esto.

—No pasa nada, James. No tienes la culpa de nada.

—Pero tú sabías que Sue podía traerte problemas. Y yo te dije que no te preocuparas, que no pasaría nada. Jamás pensé que algo como lo de esta noche podría llegar a suceder.

—James —Emma estrechó con fuerza la mano que reposaba junto a su estómago—, no me convenciste de hacer la película porque me dijeras que no iba a ocurrirme nada malo sino porque me dijiste que si ocurría algo, estarías a mi lado. Tú, Sean, y todos. Me dijisteis que cuidaríais de mí. Y eso es lo que habéis hecho. Así que gracias.

El actor se quedó callado, no sabiendo qué responder ante aquello. Tras unos segundos de silencio e inmovilidad, Emma sintió los labios de James sobre su coronilla, dándole un tierno beso. La estrechó más contra sí y en voz muy suave, comenzó a cantarle al oído.

Si su intención era que se durmiera, consiguió todo lo contrario, pues Emma se esforzó por mantenerse despierta y escuchar durante todo el tiempo que pudo la grave y masculina voz de James acariciándole los sentidos, tanto el oído como el tacto, pues no solo escuchaba la melodía sino que su cálido aliento le erizaba el vello de la nuca.

Permanecieron así, abrazados y despiertos, durante mucho rato.

Cuando James despertó al día siguiente, se sintió desorientado. ¿Dónde estaba? Estaba a oscuras y una tenue luz se colaba por debajo de una puerta. Aquella referencia lumínica le bastó para saber que no estaba en su casa; tampoco estaba en un hotel, pues él nunca echaba tanto las cortinas opacas como para que no se colara ni un poco de luz a través de las ventanas. Le vino entonces a la mente todo lo ocurrido la noche anterior y recordó que estaba en la habitación de Emma, solo que sin Emma. Palpó la cama para asegurarse de que estaba solo y después siguió palpando a su alrededor hasta dar con la luz de la mesita de noche. La encendió y ya con la luz suficiente para moverse, se acercó a la puerta, donde había dejado sus zapatillas la noche anterior, y se las puso. Tras apagar la luz, salió de la habitación y buscó por la casa hasta dar con Emma. La encontró en la cocina.

—Buenos días.

—¡Buenos días! —respondió ella desde los fogones. Le dedicó una agradable sonrisa por encima del hombro—. ¿Has dormido bien?

—Estupendamente. De hecho, ¿qué hora es? Diría que he dormido mucho más de lo que suelo.

—Son las once. Pero es sábado y no tenemos que trabajar, así que no te preocupes.

—¿Llevas mucho tiempo despierta? No te oí levantarte.

—No, no mucho. El suficiente para hacer un desayuno especial.

James, que se había acercado a ella, se asomó para ver qué estaba haciendo al fuego.

—¿Tortitas?

—Digamos que la versión francesa: crepes.

—Huelen deliciosamente bien.

—Esto ya casi está. ¿Puedes darle al microondas un minuto? El chocolate ya está dentro —James hizo lo que le pedía—. Y no quiero parecer mandona, pero ¿puedes abrir la puerta de la cocina de par en par? He hecho crepes también para mi hermana y seguro que en cuanto huela el chocolate sale como una zombi.

Y estaba en lo cierto. Acababan de poner los cuencos de chocolate espeso en la mesa, junto con tres platos y la torre de crepes cuando Anna llegó a la puerta de la cocina con los ojos aún pegados y completamente despeinada pero atraída al desayuno como una mosca a la miel.

—Buenos... —se interrumpió al ver a James— días.

—Buenos días.

—¿Qué se celebra? —interrogó Anna mirando el desayuno.

—No celebramos nada —replicó Emma.

Su hermana se acercó hasta la silla que habían dejado libre para ella y se sentó. Sin pelos en la lengua, comentó mirando a James:

—¡Tienes que ser muy bueno en la cama si has conseguido que mi hermana haga crepes para desayunar!

—¡Anna!

—¡Era solo un comentario! —se justificó la joven.

—James y yo no nos hemos acostado. He hecho crepes, entre otras cosas, porque tengo que contarte algo y seguro que con algo dulce te entra mejor.

—¿No le habrás contado a nadie mi secreto?!

—No es eso, tranquila, pero lo que voy a contarte tiene que quedar etiquetado en tu cabeza como secreto, ¿de acuerdo? Así que no se lo puedes contar a nadie.

—De acuerdo.

James miraba, divertido, a las dos hermanas. Todavía nadie se había servido ninguna crepe y él, por supuesto, no iba a ser el primero. Por suerte, antes de comenzar a contar su historia, Emma se sirvió una y la recubrió con el chocolate espeso para después enrollarla. El actor la imitó con cuidado. Era la primera vez en su vida que comía aquellas tortitas grandes y finas.

Entre crepe y crepe, Emma le contó a su hermana todo lo que había ocurrido el día anterior con la fan lunática de Sue. Anna se mostró preocupada y asintió con energía cuando Emma le dijo que debían tener mucho más cuidado a partir de ahora, pues nadie debía saber dónde vivía y tenían que asegurarse de que la casa se quedaba bien cerrada tanto cuando salían como cuando se iban a la cama.

—Claro, claro. Tranquila. ¿Pero y qué va a ser de la chica? ¿Sabes si la van a retener o algo?

—Ni idea. Si está loca, que creo que s...

—¿Crees? ¡Lo está! Y como una cabra —intervino James.

—No, me refiero a loca de verdad, loca de psiquiátrico. Anoche nos dijeron que estaba bajo tratamiento psiquiátrico, pero la gente bajo tratamiento psiquiátrico puede ir tranquilamente por la calle tomándose sus pastillas y listo. Pero después de lo que ha hecho, quizá la internen durante una temporada, no lo sé. Tú sabrás más del tema —dijo señalando a su hermana.

—¿Yo? La psiquiatría es una especialización de la medicina, no de la psicología. Yo le como el coco a la gente, los psiquiátricos se lo fríen con pastillas.

Pero Emma en aquel momento le estaba prestando más atención a James, que se había pasado rellenando la crepe con chocolate y había acabado con todos los dedos untados. El actor, concentrado en sus dedos, no se dio cuenta de que ambas hermanas lo estaban mirando hasta que Emma le preguntó entre risas:

—¿Quieres una servilleta?

—¿Y desperdiciar el chocolate? ¡Con lo bueno que está! —y se metió dedo tras dedo en la boca para limpiárselos.

—¡Qué sexy! —se burló Anna.

—¡Qué oso! —apostilló Emma.

—No puedes ponerme algo tan bueno como esto delante y esperar que coma civilizadamente.

Aquel día, puesto que no tenían que ir al estudio de grabación y James quería alejar de la mente de Emma lo que había ocurrido la noche anterior, acabaron yendo al parque temático *Universal Studios Hollywood*. Emma protestó un poco, porque pagar la entrada completa para entrar a medio día le parecía un derroche, pero James no tardó mucho en convencerla y disfrutaron como niños no ya de toda la parafernalia de Hollywood sino de las montañas rusas y atracciones 3D y 4D. Se fotografiaron con unos muy realistas Shrek y Fiona, así como con toda la familia Simpson.

Emma tuvo que admitir que hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien. Remataron el día yendo a cenar a un chino. Al terminar la cena les dejaron un platito con galletas de la suerte. La de Emma rezaba: «te sobrarán motivos para ser feliz porque el amor te rodeará a manos llenas». La de James le aconsejaba «Si quieres agrandar los campos del amor, comienza por nivelar tu corazón». Emma se rió ante aquello: ¿podía haber una frase mejor para alguien que tenía el corazón blindado ante el amor?

—¿Todas tendrán que ver con el amor? —preguntó sin esperar respuesta.

No obstante, él replicó con decisión a la vez que se ponía en pie:

—Ahora lo veremos.

—¿Dónde vas?

Pero James no contestó y se dirigió hacia la barra, donde habló con la encargada, que respondió a sus palabras negando la cabeza. El actor, sin embargo, debió de convencerla, pues la mujer desapareció por las puertas de las cocinas y, tras unos minutos en los que se la vio hablando con un hombre a través de los cristales de la puerta, regresó con un bol lleno de galletitas de la suerte. Se lo dio a James, que le entregó un billete.

—¿Las has comprado todas? —se sorprendió Emma al verlo volver hacia la mesa.

—Sí. Así responderemos a tu respuesta. Vamos, las abriremos en tu casa.

—¡Estás loco!

Salieron del restaurante riéndose y llegaron a casa de Emma todavía entre risas. Se sentaron en el sofá, con el bol en el centro, y comenzaron a abrir las galletas una a una. La siguiente rezaba: «El sol te iluminará con sus maravillosos rayos y la alegría te abrazará». La que abrió Emma decía sabiamente: «De escuchar proviene la sabiduría y de hablar, el arrepentimiento».

—¡Pues parece que nos han tocado las únicas que hablaban de amor! Querrá decir algo.

James se metió en la boca los dos trozos de galleta, llenando sus carrillos, y abrió otra: «¿Sabes por qué eres inteligente? Porque conquistas a todos con tu sonrisa».

—¡Uy! Enamoras hasta a las galletas —se rió Emma a la vez que abría otra y leía—: Valora las cosas simples de la vida porque esto te acercará a la felicidad. Muy buen consejo. Y eso me recuerda... ¡gracias por este día tan fantástico!

Él le sonrió y abrió otra galleta:

—No desperdicies tu vida pensando en... —James, que había comenzado a leer el mensaje, se detuvo.

—¿Pensando en...?

—Pensando en quien te ha hecho daño.

—Estas galletitas están empezando a asustarme.

—¿Asustarte por qué?

—Te tienen calado.

—¿A mí, por qué?

—Tú dejas que alguien que te hizo daño en el pasado te influya de tal forma en el presente que crees que eres incapaz de enamorarte de nuevo —Emma soltó aquello sin mirarlo a la cara, aunque James no apartaba sus ojos de ella. Sin querer escuchar la réplica de su acompañante, la joven se concentró en lo que le decía la siguiente galleta—. Alguien te está buscando. Pon atención a tu alrededor.

Apenas si había terminado de decir aquello cuando sonó el fono.

—¡Ostras, qué siniestro!

La joven fue a ver quién era y la jovial voz de Raúl la saludó al otro lado del interfono.

—¡Pues sí que me estaban buscando! —dijo, regresando al salón—. Estas galletitas empiezan a darme miedo.

James abrió otra que decía «debes estar preparado para modificar tus planes, pero los cambios son siempre para bien».

—¿Hola? —se oyó de pronto una voz en la entrada de la casa.

—¡Raúl, pasa! —invitó Emma—. Estamos en el salón.

James se giró para ver entrar a un joven alto y apuesto, de pelo ensortijado y piel ligeramente tostada. Iba cargado con una caja de cartón y saludó en cuanto los vio a ambos sentados en el

sofá.

—Siento pasarme tan tarde, pero me pillaba de camino a casa y llevaba esto en el coche — explicó.

Pero en lugar de contestarle, Emma cogió el bol de galletitas y se lo tendió.

—Coge una.

Raúl dejó en la mesa más próxima la caja y tras coger y abrir una galleta, leyó:

—Sonríe, la diosa fortuna se acerca y te abraza con sus bendiciones. ¡Pues espero que esa fortuna esté relacionada con lo que te traigo en la caja!

—No quiero hablar hoy de trabajo —negó Emma, que sabía perfectamente que dentro de la caja había productos cosméticos que habían encargado para estudiar a la competencia en su inminente proyecto empresarial—. Coge otra.

—¿Otra?

—Otra.

Raúl volvió a meter la mano en el recipiente y sacó su segunda galleta. Enarcó una ceja mientras la leía en silencio y una sonrisa curvó sus labios.

—¿Qué dice? —se interesó Emma.

En lugar de contestar, Raúl le tendió una mano. Dubitativa, Emma se la cogió y se puso en pie. Él la apartó un poco del sofá y de la mesa y repentinamente le hizo dar una vuelta sobre sí para después atraerla contra su pecho y, haciendo que se echara hacia atrás en un paso de tango, la sujetó entre sus brazos.

—Hoy encontrarás el amor más apasionado en los brazos de alguien muy querido —recitó el contenido de la galleta de la fortuna con voz de lo más seductora.

Con una sonrisa de oreja a oreja, volvió a poner en posición vertical a una sorprendida Emma, que lo miraba con cara de tonta. ¡Raúl y su sangre latina que lo hacían tan buen bailarín!

—Si ese alguien muy querido no eres tú, no sé quién será, porque planeaba irme a mi casa ya — comentó Raúl, y después, como siempre, le plantó dos sonoros besos en las mejillas acercándola bastante a su cuerpo—. ¡Hola, linda!

—Hola, Raúl.

James miraba la escena completamente desconcertado. ¿Quién era ese? Emma no le había dicho que estuviera saliendo con nadie. ¿Verdad? Tampoco le había hablado de ningún amigo especial.

—Raúl, te presento a James. James, este es mi amigo Raúl.

James se puso en pie a la vez que Raúl le tendía la mano. Se dieron un fuerte apretón de manos. Demasiado fuerte, quizá.

—Encantado.

—Igualmente. Eres compañero suyo de rodaje, ¿no? Recuerdo haber visto una película en la que salías, una de zombis.

—Sí.

¿Por qué, pese a que ya se había estrenado la primera parte de la saga juvenil y que esta había cosechado un éxito aceptable, todo el mundo seguía recordándole por una película en la que le decapitaban?

—¿Quieres una cerveza, un zumo, un té, un café o algo? —invitó Emma.

—No, no hace falta. De hecho he dejado el coche mal aparcado, así que lo mejor será que me vaya cuanto antes. Échale un vistazo a las cosas de la caja, ¿de acuerdo? Y pruébalas. El jueves juntaremos impresiones.

—Perfecto.

—Un honor conocerte, James —dijo Raúl, y se dirigió hacia la salida. Emma lo acompañó hasta la puerta y esperó hasta verlo desaparecer por el ascensor.

Cuando regresó al salón, James estaba abriendo otra galleta que leyó para sí: «una sonrisa iluminará tu vida y verás como todo se transforma». Alzó la cabeza y vio que Emma venía sonriendo, aunque aquella sonrisa no le iluminó en absoluto. De hecho, le molestó un poco. Se mordió la lengua para no preguntar quién era el tal Raúl y de qué lo conocía.

James miró su reloj. Ya era algo tarde y lo mejor sería que se marchara a casa para darse una ducha y descansar. Lo primero lo necesitaba con urgencia porque el día anterior no se había dado su ducha reglamentaria y lo segundo también lo necesitaba tras todo lo que habían andado ese día en los Estudios Universales. Emma y él se despidieron hasta el lunes siguiente, cuando reanudarían el rodaje de la película.

En los estudios se habían reforzado las medidas de seguridad. Habían contratado a más gente para vigilar los accesos y Emma, que hasta ese día llegaba a trabajar en transporte público, tuvo que aceptar que a partir de entonces un chófer se encargaría de recogerla y llevarla de casa al estudio y viceversa. Emma no protestó, pues el lunes cuando llegó al trabajo los agujeros de bala seguían en la puerta de su camerino, como un siniestro recordatorio de que no debía confiarse. Por suerte, cuando volvió a entrar en su camerino aquella tarde para ponerse su ropa de calle habían reemplazado la puerta por una nueva.

Su chófer, un hombre en torno a los cincuenta años que por su corpulencia además de conductor parecía guardaespaldas, la llevó aquella tarde al local donde Emma se reunía semanalmente con un grupo de chicas que intentaban superar sus problemas alimenticios. Fue una de las condiciones que tuvo que aceptar para seguir trabajando en la película: asistir a las charlas semanales de un grupo de autoayuda. Emma no hablaba mucho en aquellas reuniones, solo escuchaba, y aunque en un principio había pensado que esas horas que gastaba cada lunes por la tarde no iban a servirle para nada, descubrió muchas cosas en aquel grupo y se ratificó en su intención de no volver a caer en sus antiguos hábitos. Muchas de aquellas chicas estaban allí precisamente por gente como Sue Johnson, que le daban al mundo la impresión de que ser delgadas era algo normal, fácil y, peor aún, obligatorio si se quería gustar al resto de personas. Claro que las cantantes, actrices, modelos y demás mujeres famosas que se mantenían a dieta de por vida y maltrataban sus cuerpos no eran las únicas culpables de que grupos de autoayuda como aquel proliferaran por todo el mundo. La mayor parte de la culpa la tenían aquellas personas que estaban detrás de las portadas, de las pasarelas, de las revistas de moda. Personas que podían ser gordas o delgadas, feas o guapas, planas o curvilíneas, pero que, sin duda, eran unas amargadas, porque no se puede animar a la gente a odiar su cuerpo, a pasar hambre día tras día, y a la vez ser feliz.

El miércoles de aquella semana Emma volvía de la sección de vestuario tras cambiarse de ropa a toda prisa cuando se chocó contra una mujer de menos de treinta años que le resultaba tremendamente familiar pero que no conseguía ubicar.

—Disculpa.

—Ha sido culpa mía —replicó la otra, ajustándose la ropa.

La escena que iban a rodar a continuación era una con bastantes figurantes y la mujer debía participar en ella, pues iba vestida con uno de los uniformes.

—Vamos —dijo Emma señalando hacia la puerta del set—, creo que llegamos algo justas de tiempo.

—Bueno, tú eres la estrella —comentó la otra—, hasta que no llegues no se empieza a rodar.

—Pero Sean sí empieza a gritar.

La desconocida se rió ante las palabras y la cara que puso Emma. La joven le habría preguntado cuál era su nombre, pero con lo familiar que le resultaba su cara seguro que debían conocerse y si le preguntaba quedaría mal por haberse olvidado de ella. Llegaron juntas hasta el decorado donde se iba a rodar la escena y Emma se dirigió hacia Sean. Para su sorpresa, la conocida/desconocida también se acercó hasta el director.

—Bien, ya estáis aquí las dos —se alegró el director—. Elisabeth, un placer tenerte aquí otra vez.



—¡Oh, Dios mío! —exclamó Emma girándose hacia su acompañante—. ¡Oh, Dios mío! ¡Ere! Elisabeth Queen, la escritora! ¿Cómo no te he reconocido antes?

—Supongo que será por el traje.

Emma se acercó más a ella y le cogió ambas manos.

—¡Es un honor! ¡Oh, Dios mío! Me gustan taaaaaanto tus libros. Es... es...

—Pareces una fan histórica, Emma —se guaseó Sean.

—Sí, me está haciendo sentir famosa y todo —se rió Elisabeth, colorada.

—Es que tú eres famosa. Eres... eres... ¡una escritora genial! Me encantan tus libros, ¿te lo he dicho ya?

—Sí, creo que sí.

—Para mí es un honor hacer de Emily, de verdad —se llevó la mano al corazón para demostrar que lo decía desde lo más profundo de su alma—. Un honor.

Elisabeth le dedicó una sonrisa enorme y sincera.

—Y para mí es un honor que una fan de los libros haga del personaje principal, créeme.

Sin necesidad de decir su nombre, todos supieron que Elisabeth tenía en mente a Sue Johnson, de quien se comentaba que todavía no se había terminado ni el primer volumen de la saga.

—¿Qué es todo este alboroto? —interrogó James, acercándose a ellos.

—Emma acaba de encontrarse con Elisabeth.

—¡Oh, Elisabeth! No te había reconocido, ¿cuándo has llegado? —el actor y la escritora, que ya se conocían del rodaje de la primera película, se saludaron con un apretón de manos—. Y Emma, ¿por qué estás alucinando? No es la primera vez que ves a Elisabeth. Ya la viste en la conferencia en la que te hiciste pasar por Sue.

—Sí, pero en aquella ocasión ni me acerqué a saludarla porque tenía que representar mi papel de Sue. Pero ahora la tengo aquí delante, en carne y hueso, y soy Emma, no Sue.

Tras su arrebató de fan, se pusieron manos a la obra con la escena, aunque cuando terminaron, Emma no pudo evitar pedirle a Elisabeth que se echara una foto con ella. Además, le preguntó si al día siguiente volvería a los estudios de grabación para así poder traerle sus libros para que se los firmara. Para sorpresa y casi infarto de Emma, la escritora al día siguiente no solo iba pertrechada con un bolígrafo, sino que también trajo un ejemplar de su última novela, la que ponía fin a la saga que estaban llevando al cine. Y aquella copia de lectura avanzada era para Emma.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

—¡Una ambulancia, llamad a una ambulancia! —pidió James teatralmente.

—¡Oh, cállate! Esto es... esto es... —Emma intentó buscar las palabras y finalmente claudicó—. Sí, llamad a una ambulancia.

Todos los que se habían reunido a su alrededor se rieron. Elisabeth le advirtió de que aquella copia era de alto secreto y que no podía haber filtraciones sobre la trama. Emma asintió con vehemencia a la vez que pegaba el tomo contra su pecho.

—Me lo leeré esta misma noche y lo esconderé.

A su alrededor volvieron a reírse y Emma los miró sin saber de qué se reían. Lo decía muy en serio.

Esa madrugada, a las 4:32 de la mañana, subía una fotografía suya a *Instagram* con la cara llorosa y moqueante (con los filtros fotográficos que le puso no era una foto tan horrible como sonaba). La acompañó con un «he tenido el privilegio de leer por adelantado el último libro de la saga. Sublime, maravilloso, espectacular. Un honor formar parte de algo así. Eso sí, os hará llorar». Se acostó con el libro todavía en la mesita de noche pero cuando su despertador sonó dos horas

después hizo lo que había prometido y escondió el libro lo mejor que pudo para que nadie pudiera tener acceso a él.

Los días de rodaje se fueron sucediendo uno tras otro a un ritmo acelerado y sin pausa. James tenía razón cuando les contó a sus padres cómo era la vida de un actor durante el rodaje: el trabajo era tan exigente que apenas si tenían tiempo ni fuerzas para nada más. Los fines de semana eran los únicos días que aprovechaban para descansar u organizar cenas todo el equipo junto. Y así llegó el verano y con él los últimos días de grabación, que estaban programados en la ciudad de Indianápolis. Habían rodado algunas escenas en exteriores de Los Ángeles fingiendo que se encontraban en otro lugar completamente distinto, pero varios monumentos y lugares emblemáticos de Indianápolis salían en la película, así que tuvieron que trasladar a parte del equipo allí para rodar las escenas que transcurrían en sus calles.

A Emma se le hizo de lo más raro rodar en plena calle, pues tenían bastante más público que en un día de grabación normal. Aquella fue la primera vez que le pidieron un autógrafo y tuvo que firmar con el nombre de Emma Miller.

Cuando terminaron el primer día de grabación en Indianápolis, James y Emma fueron juntos a un centro comercial. Él le había pedido que por favor le ayudara a elegir un regalo bonito para su hermana Susan, que cumplía años en una semana.

—Se me da fatal acertar en los regalos para mujeres —explicó James mientras avanzaban por los pasillos de un centro comercial, mirando los escaparates que se abrían a derecha e izquierda.

—¿Y qué tenías pensado? ¿Un libro, ropa, pañuelos, maquillaje, un videojuego?

—Si te he traído a ti es para que sea algo femenino. Un libro o un videojuego podría elegirlo yo.

—De acuerdo. ¿Entramos en esa tienda de ropa a ver si vemos algo interesante?

Se encontraban ojeando la sección de camisetas de la tienda cuando de pronto la mayor parte de los teléfonos móviles que había en la tienda comenzó a pitar casi a la vez. Emma y James miraron desconcertados a su alrededor y vieron que los clientes de la tienda sacaban sus teléfonos de donde los tenían guardados. Nadie había tenido tiempo a procesar lo que aquella alerta en el móvil significaba cuando una sirena comenzó a sonar en todo el centro comercial.

—¡Es la sirena de tornados! —exclamó alguien.

Emma miró a James, asustada. Había vivido toda su vida en Estados Unidos, pero nunca en una región con tornados. Por supuesto, sabía que en buena parte de las ciudades que se encontraban en el *Tornado Alley* o Corredor de los Tornados existía un sistema de aviso que alertaba de la previsión de tornados, pero nunca jamás había tenido que oír aquel espeluznante sonido en directo.

—¡Por favor, diríjense hacia el refugio que hay en la planta baja! —pidió la dependienta con voz enérgica.

James y Emma, que se habían cogido de la mano, no tuvieron más que seguir la marea de gente para dar con el refugio. Mientras se dirigían hacia él, Emma miraba nerviosamente a su alrededor, pero no podía saber nada de lo que ocurría a su alrededor.

—¿Crees que será grande? ¿Que estará cerca? —le preguntó a James cuando se encontraban ya en el refugio, que cada vez se iba llenando con más y más gente.

—No lo sé. Quizá podríamos preguntarle a alguien. Parece que todos llevan en su móvil la aplicación esa de alerta de tornados.

—Si no estuviéramos en un centro comercial podríamos verlo.

—¿A qué te refieres?

—¿Nunca te has dado cuenta de que en los centros comerciales no hay ventanas? Ni en los

supermercados tampoco. No dejan que se vea el exterior para que la gente no se dé cuenta del paso del tiempo y así compren con más calma. En un centro comercial no podemos ver nada de lo que pasa fuera y eso me pone los pelos de punta.

La gente a su alrededor, que estaba relajada porque al vivir en Indianápolis estaban acostumbrados a situaciones como aquella, comenzó a ponerse nerviosa cuando empezó a oírse el ulular del viento. Emma le apretó más fuerte la mano a James, que le devolvió el apretón.

—Este tornado nos está pasando por encima —oyó Emma que decía alguien— y parece bastante fuerte, quizá un F3. Se ha caído la señal de Internet, así que la aplicación de la Cruz Roja de alerta de tornados no se actualiza con información sobre qué está ocurriendo en el exterior.

Se trataba de un muchacho joven, de unos veinte años que llevaba una guitarra colgada al hombro. No le hablaba a nadie en particular, sino que estaba inmortalizando el momento con su teléfono móvil.

—La gente está comenzando a asustarse y no me extraña. Se oye crujir todo el edificio, quizá no lo contemos.

La amplia estancia se había quedado casi en silencio. Solo se oían murmullos apagados, el sonido del viento y aquella voz con tan lúgubres palabras. Un bebé comenzó a llorar y aquello desquició a Emma. Se soltó de la mano de James y se acercó al muchacho.

—Las alarmas han avisado con varios minutos de antelación, así que espero que no haya muchos muertos —continuó el muchacho—, porque con la fuerza de este tornado, a quien haya pillado en el exterior no creo que...

—¿Por qué no te callas? —le preguntó de sopetón Emma—. Estás asustando a la gente.

—¿Y qué quieres, que estén felices? Estamos en medio de un tornado.

—Quiero que no hables de muertos ni de que no lo vamos a contar.

Al ver que él seguía grabando, le señaló la guitarra que le pendía de la espalda y le propuso que en lugar de grabar todo aquello, tocara una canción.

—No sé tocarla, es de mi hermana.

—Déjamela a mí.

El muchacho se descolgó la guitarra, con el móvil todavía grabando, y se la dio a Emma, que se pasó la banda entorno al cuello. Miró a su alrededor. La gente más próxima a ellos la miraba sin saber muy bien qué se proponía. De otros rincones llegaban murmullos asustados y al bebé llorón se le había unido otro.

Emma tragó saliva y pensó en qué podía cantar. La primera canción que le vino a la cabeza fue un grito de auxilio que habían lanzado los Beatles muchos años atrás:

*Help, I need somebody  
Help, not just anybody  
Help, you know I need someone  
Help!*

Su voz, que salía alta y clara de su garganta para que todo el mundo en el refugio la oyera, estuvo sola durante varias estrofas. Los acordes de la guitarra eran los únicos que la acompañaban. Hasta que de pronto James se le unió, no con la letra sino con el ritmo. ¡James sabía hacer *beatbox*! Y además lo manejaba tan bien que podía ajustarse al ritmo de una canción de los Beatles, creando el ritmo de fondo.

Emma sonrió ampliamente y siguió cantando a la vez que animaba a la gente a acompañarla. Poco a poco, más voces fueron uniéndose a la suya.

*Help me if you can, I'm feeling down  
And I do appreciate you being 'round  
Help me get my feet back on the ground  
Won't you please, please help me?*

Casi todas las personas del refugio acabaron cantando juntas aquella canción, conocida por padres, hijos e incluso abuelos. Cuando terminaron, las caras antes preocupadas lucían una tímida sonrisa en su cara.

—¡Muy bien! —exclamó Emma. Todos estaban vueltos hacia ella—. ¿Se os ocurre otra canción? ¡Venga, vamos, otra!

El viento había dejado de ulular, pero todavía no podían arriesgarse a salir.

Durante unos segundos nadie dijo nada hasta que James, colocándose a su lado, entonó:

*Hey brother, there's an endless road to re-discover.*

¡Sí, claro que sí! Seguro que la gente también se sabía aquella canción de Avicii, que sonaba a todas horas en la radio desde hacía meses. Emma no se sabía las notas de la melodía, aunque fue improvisando sobre la marcha a la vez que unía su voz a la de James, que la miraba a los ojos de un modo que hacía que su corazón aleteara.

*What if I'm far from home?  
Oh, brother I will hear you call.  
What if I lose it all?  
Oh, sister I will help you out!  
Oh, if the sky comes falling down for you,  
There's nothing in this world I wouldn't do.*

Cuando terminó aquella canción, Emma sintió el impulso de abrazar a James y así lo hizo, fundiéndose ambos en un emotivo abrazo a la vez que la gente a su alrededor comenzaba a aplaudir. Los dos actores, al separarse, se unieron a los aplausos.

—Acaban de retirar la alerta de tornado —dijo alguien de pronto con el móvil en la mano.

—¿Entonces podemos salir ya? —interrogó otra voz.

—Sí.

Los más cercanos a la puerta comenzaron a ascender hacia la salida del refugio mientras que Emma se acercaba al chico de la guitarra para devolvérsela.

—¿Sois cantantes o algo? —le preguntó el chico.

—No.

—Gracias —una mujer con un niño de pocos meses en los brazos se acercó de pronto a Emma y le cogió la mano con cariño—. Muchas gracias, de verdad.

La joven no pudo por menos que sonreírle.

—Hemos sido todos.

—Que Dios te bendiga. A ti y a tu novio.

Emma no creyó necesario sacarla de su error. Mientras James y ella salían del refugio juntos, él le susurró a la oreja:

—Eres una persona increíble.

El tornado no fue tan grave ni tan devastador como su sonido en el refugio hacía prever. Los vientos no superaron los 250 kilómetros hora y tan solo algunos tejados y caravanas sufrieron daños severos, por lo que se lo clasificó como un F2. El equipo de rodaje pudo terminar al día siguiente de rodar las escenas en las calles de Indianápolis y el rodaje de la segunda película se dio por terminado. Emma comenzaba sus vacaciones de verano y James se fue a casa unos días antes de meterse de lleno en la grabación de una nueva película. Llevaba dos años trabajando como un loco, sin apenas vacaciones, pero no le importaba porque sabía que si no aprovechaba el tirón su carrera podría terminar sin haber llegado a despegar. Emma y él se despidieron en el aeropuerto con un fuerte abrazo.

Emma voló de vuelta a Los Ángeles, pero no permaneció allí mucho tiempo, pues tuvo dos días para hacer las maletas y despedirse de sus amigos antes de volver a embarcar en un vuelo, en este caso con destino a Madrid. Su familia siempre pasaba las vacaciones de verano en el cortijo que sus abuelos tenían en Andalucía. El año anterior Emma no había podido ir porque había tenido las prácticas en la empresa farmacéutica pero aquel año nadie iba a impedirle disfrutar de lo que ella consideraba un paraíso, una tierra de Nunca Jamás donde siempre se sentía como una niña. Su amplia familia se reunía allí en verano, tíos, primos, hermanos, abuelos... los veranos en aquella casa la teletransportaban a la infancia y para Emma no había lugar mejor que aquel.

No obstante, cuando ya llevaba casi una semana dorándose al borde de la piscina y haciendo largas caminatas por la serranía, descubrió que sus primos Leandro y Olivia no llegarían hasta quince días después porque habían organizado un Interrail con el que recorrerían varias ciudades de Europa. Molesta y celosa porque sus primos del alma no le hubieran comentado nada del viaje, no lo dudó y les telefoneó. Tras una llamada en la que Emma se hizo la despechada y Olivia bromeó con que una superestrella del cine como ella no podía recorrer Europa en un tren y hospedarse en albergues, la joven actriz reservó un vuelo a Bruselas para el día siguiente, pues era desde aquella ciudad desde la que sus primos franceses habían planeado comenzar su viaje.

En cuanto Emma se reencontró con los dos hermanos gemelos con los que había hecho mil y una gamberradas en su infancia, y pese a que llevaban casi dos años sin verse y prácticamente se habían olvidado de ella en aquel viaje, la confianza y camaradería que solía existir entre ellos no tardó ni un par de minutos en convertirlos de nuevo en el Trío Calavera. Juntos recorrieron, mochila al hombro, Bruselas, Berlín, Praga, Viena y Budapest. La cámara réflex que Leandro llevaba consigo echó humo en aquel viaje.

Emma se encontraba posando para una foto en el Bastión de los Pescadores, en la colina de Buda, cuando su móvil vibró. No leyó el mensaje en aquel momento, pues estaba demasiado ocupada admirando la peculiar arquitectura del edificio y, después, de las vistas del Parlamento de Budapest que se divisaban desde el Bastión. Fue a la hora de la comida, cuando pararon para tomarse el bocadillo que se habían preparado, cuando su corazón aleteó al ver que James le había mandado un mensaje.

En aquellas semanas que llevaban sin verse había pensado muchas veces en llamarle, y al darse cuenta de que aquello era demasiado, había barajado la posibilidad de mandarle un mensaje, pero se había contenido, porque no quería parecer demasiado interesada. Porque lo estaba, estaba interesada en James, y cada día que pasaba a su lado se sentía más y más prendada de él. Pero

claro, no podía dejar que él sospechara nada y cuando estaban juntos tenía que escudarse en la amistad, pues sabía que si hablaba de cualquier otro tipo de relación, James saldría corriendo. Así que había decidido no mandarle ningún mensaje para no asustarle, pues a Raúl por ejemplo no le había mandado nada desde que se despidieron en Los Ángeles. ¿Por qué debía comportarse de manera distinta con James?

Pero había sido él quien había acabado escribiéndole. ¡Él! Agarró con tanta fuerza el móvil y puso una cara de tal felicidad que hasta sus primos supieron que algo le pasaba.

El mensaje de James era una foto en la que salía su cara de cerca y sus dedos pulgar e índice sosteniendo una moneda. De fondo se podía ver la espectacular Fontana De Trevi. El mensaje que acompañaba la foto decía «¿te pido un deseo?»

—¿Quién es ese bombón? —interrogó Olivia con tono exagerado. Había espiado la foto en el móvil por encima del hombro de Emma.

—Es... es... un compañero de rodaje.

—Pues está para mojar pan.

—Y está en Italia —apuntó Leandro.

—¡Qué cerca! —comentó Olivia, que eclipsada por el rostro de James no se había dado cuenta del famoso monumento—. Podríamos hacerle una visita.

—¡Cerca! ¿Sabes algo de geografía?

—¿Y tú, hermanito? Roma está más cerca que España.

—Pero aún hay que coger un avión.

—¿Y qué? Esa carita —dijo señalando el móvil— bien se merece coger un avión y presentarse en Roma. ¿Y sabes lo que le diría cuando estuviera allí? ¡Aquí llega tu deseo!

Emma se rió ante aquello, pero lo cierto es que su prima le había dado en qué pensar. ¿Y si iba a Roma? ¿Y si iba a verle? Se sintió nerviosa con solo pensarlo. Le contestó a aquel mensaje y durante el resto del día estuvieron intercambiando mensajitos. Estaban a punto de acostarse a dormir cuando Emma, que en toda la tarde no se había separado del móvil, comenzó a dar saltos por la habitación.

—¡Síiii! ¡Síiiii! ¡Toma!

—¿Qué te ha dicho el chico mono? —le preguntó Olivia.

—Me ha dicho que por qué no voy a verle a Roma. Sabe que estoy en Budapest y que mañana termina nuestro viaje y me ha propuesto que cambie el vuelo a España por el vuelo a Roma.

—Y supongo que vas a decir que sí.

—Me parece que es obvio —apostilló Leandro socarrón, que solo había visto a su prima bailotear de aquella manera en dos ocasiones, ambas relacionadas con los chicos con los que suspiraba cuando era adolescente.

Al día siguiente por la tarde, Emma se despedía de sus primos en el aeropuerto de Budapest. Pasaron juntos los controles de seguridad pero la joven estadounidense no embarcó con ellos, sino que tras el abrazo se dirigió a su propia puerta de embarque. En aproximadamente dos horas le tocaría a ella el turno de subirse a su avión.





Cuando James la vio aparecer con la alta mochila cargada a la espalda, el pelo largo cayéndole ondulado hasta medio torso y una sonrisa radiante en la cara, se sintió el hombre más feliz del mundo. La abrazó como pudo, teniendo en cuenta que la mochila le impedía pasar los brazos por su espalda.

—¡Qué bien te veo! —exclamó, acariciándole la dorada piel de la mejilla. Los ojos azules de Emma brillaban y se resaltaban con aquel tono de tez—. Estás preciosa.

—*Grazie, bel ragazzo!*

—¿Hablas italiano?

—*Un po.*

—Mmmm, ¡sexy!

—Venga, vamos a dejar tu mochila en mi hotel y vamos a cenar algo.

A la salida del aeropuerto les esperaba un todoterreno negro que los llevó hasta el centro de la ciudad.

—¿Te han puesto un chofer? —preguntó Emma—. ¿También han intentado matarte?

James se rió.

—No, a mí me han puesto conductor por mi cara bonita, no por un intento de asesinato.

—¿Y por qué no me dijiste que vendrías a Europa a grabar?

—No lo sabía cuando nos despedimos. Estaba previsto que grabáramos en decorados de LA, pero al final han conseguido las licencias necesarias para grabar en las calles y monumentos de Roma.

—¿Con qué proyecto estás, por cierto? Nunca hablamos de trabajo.

James le explicó que en aquel momento se encontraba en los últimos días de grabación de la primera parte de la saga juvenil que le comentó el día en que se conocieron, esa por la que le había dado el pésame. Cuando le dijo qué libros estaban adaptando, Emma dio un par de palmadas emocionadas.

—¡Me gustaron mucho esos libros! Los leí hace ya varios años; los vendían como una especie de «El código Da Vinci» pero para adolescentes, ¿no? ¡Están muy bien! Aprendí muchas cosas interesantes. ¡Enhorabuena!

—Hemos pasado de que me des el pésame a que me des la enhorabuena, ¡no está mal!

—No me dirás que no te merecías el pésame y mucho más. ¡Qué borde fuiste conmigo!

—Me lo merecía y sé que fui muy borde, por eso ahora te recompenso con maravillosas cenas —replicó él teatralmente.

Pero por mucho que lo dijera en broma, la verdad es que Emma se lo pasaba genial cenando con él. Aquella noche cenaron en un pequeño y coqueto restaurante italiano donde compartieron una deliciosa pizza hecha al horno de leña. El vino animó la velada y Emma sintió que la boca se le quedaba seca cuando James extendió la mano hacia ella y se dedicó a jugar con sus dedos por encima de la mesa.

—Me alegro de que estés aquí —le confesó aquella noche, de vuelta en el hotel.

Se inclinó hacia ella y los labios de Emma se entreabrieron por puro instinto. No obstante, en lugar de besarla en los labios, James cambió el rumbo antes de que sus bocas se encontraran y le plantó un beso en la mejilla.

—Buenas noches.

Aquella noche a Emma le costó conciliar el sueño. Saber que tenía a James en la habitación contigua la hizo imaginar las mil y una cosas que le haría si fuera lo suficientemente valiente o, mejor dicho, si no apreciara tanto su amistad. No quería perder lo que tenía con él, y saltar a su cama llevada por el tórrido deseo que le provocaba probablemente haría que James saliera huyendo en cuanto sus ansias caníbales (tanto las de él como las de ella) se disiparan.

Así que durmieron en sendas habitaciones de la suite para al día siguiente desayunar juntos bien temprano y, como habían acordado el día anterior, dirigirse en coche al emplazamiento donde James debía rodar ese día. Se trataba de las Catacumbas de Priscila, en la Via Salaria. Emma no recordaba exactamente qué ocurría en el libro en aquel emplazamiento, pero sí recordaba que a los protagonistas del libro los llevaban allí los frescos que decoraban esas catacumbas y que eran unas de las primeras representaciones conocidas de la Anunciación de la Virgen María. Por suerte, aquellas catacumbas no eran tan aterradoras como otras, y aunque a Emma los cementerios subterráneos nunca le habían gustado, consiguió no caer en los intentos de susto de James. Tras las grabaciones en aquellas catacumbas, se dirigieron a las Catacumbas de San Sebastián para seguir rodando allí. El cine con frecuencia se permite muchas licencias históricas y geográficas, y aquel era uno de los casos: en el libro los personajes solo visitaban las Catacumbas de Priscila, pero el director había decidido grabar parte de la escena de las catacumbas en las galerías subterráneas de San Sebastián, pues eran mucho más espectaculares y conocidas, y a los espectadores había que llenarles el ojo.

Cuando hicieron un corte para comer, James y ella tomaron unos deliciosos raviolis en un restaurante cercano.

—¿No comes con el resto del equipo? —se interesó Emma, aunque estaba feliz de poder comer con él a solas.

—Déjame, hoy que puedo librarme.

—¿No te llevas bien con el equipo?

—El equipo está bien, pero mis compañeros de rodaje se creen tan «guays» —dijo aquella palabra con retintín— que no se dignan a comer con el equipo en sí, solo con el director y otros actores. Y yo estoy en medio de esa guerra, unos días comiendo con unos y otros días comiendo con otros, recibiendo malas miradas de todos lados.

—No suena muy divertido.

—No lo es. Pero contigo aquí tengo la excusa perfecta para escaquearme. Que por cierto, seguiremos rodando hasta la seis, después soy todo tuyo. Si no quieres aburrirte con más rodaje, puedes pasear un rato y nos encontramos a las seis de nuevo.

—De acuerdo —Emma no iba a negar que estar en un rodaje como espectadora, sin nada que hacer más que mirar, era bastante aburrido.

—Pero no hagas nada divertido ni visites nada interesante, ¿eh?

—¿Y eso por qué?

—Quiero que lo hagamos juntos.

Aquello encantó a Emma, derritiéndole el corazón, pero se hizo la dura:

—Sabes que ya he estado en Roma antes, ¿no?

—No, no me lo habías dicho.

—Roma está entre mis ciudades favoritas.

—¿Y cuáles son las demás?

—Venecia y París.

—Nunca he estado.

—Son maravillosas. Europa en su conjunto me encanta, la verdad. No hay punto de comparación con Estados Unidos. ¿Sabes eso que dicen que París es la ciudad del amor? Pues para mí toda Europa en si es amor. Cada ciudad que visito me enamora. ¿Viena? Una maravilla. ¿Brujas? ¡Brujas es preciosa! La visitamos cuando estuvimos en Bélgica y definitivamente me he enamorado. ¿Y Praga? Me encanta Praga.

James sonreía ampliamente al escucharla hablar con tanta pasión.

—Me encantaría visitar todos esos sitios contigo.

—¿De verdad?

—Un viaje varía mucho según el acompañante que tengas y estoy seguro de que contigo hasta la ciudad más sosa y fea del planeta resultaría encantadora.

Una sonrisa tonta asomó a la cara de Emma a la vez que interiormente suspiraba. Puesto que James le estaba diciendo todas aquellas cosas bonitas, se atrevió a decir:

—Pon una fecha. Iré contigo hasta el fin del mundo.

James sonrió. Al parecer no le asustaban las declaraciones de amor, porque aquello era una declaración de amor en toda regla, ¿o no? Y lo que él le había dicho... todavía se le erizaba el vello de los brazos.

Emma se permitió soñar durante varios minutos y se imaginó que aquello era una comida romántica de una pareja y no una comida entre un par de amigos con una relación que cada vez se volvía más rara.

A las seis de la tarde volvieron a reunirse y disfrutaron juntos del Coliseo, del Monumento de Víctor Manuel II y del Castillo de San Ángel. Al caer la noche les llevaron en coche al romántico restaurante de L'Archeologia, donde James había hecho una reserva. Emma se sentía flotar. Aquellos estaban resultando los días más románticos de su vida.

Cuando aquella noche volvió a repetirse en el hotel la escena de buenas noches, en la que él se inclinó para darle un beso en la mejilla, Emma no lo pudo resistir y girando la cabeza ligeramente en el último momento, hizo que sus labios se encontraran.

Él se apartó unos centímetros y durante unos momentos de incertidumbre se miraron a los ojos. Después, casi a la vez, volvieron a acercar sus caras y se unieron en un cálido y tierno beso que fue aumentando en intensidad hasta que ambos acabaron con la respiración entrecortada. Emma rodeó con sus brazos la espalda de James, uniendo sus cuerpos. Lo hizo con cierto temor a que él la apartara, pero entonces él rodeó su cintura con un fuerte brazo e hizo que Emma pudiera sentir su fuerte torso y abdomen apretado contra ella.

La boca de James resultaba embriagadora, sus besos despertaban mil y una sensaciones en ella. Un deseo ardiente y abrumador no tardó en nacer en sus entrañas, humedeciendo su entrepierna y haciendo que sus besos se volvieran mucho más voraces. Retrocedieron hacia la habitación de James sin poner atención hacia dónde iban, demasiado ocupados en deshacerse de la molesta ropa que se interponía entre ambos. Tras quitarle la camiseta a Emma, James se concentró en el cuello de la joven, besándoselo y dándole mordisquitos a la vez que ella hundía sus dedos en el sedoso pelo de él. Sintió que el actor intentaba desabrocharle el sujetador sin éxito.

—No... no encuentro...

Sin poder evitar reírse, Emma se separó de él. Retrocedió unos pasos, mirándole provocativamente. Se quitó las deportivas solo con la ayuda de sus pies y, dándole la espalda a James, se dirigió a la cama, subiéndose a ella de un salto. Contoneó las caderas a la vez que se llevaba las manos al pecho.

—Hay algunos sujetadores que llevan el cierre por delante —dijo, desabrochándose la prenda y dejándola caer sobre la cama—. Pensaba que sabrías algo más del tema.

Estratégicamente había dejado que el pelo le callera por delante, por lo que James solo podía intuir las formas redondeadas de sus pechos. Verla allí subida, como una diosa griega de largos cabellos rizados y llamativas curvas, le ponía a mil. Se deshizo de sus zapatos y sus pantalones y de un salto se subió también a la cama, aunque se quedó a casi un palmo de ella. Con parsimonia, le retiró primero los mechones que cubrían su pecho izquierdo y después repitió sus movimientos con la cascada de pelo del lado derecho. Abarcó sus pechos con ambas manos a la vez que llevaba su boca al cuello de ella. Desde allí comenzó a descender, besando su clavícula izquierda y dejando una huella húmeda hasta que llegó a su pezón. Tras hacer que este se endureciera, siguió descendiendo y llegó a su ombligo. Arrodillado frente a ella, le desabrochó el botón del vaquero y le bajó la cremallera, tirando de la tela hasta que se la quitó por los pies. Después hizo lo mismo con las bragas, pero algo le hizo sonreír.

—Llevas el corte del bañador —comentó mirándola desde abajo. Desde allí pudo ver sus pechos, dorados, y aquello hizo crecer todavía más su sonrisa—. ¿Haces topless, Emma Miller?

—Puede —se hizo la misteriosa, aunque lo cierto era que ver a James arrodillado frente a ella la ponía bastante nerviosa. Por su cuerpo se extendían pequeños estremecimientos que la hacían sentirse frágil e inexperta. Esperó que él no se diera cuenta.

La boca masculina se torció en una mueca provocadora y sus manos se metieron entre las rodillas de Emma, separándoselas. La joven, conteniendo la respiración, lo miró acercarse a su pubis hasta que de pronto sintió que le levantaba las piernas en peso, flexionándole las rodillas, por lo que Emma cayó sobre la cama de espaldas.

—¡Qué bruto! —protestó entre risas la joven, tras rebotar dos veces contra la colcha.

—Soy una bestia —rugió James, haciéndola reír todavía más, aunque la risa se le cortó de golpe cuando el actor le abrió las piernas y hundió allí su cara.

Emma alzó un poco más la cabeza para verle mejor, pero en cuanto sintió la lengua de él en su zona más íntima dejó caer hacia atrás la cabeza a la vez que apretaba en una mano la colcha. Sintió sus dedos estimulándola a la vez que su lengua hacía unos movimientos que... ¡ufff!

—James —jadeó.

—Dime, preciosa —dijo separando su boca de ella, pero no así sus manos.

—Sube.

—¿Que suba? ¿Por qué?

—Porque me gusta demasiado.

Se miraban a los ojos en aquel momento y Emma pudo ver que en su cara aparecía una sonrisa.

—En la cama nada puede ser demasiado placentero.

—¿Pero y tú?

—¿Yo? Disfrutaré de la segunda ronda.

James volvió a hundir la cabeza en ella y gracias a sus expertas caricias Emma no tardó en llegar al clímax, con sus manos enredadas en el pelo masculino. Quedó vencida y agotada sobre la cama, disfrutando de la placentera sensación que se había apoderado de ella durante varios largos y deliciosos segundos.

James fue trepando por su cuerpo, recorriendo de nuevo con su boca el camino de besos que había dejado al bajar, y la miró con una radiante sonrisa.

—¿Demasiado placentero?

—Tanto que seguro que es ilegal.

Emma se sorprendió al sentir que él se acomodaba entre sus piernas, listo para penetrarla.

—¿Ya?

—Por supuesto. No sabes cómo me han puesto tus gemidos.

Y la penetró con fuerza, hundiéndose en ella hasta el fondo en la primera acometida, pues estaba húmeda y resbaladiza.

—Eres deliciosa —le dijo, mirándola a los ojos—. Tan estrecha, tan... abrumadora.

No parecía que pudieran apartar los ojos del otro mientras sus cuerpos experimentaban mil y una sensaciones cada vez que James se retiraba y, lentamente, volvía a entrar. Emma alzó la mano y le acarició la mejilla a James mientras pensaba que aquel era el sexo más romántico que había tenido nunca. Y quizá fueran sus alocadas hormonas, las malditas oxitocinas o «moléculas del amor», pero allí entre sus brazos, sintiéndolo entrar en ella con una lentitud adorable, Emma se reconoció a sí misma que estaba enamorada de James.

—¿Sabes? —interrogó casi un minuto después de haber terminado, cuando ambos yacían boca arriba en la cama, acompasando sus agitadas respiraciones—. Nadie me había hecho eso antes.

Él se puso de lado, haciendo con su brazo un triángulo y apoyando su cabeza sobre la mano para mirarla desde lo alto.

—¿Te refieres a cuando he bajado?

—Sí.

—¿Nadie? ¿Nunca? —se sorprendió.

Ella negó con la cabeza sin mirarle a la cara. Le había confesado aquello en un arrebato de sinceridad, pero ahora se sentía bastante avergonzada.

—Pero cuando tú me lo hiciste a mí se te dio muy bien. Esa no era la primera vez, ¿no?

—No.

—Así que has tenido parejas egoístas.

—¿Egoístas? —se sorprendió Emma.

—Gente que solo piensa en su placer.

La joven reflexionó sobre aquello. Nunca lo había pensado así, pero sí, lo cierto es que las relaciones que había tenido habían sido con hombres demasiado inexpertos o demasiado egoístas. Al ver que ella no decía nada, James se interesó:

—¿Con cuántos hombres has estado?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Curiosidad.

Emma fingió que hacía memoria, pero lo cierto era que se estaba planteando si mentirle o no. Su lista sería diminuta en comparación con la de él. Al final decidió ser sincera.

—Tres.

—Cuatro conmigo —precisó James.

—Tres contigo.

—¿Tres conmigo?

—¿Por qué te sorprendes tanto? No todo el mundo va por ahí acostándose con todo ser del sexo opuesto que se le cruza.

—¿Eso piensas de mí?

No, lo cierto era que no. Sabía que James había estado con varias chicas desde que se conocieron, pero tampoco podía considerarlo un mujeriego por ello.

—No, lo siento. Es solo que... siento un poco de vergüenza.

—¿Vergüenza por haber estado solo con tres hombres? ¡Menuda tontería!

—Lo dice el que seguramente ha estado con más de mil mujeres.

—No he estado con más de mil mujeres.

—Vale, pues más de cien.

—Si te sirve de consuelo, hasta que cumplí los 20 solo había estado con una chica.

Emma lo miró durante un par de segundos. Sí, lo cierto es que aquello la reconfortaba. Y como no quería seguir hablando del número de chicas con el que James se había acostado, pues era una información que le causaba dolor, se concentró en aquel dato.

—¿Es la chica que te destrozó el corazón?

—La misma.

—¿Cómo se llama?

—Caroline.

—¿Y cuánto tiempo salisteis juntos?

—Cuatro años, de los 15 a los 19.

—Es mucho tiempo.

—Sí.

—¿Y qué ocurrió?

—No quiero hablar de ella —negó James, volviéndose a tumbar boca arriba sobre la cama—. Me estropearía la noche. Pero que sepas que el número de personas con el que has estado no es importante. De hecho, cuantas más personas, menos importantes resultan porque han dejado mucha menos huella, mientras que si son pocas personas sabes que ahí sí que hay historia.

Emma había notado un cambio en el tono de James, que se había puesto mucho más serio. Rodó por la cama hasta ponerse boca abajo y, semi incorporándose sobre sus codos, dijo con tono jovial.

—¡Oh, sí! ¡Qué pedazo historia la mía con Timmy, mi novio del instituto, y Jimmy, el profesor adjunto simpático!

—¿Timmy y Jimmy? Suena a chiste malo.

—Eran un chiste malo. Bueno, el pobre Timothy no. Ninguno de los dos sabíamos muy bien lo que hacíamos, ¿pero Jimmy? A Jimmy me has dado tú la palabra perfecta para describirlo: egoísta.

—¿Y Raúl? —interrogó de pronto James—. ¿Con él no has estado?

—¿Raúl? ¿Mi amigo Raúl? ¡Claro que no!

—¿Por qué?

—Pues porque es mi amigo.

—Le gustas.

—Si lo dices por los besos y el bailecito, es así con todo el mundo.

James guardó silencio durante un momento y después volvió a coger la postura de antes, apoyando su cabeza contra la mano. Puesto que Emma también se había incorporado, sus caras quedaron al mismo nivel.

—Hay algo que no entiendo —dijo—. Eres lista, divertida y guapa. Podrías tener a cualquiera, pero recuerdo que me dijiste que cuando no eras Sue, o sea, cuando eras tú, ningún chico mostraba interés en ti. ¿Por qué?

—¿Por qué? Y yo qué sé.

—Seguro que lo sabes.

—¿Por qué les doy miedo?

—¿Miedo? ¿Miedo de qué? ¿De que los mates con una sonrisa tuya? —James apoyó la mano en el cuello de ella, apartándole el pelo, y fue arrastrando sus dedos hasta que llegaron a la curcusilla,

provocando un escalofrío que recorrió la columna de Emma de arriba abajo—. Dime la verdad.

Ella lo miró durante unos largos instantes a los ojos. Su cercanía resultaba embriagadora. Le confesó:

—La mayor parte de los hombres que me atraían por su físico me ahuyentaban por su escasa inteligencia. Los que me atraían por su inteligencia, no me provocaban físicamente. Solo unos pocos conseguían gustarme en ambos aspectos, cuerpo y mente. Pero resultó que a esos, era mejor tenerlos como amigos que como pareja, pues como amigos te valoran como a un igual intelectual, mientras que como pareja el interés se centra más en el terreno sexual.

James no supo con certeza a qué se refería con aquello, qué habría vivido, pero supo que el tal Jimmy, el profesor adjunto, tenía la culpa de que Emma tuviera aquella concepción de los tíos. Sin querer ahondar en el tema, preguntó:

—¿Y yo dónde entro en esa ecuación? ¿En los de cuerpo y mente aceptable?

—¿Mente aceptable? ¡Pero si has estudiado filosofía, por el amor de Dios!

—¿Entonces más que aceptable?

—¿Pero qué dices? —James había malinterpretado su tono exagerado, así que aclaró—: ¡Suspense! Un filósofo, madre mía. ¡Encefalograma plano!

—¡Eres...!

James se lanzó contra ella y entre risas rodaron por la cama hasta que el actor consiguió inmovilizarla bajo él.

—Entonces, si te espanto con mi inteligencia, ¿por qué accediste a acostarte conmigo?

Pese a que su primer impulso fue gastarle otra broma, acabó diciéndole:

—Me sorprendiste. Me desarmaste.

—¿Yo hice eso? ¿Cómo?

—La gente siempre me ha prestado mucha más atención como Sue que como Emma. Pero tú no. Tú odiabas a Sue mientras que yo te caía bien. Aún con la peluca y la ropa cara, tú me veías a mí y te gustaba lo que veías. Y me besaste, y aunque iba vestida como un personaje de Sue y había un cámara echándonos fotos, sentí que me besabas a mí; y más alucinante todavía, me besabas a mí porque no podías resistir la tentación. No sé, fue bonito y diferente.

James sonrió ampliamente, provocando que Emma también sonriera. Con sus grandes manos, le acarició el rostro a la vez que la sonrisa se iba desvaneciendo hasta que en su cara solo quedó una expresión meditabunda.

—Deberíamos terminar con esto. Lo de hoy no debe volver a repetirse.

A Emma la sonrisa se le congeló en el rostro.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Acabaremos haciéndonos daño.

Lo perdía. Lo estaba perdiendo. La certeza azotó a Emma en el corazón como un látigo. La noche anterior había pensado que no podía perder a James como amigo, pero lo cierto era que tampoco quería perderlo como amante. Tenía que hacer algo para evitar que él pensara que una noche tan maravillosa como aquella era un error que no debía volver a repetirse. La pregunta salió sola de su boca:

—¿Estás enamorado de mí?

—¿Qué? —interrogó James como si le hubieran pinchado—. No.

—¿Entonces por qué deberíamos hacernos daño? Ambos sabemos lo que hay. Hace tiempo me dijiste que son las mujeres las que acababan colándose por ti y de ahí tu regla de que solo debía pasar una vez. Pero yo sé lo que hay entre los dos. Lo sé y lo acepto. ¿Tú no?

—¿Pero qué hay entre los dos, Emma? ¿Qué somos? ¿Amigos con derecho a roce?

—Supongo. Nunca me lo he planteado —mintió—. Me gusta lo que tenemos: me divierto contigo, me río y de vez en cuando las cosas se calientan y damos respuesta a nuestros deseos y necesidades. Y ya está. Si tú tienes claro eso, que somos amigos que se permiten ciertas licencias, por mí no tienes que preocuparte, pues yo también lo tengo claro.

—Este tipo de relaciones nunca acaban bien, Emma.

—Vale, pues dejémoslo entonces —decidió arriesgar la joven. Aprovechó que él ya no estaba completamente sobre ella para sentarse sobre en la cama y, seguidamente, ponerse en pie—. Damos nuestra extraña relación por terminada y a partir de ahora solo seremos amigos, ¿de acuerdo?

—¿Dónde vas? —interrogó James, viéndola ponerse su ropa interior.

—A mi habitación para que puedas dormir tranquilamente soltero. ¿Entonces acordamos ser solo amigos? —interrogó, girándose hacia él y extendiendo una mano para que se la estrechara, sellando así el trato.

James alargó también la mano y Emma se sintió defraudada. ¡Su arriesgada maniobra había fallado! ¡Mierda, mierda, mierda! Ahora tendría que conformarse con tener a James solo como amigo.

Los dedos de James rodearon su mano, pero ante la sorpresa de Emma, el fuerte brazo de James tiró de ella hasta tenerla de nuevo en la cama, prisionera entre sus brazos.

—No quiero que nos hagamos daño —le susurró.

—No nos lo haremos —prometió Emma, y buscó desesperada la boca de James, haciendo despertar de nuevo a la bestia.





Cuando James terminó el rodaje, Emma le convenció para que volara con ella a España y pasara unos días en casa de sus abuelos. Él se negó al principio escudándose en que ir allí sin ser su novio resultaría raro, pero no fue difícil convencerle de que con toda la gente que se reunía en casa de sus abuelos a nadie se le haría raro ver a alguien más allí.

Volaron juntos hasta Sevilla y de allí cogieron un coche con conductor que los llevó hasta el cortijo de los abuelos de Emma.

—Y tú que decías que yo que era actor te pagara los taxis... —comentó James mientras avanzaban serpenteantes por el camino que discurría por la serranía. Desde donde estaban se podía ver a intervalos la casona a la que se dirigían, un edificio blanco que bajo el sol veraniego resplandecía como una perla.

Emma se rió por lo bajo pero no dijo nada. James no volvió a decir nada de lo escandalosamente cara que debía ser aquella casa, pero lo cierto es que miró la amplitud de la casa, las maravillosas vistas, la espectacular piscina y las innumerables estancias con cara admirativa. Pero todo eso fue después de que primos, hermanos, tíos, abuelos y demás familiares les recibieran con cariño y muchos besos. Demasiados para James, que era norte americano y no estaba acostumbrado a saludar a desconocidos así. Una señora mayor que llevaba un moño muy ajustado y a la que le faltaban varios dientes le pellizcó las mejillas hasta que le dolieron.

—Qué guapo que eres, pero mi sobrina lo es más —dijo, aunque él no entendió palabra, y fue a pellizcarle las mejillas a Emma, que estaba al lado de James.

—¿Esa era tu abuela?

—No, hermana de mi abuela —replicó la joven frotándose las mejillas—. Si lo llevo a saber no me voy de viaje: me recibió así también cuando llegué la primera vez.

La abuela de Emma era mucho más elegante que su hermana. Llevaba todo el pelo blanco y lo lucía con orgullo. Su cara arrugada, con unos ojos igual de azules que los de Emma, hablaban de una gran belleza juvenil.

—Abuela, te presento a James —dijo la joven en inglés.

James se sorprendió de que una mujer tan mayor hablara su idioma y Emma le explicó después que su abuela había viajado cuando era joven por toda Europa dando recitales de música. Él recordó entonces que Óscar, el padre de Emma, le había dicho que sus hijas habían recibido instrucción musical en honor a su madre.

Emma fue la encargada de enseñarle a James su habitación, un dormitorio en la segunda planta que, según la joven le contó más divertida que molesta, sus padres habían elegido estratégicamente para que estuviera bien alejado del de ella, que dormía en la primera planta junto con su hermana Anna. James se reencontró allí no solo con Anna sino también con la hermana cirujana de Emma, Rebekah, que parecía mucho más amigable y alegre en aquel entorno veraniego e idílico que en Nueva York. También tuvo el placer de conocer a las dos hermanas de Emma que le faltaban por conocer, Sarah y Ruth, venidas una desde Los Ángeles (previa autorización del médico que llevaba su embarazo) y otra de Viena, donde tocaba en la filarmónica nacional. También conoció a Leandro y Olivia, los gemelos que había visto en las fotos que Emma le había enseñado de su viaje en Interrail, y a muchos otros familiares. Entre tanto barullo (había más de 30 personas reunidas en aquella casa) lo cierto es que James se sintió bien acogido y para nada

violento. Emma lo presentó ante todos como un compañero de trabajo y todos aceptaron que eran eso y nada más. O al menos lo hicieron frente a James. A Emma sí le dejaban caer comentarios como «qué buen partido», «qué guapo», «qué buena pareja hacéis», «mira cómo te mira...». Ella los aguantó con estoicismo mientras pasaba unos días maravillosos con James y su familia.

James descubrió la rica gastronomía española que no solo sorprendía a su paladar sino también su concepción del mundo. El primer sobresalto se lo llevó cuando descubrió que el rico jamón serrano, ese que comía a dos carrillos, provenía de esa cosa con pezuña y pelo cortísimo que había en la cocina. Un norteamericano ni loco tendría una pata de jamón en su cocina, por muy patanegra que fuera. Ellos intentaban que todo aquello que comían no tuviera ni remotamente forma de animal. La segunda sorpresa llegó cuando el abuelo Antonio, la abuela Julieta y la hermana de esta comenzaron a comer caracoles, dando caza a las babosas con palillos, que hurgaban en el caparazón hasta salir con el premio.

—¡Venga ya!, si esto en Estados Unidos es la *crème de la crème*, seguro que has ido a alguna fiesta cara donde los servían —se rió Emma, que se unió al trío de avanzada edad para degustar los caracoles.

—No, estoy seguro de no haber visto algo así en mi vida —negó James con cara de asco. Se alejó de allí oyendo las risas de Emma y su abuela, que había entendido perfectamente lo que le había dicho.

También le sorprendieron los tallos encurtidos, pues le parecía inaudito tener que meterse en la boca algo con pinchos.

Pero lo disfrutó todo como un niño que descubre el mundo (bueno, todo menos los caracoles), incluyendo los platos típicos españoles que se prepararon en la casa en honor a él: gazpacho andaluz, paella valenciana, pulpo a la gallega, zarangollo murciano...

El tercer día de su estancia en España se despertó antes de lo normal, a eso de las siete de la mañana, pues una llamada de su madre desde el otro lado del Atlántico le despertó.

—¿Mamá? ¿Pero qué haces llamando a estas horas?

—Hijo, lo siento, ¿te he despertado?

James miró su reloj.

—¿Pero qué hora es allí? —hizo un rápido cálculo mental—. ¿Las dos de la mañana?

—No, medianoche. Estamos en México, ¿te acuerdas?

Cierto, su madre y su hermana se habían ido durante las vacaciones a conocer México. Con el desvelamiento se le había olvidado por completo.

—¿Y qué hora es allí?

—Casi las siete de la mañana, mamá.

—Lo siento, debo haber hecho mal el cálculo del cambio horario. Pero bueno, era solo para saludar, así que mejor te llamo luego. ¿Cuándo aquí sean las doce qué hora será allí?

James deseó que Emma estuviera en aquel momento a su lado. Ella era la calculadora andante, no él.

—Pues... por la tarde, me parece.

—De acuerdo, cariño, te llamaré entonces.

Y colgó. James remoloneó un rato más en la cama pero fue incapaz de conciliar el sueño. Pese a que no se oía tráfico ni barullo de gente en el exterior, cerca de su ventana había un árbol infestado de pájaros que solo sabían hacer «pio», «pio», «pio» de forma persistente e incansable.

Se levantó y bajó las escaleras hasta la planta baja. El silencio era total. Fue a la cocina a buscar un vaso de leche y se encontró con Julieta, la abuela de Emma, que exprimía naranjas con un

exprimidor tradicional y toda la fuerza de sus manos. Tenía al menos una docena de naranjas partidas por la mitad sobre la encimera.

—¡Buenos días, señor madrugador! —le saludó la anciana con una sonrisa afable.

—Buenos días, Julieta.

—¿Quieres un zumo de naranja? Está recién hecho. —Y sin esperar respuesta cogió un vaso y volcó el exprimidor hasta llenar el recipiente—. Toma.

—Gracias —dijo James, sentándose frente a ella—. Va a hacer mucho zumo, por lo que veo.

—A mis nietos les gusta y es sano, así que se lo hago encantada.

—Sabe que hay exprimidores eléctricos, ¿no?

—Sí, pero se me rompió el último y todavía no he bajado al pueblo a comprar otro.

La mujer, que estrujaba y daba vueltas a las medias naranjas sobre el exprimidor, se detuvo un momento y cerró y abrió la mano, que sin duda ya debía estar dolorida, pues había llenado una jarra antes de que James apareciera.

—Déjeme a mí un rato —solicitó el actor, poniéndose en pie y acercándose a ella.

—No hace falta.

—Por favor.

La anciana le sonrió y fue a sentarse en una silla que tenía cerca.

—Eres un encanto.

Se quedaron en silencio durante casi un minuto completo mientras James exprimía naranjas. Entonces la anciana preguntó:

—¿Mi nieta es feliz con lo que hace?

James la miró desconcertado.

—¿A qué se refiere?

—A lo de ser actriz. Cuando me contaron que iba a hacer una película, no me lo creí. Era tan raro en ella... Siempre había sido tan lógica, tan... científica. Nunca creí que el arte le interesara.

—Pues... —James meditó su respuesta—. Sí, creo que Emma es feliz con lo que hace. Lo cierto es que sigue siendo igual de lógica y científica, pero también disfruta exigiéndose al máximo frente a las cámaras. Cuando la convencí para que hiciera la película me dijo que con lo único que la convencería sería con desafíos. Y actuar y hacerlo bien es todo un desafío, así que sí, puedo decir que es feliz y que disfruta con lo que hace.

La anciana sonrió.

—La quieres, ¿verdad?

—Ella... yo... —James se había puesto en tensión—. Ella y yo no somos pareja, señora.

—Lo sé, lo sé, pero hay muchos tipos de amor. Veo en cómo la miras que te importa, ¿no es así?

—Por supuesto, es una gran amiga.

—¿Y cuidas de ella allí en Estados Unidos?

—Por supuesto.

—Bien, me alegro. No se lo digas a mis demás nietas, pero Emma es mi ojito derecho. ¿Sabes que ha heredado mi voz?

—Pues no lo sabía, pero he oído cantar a su nieta y tiene una voz maravillosa.

—¿Que tengo una voz maravillosa? —interrogó de pronto Emma entrando por la puerta de la cocina vestida de deporte—. ¡Vaya, gracias! ¿Pero qué tramáis los dos hablando de mí a mis espaldas?

—Nada malo, hija. ¿Quieres un zumo de naranja?

—No, abuela; mejor ahora cuando vuelva de correr.

—¿Vas a correr? —se interesó James.

—Sí. Con Jack conseguí cierta forma y me gustaría mantenerla. Además, si no hiciera deporte, las comidas de la abuela ya me habrían hecho engordar diez kilos.

—Estás muy delgada, hija.

Todas las abuelas veían famélicos a sus nietos, era un hecho. James se preguntó qué habría pasado si Julieta hubiera visto a Emma en su ataque de bulimia. Apartando aquellos tristes recuerdos de su mente, se apuntó a correr con Emma. Desde aquel día, todas las mañanas se levantaban a la vez y salían a hacer ejercicio juntos para después desayunar, con o sin Julieta, en el porche delantero.

También disfrutaron de tardes enteras en la piscina, que se volvía un campo de batalla cuando coincidían todos los primos juntos, lo que solía ocurrir con bastante frecuencia.

James le había dicho a la abuela de Emma que la joven era feliz en Los Ángeles con su nuevo trabajo y de verdad lo pensaba, pero lo cierto era que verla allí, con los suyos, era ver a una Emma totalmente distinta. Era una Emma sin preocupaciones, jovial, siempre sonriente. En la enciclopedia podrían haber puesto su cara como sinónimo de felicidad. Y le encantaba lo que veía. Demasiado.

Un día antes de que se marchara para reunirse con sus madre y su hermana en México, la comida se alargó todavía más de lo que ya solían alargarse las comidas en aquel lugar. El vino no dejó de correr por la mesa, haciendo que las risas crecieran y los mofletes de todos adquirieran un color delatador. James también sufrió los efectos del alcohol y cuando tras la comida Emma y él fueron a dar un paseo por los jardines de la finca, la cogió de la mano sin reflexionar en lo que ese gesto podría dar a entender.

—Gracias por estas maravillosas vacaciones —le dijo—. Han sido unas de las mejores de mi vida.

—Para mí también ha sido estupendo tenerte aquí.

—Emma, yo...

James se detuvo y la joven lo imitó, girándose hacia él. Sorprendida, vio cómo James apesaba su rostro entre sus fuertes manos y la besaba con una suavidad y una ternura que le llegaron al alma. El actor separó sus labios y unió sus frentes. Soltó un triste suspiro.

—¿Qué pasa, James?

—No sabes cuánto desearía que nos hubiéramos conocido antes.

Aquello dejó sin aliento a Emma.

—¿Antes?

—Que hubieras sido la primera.

Emma sintió que su corazón se detenía para después acelerarse hasta que pareció que se le iba a salir del pecho.

—Es más importante ser la última que la primera —susurró, atemorizada por la respuesta que aquella declaración podría provocar en él.

—No puede ser, Emma. No puede ser. Ya no.

Y se alejó a grandes zancadas. La joven se quedó allí plantada, inmovilizada por un pensamiento. Acababa de decirle que la habría amado de ser capaz de hacerlo, y puesto que ella estaba segura de que el corazón de James podía volver a enamorarse, ¿quería eso decir entonces que la amaba aunque él se negara a creerlo?



Al día siguiente bien temprano un coche recogía a James en la puerta del cortijo y se lo llevaba al aeropuerto de Sevilla, donde cogería un avión a Madrid para volar hasta México desde allí. Emma salió a despedirlo y se fundieron en un fuerte abrazo antes de que el taxi se alejara con James en su interior.

Sintiéndose profundamente acongojada, la joven lo vio marchar y cuando el taxi se perdió de su vista, volvió a entrar en casa con el alma por los suelos. La única que había despierta en casa era su abuela, que como todos los días estaba haciendo zumo para toda la *troupe* que se levantaría algunas horas después. Se dirigió a la cocina buscando su compañía, pues en aquel momento no quería estar sola.

—¿Un zumito, mi niña?

—Sí, por favor, abuela —pidió sentándose en un taburete frente a ella. Le dedicó una pequeñísima sonrisa y cuando su abuela le tendió el vaso lleno de líquido naranja, fijó su vista en él, pues no quería que su abuela viera la tristeza que destilaban sus ojos, aunque lo cierto era que su cara lo decía todo.

—¿Cuándo volverás a verle?

—No lo sé, abuela. A más tardar a principios del año que viene, cuando comencemos la promoción de la película.

—Seguro que os veréis mucho antes.

Emma no replicó. Su abuela quizá tuviera razón, o tal vez no. Podían ocurrir muchas cosas. Durante unos segundos Emma escuchó el sonido del exprimidor eléctrico, regalo de James a su abuela, y pensó que Julieta se había centrado de nuevo en su labor, pero su abuela tenía toda su atención puesta en ella.

—Me ha gustado mucho tenerle aquí —comentó.

—Pues espero que lo hayas disfrutado, abuela, pues no creo que vuelvas a verlo por aquí nunca.

—¿Por qué?

—Pues porque esto ha sido una casualidad: él estaba en Europa, yo estaba cerca, era verano... No creo que vuelvan a alinearse las estrellas de esta manera.

—Vendría, si fuera tu novio.

—Abuela... —protestó Emma.

—Sé que te gusta.

—Pues sí, pero no es tan fácil.

—¿Por qué no? A él también le gustas.

—Abuela, no lo entiendes —negó la joven con la vista fija en la encimera.

—Niña, sabe más el diablo por viejo que por diablo.

Emma fijó sus ojos en los de su abuela, idénticos en color a los suyos. La anciana había dejado de exprimir fruta y la miraba atentamente.

—Él... alguien le hizo daño, abuela, y no cree en el amor.

—¿Hace mucho de eso?

—Sí.

—Pues entonces ya es hora de que sane y espabile, ¿no crees?

Emma negó con la cabeza tristemente. No era una negativa sino más bien una resignación:

—Algunas veces creo que he conseguido atravesar sus defensas porque me dice cosas preciosas y me mira de una forma que me derrite, pero entonces él retrocede e insiste en que nunca podrá haber nada serio entre nosotros.

—Los hombres son tontos, hija mía. Si no lo has aprendido ya, te lo digo yo. Obtusos y tontos. Las mujeres casi siempre tenemos que hacerles ver qué es lo que desean porque ni ellos mismos lo saben.

—No es tan fácil, abuela.

—Hija, ¿tú sabes cómo conseguí que tu abuelo se casara conmigo?

—Fue amor a primera vista.

—¡Ja! Eso es lo que cuenta hoy tu abuelo para no parecer un viejo machista y tonto, pero no hija, no. Tuve que ser bastante imaginativa para conseguir que se casara conmigo. Ven, deja que te rellene el zumo y me sirva yo un vaso y te lo contaré sentadas en el porche.

Si dirigieron hacia el sofá predilecto de su abuela en el porche delantero y se acomodaron allí.

—Mi historia la conoces perfectamente. Sabes que de joven viajé por Europa ganándome la vida como cantante, y también sabes que mi madre no lo aprobaba, pero lo que no suelo contar a nadie es que cuando tuvieron que operarme de la garganta y los médicos me dijeron que ya no podría trabajar como cantante porque mis cuerdas vocales no podrían aguantar el ritmo necesario, volví a casa y me convertí en una paria. Podrías pensar que mis vecinos me tratarían con respeto y admiración por ser una mujer de mundo, pero lo cierto es que me veían como una fulana. Me había ido de casa muy joven, había recorrido diversos países sin ninguna mujer que velara por mi honor... Puedes imaginártelo. O quizá no, pues los tiempos han cambiado mucho, pero haz un esfuerzo.

—Me lo imagino, abuela —asintió la joven, pues en el mundo hipócrita en que vivían también se criticaba mucho a las mujeres que aprovechaban sus libertades.

—Bien, pues cuando regresé a casa, mi madre estaba convencida de que me quedaría para vestir santos, pues ningún hombre decente del pueblo ni alrededores querría casarse con alguien con mi reputación. Llevaba ya casi un año de vuelta en casa cuando apareció tu abuelo.

—Por cómo has hablado de él antes supongo que no hincaría una rodilla delante de ti en cuanto te viera.

—No le cuentes esto a nadie, pues tu abuelo se cabreará conmigo si descubre que te lo he contado, pero mi querido Antonio vino al pueblo buscando una esposa tonta y fea.

Emma sonrió y su abuela, al ver que se lo tomaba en broma, insistió:

—Literalmente, cariño.

—¿Tonta y fea, abuela?

—Tu bisabuelo Juan tuvo el honor de ser el primer hombre de Pozo Ancho cuya mujer le abandonó. Tanta era la vergüenza de un hecho así en aquella época que Juan fingió que su mujer había fallecido durante un viaje a casa de su madre. Su tumba todavía puedes verla en el cementerio viejo de Pozo Ancho, aunque solo Dios sabe dónde estará enterrada realmente. El caso es que tu bisabuelo convenció a tu abuelo de que la mejor esposa que un hombre podía tener era una mujer fea para que nadie la mirara ni se la robara, y tonta para que no pensara y solo obedeciera.

A Emma se le había descolgado la mandíbula y miraba a su abuela con la boca abierta. Le parecía increíble lo que le contaba. Su abuelo, que era cariñoso y siempre la animaba a conseguir sus sueños, resultaba que en su juventud había buscado a una esposa fea y sumisa. ¡Cómo cambiaba la gente!



—¿Y cambió de opinión al conocerte?

—¡Qué va! En cuanto yo lo vi, tan gallardo y formal me gustó y decidí hacer todo lo que estuviera en mi mano para conquistarle, pero él tenía el ojo puesto en mi prima Gertrudis. Creo que has coincidido con ella un par de veces.

—Gertrudis, Gertrudis, Gertrudis... —hizo memoria Emma, pero nada le venía a la mente—. Le siento, pero no me acuerdo.

—Bueno, pues era bajita, delgadísima (en aquella época estaba mal visto ser delgada, pues significaba o que estabas enferma o que no tenías suficiente dinero como para comer), con poco pelo en la cabeza y una verruga bien grande justo aquí. He de decir que sabía cocinar maravillosamente y dominaba todas las tareas domésticas. Además, era muy trabajadora.

Emma intentó imaginarse a su abuelo con alguien que no fuera la mujer que tenía delante y le resultó imposible, no solo porque los hubiera visto juntos toda su vida sino porque después de todos aquellos años aún veía en ellos amor.

—¿Y qué hiciste abuela? Por como la describes, tu prima no era competencia para ti.

—Lo era, teniendo en cuenta que era exactamente lo que buscaba tu abuelo en ese momento. Aun así, me las ingenié para poder salir a dar paseos con tu abuelo para que me conociera. Mi madre, tu bisabuela, colaboró en mi empresa y lo invitó varias veces a casa, además de hacernos compañía todo el rato, tanto en sus visitas a casa como en nuestros paseos, para asegurarse de que nada indecoroso ocurría. A tu abuelo le fascinaba mi voz, nos gustaban los mismos libros... me dijo que hablar conmigo era un soplo de aire fresco comparado con las mujeres que había conocido hasta el momento.

—Lo enamoraste —dijo Emma sin poder resistir una sonrisa.

—Sí.

—Qué bonita historia de amor.

—¡Espera, que aún no ha llegado lo mejor! —le advirtió su abuela, palmeándole un muslo—. El día después de decirme que yo era la mujer más fascinante que había conocido nunca, anunció su compromiso con mi prima Gertrudis.

—¿Qué?

—Te lo he dicho, los hombres son estúpidos.

—Pero al abuelo le gustabas.

—Sí, pero él estaba empeñado en seguir el consejo de su padre y conseguir una esposa sosa tanto por fuera como por dentro pero eficiente en los quehaceres del hogar. Cuando le pregunté, me dijo que yo era peligrosa, ¡ja!

En aquella ocasión Emma no dijo nada y esperó a que su abuela continuara con la historia.

—Pero yo no estaba dispuesta a renunciar a él, no después de haberle conocido más en profundidad. Así que utilicé mis armas de mujer y comencé a dar largos paseos en público con otro hombre del pueblo, Ricardo. Un buen mozo, dos años más joven que yo. Mi madre se escandalizó, pues aunque había aprobado a Antonio, mi ligoteo con Ricardo le parecía completamente inapropiado. Llegué a besarle en público una vez, en una fiesta del pueblo, para horror de mi madre. Pero conseguí lo que pretendía: al día siguiente de la fiesta Antonio se presentó en mi casa y le pidió a tu bisabuela mi mano.

—¿Me estás intentando decir que ponga celoso a James?

—Te estoy diciendo que en el amor, como en la guerra, todo vale. Y si James es tan tonto como para creer que no te quiere, tienes que hacerle ver lo equivocado que está. Hazte indispensable en su vida, gánatelo, y después hazle ver que como no espabile te perderá.

Emma se quedó callada durante un momento, meditando las palabras de su abuela. Después, su veredicto fue:

—Eres mala, abuela.

—Soy vieja, hija, y ya te lo he dicho que el diablo sabe más por viejo que por diablo.



Pero engatusar a James y después ponerlo celoso era bastante complicado si no coincidían nunca. Y eso fue lo que pasó cuando terminó el verano y Emma volvió a Los Ángeles. Pese a los estupendos días que habían pasado juntos en Europa y a las maravillosas y románticas palabras que él le había dedicado, cuando volvieron a Estados Unidos James estuvo demasiado ocupado durante meses como para responderle siquiera al teléfono. De vez en cuando intercambiaban mensajes, pero siempre que Emma intentaba apartarse de los temas triviales como el tiempo o el trabajo, él se volvía esquivo y ocupado. Emma intentó no mortificarse en aquello y decidió creerle cuando decía que tenía demasiado trabajo. Sin embargo, en octubre le quedó claro que lo que la apartaba de James no era el trabajo sino su desinterés, pues los portales online dedicados al *famoseo* se hicieron eco de una fiesta de cumpleaños que se había celebrado en Los Ángeles por todo lo alto. James salía en varias de las instantáneas que publicaron y además salía muy bien acompañado.

Desde aquel día, Emma dejó de mandarle mensajes y la relación entre ellos se volvió nula. Pese a que las noches se las pasaba pensando en qué había ocurrido para que James se olvidara por completo de ella, los días procuró tenerlos ocupados. El proyecto empresarial junto con sus amigos iba viento en popa y una de las habitaciones de la casa de Emma se convirtió en laboratorio, donde hacían sus mezclas y experimentos para conseguir cosméticos y cremas que cumplieran la función para las que habían sido pensados. Emma, que supuestamente había entrado en el proyecto porque podía comercializar las cremas entre gente VIP, acabó siendo la que más horas echaba en el proyecto, no solo porque el laboratorio estuviera en su casa sino también porque era la única que no tenía un trabajo en aquel momento.

—¡Qué bien hueles, preciosa! —le dijo Raúl una mañana, cuando llegó a su casa a eso de las diez de la mañana.

—Es el experimento número 52, la crema que hicimos el otro día con aceite de coco, agua de rosas y aloe vera en gel. Apuntaré en mis impresiones que huele bien.

—¡Para comerte, de hecho! —exclamó él, entrando en la casa.

Le enseñó una bolsa que traía con el desayuno y aquello le recordó a Emma la pregunta que había aparecido en su mente en cuanto lo vio allí:

—¿Qué haces aquí, Raúl? Es un poco temprano para ti, ¿no?

El cubano tenía turno de noche en la fábrica de explosivos en la que trabaja y solía terminar a eso de las 3 de la mañana, por lo que hasta las 11 o 12 no se presentaba en casa de Emma para trabajar en el laboratorio.

—No creas, ayer me acosté pronto.

—¿Y eso? ¿No trabajaste?

—Sí, dos horas. Después me comunicaron que estaba despedido y aunque me dijeron que tenía que quedarme hasta terminar el turno, me largué. ¡Qué les den!

—¿Te han despedido? —se sorprendió Emma. Lo siguió hasta la cocina—. ¿Por qué?

—Tienen que recortar personal para poder cumplir con los reajustes presupuestarios.

—Pero creí que a la empresa le iba bien...

—Sí, pero el año pasado ganó un 8% menos que el anterior (lo cual no quiere decir que haya tenido pérdidas, que conste), así que han decidido empezar a despedir a gente. Y me ha tocado a

mí.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues por ahora unirte a ti en tus sesiones matutinas de experimentos. Después ya veremos qué encuentro para ir ganando algo de dinero hasta que nuestra empresa tire para adelante. Toma, calienta los gofres en la sandwichera —le dijo tendiéndole un paquete que llevaba en la bolsa—. Yo calentaré un poco el sirope.

Desde ese día, Emma y Raúl pasaban todas las mañanas juntos, trabajando en el laboratorio, por lo que el trabajo se volvió mucho más ameno para Emma. Era como volver a las clases prácticas del último curso de carrera pero sin la presión de un profesor mirando por encima del hombro.

El día en que usaron antimonio, un mineral sulfuroso que ocupaba el puesto número 51 en la tabla periódica para producir khol fue uno de los días más divertidos de todo el proyecto. Raúl estaba concentrado mezclando el khol negro que habían conseguido con varios productos que se suponía harían más duradero el delineador. Tras tener todas las muestras preparadas, comenzó a hacerse rayas de khol negro en las manos. Emma salió un momento a contestar el teléfono y volvió apenas un minuto después tras haberle dicho a la comercial que la llamaba que no estaba interesada en comprar nada de lo que ofrecía y que por favor no volviera a llamarla. Una carcajada escapó de su garganta sin que pudiera evitarlo cuando vio que Raúl no solo se había pintado las manos sino que se había hecho dos rayas algo irregulares en los ojos. Este la esperaba, con pose sexy, apoyado en la mesa, y se rió con ella por el resultado del khol. No se rió tanto cuando fue a quitarse las muestras y las de sus manos salieron sin problemas mientras que la del párpado derecho siguió ahí.

—Me cago en...

—¡Lo has conseguido! ¡Has conseguido un khol resistente al agua! —Pese a que lo decía en serio, Emma no pudo evitar carcajearse a la vez que hablaba.

—¡No te rías!

—Pareces un egipcio —continuó ella, llevándose la mano al estómago, que empezaba a dolerle por todo lo que se estaba riendo—. ¿Cómo se llamaba ese personaje que salía en la serie Perdidos y que parecía que llevaba siempre la raya del ojo hecha?

—¡Deja de reírte!

Pero a las risas de Emma se le unieron las de Anna, que llegó a casa para comer y se encontró a Raúl allí. El cubano se negaba a salir a la calle con aquello en la cara, aunque con el cachondeo que tenían con él las dos hermanas casi mejor hubiera sido soportar las miradas extrañas de la gente por la calle.

Así pasaron los días y llegó finales de Noviembre. Era jueves por la noche y Emma, Ethan, Raúl Oliver y Meredith se encontraban en el bar de siempre, disfrutando de una agradable cena en la que debatían los progresos de sus experimentos, cuando el móvil de Emma comenzó a sonar. Lo sacó de su bolso y lo miró con despreocupación hasta que vio el nombre de quien la llamaba. Se puso tensa al momento. ¡Era James!

Se levantó de la mesa a la que estaba sentada con sus amigos y se dirigió hacia la salida. Contestó antes de salir del bar, no fuera a ser que James decidiera colgar tras esperar demasiados tonos.

—¿Sí?

—¡Emma! —la voz de él sonaba excesivamente jovial.

—James, ¿estás bien? —interrogó cruzando en aquel momento las puertas del local.

—¿Yo? Maravillosamente. ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Sí, sí.

Se quedó callada, a la espera de que él dijera algo más, pero solo lo oyó suspirar sonoramente.

—¿James?

—Dime.

—No, dime tú. Me has llamado.

—Ah, sí. Es solo que... tienes una voz tan bonita... No me acordaba de lo bonita que era.

—¿Estás borracho, James?

—¿Qué? No.

—Has bebido.

—Sí, un poco. Pero no estoy borracho.

—Ya.

Genial. Emma estaba recibiendo la típica llamada ebria del ex despechado o pretendiente frustrado. Claro que James no era ni un ex ni un pretendiente, así que, ¿qué coño hacía llamándola?

—¿Qué quieres, James?

Pese a que había estado deseando que aquella llamada se produjera, cuando al fin había llegado se sentía de mal humor y a la defensiva. Tampoco es que él se estuviera comportando precisamente como ella había imaginado.

—Quería invitarte a mi cumpleaños.

—¿Es tu cumpleaños?

—Sí, el domingo. Pero lo celebraremos mañana viernes.

—Estoy en Los Ángeles y no creo que pueda ir a Nueva York.

—La fiesta es en Los Ángeles.

—¿En serio?

—Sí.

Emma se repuso de la sorpresa e instintivamente se hizo la dura.

—No sé si podré ir. Tengo que mirarlo.

—Ven, por favor. Me apetece verte.

La joven no pudo contenerse:

—¿En serio? Qué raro. No te ha apetecido verme en los últimos meses.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Emma esperaba que el alcohol obrara el milagro de soltarle la lengua a James y así conseguir una explicación de su indiferencia, pero no lo hizo. En lugar de responder ante la acusación, James dijo:

—Me gustaría verte en la fiesta.

Fue el turno de Emma para suspirar. Durante unos largos segundos intentó resistirse, pero finalmente cedió:

—De acuerdo, intentaré ir.

Contento, él le dio la dirección del club donde se celebraba la fiesta. No tardaron en despedirse y Emma volvió a entrar en el local donde sus amigos le esperaban.

—¿Todo bien? —interrogó Raúl al verla llegar tan seria.

—Sí.

Mientras transcurría la cena con sus amigos, Emma se planteó invitar a Raúl para que fuera con ella a la fiesta de cumpleaños de James. Quizá así podría poner en práctica los consejos que le había dado su abuela. Tal vez si el actor la veía con otro sentiría celos y volvería a prestarle atención. No obstante, antes de que terminara la cena había decidido que no iba a meter a su

amigo Raúl en una situación como aquella. Iría sola a la fiesta y que fuera lo que tuviera que ser.

Emma mentiría si dijera que no estaba nerviosa. No sabía qué ponerse, pues no sabía si la fiesta sería formal o informal, así que acabó optando por unos vaqueros de pitillo oscuros y una blusa azul con encaje en los brazos y la zona del cuello. Llegó a la fiesta una hora después de la hora a la que comenzaba, pero no porque se hubiera entretenido, sino que lo hizo a propósito para no parecer demasiado ansiosa ni desesperada.

El local estaba lleno y la música sonaba a todo volumen. Había gente bailando por todos lados y le costó bastante encontrar a James entre el gentío. Finalmente lo localizó junto a la barra, hablando con una chica de melena rubia. Por la música y el ruido no oyó lo que hablaban hasta que estuvo bastante cerca; entonces solo entendió:

—Baja el ritmo, anda. Ya llevas demasiadas.

Era la chica la que le decía aquello. Emma supo que se refería a que ya llevaba demasiadas copas encima por cómo James alzó el vaso largo que llevaba en la mano. Lo conocía lo suficiente para saber que ya iba algo ebrio.

—James —llamó Emma, fingiendo no haber escuchado ni haber notado nada.

—¡Emma! —el tono jovial de él fue desmesurado—. Ya pensaba que no vendrías —dijo lanzándose a sus brazos y dándole un fuerte abrazo, tan fuerte que Emma sintió crujir varios huesos de su espalda.

—Vale, vale, suéltame, que me estás haciendo un reajuste de columna —pidió la joven riéndose. En cuanto se apartó, le dio dos besos—. Feliz cumpleaños por adelantado.

—Gracias.

—Toma, mi regalo. No es gran cosa porque no me has dado mucho tiempo para pensarlo, pero espero que te guste —le dijo tendiéndole un sobre blanco.

James lo abrió con una sonrisa bobalicona en la boca y sacó el papel que había dentro. Intentó leerlo, pero su cerebro no trabajaba bien con aquella luz y una letra tan pequeña. La chica que había estado a su lado y que se había mantenido al margen hasta ahora, le ayudó a descifrar qué era el regalo. Emma la estudió durante unos segundos y le pareció demasiado joven para estar en aquella fiesta.

—Una entrada para dos personas para un circuito de karts. ¡Cómo mola! —dijo, y miró a Emma con una amplia sonrisa—. Hola, Emma, soy la hermana de James, Susan.

¡Así que era su hermana! La joven le tendió la mano y Emma se la estrechó.

—¿Qué tal tu muñeca?

—¿Mi muñeca?

—Sí, bueno, hace ya bastante de eso, pero recuerdo que James me dijo que te habías hecho un esguince de muñeca —hizo un movimiento con la mano—. Olvídalo, es solo que es una de las pocas cosas que sé de ti y me ha venido a la mente.

—¡No pasa nada! La muñeca estupenda. Ha sanado muy bien.

—Me alegro.

—¿Has venido sola? —interrogó de pronto James.

Ante aquella pregunta, Emma se arrepintió de no haberle pedido a Raúl que fuera con ella a la fiesta.

—Sí. No sabía si podía traer acompañante. De hecho no sabía si iba a ser una fiesta grande o



pequeña, formal o informal... ¡pero menudo fiestón te has montado! —dijo mirando a su alrededor.

—Sí, no está mal. Amigos y compañeros de la industria.

—Te apuesto lo que sea a que no conoces ni a la mitad de la gente que está aquí —le retó de pronto su hermana, metiéndose en la conversación.

—Vale.

James extendió la mano hacia ella para que sellaran su apuesta con un apretón de manos, pero su hermana le advirtió:

—Por conocer me refiero a que hayas hablado con ellos más de dos frases.

Su hermano hizo una mueca y retiró la mano.

—Ahí me has pillado.

—Bueno —intervino Emma—, ha sido un placer volver a verte, James. Voy a pedir algo en la barra y a ver si encuentro a alguien conocido. Nos vemos luego.

Pese a que tenía la barra a apenas un metro de distancia, se alejó un poco de Susan y James y fue hasta otro punto de la larga barra para pedirle una piña colada al camarero. Se la sirvió con un trozo de piña clavado en el borde de la copa, ¡qué arte!

Con disimulo miró a ver qué hacía James, que en aquel momento atendía a una pareja. Seguía exactamente donde lo había dejado, por lo que era obvio que no había intentado seguirla. Barrió con su mirada la sala intentando reconocer a alguien pero no vio a nadie de la película. Sí que pudo identificar a varios actores y actrices famosos, aunque la media de edad en la sala no superaba los 30, por lo que allí no encontraría a ninguno de sus ídolos.

—¡Emma! —oyó que exclama alguien a su derecha. Se giró y vio que era John, que iba acompañado de otro chico.

—¡John! Qué alegría verte —dijo Emma con sinceridad, contenta por ver una cara conocida—. ¿Qué tal va todo?

Estuvieron hablando unos minutos hasta que alguien saludó a John desde la distancia y éste se excusó para ir a ver a la persona en cuestión. El acompañante de John, un actor llamado Philip del que Emma no había oído hablar nunca, se quedó con ella.

Hablaron durante un rato. De hecho, Philip se pasó toda la conversación flirteando con ella, no solo con sus palabras sino con sus gestos: que si tienes algo en la mejilla, déjame que te lo quite; que si tienes un pelo precioso, ¡y mira que suave! Emma aguantó estoicamente con una sonrisa en la cara, pero cuando él le insinuó que haría lo que fuera (e hizo que «lo que fuera» sonara muy sucio) para que le hablara a Sean de él para la siguiente película de la saga, Emma fingió que alguien la saluda desde la pista de baile y se despidió de Philip cortésmente.

Se paseó entre la gente con su copa de piña colada casi acabada y no paró hasta que una mano la cogió por el brazo. Al girarse, vio que era Susan, la hermana de James.

—Hola.

—Hola.

—Me ha encantado el regalo que le has hecho a mi hermano.

—Me alegro. Es aquí en Los Ángeles, así que quizá podríais usarlo mañana y pasarlo bien.

—Eso si mi hermano puede levantarse mañana de la resaca que tendrá —comentó Susan, desviando la mirada.

Emma siguió sus ojos y se encontró con James, que hablaba con alguien sin separarse de su vaso. Por el color del contenido, era una bebida distinta a la que había estado tomando cuando la saludó a ella.

—No sabía que bebiera tanto.

—Normalmente no lo hace —negó Susan—. Últimamente está... diferente. Le ha dado por beber. La actriz recordó la llamada que había recibido de James; también estaba borracho entonces.

Pero claro, eso no iba a decírselo a su hermana.

—James me ha hablado mucho de ti.

Ante aquello, Emma se volvió rápidamente hacia Susan, como si verle la cara fuera a convencerla de que había oído bien. Aun así, fue comedida con su respuesta.

—Cosas del rodaje, supongo. La verdad es que nos pasaron muchas cosas dignas de contar.

—No solo del rodaje —negó la joven—. También del estupendo verano que pasasteis.

—Mmmm —fue todo lo que se le ocurrió decir a Emma.

Aquella información la había sorprendido de verdad. De hecho, le resultaba bastante difícil creer lo que Susan le decía después de la indiferencia de James durante aquellos meses. Cuando su cerebro procesó la información, dijo:

—¿En serio? ¿Y qué te ha contado?

—Que estuvisteis en las catacumbas de Roma, que tus primos le hicieron meter la mano en mierda de animales...

Emma, que había estado dando su último sorbo a la copa de piña colada, se atragantó con la bebida. Parte del contenido salió disparado hacia delante en forma de diminutas gotas que rociaron la espalda de un hombre que se encontraba de espaldas a ellas, aunque este no pareció darse cuenta. Susan cogió a Emma de la mano y mientras esta seguía tosiendo, la alejó por si el hombre se daba cuenta del estropicio y decidía buscar al culpable.

—¿Estás bien? —le preguntó la joven, palmeándole la espalda.

Pero Emma no podía dejar de reírse. Recordaba nítidamente cómo una tarde había encontrado a James con la mano metida en un montón gigantesco de abono orgánico que tenían apilado en uno de los extremos de la finca para después repartirlo entre los árboles. Sus primos le habían dicho que era abono y James, haciéndose el interesado, había decidido coger un poco de abono en la mano a la vez que comentaba que su madre tenía un pequeño huerto y también usaba abono con frecuencia.

—¡James! —se había sorprendido Emma cuando se acercó a ellos y vio a James con la mano llena de sustancia negra—. ¿Qué haces?

—Tus primos me estaban enseñando el abono que usáis aquí.

Emma había mirado a sus primos, que a duras penas se aguantaban la risa.

—James, es abono orgánico —dijo Emma con voz alarmada.

—Sí, eso me han dicho.

—James, que es mierda de animales seca.

De vuelta al presente, en la fiesta por el cumpleaños de James, Emma todavía se tronchada de la risa al recordar la cara de James cuando procesó aquellas palabras.

—Deberías haber visto su cara y sus gestos cuando le expliqué qué era lo que estaba palpando y haciendo trocitos —le dijo a Susan, que también se reía—. ¡Ay!, fue muy bueno.

Durante varios minutos hablaron de James, contándose anécdotas graciosas en las que el actor nunca salía demasiado bien parado. Y como si hubiera notado que estaban hablando de él, James apareció, sentándose frente a ellas en la mesa que habían cogido.

—¡Pero si están aquí juntas las dos mujeres más guapas de la fiesta! —dijo con euforia—. No estaríais hablando de mí.

—De hecho, sí. Nos estábamos contando anécdotas vergonzosas donde tú eres el protagonista.

—Qué malas que sois.

Miró a Emma con ojos brillantes y se acercó a ella hasta que la joven pudo sentir, a través del encaje de su camisa, el calor corporal de él. ¡Estaba ardiendo!

—¿Bailas conmigo?

—No, creo que no.

—¿No quieres bailar con el cumpleaños?

—No se me da demasiado bien bailar.

—No me lo creo, sería una de las pocas cosas que no sabes hacer bien. También me dijiste que no te gustaba el karaoke y después cantabas de puta madre.

El calor que él irradiaba definitivamente no era normal. Le puso la mano en la frente, preocupada.

—¿Tienes fiebre, James?

—¿Fiebre? ¡Qué va! ¡Nunca me he sentido mejor! Vamos bailar.

Y sin aceptar un no por respuesta, cogió a Emma por la mano y la llevó hasta la pista de baile. Allí la joven movió acompasadamente los pies y las manos, pero poco hizo más. Su atención estaba puesta en James, que se movía alocado al ritmo de la música. Tal era su frenesí que muchas personas a su alrededor lo miraban con sonrisas en la boca. Los labios de Emma, en cambio, dibujaban una línea recta. Algo le pasaba a James. Algo muy malo.

Cuando terminó la canción, el actor se llevó la mano al pecho a la vez que decía:

—¡Qué sed tengo!

Emma lo siguió hasta la barra, donde él se tomó la bebida que le habían servido a otro. Se disculpó del susodicho dándole una palmada en el hombro y diciéndole «pídete otra, que invito yo». Con la copa medio vacía en la mano, James se volvió hacia Emma.

—Estás preciosa. Eres preciosa.

Emma no estaba atenta a sus cumplidos sino que miraba el vaso alto. James se había bebido de un solo trago la mitad. Desvió sus ojos hasta él a la vez que el actor volvía a llevarse la mano al pecho.

—¡Qué rápido me late el corazón! —comentó, tragando saliva con dificultad.

—Ven, siéntate aquí a ver si se te pasa —lo guió Emma hasta uno de los sillones que había distribuidos en los laterales del local.

—Siéntate conmigo.

—No. Voy a buscar a tu hermana; me preocupa que esté por ahí sola.

—¿Mi hermana? —él parecía confundido. Miró a su alrededor, desorientado—. ¿Dónde está?

—La traigo enseguida. Tú quédate aquí tranquilo, ¿de acuerdo? No te muevas.

—De acuerdo.

Emma regresó sobre sus pasos y no tardó más de un minuto en encontrar a Susan, que estaba en el mismo sitio donde la habían dejado.

—¿Dónde está mi hermano? Os he perdido de vista al terminar la canción.

—Tu hermano no se encuentra bien. Creo que deberíamos llevarlo a su hotel. ¿Sabes dónde se aloja?

—Claro, dormimos en la misma suite. El hotel está aquí al lado.

Fueron hasta James, que le había hecho caso a Emma y no se había movido del sofá en que lo había dejado.

—¡Susan! —exclamó al verla, parecía angustiado—. Menos mal que estás aquí. No sabía dónde estabas.

—Qué caliente estás —comentó su hermana cuando las manos de su hermano le rodearon las muñecas.

—James, vamos, levanta. Nos vamos al hotel.

—¿Al hotel? ¿Al hotel para qué?

—Para descansar.

—¿Tú descansarás conmigo? —le sonrió provocadoramente.

—Sí, claro que sí. Vamos.

El alcohol estaba haciendo sus efectos y a James le costó ponerse en pie. Emma y su hermano lo ayudaron a avanzar por el local sin llamar mucho la atención. Salieron por la puerta de atrás, por si acaso había gente reunida en la puerta principal. Por suerte, Susan tenía razón y el hotel colindaba con el club, por lo que apenas tardaron dos minutos en atravesar las puertas de recepción. Subieron en ascensor en completo silencio hasta que James, que estaba mansamente apoyado en una esquina del ascensor con los ojos cerrados, comentó:

—Tengo sed.

—En el minibar de la suite seguro que hay agua. Ahora beberás.

La euforia de James parecía haber desaparecido por completo y conforme atravesaban las puertas de su habitación estaba sufriendo un brote de angustia. Emma y Susan tuvieron que remolcarlo como pudieron hasta su habitación.

No obstante, al abrir las puertas correderas de su dormitorio, se encontraron con la cama deshecha. Una rubia cuyo cuerpo le permitiría sin duda ser modelo estaba enredada entre las sábanas. La desconocida alzó la cabeza ante la exclamación de sorpresa que escapó de la boca de Susan y al ver a James sonrió con la mirada nublada:

—¿Quieres más fiesta, tigre? Y has traído compañía... Eres un chico malo.

Susan miró a Emma. Entre ambas estaba la cabeza de James, que colgaba de su cuello. Él estaba consciente, pero parecía no haber oído las palabras de la rubia. De hecho, parecía que su mente estaba en otro mundo.

—Vámonos —ordenó Emma con voz temblorosa.

Retrocedieron con James colgado de sus cuellos y Emma de una patada algo brusca cerró la puerta, dejando a la rubia al otro lado. Se dirigieron hacia la otra habitación de la suite, la que ocupaba Susan.

—¿Vamos a dejarlo aquí? —interrogó la joven cuando James se desplomó sobre su cama—. ¿Con esa?

—Tu hermano ha puesto a esa ahí, así que no creo que le importe —replicó Emma secamente.

Se acercó hasta James y se aseguró de que tuviera pulso, pues el hombre había caído como peso muerto a la cama y se había quedado instantáneamente dormido.

—¿Y yo? —preguntó la joven, preocupada.

—Tú te vienes conmigo. Tengo una habitación para ti en mi casa. Escríbele una nota a tu hermano diciéndole que te vienes conmigo y que cuando se encuentre mejor te llame.

Susan se apresuró a ir hasta el escritorio, donde había un bolígrafo con el nombre del hotel y un bloc de notas. Emma, mientras, miró el cuerpo de James sobre la cama. No pensaba ni quitarle los zapatos.



A Emma no le costó dormirse aquella noche. Había pasado toda la mañana de viernes con nervios que consumieron buena parte de su energía y la experiencia de la noche terminó de agotarla en cuanto tuvo un momento de relax. La última sensación que experimentó antes de dormirse fue de rabia hacia James.

A la mañana siguiente el olor de café la despertó a una hora nada temprana. Su hermana, que también había salido de fiesta la noche anterior, estaba preparando el desayuno a las once de la mañana. Casi medio día. Una hora bastante aceptable para despertarse tras haberse acostado casi a las 3.

—Espero que también estés haciendo café para mí —dijo a modo de saludo entrando en la cocina.

—Para las tres —sonrió su hermana, alegre. Susan ya estaba en la cocina, sentada a la mesa como buena invitada mientras Anna preparaba café y tostadas.

—Ya te has despertado.

—Sí, culpa mía —afirmó Anna—. No sabía que había nadie en la habitación de invitados y entré haciendo más ruido que un elefante en una cacharrería.

—¿Has dormido bien, Susan?

—Estupendamente. La cama era muy blandita.

Emma sacó del frigorífico el queso de untar y las mermeladas. Se encargó de poner las tostadas calientes en un plato a la vez que su hermana llevaba la cafetera hasta el centro de la mesa. Disfrutaron de un agradable desayuno de chicas hasta que Emma no tuvo más remedio que preguntar:

—¿Te ha llamado tu hermano?

—No. ¿Crees que estará bien? Quizá no deberíamos haberle dejado allí.

—Seguro que está bien, tranquila —dijo, aunque lo cierto es que comenzaba a tener sus dudas.

A escondidas tras el desayuno, marcó desde su móvil el teléfono de James, pero este no le contestó. El timbre sonó entonces y Anna, que estaba en el salón con Susan viendo la televisión, se apresuró a abrir. Emma fue a ver quién había llegado con la esperanza de que fuera James, pero era Raúl.

—¡Hola, preciosas! —saludó en español tanto a Anna como a Emma.

Le plantó a su compañera de laboratorio dos besos en las mejillas ante la atenta mirada de Susan, que lo observaba desde el sofá.

—Tenemos una invitada —comentó Anna, volviendo al sofá—. Por si quieres saludar.

—Hola, señorita —saludó obediente Raúl. Susan alzó la mano en respuesta y sonrió—. ¿Eres amiga de Anna?

—De hecho es la hermana de James —explicó Emma—; mi compañero de rodaje.

—¡Oh! ¿Está él aquí?

—No, no. Susan ha dormido con nosotras. Hemos hecho una fiesta de chicas.

Susan no perdía detalle ni de los gestos ni las palabras de Emma y Raúl. ¿Serían pareja? ¿E tonto de su hermano habría dejado que Emma se le escapara? Desde luego, después del espectáculo de la noche anterior se lo tenía bien merecido.

Emma dijo que iba a cambiarse, pues aún llevaba el pijama puesto, y tanto Raúl como ella se

perdieron en el pasillo. Susan se contuvo durante casi veinte minutos de preguntar nada, pero finalmente, al ver que aquellos dos no regresaban, le preguntó a Anna, que estaba sentada junto a ella:

—¿Son pareja?

—¿Quién?

—Tu hermana y ese... Raúl.

—¡Oh, no! Claro que no. Vamos, eso creo.

—¿Y qué hacen ahí dentro?

—Trabajar.

—¿Trabajar? ¿En qué?

—Hacen cosméticos, cremas y cosas así. Tienen una especie de laboratorio.

—¿En serio?

—Sí, ¿quieres verlo?

Sin girarse ante los toques de la puerta, Emma dijo «adelante» y Susan y Anna entraron en la habitación donde Raúl y ella estaban enfrascados en sus experimentos.

—¿Estáis ocupados?

—Depende de lo que quieras.

—Susan siente interés por lo que hacéis aquí.

Al oír aquello, Emma se giró con una sonrisa en la boca, pero Raúl se le adelantó:

—Hacemos cosméticos. Mira, estoy probando ahora los resultados de unos labiales, ¿queréis probarlos?

Les tendió con sonrisa angelical una tabla con cinco barras de color rojo que parecían idénticas a simple vista. Las dos jóvenes se acercaron hasta él con interés pero Emma las detuvo.

—¡Eh, alto! Déjame ver antes tus notas.

—No voy a intoxicarlas, Emma —se rió entre dientes Raúl mientras Emma revisaba los ingredientes de cada experimento.

—No me fio de ti. Pero parece que todo está en orden, podéis probar el que queráis —animó a las chicas.

—¿Qué llevan? —interrogó Susan, mirando las barritas. No eran tan perfectas como las de los pintalabios que solía usar, pero debía de admitir que la sustancia era bastante brillante.

—Cochinillas —replicó Raúl.

—¿Cochinillas?

—Sí, también conocidas como escarabajos carmín.

—¿Escarabajos? —Si Susan no sabía qué era exactamente una cochinilla, desde luego un escarabajo sí sabía lo que era.

—Ya lo usaba la magnífica Cleopatra en el Antiguo Egipto. Los escarabajos se hacen pedacitos pequeños y...

—¡Raúl! Deja de asustarlas.

A los legos no les gustaba que les dijeran de qué estaban compuestas las cosas. De hecho, en cuanto alguien sabía de qué se componía una cosa solía resultar hasta repulsiva. Emma había dejado de leer hacía bastante tiempo las etiquetas de los refrescos porque saber qué eran todos aquellos componentes le provocaba una sensación nada agradable mientras los bebía.

—Chicas, el ácido carminoso o carmín se obtiene de moler escarabajos cochinillas. Es lo normal.

Hasta los helados de frutilla que tomáis llevan un poco de ese tipo de escarabajo porque le dan ese color rojizo típico. Y los yogures, y champús... ¡incluso *Starbucks* le echó durante un tiempo extracto de cochinilla a sus *Frapuchinos*!

Las caras de estupor y asco de Anna y Susan hicieron reír a Raúl.

—Eso, tú sigue dándoles datos sobre el carmín.

—Creo que voy a dejar de usar pintalabios —comentó Anna.

—Y yo ya no comeré nada que sea rojo —apostilló Susan. Ambas intercambiaron una mirada.

—¡Mira lo que has hecho! —protestó Emma.

—¿Yo? —se sorprendió Raúl.

—¿Por qué has tenido que decirles que has usado cochinillas? Si de hecho tú directamente has comprado carmín.

—Me encanta la cara que se le queda a las chicas cuando saben que se están restregando por los labios escarabajos.

—¡Ay que ver cómo sois los hombres!

—¿Y si queréis hacer cosméticos naturales, no podríais encontrar otro colorante que no lleve escarabajos? —sugirió Anna.

—Eso sería cosméticos vegetarianos, ¿no? ¿Qué hay más natural que un pequeño escarabajito?

—Chicas —llamó Emma—, y chico. ¿Por qué no nos olvidamos por hoy de todo esto y salimos a dar una vuelta? Hace un día maravilloso y es sábado, demos un paseo.

Pese a que había ido allí a trabajar, Raúl se mostró conforme con tomarse el sábado libre y Anna y Susan no cabían en sí de gozo ante la perspectiva de salir a que les diera el aire. Pasaron un día fabuloso todos juntos en la playa, riendo, viendo a los windsurfistas y a otras personas haciendo deporte. Al ver a un grupo de personas bailando ritmos latinos en la playa, Raúl se acordó de algo:

—¿Sabes que lo más seguro es que consiga trabajo como monitor de baile?

Emma, que era con quien hablaba, se giró hacia él contenta. Sabía que Raúl, como buen hijo de padres cubanos, tenía el ritmo metido en el cuerpo. Lo había visto bailar varias veces y siempre se había muerto de la envidia.

—¿En serio? ¡Es genial!

—Será en un local de aquí, así que estás invitada a las clases.

—¿Yo también, yo también? —interrogó Anna, que caminaba unos pasos por detrás de ellos y lo había oído todo.

—Por supuesto. Cuantos más mejor.

Comieron en un restaurante próximo al mar para celebrar las buenas noticias de Raúl, que volvía a tener un trabajo remunerado que le permitiría pagar gastos mientras seguía con los experimentos. Emma iba a preguntarle una vez más a Susan si su hermano le había llamado cuando ésta, al ver cómo la miraba, directamente negó con la cabeza.

—Y tampoco me lo coge —añadió.

Estaban tomando los tibios rayos del sol sentados en la arena tras la comida cuando finalmente James dio señales de vida. Llamó a su hermana y le preguntó por su paradero para que pudiera ir a recogerla. Casi media hora después un James con gafas de sol se acercaba al grupo reunido en la playa.

—Hola —saludó tímidamente. Estaba seguro de que iban a reprocharle su comportamiento la noche anterior; se lo merecía.

No obstante, tras los obligatorios saludos, nadie dijo nada más. Estaban sumidos en un agradable silencio que amenizaba la música que salía de la radio de un grupo localizado unos



metros más allá. James se sentó junto a su hermana y a Anna, unos metros por delante de Emma y Raúl.

—¿Qué hacéis?

—Ver a los windsurfistas.

James quería preguntarle qué tal estaba, pero aquello podía propiciar a su vez preguntas por parte de su hermana y no quería que se produjeran. Todavía no. Se quedó en silencio, imitando a los demás. Sin poder contenerse, miró por encima de su hombro para ver a Emma y se la encontró hablando con Raúl en voz tan baja que ni siquiera la oía murmurar. No parecían estar hablando de él, simplemente hablaban íntimamente. Giró la cabeza de nuevo hacia la playa al ver que ella se daba cuenta de que la estaba mirando.

Para los demás quizá el silencio era cómodo, pero James se removía nervioso sentado sobre la arena. Se sentía enjaulado y en tensión. Aguantó durante varios minutos hasta que finalmente su hermana vino al rescate:

—¿Y si usamos el regalo que te hizo Emma?

—¿Los karts?

—Sí.

—Es una idea estupenda —sonrió James, y miró a los demás—. ¿Os apuntáis?

—Yo tengo cosas que hacer —repuso Emma.

—Nooooo —negó Susan—. Porfa, porfa, porfa; ¡vente! Tú misma has dicho antes que «hace un día maravilloso y es sábado, demos un paseo». ¡Un paseo en minicoche!

Anna también opinó que era una idea estupenda para terminar aquel sábado y Emma miró a Raúl en busca de apoyo pero este se encogió de hombros, conforme. Suspirando, se rindió:

—De acuerdo, de acuerdo. Pero que sepáis que os voy a dar una paliza.

El circuito de karts estaba en la periferia de Los Ángeles y cuando llegaron había ya algunas personas dando vueltas. James sobornó al encargado con unos cuantos billetes para que les permitiera usar uno de los circuitos pensados para grupos, más pequeño pero también más divertido, pues estarían ellos solos. Se pusieron los monos y los cascos y se embutieron como pudieron en los pequeños coches. La emoción se palpaba en el ambiente, con el contador todavía a cero y diez minutos por delante para ver quién resultaba ganador. Se oyó un estallido y todos pisaron a fondo. La distancia entre los coches era mínima, pero la primera curva a la derecha consiguió dar ventaja a los que estaban más cerca del borde derecho. La siguiente curva, a la izquierda volvió a equilibrar la cosa entre algunos pilotos, aunque otros, más temerosos, se habían quedado ligeramente atrás. Raúl y James eran los que más arriesgaban y los que menos miedo le tenían a las curvas, aunque Anna parecía tener también un instinto que casi rozaba lo suicida y que le hacía meterse por lugares imposibles en plena curva. Emma se partía de la risa viendo a su hermana pelear por el primer puesto mientras intentaba que Susan no la adelantara por la derecha.

La primera ronda la ganó Raúl porque James y Anna se habían enzarzado en una pelea zigzagueante y él había acabado sobrepasándoles a toda velocidad sin que ninguno lo viera venir. Emma y Susan llegaron, por ese orden, después.

—¡Chicas! Qué vergüenza me dais —les increpó Anna—. Sois la vergüenza del género femenino ¡bais siempre a un kilómetro de distancia —exageró—. Vamos a echar otra y vais a arriesgar al máximo, ¿me habéis comprendido? ¡Vamos a ganarles a estos pavos!

Las tres chicas unieron sus cabezas, ideando un plan de ataque, mientras los chicos las miraban y se reían. James, que pese a lo bien que se lo había pasado en la carrera seguía un poco cohibido,

no dijo nada, pero Raúl se acercó a ellas y comenzó a pavonearse.

—Vais a perder, vais a perder, vais a perder.

Emma se apartó del grupillo bruscamente y atacó a Raúl en el que sabía era su punto muerto: los flancos de su abdomen. Este se retorció, riéndose por las cosquillas, a la vez que intentaba apresar las manos de Emma. Anna y Susan se rieron ante la escena, aunque esta última le prestó más atención a su hermano, pues quería ver cómo reaccionaba ante la camaradería de aquellos dos. Sonrió malévolamente al ver que su hermano observaba la escena sin un atisbo de sonrisa.

La siguiente ronda la ganaron las chicas. Susan entró primera en la meta, seguida por Anna y Emma. Detrás llegaron James y Raúl.

Compitieron hasta aburrirse sin que el anochecer, que los sorprendió en la pista, fuera un obstáculo gracias a los potentes focos que iluminaban los distintos circuitos de las instalaciones. Tras la divertida experiencia, decidieron cenar algo en el restaurante del local, donde todo era comida rápida. No fue hasta después de la cena, cuando iban a pagar, que James se quedó a solas con Emma.

—Gracias —dijo James, haciendo que la joven se girara hacia él.

—¿Por qué?

—Por muchas cosas. Por el regalo, por ejemplo. Aunque sobre todo por haber cuidado de mi hermana.

Sabía que sacar el tema haría que comenzaran a llegar los reproches, pero tenía que hacerlo. No aguantaba más el distanciamiento que sentía entre ambos. Sin embargo, Emma lo sorprendió cuando, mirando de nuevo hacia el frente, dijo:

—No es nada.

¿Ya está? ¿No iba a decirle nada? ¿Simplemente un «no es nada»?

—Sobre la mujer que viste en mi...

Aquellas palabras parecieron activar un resorte en la joven, que se giró hacia él y lo acalló:

—Eso no es asunto mío.

—Pero...

—No es asunto mío —volvió a decir ella con dureza—. Me da igual a quién decidas meter en tu cama, James. Ya me has dejado claro que tú y yo no somos nada.

—Tú y yo somos amigos. Más que amigos.

—Pues para tener amigos o más que amigos como tú, que me ignoran por completo durante meses sin explicación, prefiero no tener amigos.

Aquello dejó sin palabras a James. Emma, envalentonada, continuó:

—Y no me importa con quién estés, pero lo que le has hecho a tu hermana me parece horrible. Te la traes de Nueva York a Los Ángeles para celebrar tu cumpleaños y no solo llevas a una tía a la habitación que compartís sino que encima te drogas.

—Yo no...

—No me mientas, James. No me mientas porque lo único que haces es cabrearme más. Sé que tomaste éxtasis porque presentabas euforia y desinhibición, que son las partes buenas de la MDMA, pero también te subió la temperatura corporal, tuviste ataques de angustia, además de taquicardia y ¡oh!, no nos olvidemos de la deshidratación, que te hacía beber como un cosaco. — Se quedó callada un momento tras toda aquella información. James no se atrevió a volver a negarlo—. No me malinterpretes, James. Me da igual lo que te metas o lo que tomes. Pero que lo hagas cuando estás a cargo de tu hermana... Hoy no has aparecido hasta después del mediodía, James. ¿Qué hubiera pasado si yo no me la hubiera llevado a mi casa? ¿Qué hubiera pasado con tu

hermana Susan?

James vio decepción en los ojos de Emma y aquello le sentó peor que mil insultos. Había previsto que ella le echaría en cara que había estado con otra, tal vez que había bebido más de la cuenta, pero que Emma le hubiera gritado todas aquellas cosas hubiera sido mejor que lo que le había dicho con tono calmado aunque acusatorio.

La joven se adelantó hasta la caja, pues la cola frente a ellos había desaparecido, y pagó la cena de Raúl, de Anna y de ella. James se ocupó, pocos segundos después, de la de Susan y él. Mientras regresaban en el coche de alquiler de James al centro de la ciudad, Anna y Susan parlotaban como cotorras mientras que los otros tres se mantenían en silencio. Al primero que dejaron en su casa fue a Raúl y después les llegó el turno a las dos hermanas. James y Susan se despidieron de ellas en el coche.

Cuando finalmente los dos hermanos neoyorkinos se quedaron solos y en silencio, James se atrevió a preguntar:

—¿No tienes nada que decirme?

—¿Yo? No.

—Siento mi comportamiento anoche, Susan. Se suponía que tenía que cuidar de ti y perdí el control.

—Lo que no entiendo es por qué tuviste que llevarte a esa a la habitación.

—Susan, lo siento. Sé que compartíamos habitación y que no debí...

—No. Me da igual que lo hicieras en la suite que compartimos. Es como si tuviéramos habitaciones separadas —le cortó su hermana—. Pero Emma estaba allí, James, ¿por qué tuviste que acostarte con otra? ¿Por qué? No lo entiendo.

—¿Y qué tiene que ver Emma en esto?

—¿Te piensas que soy tonta? Sé que te gusta, James. Sé que te gusta mucho. ¿No podías tener el pajarito guardado un rato? ¿Tan desesperado estás? ¿Tan salido?

—No me hables así, Susan. Soy tu hermano mayor y no pienso hablar contigo de estos temas. Te pido disculpas por haber perdido el control y porque tuvieras que ir a dormir a casa de Emma, pero no te voy a dar explicaciones.

Su hermana cruzó los brazos sobre el pecho.

—Como quieras, pero que sepas que la has jodido pero bien.

No volvieron a hablar en todo el trayecto hasta el hotel. A James lo consumían la rabia y la culpabilidad. Se había acicalado para su fiesta de cumpleaños pensando en que Emma iba a estar allí, pero había pasado media hora y no había ni rastro de ella. Por los nervios no dejaba de beber, copa tras copa, mientras saluda a la gente. La cantidad de chicas que había asistido a la fiesta era abrumadora, y el hecho de que todas quisieran hablar con él era más abrumador todavía. Cuarenta minutos después, ella seguía sin llegar, y con cada trago que daba en su mente iban apareciendo pensamientos más y más oscuros. Emma no iba a aparecer. Le había dicho que lo haría pero no era cierto. No; de hecho, lo que le había dicho es que tenía que mirar a ver si podía. Definitivamente, Emma no iba a ir. Su alcoholizada mente ya se había convencido de que Emma no iba a presentarse cuando Samie, la actriz con la que había compartido varias escenas en la película que rodó en Nueva York, le hizo un regalo que en cualquier otra situación hubiera rechazado: una bolsita con pastillas de éxtasis. Después de eso los hechos se precipitaron. Se tomó una de las pastillas de éxtasis de la bolsa y le ofreció las demás a Samie y sus amigas. Su ex compañera de rodaje se le insinuó, pero James no tenía intención de volver a estar con ella. La regla de no acostarse dos veces con la misma mujer seguía vigente. Con la única que hacía una excepción era

con Emma, una excepción que estaba pagando muy cara. Por lo tanto, prefirió a otra rubia que iba en el grupo de Samantha. Para cuando llegaron al hotel, el éxtasis ya le estaba haciendo efecto y se sentía eufórico. El polvo (por que no podría llamarlo de otra forma) no duró más de dos minutos y regresó a la fiesta enseguida. Se encontraba bebiendo y con su hermana dándole la lata con que bebiera menos cuando Emma entró en escena.

Lo que pasó después... bueno, Susan y Emma seguro que podían contar mejor que él aquella parte de la historia.

Al llegar a la suite, se encerró en su habitación y se desplomó sobre la cama. Su hermana tenía toda la razón, la había jodido pero bien.

Susan pegó la oreja contra la puerta que su hermano acababa de cerrar y no oyó nada. Espió por la minúscula raya que quedaba entre la puerta y el marco y creyó ver que su hermano se encontraba tirado de espaldas en la cama. Pareció oírle suspirar sonoramente.

Sonriendo, se dirigió a su habitación y también se encerró en ella. Desde su teléfono, buscó el número de móvil de Emma, que Anna le había dado aquella misma mañana, y le dio a llamar. Tras varios tonos, la joven se lo cogió:

—¿Emma? Soy Susan. Sí, tranquila, no ha pasado nada. Ya hemos llegado al hotel. Es solo que necesito que sepas algo. Sé que mi hermano ha estado evitándote estos últimos meses y sé por qué lo ha hecho. Es por culpa de mi madre. Cuando James volvió de España, no dejaba de hablar de ti y mi madre cometió el error de decirle que a ver cuándo te podríamos conocer. Aquello le asustó; sabes que huye del compromiso... Pero te prometo que anoche tenía unas ganas locas de verte. Creo que ya no aguantaba más sin ti. Lo sé, lo sé. Ayer fue un capullo y te doy vía libre para que se lo hagas pagar. Pero de verdad, créeme cuando te digo que le importas. Y mucho.

En aquella ocasión, fue James el que retomó las conversaciones por mensajería instantánea con Emma. Ella al principio se mostró un poco distante y no siempre le respondía, pero solo tuvo que insistir un poco para que Emma volviera a gastar bromas. James la invitó al estreno de una de sus películas en el *Grauman's Chinese Theatre* y aunque entraron por separado, James se las arregló para que los sentaran juntos. Por las miradas envenenadas de Samie, o Samantha Roberts, que llevaba un vestido de lentejuelas con un escote de infarto, supo que la actriz había esperado ocupar su lugar. Emma, siempre cortés, la felicitó por la película cuando la proyección terminó y Samantha le respondió con una sonrisa falsa.

Para cuando llegó Diciembre, las tensiones entre ambos parecían haberse relajado y volvían a ser amigos que hablaban con frecuencia y salían juntos cuando coincidía que ambos estaban en Los Ángeles, aunque ambos sentían que entre los dos algo había cambiado. Pese a que en Roma se habían llamado amigos con derecho a roce, todo el roce que hubo entre ellos en Los Ángeles fue, por acuerdo tácito, el de cualquier par de amigos.

Nochevieja llegó y ambos se encontraban con sus familias en Nueva York, celebrando el cambio de año con sus seres queridos. Tras contar las campanadas que marcaban el fin de año y, en el caso de la familia de Emma, comerse las 12 uvas, Emma y James fueron a celebrar a un local de moda el Año Nuevo. Emma no tenía amigos en Nueva York, pues sus padres se habían mudado allí hacía no muchos años, cuando ella ya tenía su vida en Los Ángeles, por lo que fue a la fiesta acompañada por su hermana Anna, que por lo visto conocía a varias chicas de Nueva York (tras indagar un poco más le confesó que las conocía por una red social de ligues para chicas lesbianas y bisexuales, y aunque Emma se preocupó al principio, su hermana le recordó muy hábilmente que ya era mayor de edad). James, por su parte, fue acompañado por varios amigos de la juventud entre los que se le veía relajado y familiar.

Su hermana la arrastró a la pista de baile para marcar unos pasos de chachachá que habían aprendido en las clases que desde hacía un mes recibían con Raúl como monitor. Si todavía eran principiantes, sus movimientos resultaron todavía más peculiares porque lo que sonaba por los altavoces no era precisamente el ritmo del chachachá. Emma, aun así, o precisamente por ello, se partió de risa con su hermana mientras bailaban. Tras menear un rato las caderas, Anna se fue a seguir ligando con sus amigas y Emma volvió a donde se encontraban los amigos de James, sentándose en uno de los sofás lounge que había en la zona. Consultó su móvil y vio que tenía varios mensajes en que amigos y conocidos le felicitaban el cambio de año. Raúl le había mandado la foto de una copa de cava con las doce uvas. ¡Claro, los cubanos también despedían así el año!

—¿Qué es eso? —interrogó James, dejándose caer a su lado y tras intentar atravesarle un ojo con un matasuegras.

—Raúl me desea feliz año nuevo.

—Estáis muy unidos —comentó James, como quien no quiere la cosa. Desde su cumpleaños había tenido ocasión de ir un par de veces a casa de Emma y Raúl siempre había estado allí.

—Es un buen amigo. ¿Sabes por qué me manda uvas? —interrogó señalándole la pantalla. James negó con la cabeza—. En España y varios países latinos despedimos el año tomándonos doce granos de uva con las campanadas.

—¿Se supone que da suerte o algo?

—Claro. Igual que llevar ropa interior roja.

—¿Roja? ¿Y qué llevas tú rojo, picarona?

Emma se levantó un poco el vestido y le dejó ver la liga roja que llevaba. Aquello provocó un pinchazo de deseo en James, pero este se obligó a reírse en lugar de posar su mano en la suave piel de los muslos de Emma para perderla debajo del vestido, que era lo que deseaba.

—Pero si llevas pantys, no medias. La liga no hace nada.

—¿Y qué? Es lo único que tenía rojo.

—Por cierto, he estado pensando; ¿por qué eres Emma Miller si tu padre es español? —intentó distraer su mente James de las tentadoras piernas de la joven.

—Mi nombre completo es Emma Carreño Miller, pero en Estados Unidos solemos usar el apellido de nuestra madre en lugar del de nuestro padre porque la «eñe» causa muchos problemas en matriculas, registros y...

—¿James? —oyeron que preguntaba una voz sorprendida.

Ambos alzaron la mirada a la vez.

—Caroline —James también parecía sorprendido, aunque no especialmente contento. Se puso en pie y saludó a la mujer que tenía delante con dos torpes besos.

—No sabía que ibas a estar aquí.

—Yo tampoco te esperaba aquí. Pensaba que seguías en Europa.

—Sí, bueno, he vuelto por Navidad para visitar a mi familia.

—¿Caroline? —un hombre de unos cuarenta y algún años apareció detrás de la mujer y la rodeó por la cintura.

—Oh, Giuseppe, ya estás aquí. Te presento a James. James, Giuseppe.

—Es verdad, en nuestro anterior encuentro no pudimos presentarnos apropiadamente —replicó el actor mordaz con la mandíbula tensa. Dio un fuerte apretón de manos a Giuseppe y todas las venas se le marcaron en la mano.

La tensión podía palpase y aquello hizo que el cerebro de Emma hiciera las conexiones neuronales necesarias para recordar dónde había oído el nombre de Caroline. ¡Aquella era la ex de James! La que le había hecho tanto daño que le había convencido de que ya no podía amar de nuevo. Emma miró a la pareja y a James desde su asiento. Ninguno de los tres le prestaba atención, por lo que podía estudiarlos sin problemas.

Caroline era morena y alta, casi tan alta como James, aunque claro, llevaba unos taconazos de casi 10 centímetros. Llevaba una camisola azul vaporosa y a Emma no se le pasó por alto que cada poco tiempo se tocaba la barriga. Oyó entonces que Caroline le contaba a James que no solo habían venido a Nueva York a pasar las fiestas sino también para anunciar a la familia que Giuseppe y ella se casaban. Aquello automáticamente hizo que una de las cejas de Emma se arqueara a la vez que pensaba «interesante».

Caroline debía tener algo de bruja porque pareció notar que Emma tenía toda su atención puesta en ella y desvió sus ojos hacia ella. Aquello hizo que James pareciera acordarse de pronto de que estaba allí y dijo:

—Oh, se me olvidaba. Dejadme que os presente a Emma Miller.

La susodicha se puso en pie y estrechó las manos de la feliz pareja.

—Oh, sí, eres compañera suya de rodaje, ¿no? Sustituyes a esa cantante... ¿cómo se llama? Sue...

—Sue Johnson, sí —sonrió Emma a la vez que intencionadamente se pegaba tanto a James que estaban costado con costado. Estuvo tentada de pasarle el brazo por la cintura, pero se contuvo pues no sabía si a él le haría gracia. Apenas unos segundos después supo que sí le habría gustado

cuando él le pasó el brazo por los hombros.

—Sin duda hemos ganado con el cambio —dijo él con una ancha sonrisa. Todos se le quedaron mirando, incluida Emma, y él se apresuró a dejar claro que no se refería al cambio de pareja sino al cambio en el elenco—. ¿O me dirás que no? Trabajar con Sue era un auténtico asco.

—Ahí tienes toda la razón.

—¿Eres actriz? —intervino en la conversación Giuseppe, interesándose por Emma.

—Ahora sí.

—Emma ha estudiado química —explicó James, con un tono orgulloso que sorprendió a la joven—. Tuvimos que sacarla a rastras del laboratorio para que aceptara rodar la película.

—No tuvisteis que sacarme a rastras, solo decirme cuánto iba a cobrar.

Todos se rieron, con mayor o menor credibilidad, ante aquello.

—Bueno —dijo Emma—, voy a ir a la barra a pedirme algo. ¿Queréis algo?

—Que no tardes en volver.

Aquella petición de James, que iba acompañada de una sonrisa sexy, hizo que Emma le siguiera el juego. Le plantó un beso en los labios, poniéndose de puntillas para alcanzar su boca, y dijo:

—Lo intentaré.

Se alejó de ellos camino de la barra, pero todavía no había conseguido que el camarero le prestara atención cuando notó que alguien se colocaba a su lado. Al mirar por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que se trataba de Caroline. Se armó de su mejor sonrisa:

—Si me llegas a decir lo que querías, te lo hubiera llevado yo.

—Tranquila, no importa.

Emma miró por encima del hombro y entre las cabezas logró divisar durante unos segundos a James, que con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro serio, hablaba con el tal Giuseppe. Miró a Caroline con ganas de preguntarle: «¿de verdad crees que ha sido buena idea?» Pero se calló. El camarero llegó entonces y Emma se pidió una piña colada, bebida a la que se había aficionado en el viaje de fin de curso de su carrera. La otra se pidió un Roy Rogers.

Mientras el camarero se los preparaba, Emma se interesó por los ingredientes de aquel cóctel. Nunca había sido muy entendida en preparados alcohólicos.

—Pues... cola, granadina... —la mujer pareció dudar si llevaba más ingredientes—; también le echan hielo. ¡Oh! Y las cerezas, claro.

Emma asintió levemente a la vez que pensaba, «¡confirmado, ¡está embarazada!» Lo había sospechado por cómo se había tocado la barriga, pues solo las mujeres que esperan un hijo se la acarician de forma instintiva, pero que además en Año Nuevo no tomara nada de alcohol... Solo le faltaba un dato más para confirmar su estado.

—¿Y cuándo os casáis tú y tu prometido?

—En un mes.

—¡Qué pronto!

—Sí —Caroline volvió a tocarse la barriga y Emma tuvo que hacer serios esfuerzos para no bajar la mirada y quedarse mirando el gesto.

—¿Y por qué no os esperáis a primavera? Suele ser la fecha perfecta para casarse. Ni mucho frío ni mucho calor.

—No creas, en Europa el clima es mucho más cálido que aquí.

—¿En serio?

—Sí.

Emma recordó algunos años de su infancia en los que había pasado las Navidades en España con

su familia. España era el país más meridional de Europa y, más aun estando en Andalucía, pero aun así recordaba haber pasado un frío de mil demonios.

—Pues os deseo mucha suerte —sonrió de nuevo, haciéndose la tonta.

El camarero seguía preparando sus bebidas mientras ellas estaban codo con codo.

—¿Tú y James...?

Emma no se lo iba a poner fácil, así que mirándola, preguntó:

—¿Yo y James, qué?

—¿Tú y él sois pareja?

—No me digas que trabajas en la prensa o algo.

—No, no —Caroline se rio con su broma—. Es solo que... me preocupo por él.

—¿Te preocupas por él? —repitió Emma—. ¿Te preocupa que salga conmigo?

—No, no me refería a eso, mujer. Digo que... él y yo estuvimos juntos y me preocupo por él. No quiero que sufra.

Emma sentía su sangre arder de indignación y rabia. ¿En serio? ¿En serio? ¿Aquella tiparraca hablaba en serio? ¿Ella le había hecho algo tan horrible a James que él se creía incapaz de amar y aun así tenía la desfachatez de decirle que no quería que nadie le hiciera sufrir? ¡Qué poca vergüenza!

—¿No quieres que sufra? —interrogó Emma lentamente con el ceño fruncido. Su cerebro pensó a toda velocidad y después tiró de sus cualidades interpretativas y, echando la cabeza hacia atrás, soltó una sonora carcajada—. ¿James, sufrir? Si dices eso supongo que es porque lo conocerías antes de que fuera actor; antes de que se hiciera famoso, para ser más concretos. Ahora James chasquea los dedos y tiene todo lo que quiere. La fama es lo que tiene, ¿no crees? Coches, dinero, viajes... Aunque bueno, no te voy a mentir, no todo es maravilloso. La fama también tiene sus cosas malas y para la pareja de alguien como James eso se traduce en tener que pelear con uñas y dientes para que otras tías no te lo roben —se inclinó hacia Caroline y, le dijo en tono confidencial—: Imagínate que lo hacemos cuatro veces al día para que él se quede tan saciado que ni tenga ganas de mirar a otra chica. ¡Cuatro veces al día! Con otro me sería imposible mantener ese ritmo, pero con James... es que es mirarnos y...

—¡Aquí estáis!

—¡James! —se alegró de verle Emma—. ¿Tanto nos hemos enrollado que has tenido que venir a buscarnos?

—Un poco, la verdad. Pensé que te habían raptado.

Emma se giró hacia la barra, donde ya estaban las dos bebidas que habían pedido. Cogió su piña colada con dos dedos a la vez que se disculpaba:

—Lo siento, cariño. Estaba aquí hablando con tu amiga y nos hemos entretenido, ¿verdad que sí, Caroline? Bueno, dame dos besos —entrechocó sus mejillas con la mujer, que parecía algo confusa, y se agarró a la cintura de James—; a ver si nos vemos pronto. Me ha gustado hablar contigo.

Se alejaron de la barra, Emma con una radiante sonrisa en la cara y James mirándola descolocado.

—¿Qué ha pasado ahí detrás? —preguntó él cuando estuvieron a cierta distancia de la barra.

—Nada.

—¿Y por qué Caroline tenía la boca abierta cuando he llegado?

Emma soltó una carcajada, en aquella ocasión totalmente sincera.

—Pues... puede que su expresión tenga algo que ver con que le haya dicho que somos tan insaciables como pareja que nos pasamos el día dale que te pego.



—¿Que qué?

—No te molesta que le haya puesto los dientes un poco largos, ¿no? He supuesto que te gustaría darle un «zas, en toda la boca» por cómo te has arrimado a mí y por cómo nos hemos besado con ellos delante.

—¿Pero por qué le has dicho eso?

Emma se detuvo, evaluando la mirada de James. ¿Se habría tomado demasiadas confianzas? ¿Habría actuado mal?

—Ella... ella me preguntó por ti y me dijo que le preocupaba que te hicieran daño... y me cabreé, porque sé que ella sí que te hizo daño, y le dije que ahora con tu trabajo tienes todo lo que puedes desear, así que nadie te hace daño y... —se interrumpió, tomando aire tras toda la retahíla—. Lo siento. Pensé que no te molestaría que lo hiciera. Yo...

James apesó su cara entre las manos y la atrajo hasta sí para fundirse en un apasionado beso. Emma le rodeó el cuello con los brazos, disfrutando de la sensación que tenía en la boca del estómago. ¡Mariposas!

Tras casi un minuto completo, separaron sus bocas, aunque sus caras quedaron muy próximas.

—¿Esto es un no me molesta? —interrogó Emma.

—Es un gracias.

Se sonrieron ampliamente.

—¿Quieres que vayamos a un sitio más... tranquilo? —propuso James llevado por la excitación del beso.

—¿Es una proposición indecente?

—O decente, lo que tú prefieras.

—De acuerdo.

Puesto que se iban de la discoteca, Emma fue a avisar a su hermana de que tendría que volver sola a casa y le dio dinero para el taxi. James también se despidió de sus amigos. Sin salir del local, bajaron al parking subterráneo, donde James había aparcado su coche.

—¿Otro coche?

—Mi coche —corrigió James—. Es el único que tengo, ya te dije que el *Mustang* de Los Ángeles lo alquilo.

—Mmm —fue lo único que contestó Emma, admirando las curvas de aquel Mercedes deportivo.

—Móntate, anda, que lo mejor está en el interior.

—¿Lo mejor está en el interior? ¡Fíjate, cómo en las persona!

Emma se sentó en el coche con las piernas muy juntas y abrazándose a sí misma. En cuanto habían salido de la zona de baile la temperatura había bajado considerablemente y aún con la chaqueta puesta tenía frío. James lo notó y apretó varios botones que activaron el aire y algo más.

—Oh —dijo de pronto Emma—. Ohhhh.

No había salido del aparcamiento y los asientos ya se habían calentado.

—¿Tu coche tiene calefacción en los asientos? ¡Por Dios, qué gustazo!

James se carcajeó.

—Sabía que te gustaría.

—Es un buen método para derretir a las chicas.

Media hora después llegaban a una zona residencial a las afueras de Nueva York. A ambos lados del camino se veían casas familiares con una zona de jardín en la parte delantera.

—¿Qué hacemos aquí? —interrogó Emma, desconcertada.

James metió el coche en una parcela que quedaba a mano derecha y, para sorpresa de Emma, al

apretar un mando la puerta de la cochera que tenían delante se abrió.

—¿Es tu casa?

—Sí.

Aquel barrio residencial a las afueras de Nueva York era el último lugar en el que Emma se habría imaginado que James viviría. Un piso con altos techos y grandes ventanales en el corazón de la ciudad le habría parecido más lógico para un soltero con dinero como él.

—¿Eres un pervertido y no me lo habías dicho? —interrogó Emma mientras lo seguía hacia el interior de la casa.

—¿Por qué lo dices?

—El único motivo que se me ocurre para que alguien como tú tenga una casa en un barrio como este es que le gusten los niños. ¿Te gusta espiar por la ventana a los niños del barrio, James?

—¿Qué? ¡No! ¡Por Dios, qué mente tienes! Vivo aquí porque me crié en este barrio. Mi madre y mi hermana viven en la casa de al lado.

—No me digas que sufres de mamitis.

—Viajo mucho —explicó James, parándose para mirarla—. Si no tuviera esta casa aquí, no vería a mi familia nunca. ¿Te parece eso mamitis?

—Me parece... —Emma se acercó hasta él y le dio un suave beso— adorable. Y es un gesto que dice muchas cosas buenas de ti.

James sonrió ampliamente.

—¿Quieres algo de beber?

—¿Qué tienes?

—¡Buena pregunta! —Se dirigió hacia una zona del salón en la que habían instalado una barra. Miró el botellero y también revisó el frigorífico—. Esto... te preparo lo que buenamente pueda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —se rió Emma, a la vez que paseaba la vista por el salón.

El exterior de la casa era el de un hogar familiar, pero el interior era exactamente como se lo había imaginado: pocos muebles, una tele gigante, un equipo de música potente... El piso de soltero de un hombre en pleno barrio residencial.

—Tengo cierta información de tu ex que quizá te interese —comentó distraída, estudiando los discos que había junto a la cadena de música.

—¿Información de mi ex?

—Sí.

—¿Quieres hablar de mi ex precisamente esta noche?

—¿Por qué no? Es Año Nuevo, puedes plantearte como propósito para este año superar tu historia con ella.

—Ya la tengo superada.

—¿Superada? La única vez que intenté hablar contigo con ella me dijiste que no querías amargarte la noche.

—Siempre resulta deprimente hablar de las épocas malas, ¿no crees? Haya ex de por medio o no.

James llegó junto a ella con un par de copas de color rojo oscuro. Le entregó una a Emma, que prefirió no preguntar qué era y le dio un delicado sorbo. Tosió en cuanto el líquido llegó a su garganta.

—¡Qué fuerte, madre mía! Tú quieres dejarme K.O. y que no siga hablando.

James fue a sentarse en el amplio sofá de color gris que ocupaba el centro del salón.

—¿Y quedarme sin esa información de mi ex que según tú me va a interesar?

Emma se acercó al sofá y, quitándose los tacones, se sentó con la bebida en el extremo opuesto del sofá, recostándose.

—Te contaré lo que sé si tú me cuentas qué pasó entre vosotros.

—Es una larga historia.

—Hazla corta. No me interesan los detalles morbosos, solo saber qué pasó.

—De acuerdo —se rindió James, y le dio un largo trago a su bebida—. Fuimos novios desde los 14 años hasta los 19, y antes de eso, amigos desde que aprendimos a andar. Entramos en la Universidad, ella se fue a Francia a estudiar allí un año. Estuvo allí el primer cuatrimestre y el segundo cuatrimestre, desesperado por su ausencia, lo organicé todo sin decirle nada para irme con ella a estudiar allí lo que quedaba de curso. La sorpresa me la llevé yo cuando llegué y me la encontré en la cama con su profesor de literatura francesa, Giuseppe.

—¿Giuseppe su futuro marido?

—El mismo.

—Por eso el comentario de «en nuestro anterior encuentro no pudimos presentarnos apropiadamente».

—Sí, en nuestro anterior encuentro solo le vi el culo.

—¿En serio? ¿No le pegaste ni nada? Lo normal hubiera sido que te liaras a tortas con él.

—Lo hice, pero mi puño vio su cara, no mis ojos. Ni me acordaba de cómo era hasta que lo he visto hoy.

—Y de todo eso hace diez años, ¿no? Once, si tenemos en cuenta que cumpliste 30 hace no mucho.

—Sí.

—Y aún no lo has superado.

—¡Qué manía con que no lo he superado! Claro que sí.

—Pero desde que pasó lo que pasó no has vuelto a amar.

—¿Y por eso crees que no lo he superado? Es simplemente que he aprendido. De vivir se aprende y yo con Caroline aprendí que entregarle el corazón a otra persona es lo peor que se puede hacer. Y ahora creo que me merezco esa información que tienes para mí.

Emma lo miró durante unos largos segundos, procesando todavía lo que él le había dicho. Después le dio un largo sorbo a su bebida y tras hacer una mueca y aspirar una bocanada de aire para refrescar su garganta, dijo:

—Caroline se casa porque está embarazada.

—¿Que qué? ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho?

—No, pero se tocaba la barriga de una forma inconfundible y no bebía alcohol.

—A lo mejor tenía gases y por eso se tocaba la barriga; y sobre lo de no beber alcohol, quizá pensaba conducir de vuelta a casa.

—Su boda, esa que han anunciado a sus padres esta misma Navidad, está programada para el mes que viene. ¿Quién se casa con tan poco antelación? Una pareja que no quiere llegar al altar con bombo.

—Puede haber otra explicación.

—Claro; podría haber otras muchas explicaciones para explicar los tres detalles que te he dicho, pero créeme, está embarazada. Intuición femenina.

James se quedó callado un momento con la mirada perdida en algún punto de la habitación. Dio un sorbo de su bebida y la paladeó con tranquilidad.

—¿Y a mí qué más me da que esté embarazada? —preguntó al fin—. Cuanto más lo pienso, más indiferente me es.

—¿No quieres inventar teorías crueles y absurdas de por qué se ha quedado embarazada? Recuerdo que cuando lo mío con Jimmy terminó, mi amiga Vivian y yo propusimos todo tipo de ideas de por qué era un capullo con las tías: que si había salido de un psiquiátrico, que si se dio un golpe al nacer, que si era porque su cosita era muy cortita...

—¿Y eso te ayudó?

—Me reí mucho aquella noche, así que sí, me ayudó.

James le dio un último sorbo a su bebida y la dejó a un lado, en una mesa que había junto al sofá. Se puso en pie y se dirigió hacia la cadena de música.

—Quizá esa charla me hubiera ayudado hace diez años, pero no ahora, Emma. Ya he superado lo de Caroline, y ahora me resulta... no diré indiferente, porque no es así, pero es cosa del pasado y ya está. Y hablar de ella me parece una pérdida de tiempo. ¿Qué está embarazada? Maravilloso. Espero que el niño le salga sano. Y no voy a seguir perdiendo mi noche de Año Nuevo con alguien que ya no me importa nada, así que...

Se calló y comenzó a tocar varios botones del aparato de música. Como le daba la espalda a Emma, no pudo ver la expresión que esta tenía en la cara.

Si James no estaba herido por lo que había ocurrido con Caroline en el pasado, ¿cómo iba a ayudarlo? ¿Cómo iba a curarlo para que pudiera amar de nuevo? James había dicho que aunque su modo de relacionarse con las mujeres en el presente se debía a su ex, no lo hacía porque todavía no hubiera superado lo ocurrido sino porque había aprendido de ello. ¿Cómo podía luchar contra eso? ¿Se puede cambiar el modo de ver el mundo de una persona? Sanar un corazón es relativamente fácil con tiempo y cariño, pero hacerle desaprender una lección aprendida a fuego... Un perro maltratado que en un principio está asustado y es arisco, puede acabar siendo un animal cariñoso, pero en cuanto vea que alguien le levanta una mano, se apartará y encogerá con miedo. Y es irremediable porque asocia el gesto al dolor. ¿Qué podía hacer entonces con James, que asociaba el amor a perder el control de su vida y su seguridad emocional?

Todos aquellos pensamientos desaparecieron de su mente de un plumazo en cuanto la música comenzó a sonar en el salón y James se giró con un pronunciado movimiento de caderas.

—¡Oh, Dios mío! —No pudo evitar exclamar Emma al verle desabrocharse el cinturón a la vez que seguía bailoteando provocativamente.

Al ritmo de la música, James terminó de quitarse el cinturón y se desabrochó botón a botón la camiseta. Conforme su trabajado torso fue quedando al descubierto, la garganta de Emma fue resecaándose y tuvo que tragar saliva no sin dificultad. Le tiró la camiseta a la cara, cubriéndole la cabeza durante unos segundos y Emma se apresuró a quitársela para poder seguir viendo el estriptis. James había aprovechado su momentánea ceguera para acercarse a ella.

—No tengo dólares para meterte en los calzoncillos —comentó Emma, viéndolo contonear tan de cerca sus caderas y su culo.

James le cogió la mano y la hizo ponerse en pie.

—Diría que las chicas normales habrían gritado como locas por mi espectáculo —dijo a la vez que pegaba su espalda contra su pecho y hacía que ambos se movieran suavemente al ritmo de la música.

—Yo gritaba, créeme. Interiormente.

—Mmm.

Emma sintió como le bajaba la cremallera del vestido y con sus grandes y fuertes manos

retiraron con delicadeza la tela de sus hombros de tal forma que el vestido cayó al suelo sin esfuerzo. James, le apartó el pelo del cuello y le mordisqueó la yugular. Coló sus manos bajo el sujetador y le pellizcó los pezones para después abarcar ambos pechos con sus manos y sentirlos, suaves y turgentes. Emma se dejaba hacer, disfrutando de cada caricia. Notó que James bajaba la mano por su torso y se colaba bajo los pantis y las bragas para que sus dedos pudieran explorarla. Emma echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el hombro masculino, y soltó un jadeo.

—No sabes cómo me pones —ronroneó James en su oreja—. Todo en ti me excita. Tu pelo largo, tan femenino; tus pechos que son perfectos para mis manos; tus jadeos que me vuelven loco. Y eres tan estrecha y te ajustas tanto a mí que me pongo duro con solo pensarlo.

Emma volvió a jadear y se sujetó a los fuertes brazos al notar dos de sus grandes dedos en su interior.

—¿Te gusta? —interrogó él.

Ella asintió con la cabeza.

—Dímelo. Quiero oírte.

—S... sí. Me gusta mucho —la última y entrecortada palabra fue acompañada por un jadeo y sus uñas, que se clavaron de nuevo en los brazos de James.

Aquello fue demasiado para él, que sacó sus dedos y se desabrochó a toda prisa los pantalones. Emma fue a girarse, pero James la detuvo.

—No, quédate así, de espaldas. Quítate la ropa que te queda.

Emma obedeció y se quitó la ropa interior. Estaba inclinada, sacándose las bragas por los pies, cuando sintió que él la agarraba por las caderas. Casi no tuvo tiempo para prepararse, lo que hizo que la sensación de la penetración fuera todavía más intensa. Gritó en cuanto él entró de un solo empujón. Solo las fuertes manos de James fijas en sus caderas consiguieron que mantuviera el equilibrio. James se retiró lentamente y volvió a entrar, asegurando el terreno conquistado. Se inclinó hacia delante, pegando su pecho a la espalda de Emma, y le besó el hombro, o lo que alcanzaba de él. Entró y salió de ella lentamente, saboreando las sensaciones, y aprovechando para jugar con sus pechos. Emma le miró por encima del hombro y se lo encontró con los ojos cerrados, inhalando profundamente el olor de su piel. Le pareció el gesto más sensual y cariñoso que había visto en su vida.

En la boca de la joven se formó un «te quiero» que murió antes de salir de sus labios, pues sabía que James no se lo tomaría especialmente bien. Podía ser el hombre más atento que había tenido nunca a su lado, el más cariñoso y divertido, pero para él la extraña unión que había entre ambos no era amor, pues él no podía sentir amor. O mejor dicho, se negaba a reconocer que podía sentirlo, pese a que Emma veía amor, cariño y aprecio en cada uno de sus gestos, en cada una de sus palabras. ¿Cómo hacerle ver que por dar un nombre distinto a lo que había entre ambos, que por llamarlo amor, no iba a ocurrir nada malo?



El nuevo año no tardó en traerles trabajo a James y Emma. La película se estrenaba a primeros de Marzo, por lo que la segunda semana de febrero comenzaron con la intensa promoción. Eso incluía entrevistas para televisión, prensa y radio, además de una serie de premieres adelantadas que se harían para las fans de los libros en distintas ciudades de Norte América. Todo el tema de la promoción, que ya de por sí ponía bastante nerviosa a Emma, se puso más peliagudo todavía cuando Sue Johnson, que había salido del centro de rehabilitación días antes de Navidad, comenzó a hacer declaraciones sobre Emma. Pese a que la productora había intentado quedar en buenos términos con ella, la nueva afición de Sue parecía despellejar a Emma frente a cualquier micro o cámara con el que se encontrara. Todos sabían que lo hacía para buscar publicidad y segundos en los medios, por lo que tanto Emma como sus asesores en la productora acordaron que, ante cualquier pregunta referida a Sue contestaría un «sin comentarios» o algo neutral.

La falta de respuesta por parte de Emma consiguió que las revistas del corazón cada vez se hicieran menos eco de las acusaciones de Sue. Aun así, además del chófer, la productora asignó dos guardaespaldas a Emma que la acompañaban a cada entrevista y presentación.

Durante aquellas semanas, Emma y James tuvieron que contestar infinidad de preguntas. Por suerte, los periodistas solían preguntar una y otra vez lo mismo pero con distintas palabras, por lo que tres cuartas partes de las entrevistas las llevaban preparadas y solo un cuarto era sorpresa. Además, como siempre iba acompañada de James, todo resultaba mucho más fácil: la mitad del tiempo se lo pasaba siguiendo sus bromas y la otra mitad se ayudaban mutuamente a contestar las preguntas.

—Emma, con esta película vas a pasar del anonimato a una vida de actriz bastante conocida. ¿Cómo llevas todo el tema fan?

—¿El tema fan? ¡Oh, es muy fácil! Cuando vea a un grupo de chicas acercarse simplemente tendré que señalar a James y gritar: «¡ahí está James Petersen!» Y se olvidarán de mí.

—¡Me gusta ese plan! —exclamó James.

Se encontraban en un plató de televisión en aquel momento y la grada, repleta de chicas, enloqueció y gritó.

—Emma, cuéntanos un secreto de James; y James, cuéntanos un secreto de Emma —pidió otro periodista en otra entrevista.

—¿Un secreto? —sopesó James, mirando a Emma.

—Que pueda contarse —aclaró la joven.

—¿Entonces no puedo contar que solo usas ropa interior roja? ¿Ni que haces sacrificios humanos cada luna llena?

—No, no puedes.

—De acuerdo. Pues... Emma hace las mejores crepes que he probado nunca.

—Los únicos que has probado.

—¡Siguen siendo las mejores! Te toca.

—Vale, pues... James ronca.

—¿Que ronco?

—Te dormiste en el vuelo hasta aquí y casi hacen un aterrizaje de emergencia porque no sabían qué era ese ruido atronador, si un oso en la bodega de carga o un motor averiado.

—¡Anda ya!

—Es verdad. No mates al mensajero.

La gente no tardó en ver la química y buen rollito que había entre ambos, y si los vídeos que habían subido de ambos en la página de la película ya habían hecho que los fans más entusiastas vieran el *feeling* que había entre ambos, las entrevistas a nivel nacional permitieron que mucha más gente lo viera y para la segunda semana de presentaciones y entrevistas todos los periodistas solían añadir a su repertorio de preguntas una relacionada con ellos dos.

—La gente quiere saber si estáis juntos —dijo un periodista en una ocasión.

—Lo estamos —asintió con rotundidad James—. Mírala, ella está aquí y yo estoy aquí también. Estamos juntos.

—Especialmente hablando.

—Espacial y temporalmente hablando, sí.

—Lo que la gente se pregunta —se rió el periodista—, es si sois pareja.

—Lo somos —asintió Emma, y señaló a James con un dedo—. Uno. —Se señaló después a sí misma—. Dos. Número par. Dos personas forman lo que se llama una pareja. Bueno, y estás tú —dijo señalando al periodista—, así que en este espacio y tiempo somos un trío.

—De acuerdo, de acuerdo —se rindió el reportero.

Pese a que se negaban a hablar de lo que había entre ellos, todas las noches de la promoción en que compartieron hotel compartieron cama y disfrutaron de sexo tórrido. Emma estaba radiante; se sentía feliz al pasar todo el día con James y aunque tras tantas horas juntos hubo algunos roces y cabreos sin sentido, la mayor parte del tiempo se lo pasaban riendo y hablando, como cualquier pareja. Aunque claro, Emma no usaba en voz alta aquella palabra. En voz alta eran «buenos amigos». Llegó la tercera semana de promoción, la última que tendrían antes de comenzar con los visionados de la película junto con los fans, y a Emma le tocó ir a un programa de televisión sin la compañía de James.

—¿Me quieren solo a mí? —interrogó Emma a Miriam, la chica de relaciones públicas que los acompañaba en cada escala.

—Sí, en su show nocturno de bastante audiencia y te quieren a ti sola.

—¡Oh, Dios mío! ¡Me aman! ¡Me aman! —exclamó la joven teatralmente con los brazos extendidos al cielo—. ¡Mi cara bonita ha destronado a la tuya!

—Que no se te suba mucho a la cabeza —fue lo único que dijo James con una sonrisa.

Se vistió elegantemente aquella noche, con unos pantalones negros y una camisa blanca. Ya en el estudio, las maquilladoras se encargaron de ella durante casi media hora, aunque al menos respetaron su petición de que el look resultara natural. Un chico del programa iba avisándola cada poco tiempo de los minutos que le faltaban para entrar en escena. ¡Qué cuenta atrás más agónica! Su primera entrevista televisiva (¡y en directo!) sin la presencia de James.

—Tu turno. Entra —la animó el ayudante al fin.

Emma descorrió la cortina de terciopelo rojo y durante unos segundos los focos la cegaron. Aun así levantó la mano y saludó con una amplia sonrisa en la cara, como le habían enseñado. El silencio que la recibió fue abrumador, y eso que la música del programa sonaba para recibirla. Nadie en el público aplaudía. Cuando sus ojos se ajustaron, vio que las gradas estaban llenas de chicas jóvenes, pero todas la miraban sin aplaudir. El único que se dignó a unir sus manos en un aplauso fue el presentador, y Emma se concentró en él para no perder toda su templanza. Caminó hasta él y le estrechó la mano fuertemente.

—Siéntate, por favor —pidió el hombre, con una amplia sonrisa—. ¿Qué tal estás, Emma?



—Genial, ¿y tú?

—Aquí trabajando.

—¡Eso está bien!

Los shows norteamericanos eran así. James le había aconsejado que le hablara al presentador (no a este en especial, sino a todos) como si fuera un colega. Sin perder la compostura pero con confianza. Había que ser extrovertido y simpático para ganarse a la gente.

—Estás ahora mismo promocionando tu última película, ¿no?

—Sí.

—Que también es tu primera.

—Exacto.

—Pero esta es la segunda parte de la historia. ¿No es así? Y según tengo entendido eres la protagonista, ¿cómo es posible que no salieras en la primera parte?

—En la primera parte otra actriz hacía el papel que ahora hago yo.

En las gradas se oyó cierto alboroto y Emma no pudo evitar mirar hacia ellas. El presentador lo notó y aprovechó para preguntar:

—¿Qué te parece nuestro público?

—Silencioso —lo definió Emma—. Estoy acostumbrada a ir a los sitios con mi compañero de película James Petersen y siempre que entramos en un plató el público enloquece. Ahora ya está confirmado que es por él.

—Bueno, Emma, lo cierto es que estas chicas no están aquí por ti. ¿Ves que hay otro butacón a tu lado? —Emma miró hacia su derecha y vio que se le había pasado por alto que el escenario estaba preparado para dos personas—. Hay otro invitado esta noche.

—¿En serio? ¿Quién?

—Esperaba que me preguntaras eso. Recibamos con un gran aplauso a ¡Sue Johnson!

A Emma se le heló la sangre en las venas mientras el público estallaba, esta vez sí, en aplausos y vítores. Algunas chicas incluso alzaron pancartas con «te queremos, Sue». La joven cantante apareció en el escenario y se abrazó con el presentador. Emma se levantó para saludarla también, pero la diva la ignoró y en su lugar se sentó en el sillón que había ocupado Emma hasta entonces. Intentando guardar la compostura y permanecer siempre sonriente, Emma se sentó en el otro asiento sin comentar nada.

Pese a su calmada apariencia exterior, su mente bullía. ¡Menuda trampa le habían tendido los del programa! ¿Qué hacía? ¿Se iba? ¿Se quedaba? ¡Estaba en directo para todo el país! Respiró profundamente, intentando calmar su ritmo cardíaco. Apenas si oyó las preguntas que el presentador le hacía a Sue.

—Y bueno, Emma —volvieron a centrar la atención en ella—. ¿Qué te parece que Sue haya venido esta noche?

—¡Es todo un honor! Nunca imaginé que compartiría escenario con ella.

—¿De verdad?

—Desde luego. Tener sentada aquí a mi lado a Sue Johnson es todo un placer. Creo que he visto todas sus películas y series y he escuchado todas y cada una de sus canciones. Cuando iba al instituto solía pasarme las horas cantando una de sus canciones, ¿cómo era? ¡Ah, sí! —la cantó no muy alto, aunque por el micro que le habían puesto en el pecho todo el mundo pudo oírla—. ¡Me encantaba!

Aquella alabanza no pareció suavizar el ánimo del público ni la tensión del ambiente. Emma se secó las manos sudadas en el pantalón. Su cara lucía una sonrisa, pero los nervios habían instalado

un nudo en su estómago.

—¿Entonces dirías que eres una fan de Sue? —interrogó el presentador.

—Sin duda he seguido toda su carrera con mucho entusiasmo.

—¿Entonces qué supuso para ti reemplazar a Sue en la película?

Emma sentía que estaba metida en arenas movedizas hasta las rodillas. O quizá directamente iba camino al infierno. Lo más sensato habría sido salir corriendo, pero no era una cobarde. Además, ella no había hecho nada malo. Sue había desperdiciado una gran oportunidad, ella la había aprovechado. Punto. No había más y no tenía por qué esconderse ni huir.

—Coger el papel de Emily fue una decisión que tuve que meditar mucho, sin duda. Pero los productores de la película me lo propusieron y como ellos apostaban por mí, yo aposté por ellos.

—¿Y cómo supieron los productores de ti?

—Tuve la suerte de coincidir con el director de la película y con James durante el proceso de grabación y promoción de la primera parte y me tuvieron en cuenta para la segunda.

—Eso no es verdad —soltó de sopetón Sue—. Tú trabajabas para mí y aprovechaste la oportunidad para quitarme el papel.

Emma se giró para mirarla y durante unos segundos la evaluó con la mirada. Se preguntó cómo de pequeña había podido admirar a aquella gilipollas.

—Tienes razón; en aquella época trabajaba para ti. No quería hablar del tema porque firmé un contrato de confidencialidad, pero ya que tú lo has dicho, sí, los productores supieron de mí porque era tu doble en aquella época.

—Trabajabas para mí y me traicionaste —la acusó Sue con cara de congoja.

Aquello hizo que la sangre de Emma hirviera.

—¿Te traicioné? Yo más bien lo definiría como que te ayudé asistiendo a sesiones fotográficas a las que tú no podías ir y respondiendo entrevistas para las que no estabas... digamos... disponible. Que me propusieran el papel para la segunda película no era mi intención mientras cumplía con lo estipulado en mi contrato, pero mira, sucedió. Y puesto que tú no estabas... digamos de nuevo... disponible, para la grabación de la segunda parte, decidí aceptar la propuesta de la productora.

Conforme las palabras salían de la boca de Emma, las gradas fueron llenándose de gritos e insultos. Para cuando terminó, el presentador tuvo que hacer un esfuerzo, junto con el resto de su equipo para tranquilizar a las fans.

—A ver, chicas, tranquilas. ¿Os acordáis de lo que os hemos pedido antes de que comenzara el programa? Bien, pues creo que es el momento de que lo compartamos con nuestras invitadas. —El presentador se giró hacia las cámaras y, hablándole a los espectadores que los veían desde sus casas, dijo—: Muchas chicas entre el público han tenido la oportunidad de conocer en persona a Sue Johnson y les hemos pedido que piensen en ese momento que compartieron con Sue y que les hizo todavía amarla más. Veamos, tenemos a Carol —dijo leyendo un papel—; Carol, ¿dónde estás? Ah, ahí. Cuéntanos tu historia.

Durante varios minutos distintas chicas del público fueron contando cómo habían tenido la oportunidad de conocer a Sue en persona y esta había demostrado ser un grandísimo ser humano que amaba a sus fans. Iban ya por el quinto testimonio de elogios y alabanzas hacia Sue Johnson, que lloraba como una tonta de la emoción, cuando Emma no pudo evitar echarse a reír como una loca.

—¿De qué te ríes? ¿De mis fans? —la atacó la cantante, mirándola como un basilisco y con una postura que la hacía parecer un perro a punto de saltar sobre su presa.

Durante un segundo Emma se preguntó qué haría si la loca de Sue se echaba sobre ella y la

atacaba. La respuesta fue fácil: usaría lo aprendido con Jack y la noquearía en un abrir y cerrar de ojos. Ambas habían recibido clases del mismo profesor, pero seguro que Sue no habría prestado especial atención a las lecciones de Jack. No haría falta ni que los guardaespaldas que habían acudido con Emma al estudio intervinieran: acabaría con Sue antes de que esta pudiera decir «esta boca es mía».

—No de tus fans —negó la joven—. De ti.

—¿De mí?

—Sí, de cómo finges acordarte de todo lo que tus seguidoras te están contando cuando es imposible que te acuerdes porque ni siquiera estabas allí.

—¿Pero qué dices?

Emma se levantó con energía de su asiento y se dirigió hacia el presentador, que seguía en pie frente al público. Lo hizo con templanza y seguridad. Era mejor que Sue. Era mucho mejor que ella. No iba a dejar que la hundiera.

—Yo era la doble de Sue —explicó Emma mirando al presentador, como si a aquel traidor hijo de su madre le interesaran sus explicaciones—, pero no la doble para escenas de riesgo sino la doble para los *paparazi* y cosas por el estilo. Bien, pues la mitad de las cosas que han contado estas chicas no las vivieron con Sue sino conmigo. ¿Carol? Me acuerdo de ti y de tu amiga, una chica de rasgos asiáticos y pelo corto. ¿No es así? Sí, creo que sí. Recuerdo que salí de la discoteca y os oí gritar al otro lado de la calle. Diluviaba. ¿Cómo os iba a negar un autógrafo si habíais estado esperando bajo la lluvia a que saliera? Fui hasta vosotras sin paraguas ni nada y recuerdo que tu amiga me regaló el suyo para que volviera al coche.

La cara de Carol era todo un poema al escuchar todos aquellos detalles. Ella no había contado que le habían regalado el paraguas, ¿así que cómo era posible que Emma los supiera, a no ser que fuera verdad lo que decía?

—Lisa —dijo Emma, girándose hacia otra fan—. Has mentido un poquito, aunque entiendo por qué lo has hecho. Tu amiga, que si la memoria no me falla se llamaba Emma, como yo, no me tiró un café en las botas. Me vomitó en las botas. Recuerdo la cara que puso la pobre, y también la cara que puse yo, porque precisamente esas botas eran un regalo de cumpleaños de mi madre. Os invité a algo de comer porque tu amiga tenía un color horrible por el vómito y porque os habíais pasado todo el día bajo el sol esperando a que Sue saliera.

—Vaya, Emma, tienes una memoria excepcional —comentó, ciertamente admirado el presentador.

—Hay cosas que no se olvidan, Miles —dijo Emma con estudiada camaradería—, y las cosas que estas chicas hacen por la gente a la que admiran sin duda son inolvidables.

La joven no pensaba decirle que, cuando todavía admiraba a Sue, había intentado memorizar a todas y cada una de las fans que se le acercaban para poder compartirlo con la actriz mediante cartas. Cuando descubrió que a la cantante ni le interesaban los regalos de las fans ni, mucho menos, las historias, dejó de esforzarse tanto, aunque muchos sucesos como aquellos aún se habían quedado grabados en su memoria con precisión.

Aquel giro en los acontecimientos había dejado en silencio absoluto a las fans, que intentaban procesar lo que acababan de descubrir. Sue temblaba de rabia y tenía los dientes apretados. Mentalmente, Emma le espetó: «sé profesional, Sue, sonríe». Le había ganado la partida y ambas lo sabían. O no, pues Sue todavía tenía un as en la manga que lanzó como arma arrojadiza:

—Me han dicho, Emma, que no aguantas la presión de este trabajo y que has tenido que tratarte contra la anorexia.

La joven se quedó paralizada. La sonrisa de víbora que lucía Sue en su cara la hizo odiarla con toda su alma. Miró hacia las cámaras que en aquel momento captaban su imagen e irremediablemente se acordó de su madre. Julie, y probablemente también su padre, la estaban viendo en directo. Los había llamado horas antes para informarles de la entrevista y seguro que estarían viéndola en aquel momento. Qué forma más horrible de enterarse de un problema como ese.

—¿Emma, es verdad lo que me han contado? —insistió Sue.

—No.

—¿No? ¿No has estado asistiendo a charlas en grupo sobre anorexia y no has estado bajo el control de un nutricionista?

Emma inhaló profundamente.

—No. He estado en grupos que tratan los trastornos alimenticios, no solo la anorexia.

—¿Tienes problemas alimenticios, Emma? —interrogó el presentador. ¡Cómo si aquello no hubiera quedado ya claro!

—Tenía.

—Cuéntanos un poco más, Emma —pidió Sue; había recuperado su cara angelical—. No tienes por qué avergonzarte de haber necesitado ayuda.

—No me avergüenzo de haber necesitado ayuda —replicó Emma, y tras pensarlo un instante, se puso en pie—. Ya que estás tan interesada en este tema, voy a explayarme en él y después daré la entrevista por terminada para que tanto tú como yo volvamos a hacer cosas de provecho en lugar de perder el tiempo. ¿Qué te parece? —Pero no le dio tiempo para que contestara—: No me avergüenzo de haber necesitado ayuda, me avergüenzo de haber querido ser como tú. Una anoréxica amargada que para mantener su figura pasa hambre todos y cada uno de sus días y, además, bebe y se droga para olvidar sus miserias. Mis problemas alimenticios se deben solo y exclusivamente a ti. Durante años tuve que fingir ante la prensa que era tú, así que tenía que tener tu peso, kilo arriba, kilo abajo. Durante los primeros años que hice de ti no tuve problemas, pero después empezaste a perder más y más peso hasta que me fue imposible seguirte. Aun haciendo dieta no podía llegar a tu peso. Así que reduje al mínimo posible la cantidad de comida que tomaba, pero nunca se me ha dado bien eso de pasar hambre, y cuando no podía aguantar más, me hinchaba a comer lo primero que pillaba. Después me sentía mal y vomitaba. Así una y otra vez durante bastante tiempo. Casi un año, me parece, desde que empezaste a meterte en malos círculos. Después dejé de trabajar para ti y volví a ser yo, sin necesidad de seguirte en tu peso enfermizo. Pero entonces me ofrecieron la película y aunque todo iba bien, cuando fui a una prueba de vestuario descubrí que no cabía en la ropa que había sido tuya. Volví al ritual de vomitar tras cada comida hasta que inevitablemente la gente que trabajaba conmigo se dio cuenta y me pillaron. Fue James quien me sorprendió en el baño y, ¿sabéis lo que me dijo? —se giró hacia el público—. ¿Sabéis lo que me dijo el fabuloso y guapísimo James Petersen? «No tienes que hacer esto, Emma. Tú eres perfecta tal y como eres». Creo que nadie me ha dicho nunca algo tan bonito, chicas, así que yo os lo repito a vosotras con la esperanza de que tenga el mismo efecto que tuvo en mí: el de liberación. Sois perfectas tal y como sois, no intentéis tener un cuerpo que no tenéis. Comed sano y equilibrado, haced deporte cada día y sed vosotras mismas. Sed felices. No os dejéis engañar por las pasarelas ni por las revistas de moda. Esas chicas no son reales. Son chicas que viven por y para su peso. Son chicas infelices esclavas de sus cuerpos. Sed vosotras mismas, sed perfectas.

Con aquellas últimas palabras los ojos de Emma se habían llenado de lágrimas por la emoción.

Miró un momento al público, que estaba mudo, al igual que los cámaras y especialistas.

Sin mirar hacia atrás, Emma se dirigió hacia la salida del plató. Un silencio mucho más profundo que el que la había recibido fue el que dejó detrás de sí.

Cuando Emma llegó a la planta baja de los estudios de la cadena, lo primero que oyó fueron los gritos de Miriam, la relaciones públicas. Pero no fue a ella a quien primero vio sino que lo primero que procesaron sus ojos fue la figura James, que también le gritaba a la recepcionista.

Emma se dirigió hacia ellos, limpiándose las lágrimas que habían brotado de sus ojos.

—¿Qué hacéis? —preguntó.

Miriam y James se giraron a la vez hacia ella.

—¡Emma, gracias a Dios! —exclamó Miriam.

James, por su parte, recorrió los escasos metros que los separaban y abrazó a Emma.

—¿Estás bien? —le susurró en la oreja.

La joven se dejó abrazar y cerró los ojos para saborear el reconfortante abrazo.

—Estoy bien —dijo al fin, cuando pudo hablar con sinceridad—. ¿Pero qué hacéis aquí?

—Estábamos viendo el programa en el hotel cuando salió Sue. Cogimos un taxi al momento y nos plantamos aquí.

—Vamos a demandar a la cadena —dijo Miriam con rotundidad, mirando a la recepcionista con ojos furibundos. La pobre, que no tenía nada que ver con lo que había pasado, se encogió en su asiento—. Nos han mentido y te han traído engañada al programa. Se van a enterar de con quién han jugado.

—Yo solo quiero irme —respondió Emma—. ¿Me invitáis alguno de los dos a un helado?

—¿Un helado con el frío que hace?

—Pues algo con azúcar. Mucha azúcar.

—¿Y no te sentirás mal después? —preguntó con suavidad James.

—¿Mal? —interrogó Emma, mirándolo—. ¿Lo que quieres saber es si después de meterme un kilo de azúcar en el cuerpo mi mente le dirá a mi cuerpo que tiene que tener ganas de vomitar porque ha sido un chico malo?

—Algo así.

—Es posible, sobre todo después de que ahí dentro casi me hayan llamado gorda. Pero tú no te separarás de mí en todo lo que queda de día, ¿a que no? Mantendrás mi mente a raya.

—Tu mente a raya y tu cuerpo en forma —le susurró James a la oreja, provocativo, haciéndola sonreír.



Al día siguiente los productores habían reservado una pequeña sala de cine para hacer la primera proyección con todo el equipo. Como era en Los Ángeles, Emma invitó a su hermana Anna y a su hermana Sarah a la cita. Desde los mejores asientos de la sala, sentada junto a James, Emma se vio por primera vez en la gran pantalla.

—¡Qué horror, por Dios! —fue su veredicto final.

James estalló en carcajadas.

—¿Cómo que qué horror? ¡Pero si ha estado genial! —le dijo Sarah—. ¡Me habéis dejado sin uñas! ¡Madre mía, qué tensión!

Emma se llevó las manos a la cara y sacudió la cabeza.

—¡Qué vergüenza! ¡Menudas caras ponía! Qué poco creíble mi actuación...

—Emma, la película está genial. Tú estás genial. Si no te ha gustado es solo porque esperabas demasiado —le explicó Anna.

—A casi ningún actor le gusta ver sus propias películas —ratificó James, todavía riéndose por la reacción de Emma.

—A ti parece haberte gustado verte.

—No me ha desagradado. Soy tan guapo...

—¿Qué, chicos? —preguntó Sean acercándose a ellos, más sonriente que un novio el día de su boda.

—Un trabajo excepcional, Sean, como siempre.

—¿Emma? ¿A ti qué te ha parecido? —se interesó el director, viendo que la joven tenía una expresión extraña. Por detrás, sus hermanas se reían.

—Ahora mismo no quieres saber sus impresiones —contestó por ella James.

—¿Y eso? ¡Ah, claro! Es la primera vez que ves tu cara en una pantalla de cine. La próxima vez dolerá menos, lo prometo.

Todos rieron y Emma no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Tengo el remedio perfecto para tu trauma —dijo Sean pasándole el brazo por encima del hombro a la chica—. ¡Barra libre para celebrar que mañana empiezan las premieres y que la película va a encantar! Vamos, que ya nos están esperando.

Mientras se dirigían hacia el local donde habían hecho la reserva, el móvil de Emma comenzó a sonar.

—¡Uf! Debe ser mi madre otra vez —se le quejó a James, que era quien iba a su lado—. Desde lo de anoche me ha llamado ya tres veces para asegurarse de que como. ¡Uy! Pues no, debe ser mi padre.

—¿Te llama desde el espacio exterior? —interrogó el actor, que no había podido evitar abrir los ojos al ver que toda la pantalla de Emma se había llenado con números—. ¡Menudo número de teléfono más largo!

—Debe estar llamándome desde la embajada, de ahí que tenga tantas extensiones.

Emma descolgó y se puso el móvil en la oreja.

—¿Sí?

Un segundo después su mano voló hasta el brazo de James y se lo aferró con fuerza.

—¿Qué pasa? —se preocupó él.

Emma apretaba el teléfono contra su oreja y miraba a James con una expresión que le preocupó.

¿Era la luz del local o Emma se había puesto pálida?

—Sí, señora —le dijo la joven al teléfono—. Sí, sí, señora. Por supuesto. Sería un honor.

—¿Qué pasa? —insistió James, moviendo solo los labios.

Pero Emma no le contestó. Tenía toda su atención puesta en la conversación.

—Sí, señora. Sí. Sí, está aquí a mi lado. Sí, señora. Ahora mismo. —Le tendió el móvil a James—

Quiere hablar contigo.

—¿Quién?

Pero Emma no fue capaz de decirle quién estaba al otro lado del aparato. No le salían las palabras. James cogió el móvil y, con cierto temor, dijo:

—¿Sí?

—Hola, James, soy Michelle Obama.

James casi se cae redondo al suelo al oír aquello. ¡Estaba hablando con la Primera Dama de los Estados Unidos! La conversación duró apenas medio minuto y para cuando colgó, a James podríar haberle pinchado que no le habrían sacado sangre. Emma y él se miraron durante unos segundos sin decir nada. Se habían quedado mudos ante aquello. A Emma le dio la risa tonta y James se le unió segundos después.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? —preguntó John, que les había visto quedarse rezagados y había ido a ver qué ocurría.

—¡Ufff! —fue lo único que pudo responder Emma, abanicándose con la mano.

—John, tú que tienes dedos ágiles de tanto cotilleo cibernético —dijo James—. Busca el vídeo de Emma ayer en el programa.

No tuvo que especificar más. Todo el equipo estaba al tanto ya de lo que había ocurrido en el programa, y según la llamada, las palabras de Emma habían llegado también a la Casa Blanca.

John usó su móvil de cinco pulgadas para rastrear por Internet y encontrar el vídeo. Silbó admirativo en cuanto cargó un vídeo de Youtube.

—¡Tío! Dos millones de visitas en menos de un día.

James y Emma se pegaron a John, uno por cada lado, para poder ver el móvil.

—Creo que en este vídeo solo sale la parte final —comentó John—, la de tu discurso. Si quieres ver el vídeo completo creo que está por aquí.

En el lateral de la pantalla podían verse otros vídeos relacionados en los que salía Emma en el mismo plató. Pero no necesitaban ver nada más. El show se había emitido la noche anterior y el vídeo con su intervención ya había recibido ni más ni menos que dos millones de visitas. Emma y James se miraron a los ojos durante varios segundos, ignorando a John, ignorando el móvil. Una sonrisa apareció simultáneamente en sus bocas.

Michelle Obama les había citado el próximo martes en la Casa Blanca. Deseaba entrevistarse con ellos. Una de las principales preocupaciones de la Primera Dama desde que su marido había entrado al poder era promover la vida sana entre los ciudadanos de los Estados Unidos, un país donde la obesidad afectaba a más de un cuarto de la población. El discurso de Emma había conseguido llegar a gran número de personas en forma de vídeo viral y Michelle había pensado en usar el interés generado a favor de su campaña.

Cuando le contaron a Sean la cita que tenían el martes, éste se entusiasmó. Seguro que aquel encuentro le reportaría gran publicidad a la película; si sabían cómo jugar sus cartas, claro. Además, los secretarios de Michelle habían tenido la delicadeza de programar la cita para el día en que proyectarían la película en Nueva York, por lo que el encuentro apenas alteraría el programa



de promoción de la película, pues un avión podía recorrer en menos de una hora la distancia entre Washington DC y Nueva York. Y cuando Sean y el equipo de marketing se enteraron de que el vídeo de Emma se había vuelto viral, se frotaron las manos entusiasmados. ¡Publicidad, publicidad!

La semana de las proyecciones comenzó estupendamente. La segunda vez que Emma tuvo oportunidad de ver la película le gustó más que la primera, quizá porque en aquella segunda ocasión se sentó en la butaca convencida de que su actuación la horrorizaría. La entrevista con Michelle Obama el martes fue estupenda. Tanto Emma como James se sentían entusiasmados como niños pequeños ante la idea de ver a la mujer del presidente, y más cuando les dijeron que la entrevista sería un desayuno en la Casa Blanca con la Primera Dama. Pero los nervios no tenían cabida en aquel encuentro y Michelle se encargó de gastar bromas para que se relajaran. Después les dijo por qué estaban allí: a la vez que combatía contra la obesidad, no debía olvidar el otro extremo, la extremada delgadez provocada por la anorexia y la bulimia. Según la Asociación Nacional de Anorexia Nerviosa y Desórdenes Asociados, en torno a 24 millones de ciudadanos estadounidenses sufría un trastorno alimenticio. Llevaba meses preparando una campaña contra este tipo de trastornos en la que ya había conseguido involucrar a varias actrices, cantantes y modelos que habían tenido problemas con la industria del cine, la moda o la música precisamente porque se les exigía estar demasiado delgadas. Entre ellas estaban la preciosa actriz Liv Tylor a la que habían amenazado con que si no perdía peso no la contratarían para ninguna película más; la modelo Robyn Lawley, que por tener una talla 42 solo podía ser modelo de tallas grandes y la cantante Lady Gaga, que tras sufrir un trastorno alimenticio desde los 15 años los medios la criticaron por haber ganado 11 kilos antes de su última gira. Había que combatir con aquello de alguna manera, y puesto que las adolescentes eran el grupo de mayor incidencia de aquel tipo de trastorno, nada mejor que usar a varios de sus ídolos para hacerles tomar consciencia de la realidad. Michelle también quería que James formara parte de la campaña aportando su cara a distintos carteles, pues lo que Emma había dicho de él, las palabras que había reproducido de «eres perfecta» habían hecho estremecerse a más de uno. De hecho, el eslogan de la campaña que iban a lanzar sería «Sé tú misma. Sé perfecta» en honor al discurso improvisado de Emma que se había vuelto viral en la red.

James y Emma abandonaron la Casa Blanca sintiéndose en una nube, extasiados al saberse parte de algo tan grande e importante. Emma nunca había esperado que al aceptar el papel de Emily podría acabar haciendo algo tan especial como aquello, algo tan bueno. Podrían ayudar a mucha gente, a muchas chicas, y aquello la emocionaba. James también parecía estar entusiasmado, pues cuando Emma le propuso que comieran juntos e invitaran a sus familias en cuanto su vuelo de apenas una hora aterrizara en Nueva York, este aceptó. Emma no se dio cuenta de lo que aquello podía llegar a implicar hasta que Susan, la hermana de James, llegó al restaurante donde habían quedado y, al abrazarla, le susurró en la oreja:

—No puedo creerme que vaya a presentarte a mamá.

Al oír aquello Emma se quedó estática. James, que le había dicho que no le gustaba conocer a la familia de las chicas con las que estaba no solo iba a volver a comer con sus padres, sino que además le iba a presentar a su madre. Estaba sin habla, así que no pudo sacar a Susan de su error, pues aunque era cierto que iba a presentarla a su madre, lo que insinuaban sus palabras era algo totalmente distinto de la realidad. Para James, Emma y él seguían siendo solo y exclusivamente amigos con derechos a roce. Que le fuera a presentar a su madre era una mera jugada del azar.

Charlotte, la madre de James, era una mujer encantadora que superaba los cincuenta. Era

bastante más baja que su hijo, apenas le llegaba al hombro, y a Emma le hizo gracia ver cómo James se inclinaba hacia ella para poder darle un abrazo de oso.

—¡Emma, qué alegría conocerte al fin! —dijo la señora, y en lugar de darle la mano protocolariamente la estrechó entre sus brazos.

La joven miró a James para ver cómo reaccionaba ante las palabras de su madre, pero él simplemente las miraba con una anchísima sonrisa en su cara. Los padres de Emma llegaron un poco después y todos se saludaron alegremente. Anna, que había viajado con Emma hasta Nueva York para asistir al estreno, abrazó a Susan y le propuso que se sentaran juntas.

—Te recuerdo que es menor de edad —le susurró Emma al oído y Anna contestó con una mueca.

La comida fue agradable y divertida. Primero contaron qué tal les había ido en la Casa Blanca; Óscar le preguntó a su hija si se había acordado de decirle a Michelle que su padre era el cónsul de la embajada española y Emma y James intercambiaron una mirada cómplice al recordar cómo la Primera Dama había dicho un «oh, sí, claro» tan rápido que resultó obvio que no se acordaba de él pero no iba a hacerle el feo. Después los padres de ambos charlaron animadamente, contándose cosas de sus vidas, y finalmente, hablaron sobre la premiere de esa noche y de la película. De los presentes, solo Anna, James y Emma habían visto la película y no querían desvelar nada.

Tras la comida, James y Emma fueron juntos a hacer una entrevista en una emisora de radio. Emma aprovechó para preguntarle a James si sus padres estaban divorciados, tema que por cortesía no se había sacado en la comida. Éste le contó que su padre había muerto cuando él tenía 20 años y su hermana 6. Era militar y murió en una misión en territorio extranjero.

—Lo siento mucho, no lo sabía.

—¿Sabes por qué mi hermana y yo nos llevamos 14 años? —interrogó él por respuesta, con una leve sonrisa en la boca.

—No, ¿por qué?

—Mi padre y mi madre eran iguales. Ambos tenían el mismo temperamento y discutían tanto como se querían. Se divorciaron una vez y al final, irremediablemente, volvieron a acabar juntos y, tras varios años de convivencia, se casaron por segunda vez. Entonces vino Susan.

Cada día que pasaba, cada instante que compartían, Emma sentía que James le gustaba más y más. La expresión que vio en sus ojos cuando dijo «entonces vino Susan» hizo que en su boca apareciera también una sonrisa. Alguien que podía amar así a una hermana, ¿por qué no podía reconocer también otro tipo de amor?

No obstante, sus ensoñaciones de que James en cualquier momento reconocería que entre ambos había mucho más que una amistad desaparecieron de su mente en la fiesta que se celebró después de la presentación y una rabia casi homicida la embargó. Puesto que la fiesta era en su ciudad natal, James invitó a varias personas, entre ellas una cuantas mujeres. Durante toda la noche estuvo tonteando con ellas, agarrándolas por la cintura, susurrándoles cosas y haciéndolas reír. Emma, que estaba pendiente de su familia, se quedó a un lado y aunque los celos la incitaban a ir hasta James y alejarlo aunque fuera a rastras de las chicas que lo rodeaban, no se acercó a él en toda la noche. Él tampoco lo hizo, y eso que prácticamente todo el equipo de la película se acercó en algún momento de la noche a saludarla y a charlar un poco con ella y sus padres.

La fiesta ya estaba acabando cuando James al fin se dignó a acordarse de ella y se acercó. Emma, dispuesta a hacerse la difícil, se giró cuando lo vio venir y comenzó a hablar con una de sus hermanas.

—¿Emma? —preguntó James a su espalda.

—¡Hola, James! ¿Qué tal la fiesta?

—Genial, aunque yo ya venía a despedirme.

—¿Te marchas?

—Sí, voy a acercar a unas amigas a sus casas.

Emma apretó mucho los dientes a la vez que su mirada se desviaba hacia un grupito de chicas que, con risita tonta, miraba hacia ellos. Bueno, más bien hacia James, pues a ella ni la veían.

—Ah —dijo simplemente.

—Nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

«Serás hijo de la gran... No, espera. Tu madre es una santa. Tú lo que eres es un cabronazo» pensaba Emma, aunque exteriormente dibujó la mejor de sus sonrisas y dijo:

—Claro, nos vemos mañana en el aeropuerto.

Después de varias semanas disfrutando en la cama y durmiendo juntos, él la dejaba a un lado para llevar a sus respectivas casas a esas chicas. ¡Ya claro! Seguro que se las llevaba a todas a su casa para pasar una buena noche. ¡Capullo! ¡Imbécil! ¡Gilipollas!

Y lo peor es que ella había sido tan tonta como para no vérselo venir. Había presupuesto que él no buscaría a otras mientras estuvieran juntos. Desde luego era tonta de remate: ¡si ni siquiera estaban juntos de verdad! ¿En qué mundo feliz vivía ella? ¡Joder! Definitivamente en el mundo de una estúpida que estaba enamorada hasta las trancas.

Aquella noche durmió en casa de sus padres, que estaban entusiasmados tras haber visto la película y haber visto el buen ambiente que había en la fiesta, sin locuras de artistas descerebrados. Tan buena impresión se habían llevado tanto de la película como de la gente que trabajaba con Emma que a su madre parecía habersele olvidado la ansiedad que le había provocado saber que su hija había sufrido bulimia a escondidas. Las dos copas que se había tomado en la fiesta de una bebida color azul eléctrico seguro que también ayudaban.

A la mañana siguiente, Emma se despidió de sus padres y cogió un taxi hasta el aeropuerto, donde embarcó antes de que James apareciera siquiera en la sala VIP. Aposentada en su asiento, se puso los cascos de música, le dio al *play* y se dispuso a no volver a abrirlos en todo el trayecto. Fingiría que dormía para no hablar con James. Estaba tan cabreada con él que no se hacía responsable de sus palabras. Pero el actor no estaba dispuesto a pasar todo el trayecto sin entretenimiento ya que se había acostumbrado a viajar charlando con Emma. La joven notó un dedo en su mejilla, haciendo presión. Desapareció y la fuerza reapareció en la punta de su nariz. Sin abrir los ojos, dijo:

—¿Qué haces, James? Además del tonto.

—¿Estás durmiendo?

—Ya no.

—¿Es que no dormiste anoche para no poder con tu alma?

—Pues no mucho.

—¿Y qué hiciste?

Se lo acababa de poner a huevo, así que Emma no desaprovechó la oportunidad y abriendo los ojos al fin, dijo:

—Me fui de fiesta.

—¿Después de la fiesta de la película?

—Sí.

—¿Y no me invitaste?

—Estabas ocupado con unas amigas si mal no recuerdo.

—Podrías haberme avisado, me hubiera unido a la fiesta después.

«¿Después? ¿Después de qué, de pasar un buen rato con tus chicas?» le escupió Emma mentalmente. Forzó una sonrisita picarona en su cara:

—No era esa clase de fiesta, James.

—¿Entonces?

—Mi hermana Anna está acostumbrada a buscar gente por Internet para quedar. Digamos que fue una cita doble a ciegas.

—¿En serio? —Él había perdido su sonrisa y aquello le gustó a Emma—. ¿Y qué tal?

—Bien.

—¿Solo bien?

—¿Es que quieres que te cuente los detalles, cotilla? No soy de esas. Y ahora déjame dormir, anda.

Volvió a recostarse en su cómodo asiento de avión y cerró los ojos. Cuando al cabo de un rato los abrió solo lo suficiente para ver qué hacía James, se lo encontró sin hacer nada, mirando fijamente el respaldo del asiento que tenía delante. Su mandíbula estaba tensa y su expresión seria, en lugar de afearle el rostro, lo hacía más sexy.

Aquella noche en Atlanta, James y ella se mostraron un poco distantes en la premiere. En todas las presentaciones anteriores el neoyorkino siempre le pasaba el brazo por el hombro o por la cintura cuando tenían que posar para una foto, o la ayudaba a calmar los nervios dándole un apretón de manos, o incluso le tendía su brazo cuando había que subir o bajar escaleras para que Emma no tropezara con sus tacones. Aquel día, nada de nada, aunque sonrieron y trataron a los fans con el mismo cariño y entusiasmo que siempre. En la fiesta que se celebró tras la proyección de la película Emma se encontró con Elsa y Tom, dos compañeros de su etapa en la farmacéutica con los que había hecho amistad y a los que había decidido invitar a la fiesta. Elsa había sido precisamente la compañera a la que le había dado la grabación con las proposiciones indecentes de su jefe.

Sus antiguos compañeros le contaron que, tras haberles renovado el contrato, en lugar de cambiarlos de equipo y de jefe, habían seguido trabajando con el estúpido de Martin y al final, casi medio año después de que Emma se marchara, habían tenido que sacar a la luz grabaciones que tanto ella como otras trabajadoras habían realizado. Tom había sido quien había convencido a las chicas para que hicieran pública toda la información que habían recabado. Él, obviamente, no había sufrido el acoso de su jefe, pero cada día notaba el mal ambiente que había en la oficina y había acabado hartándose.

—¿Entonces conseguisteis echar a Martin?

—Sí.

—¡Bien! —Emma abrazó a Tom con entusiasmo.

—Bueno, bueno, no te emociones tanto —rió él, con las manos posadas en su cintura—. Conseguimos echarlo de nuestra sede. A saber a qué otra gente estará torturando ahora.

—Algo es algo —dijo Emma, no dispuesta a que aquello la amargara—, y ahora mismo vamos a brindar porque habéis librado a nuestras compañeras del neandertal de Martin.

Emma cogió tres copas de champán que un camarero llevaba en una bandeja y las repartió. Los tres entrechocaron sus copas en el aire y después tomaron un largo sorbo. La joven fue a saludar a un par de personas entre los asistentes mientras Tom y Elsa se quedaban allí juntos, charlando entre ellos y atentos a los demás invitados por si veían a algún famoso.

Tras su ronda de saludos y charlas intrascendentes, regresó hasta donde estaban sus amigos y

descubrió que Elsa debía marcharse ya. Resultaba que la joven había tenido un bebé y cada segundo que pasaba allí se sentía culpable y preocupada. Aunque Tom y ella intentaron convencerla para que se quedara, asegurándole que su niña estaría perfectamente al cuidado de su padre y que estaba en su derecho de salir una noche, al final se marchó tras agradecerle a Emma la invitación y darle un abrazo. Tom y ella se dirigieron a unos cómodos sofás y allí se pasaron lo que quedaba de fiesta hablando. Él le contó cómo había ido avanzando el proyecto en el que estaban sumergidos cuando Emma dejó la empresa y hablaron sobre temas químicos como dos aficionados a los deportes hablarían del último partido. Emma se alegró de saber que su cerebro no se había atrofiado después de todos aquellos meses.

Durante toda la velada, procuró no mirar a James, aunque cien de las doscientas veces que no consiguió controlar sus ojos lo vio hablando con alguna chica mona. Aquello la exasperó y regresó al hotel sin despedirse de él y sin intención de buscarle aquella noche.

Se desmaquilló y soltó el pelo, guardando cuidadosamente las numerosas horquillas que había utilizado la peluquera para recogerle el cabello. Se quitó el bonito vestido que había llevado aquella noche y se puso la camiseta del pijama, quedándose con el culote como única prenda de abajo. La temperatura de la habitación era agradable, pero aun así sintió que se le ponía la piel de gallina. Se apresuró a volver al baño y cepillarse los dientes. Cuanto antes se metiera en la cama, mejor. Estaba concentrando la energía del cepillo eléctrico en una muela cuando oyó un par de golpes en la puerta. Se sacó el cepillo y como pudo dijo «un momento!». Escupió la pasta de dientes y se limpió la boca con agua antes de ir a ver quién era. La puerta no tenía mirilla, por lo que preguntó:

—¿Quién es?

—James.

Aquello la sorprendió. ¿Qué hacía él allí? Abrió un poco la puerta, solo lo justo para verle. No quería que la viera con tan poca ropa, aunque lo cierto era que él ya debía de estar más que acostumbrado.

—¿Qué quieres, James? —interrogó con sequedad; la expresión huraña de él no pronosticaba nada bueno.

—¿Estás sola?

—No —fue su contestación tras espetarle mentalmente un «¿Y a ti qué te importa?»

Repentinamente él empujó la puerta haciendo que se abriera hasta la mitad y, cogiendo a Emma por la muñeca, tiró de ella hasta sacarla de la habitación. Cerró la puerta antes de que ella pudiera comprender qué estaba haciendo y la pegó contra la pared, quedándose intimidatoriamente cerca, a escasos centímetros. Aquello no impidió que la mirara de arriba abajo y viera la poca ropa que llevaba. Cuando la miró, sus ojos daban miedo.

—Esto no me gusta.

—¿El qué? —interrogó ella, completamente desconcertada y un tanto acobardada.

—Que estés con otros.

Emma parpadeó. Fue todo lo que pudo hacer y James malinterpretó su falta de reacción. Se echó un poco hacia atrás y se cruzó de brazos. Sin mirarla a los ojos, dijo:

—Sé lo que habíamos acordado, pero creo que deberíamos añadir a nuestro trato que no podemos acostarnos con terceros mientras el otro esté presente o cerca.

—¿Qué?

La voz desconcertada de Emma consiguió que James la mirara a los ojos fijamente. Su expresión era casi peligrosa.

—No quiero que estés con otros mientras yo esté cerca.

—¿Por qué?

—¿¡Cómo que por qué!? Me pone...

Emma aguantó la respiración inconscientemente. ¿Iba a decir «celoso»? ¿Iba a decirlo? ¡Por favor, que lo dijera! No obstante, él sorteó el escollo:

—Me pone de muy mal humor. Me cabrea.

Emma lo empujó, consiguiendo algo más de espacio personal, e imitando la postura de él, dijo:

—Tú tampoco podrás estar con ninguna chica. A mí también me irrita verte.

—¿Verme? ¿Cuándo me has visto tú a mí con alguna chica?

—¡Oh, por favor! Te pasas todas las fiestas hablando y coqueteando con chicas. Y en Nueva York te llevaste a un par a tu casa.

—¿Qué dices? Las llevé a su casa.

—¡Ya claro!

—Emma, en serio. Son amigas mías del colegio. Las acompañé a su casa.

—¿Y por qué no me dijiste si nos veíamos después esa noche? —interrogó Emma, todavía cruzada de brazos y con voz agresiva.

—¿Yo qué sé? No lo pensé. Cada uno dormía en su casa y pensé que querrías disfrutar de tu familia un rato.

—Ya, claro.

—Te lo prometo, Emma. Además, —su tono se volvió acusatorio— ¿qué me estás echando en cara si en cuanto saliste de la fiesta te fuiste a una cita doble a ciegas?

Ella pareció calmarse un tanto con aquello y haciendo un mohín preguntó:

—¿Me prometes que a esas chicas solo las dejaste en su casa?

—¡Sí! Te lo prometo por lo que quieras.

Sin mirarle a la cara, Emma confesó:

—Me inventé lo de la cita doble.

—¿¡Qué!?

—Estaba cabreada, ¿qué querías?

—¿Te inventaste lo de la cita? ¿En serio?

—Que sí, pesado.

James negó con la cabeza a la vez que se pasaba la mano por el pelo. Su mirada volvió a recorrer el cuerpo de Emma, en especial sus sexys piernas, totalmente expuestas. Para no perder el hilo de la conversación, miró la puerta de su habitación y se recordó que Emma no estaba sola. Aquello consiguió que la rabia aplacara el deseo.

—¿Entonces estamos de acuerdo? —interrogó.

—¿En qué?

—No estaremos con nadie más mientras el otro esté cerca.

—Define cerca.

—La misma fiesta, el mismo hotel... ¿de acuerdo?

—No —negó la joven.

—¿Cómo que no?

Emma pensó si decir lo que iba a decir durante tan solo una fracción de segundo.

—No estaremos con nadie más mientras tú y yo tengamos trato.

—Define trato —la imitó él más por inercia que por burla, pues en aquel momento no estaba para bromas.

—Trato no de acuerdo, sino de tener relación. Vamos, que nos veamos cada poco. Fijemos un plazo de... no sé, una semana sin vernos para que podamos estar libremente con otras personas.

—¿Una semana sin vernos?

—Sí.

—¿Y eso por qué?

—A mí me resulta tan irritante verte coqueteando con otra como saber que estás con otra.

James pareció sopesar aquello durante unos segundos. Emma sentía su corazón latir pesadamente en su pecho. ¿Y si James decía que no? Peor aún, ¿y si James se daba cuenta de que lo que le estaba pidiendo se acercaba demasiado a la fidelidad de una relación formal?

Él pareció darse cuenta de lo que le estaba pidiendo.

—No, Emma, eso es demasiado.

Durante un segundo el corazón de la joven se detuvo. Por suerte su cuerpo tomó la iniciativa y decidió encogerse de hombros por su cuenta. Se giró hacia la puerta a la vez que decía:

—De acuerdo.

Él la agarró por la cintura, deteniéndola.

—¿Dónde vas?

—Si no hay trato... —dejó la frase suspendida a la vez que bajaba la manivela.

—De acuerdo, de acuerdo —la retuvo él—. No estaremos con nadie mientras tú y yo estemos...

—buscó la palabra adecuada y al no encontrarla reformuló la frase— mientras tú y yo sigamos acostándonos. Con una semana de margen has dicho, ¿no?

—Sí.

—De acuerdo.

—¿En serio?

—Sí.

El corazón de Emma aleteaba. Su abuela le había propuesto que pusiera celoso a James para hacerle ver lo que de verdad sentía por ella y sin proponérselo había conseguido que él fuera tras ella para hacer su relación más seria. Claro que a él no podía planteárselo así o saldría corriendo. Todavía le parecía un milagro que hubiera aceptado. ¡Si según él no estaba celoso, sino cabreado/malhumorado, y todo porque «celoso» implicaría demasiadas cosas!

Extendió la mano y James se la estrechó con fuerza, sellando así su acuerdo.

—Vale, ahora dile a ese que salga de tu habitación.

De la garganta de Emma escapó una carcajada. Al ver que él fruncía el ceño, se cubrió la boca con la mano intentando contener la risa. Aquello hizo que las cejas de James se juntaran todavía más.

—¿Te hace gracia?

—Un poco sí.

—Pues a mí no me hace ninguna. —Golpeó con el puño la puerta tres veces—. Será mejor que te vistas porque cuando entre saldrás con lo que lleves puesto.

Emma lo miraba con la boca abierta y James se dio cuenta.

—No me mires así y abre la puerta.

La joven decidió alargar un poco más su sufrimiento.

—¿Con qué llave si me has sacado a rastras y has cerrado la puerta?

Tras mirarla un segundo, James aporreó la puerta con renovadas energías.

—¡Abre la maldita puerta! —vociferó.

Emma se rió a la vez que miraba a su alrededor, preocupada porque las voces de su



acompañante pudieran hacer salir a algún huésped.

—James, James —intentó calmarlo a la vez que le frenaba la mano para que no volviera a golpear la puerta—. No hay nadie dentro.

—Pero si has dicho...

—Mentí.

—¿Estabas sola?

—Sí.

James la miró con una expresión oscura en los ojos. Parecía cabreado.

—Eres una mentirosa compulsiva.

—Cuando me cabrean, sí.

—Esta me la vas a pagar.

—¿En serio? ¿Cómo? —intentó sonar burlona, aunque lo cierto es que estaba un poco preocupada porque él parecía molesto de verdad.

—¿Cómo? ¿¡Cómo!? ¡Ya verás cómo!

Se inclinó hacia delante y con unos rápidos movimientos se la cargó al hombro.

—¡James! —protestó ella, con el hombro masculino clavándose en su barriga.

Él no contestó y en dos pasos llegó a la habitación contigua, la suya.

—Nada de lo que puedas hacerme aquí será malo —comentó ella, riendo de nuevo.

Un cachete en el culo hizo que soltara una exclamación de sorpresa.

—Ya veremos... —fue lo único que dijo él antes de cerrar la puerta tras ambos.



Las críticas de la película estaban resultando muy positivas. La anterior había gustado y las reseñas negativas se habían cebado sobre todo con Sue, por lo que con el cambio de actriz protagonista habían conseguido evitar que las críticas en ese aspecto se repitieran. De hecho, la gente parecía estar encantada con Emma tanto fuera como dentro de la pantalla.

Durante la promoción de la película la joven descubrió que tenía una agente. Se llamaba Kim y la productora se la había asignado para que velara por sus intereses y gestionara propuestas de trabajo. Tras la entrevista compartida con Sue, Kim la llamaba día sí y día también con proposiciones de trabajo. Le faltaban dedos en las manos para contar el número de revistas que la querían en su portada. Emma se sentía algo aturdida ante tanto interés y procuraba centrarse en el presente y en la promoción para no marearse con su nueva situación.

Tras visitar distintas ciudades de los Estados Unidos haciendo premieres, hicieron un breve descanso de apenas dos días y enseguida volaron a México para presentar allí la película. La premiere se realizó en un gran centro comercial y el griterío de los fans fue ensordecedor. Incluso le costaba oír las preguntas de los periodistas en la alfombra roja que habían dispuesto para ellos.

Fue en una entrevista con una periodista mexicana donde Emma dio a conocer públicamente que era medio española. Hacía un tiempo, años ya, James se había hecho el sabiondo en una entrevista y había dicho que sabía hablar español, por lo que la periodista, ni corta ni perezosa, le tendió el último libro de la saga, que había salido varios meses atrás, para que lo leyera en voz alta.

—¿Por qué no prueba Emma antes? —preguntó, intentando desviar la atención.

—¡No, no! Quiero oírte hablar español, no sabía que lo hablaras —respondió la joven, rehusando coger el libro. Lucía una sonrisa maliciosa en la cara, pues sabía perfectamente que no hablaba el idioma, ¡si cuando había pasado el verano en España le había costado hasta decir «paella»!

—Seguro que tú lo haces mejor que yo.

—¡Venga, James! Prueba.

—Sí, prueba —animó la entrevistadora.

Resoplando, James abrió el libro por una página al azar. Las letras le bailaron ante los ojos. ¿Cómo diablos se leía aquello? No había mentido cuando había dicho que sabía hablar español, al menos no completamente. Había dado unas cuantas clases de castellano, por lo que cuando terminó el cursillo sabía decir algunas cosas, pero de eso ya hacía bastante y el escaso conocimiento que había adquirido del idioma parecía haberse evaporado.

—Emily... —intentó ayudarle Emma, que se había pegado a él para poder ver el contenido del libro.

—¡No me quites la única palabra que sé decir! Anda, anda, tú que tienes tantas ganas de leer, lee.

Le pasó el libro y Emma decidió ayudarle:

—De acuerdo, yo leo pero tú después les dedicarás a todas tus fans un saludo en español.

—Vale.

Tras leer un párrafo en perfecto español y explicar por qué sabía leer y hablar castellano, Emma se acercó a James y le repitió varias veces una serie de palabras hasta que él se las aprendió.

Después, con voz algo insegura pero una cara de lo más sexy, James dijo mirando a la cámara:

—Hola a todas mis fans mexicanas. Os quiero y desde aquí os mando un gran beso —remató la frase llevándose la mano a los labios y lanzando al aire un beso, tal y como le había dicho Emma que hiciera.

La periodista y Emma se rieron, encantadas, y James se giró hacia ellas, preocupado.

—¿He dicho algo mal?

—Te ha salido perfecto. Choca esos cinco.

Tras México, llegaron las presentaciones en Londres, Berlín, Roma, París y Madrid. A la que se hizo en Francia acudieron varios tíos de Emma y, por supuesto, los gemelos Olivia y Leandro, que aunque vivían en el Sur de Francia no se iban a perder un evento así. Sus dos primos le entregaron en la fiesta una caja cuadrada que pesaba como un demonio.

—Es tu regalo de cumpleaños, pero prométenos que no lo abrirás hasta el día de tu cumple.

—Vale —respondió Emma, tendiendo los brazos para que le entregaran el paquete.

—No, prométenoslo.

—Os prometo que no abriré el paquete hasta el día de mi cumpleaños.

Pero un par de horas después, en la habitación de hotel de James, Emma comenzó a despegar el celo del regalo.

—¿No les has prometido que esperarías hasta tu cumpleaños? Que por cierto, ¿cuándo es?

—El 17 de abril. ¡Aún queda mucho! Y quieren que lleve este paquetito a todos lados hasta que regresemos a Los Ángeles.... ¡imagina que lleva droga! ¿Qué les digo entonces a los de seguridad en el aeropuerto?

—¿Cómo te van a regalar tus primos droga?

—Es mejor curarse en salud, ¿no crees?

James sonrió a la vez que se quitaba la camisa; no podía hacer otra cosa viéndola tan emocionada e impaciente. Emma estaba de rodillas sobre la cama, con el bonito vestido que había llevado aquella noche todavía puesto y el regalo entre las manos. «Preciosa» formuló la palabra su mente. Y es que la joven estaba radiante.

Emma terminó de destapar el paquete y se encontró con una caja. Antes de abrirla la sacudió para ver si emitía algún ruido, pero nada. Quitó la tapa y...

—¡Ja! —soltó una franca carcajada y después se dejó caer en la cama, desternillándose.

—¿Qué te han regalado? —interrogó James, acercándose hasta ella. Miró la caja, pero sus ojos no comprendieron lo que estaban viendo. Todo lo que sabía es que había una nota pegada a una cosa que no reconocía.

—Un ladrillo.

—¿Un ladrillo?

Emma volteó la caja y en su mano quedó un ladrillo de color rojo. La joven se partía de la risa y James no pudo por menos que sonreír, aunque cada vez entendía menos.

—¿Y qué dice la nota?

—«Sabíamos que no te ibas a resistir, pero te toca esperar».

—Están locos. Y tú también, mira la risa que te ha dado.

Emma seguía tronchándose de risa sobre la cama y James la miraba embelesado. Nunca había visto a nadie tan contento por un falso regalo tan simple. Emma, una joven sobre la que últimamente recaían miles y miles de miradas, de la que comenzaba a hablarse en medios de comunicación, revistas especializadas en cine y páginas de Internet, era la mujer más dichosa de París con un simple ladrillo. Se tumbó junto a ella en la cama para compartir aquel momento tan

simple y a la vez maravilloso.

En España, los abuelos y otros familiares de la joven también acudieron a la premiere. Julieta se comió a besos a su nieta y le bastaron apenas dos intercambios de miradas entre James y Emma para saber cómo avanzaban las cosas entre su nieta y el compañero de trabajo de esta.

—Lo tienes en la palma de tu mano —le susurró Julieta, dándole otro efusivo abrazo que no extrañó a nadie.

—No es tan fácil, abuela...

—Yo solo te digo lo que veo —dijo en un susurro, y después, haciendo enrojecer a Emma, cantó en voz alta—. *Se te nota en la mirada que vives enamorada.*

La mirada de Emma voló a James, pero este simplemente sonreía junto con los demás presentes, en su caso sin sacarle significado a la canción.

—¡Abuela, por Dios! Qué vergüenza —protestó su nieta en un susurro—. Cualquiera que te oiga...

—Dirás más bien si cierto hombre me entendiera...

Tras sacudir la cabeza un par de veces entre reprobatoria y divertida, Emma abrazó a Julieta con fuerza.

—Te he echado de menos, abuela.

Para cuando terminaron la promoción de la película en Europa, la película ya llevaba una semana estrenada en los Estados Unidos y nada más aterrizar de nuevo en suelo Norte Americano les recibió una estupenda noticia: ¡la productora había dado luz verde para que grabaran la tercera parte de la película! La semana de estreno había igualado en taquilla a su predecesora pero con críticas mucho más positivas que la anterior, por lo que se esperaba que la recaudación en los siguientes meses fuera considerablemente superior, así que los guionistas ya se habían puesto manos a la obra con la adaptación del tercer libro para que se pudieran cumplir los mismos plazos que con las anteriores entregas.

Nada más regresar a Los Ángeles, Kim, que también era agente de James, se puso en contacto con ambos para informales de que la sesión fotográfica para el proyecto contra la anorexia y la bulimia se realizaría esa misma semana. Además de las fotos, los entrevistaron a ambos y tuvieron que grabar un par de vídeos, juntos y por separado, que según les dijeron, aparecerían en varios anuncios televisivos y de radio que se emitirían a nivel nacional. Tras finalizar con aquel proyecto, Emma tuvo varias sesiones de fotos más para distintas revistas. En algunas la acompañaba James, en otras muchas no.

El neoyorquino había decidido tomarse un descanso antes de comenzar con la grabación de la tercera película y puesto que el cumpleaños de Emma iba a ser la semana siguiente, decidió no volver a Nueva York con su familia como habría hecho en otras circunstancias. El cumpleaños fue la excusa que dio ante todos, incluido a sí mismo, aunque lo cierto era que para descansar en Nueva York prefería descansar en Los Ángeles disfrutando de la compañía de Emma.

James durmió en casa de ella todos los días. Incluso se duchaba allí. Raúl se presentaba todas las mañanas, y aunque la primera vez que lo vio allí de buena mañana con una radiante sonrisa en su cara James se había sentido bastante molesto por su presencia, el cubano desaparecía pronto en la habitación que usaban como laboratorio y no volvía a salir hasta varias horas después. Emma, sin tener que pensárselo mucho, decidió que aquella semana no trabajaría, por lo que no acompañaba a Raúl en sus últimos experimentos. La estancia de James en su casa iba a ser breve y tenía que aprovechar al máximo aquellas mini vacaciones que podían disfrutar juntos.

Un día antes de su cumpleaños llegaron dos paquetes para Emma. Uno bastante pesado de

Nueva York, por lo que era de sus padres, y otro bastante liviano de Francia. Emma abrió primero el de sus padres y descubrió que, como todos los años, sus padres le habían comprado toda una caja de libros de autores españoles. Los volúmenes eran importados directamente desde España para que la versión del idioma fuera la de España. Su padre siempre les había regalado a sus hijas un libro de edición española en sus cumpleaños, además de otro regalo que les hacían él y su madre conjuntamente, aunque con el paso del tiempo Emma, que era la más lectora de todas las Miller, acabó recibiendo exclusivamente libros. Cajas de ellos.

Con ansia, Emma abrió el segundo regalo tras ojear solo por encima el título de los distintos libros. Por su lugar de origen, aquel regalo debía ser de sus primos Leandro y Olivia. Al mirar la fecha del matasellos, se rió al darse cuenta de que aquellos dos gamberros le habían dado el ladrillo envuelto cuando el regalo real ya iba de camino a Estados Unidos. Al abrirlo se le quedó cara de tonta al ver que se trataba de un fotolibro con las fotos del viaje en tren que habían hecho durante el verano. James sujetó a Emma entre sus brazos mientras esta pasaba las hojas y le contaba las anécdotas que había tras cada foto.

—Definitivamente tú y yo tenemos que hacer un viaje juntos —dijo James cuando la joven terminó de enseñarle las fotos.

—¿Por qué? —interrogó ella, aunque la expresión de él y su tono ya eran suficientes para enamorarla.

—Como te dije en Roma, eres una compañera de viaje que hace que hasta el monumento más soso resulte interesante.

Emma sonrió, aunque lo cierto era que si por ella fuera, no solo serían compañeros en un viaje físico sino también en el viaje de la vida.

—Por mí partimos cuando tú digas.

James se inclinó hacia ella y la besó suavemente, con calma, con amor. Durante aquella semana que llevaban juntos en la intimidad de sus vidas privadas los besos del neoyorkino se habían vuelto tiernos, románticos. Emma no se había atrevido a comentar nada al respecto y se limitaba a disfrutar de los abrazos que él le daba y de sus frecuentes caricias. James parecía necesitar su roce constantemente y aquello la hacía feliz, pues ella también necesitaba tocarlo y notarlo cerca o sentía que le faltaba algo.

El día de su cumpleaños llegó y Emma se arregló y se puso el bonito vestido blanco de punto que había llevado cuando James conoció a sus padres. Había reservado una sala en un tranquilo restaurante para poder reunir a sus amigos y parte de su familia allí. Anna y Sarah, junto con su marido y su niña, estaban allí, así como Ethan, Raúl, Oliver y Meredith. También estaba Vivian, la compañera del grupo que ahora trabajaba en Wisconsin pero que había coincidido que había ido a visitar a su familia aquella semana. De su nueva vida Emma invitó a Sean, a John y a otras personas con las que había hecho amistad durante el rodaje, entre ellas Becka, la ayudante de vestuario que en cuanto se enteró por la televisión de los problemas de Emma con la ropa se había puesto en contacto con ella para pedirle disculpas por haber sido tan brusca con ella el día que le confesó que no entraba en la ropa de Sue. Eran sin duda un grupo variopinto que, por suerte, consiguió encajar bastante bien, por lo que la velada resultó de lo más divertida. En el local también servían bebidas, por lo que tras la cena no tuvieron que marcharse a otro sitio sino que disfrutaron de la fiesta en otro salón.

James se encontraba hablando con Sean cuando por el rabillo del ojo vio que Raúl se acercaba a Emma con una caja. Centró su atención en ambos, aunque todavía era capaz de escuchar lo que Sean le estaba diciendo. Raúl le entregó la caja a Emma a la vez que le daba dos besos (¡menuda

manía más irritante de ir dando dos besos tenía aquel hombre!). Emma sacudió la caja para intentar adivinar qué había dentro y tras poner cara de desconcierto, rasgó el papel de regalo y abrió la caja. Su cara de confusión fue todavía mayor y miró a Raúl, que parecía estar conteniéndose la risa. Emma metió la mano en la caja, sacando un plástico blanco, y buscó y buscó, pero al parecer no encontró nada. Raúl le dijo entonces algo que James no llegó a entender y la joven se echó a reír a carcajadas, así como el resto del grupo con el que estaba. Emma y él se abrazaron entre risas.

James no pudo mantenerse apartado durante más tiempo y, tras pedirle a Sean que le disculpara un momento, se acercó hasta la cumpleañera forzando una sonrisa.

—¿Qué te ha regalado? —preguntó, fingidamente divertido.

—Papel de burbujas. Papel de burbujas gigantes —se rió Emma.

Miró el contenido de la caja y vio que, efectivamente, en el interior había varios metros de papel de burbujas con el que se envuelven las cosas delicadas en el transporte. Las burbujas eran del tamaño de una uña de dedo gordo. Miró a Raúl y Emma con desconcierto. ¡Pues vaya mierda de regalo!

Pero los dos amigos sonreían, y al ver la incompreensión en el rostro de James, el cubano explicó:

—Cada vez que nos llegaba un paquete con productos cosméticos para examinar, Emma siempre le prestaba más atención al papel de burbujas que a las cosas que habíamos comprado. Y me dejaba a mí catalogando productos mientras ella ¡pop!, ¡pop!, ¡pop!, se pasaba todo el rato explotando las burbujas. ¡Me tenía loco! Así que he decidido regalarle unos cuantos metros de pompas gigantes para que se entretenga. —Se giró hacia Emma y preguntó—: ¿Te gusta el regalo, preciosa?

—¡Me encanta, Raúl!

Para consternación de James, los dos volvieron a abrazarse con fuerza. Pero todavía no había llegado lo peor.

—Tengo otro regalo para ti —anunció el cubano, cogiéndole ambas manos a Emma.

—¿Otro?

—Un bailecito. —Hizo un gesto con la cabeza y un empleado del local hizo que por los altavoces comenzara a sonar salsa.

—¡No, por Dios, no! —protestó Emma, avergonzada, pero Raúl ya había comenzado a mover sus caderas y sus pies con los pasos básicos del baile—. No, en serio, no, Raúl. Llevo un mes sin practicar.

Tenía razón, con la promoción de la película y las mini vacaciones se había perdido muchas clases de baile. ¡En ese momento ni se acordaba de cómo se bailaba la salsa!

—Baila con Anna, que ella sí ha seguido yendo a las clases —dijo la joven, que veía a su hermana moverse al ritmo de la canción.

—No, no, no —negó Raúl, tirando de ella hacia una zona despejada de sillas—. Este baile es para ti.

La joven miró a su alrededor, pero estaba tan nerviosa y avergonzada que su cerebro no procesó la expresión furibunda de James, solo las sonrisas que casi todos exhibían en sus caras y las palmas que algunos invitados daban. Miró de nuevo a Raúl, que la hizo colocar sus manos en la posición correcta y, tras marcar con su cabeza una cuenta atrás, dio un paso hacia adelante, haciéndola retroceder a ella.

—Uno, dos, tres. Cinco, seis, siete —iba diciendo conforme la hacía ir hacia delante y hacia detrás.

Emma recuperó entonces la memoria de cuáles eran los pasos de baile y su cuerpo comenzó a soltarse. Paso, punta, retroceso. Paso, punta retroceso. Para cuando Raúl le pidió la mano izquierda y le hizo un movimiento en forma de J con la mano derecha, Emma ya estaba preparada para seguir sus indicaciones no verbales y dio una vuelta sobre si misma guiada por la mano de Raúl, que sonreía ampliamente ante las habilidades de su discípula. Habían bailado ya una buena parte de la canción, valiéndose de pasos bastante básicos, cuando Raúl le tiró de una mano a la vez que se hacía a un lado. Emma intentó recordar qué significaba aquello pero no le vino nada a la mente. Aun así se dejó llevar por los movimientos de su compañero, que al parecer quería que cambiaran de lado. Habían casi completado la vuelta cuando sus pies se liaron, Emma trastabilló y Raúl tuvo que rodearla con sus brazos para que no se cayera.

—Creo que me perdí esa clase —se rió Emma.

—Eso parece.

—Yo quiero, yo quiero, yo quiero —llegó corriendo Anna, dispuesta a robarle el compañero de baile a su hermana—, que yo ese paso sí me lo sé.

Raúl y su hermana comenzaron a bailar y algunas otras personas se unieron a ellas en la improvisada pista de baile. Emma se acercó a James.

—¿Y esa cara seria? —interrogó jovial, pero para su sorpresa él se giró y se alejó de ella sin mediar palabra—. ¿James? —Lo siguió.

—Déjame, Emma. Ve a divertirte.

—Pero James...

—Déjame.

—James...

Acababan de salir del salón en el que estaban sus amigos, pero James no se detuvo allí sino que siguió andando hacia la salida del local. Emma intentó detenerlo sujetándolo del brazo y finalmente él se detuvo, volteándose hacia ella con cierta brusquedad.

—No me gusta, Emma.

—¿Qué no te gusta?

—Tu amigo —dijo la palabra con retintín.

—¿Raúl?

—Sí, ese que siempre te está besuqueando y diciéndote cosas en español que no entiendo. Ese que siempre está en tu casa.

—Raúl es así de cariñoso con todo el mundo, James. Y está en mi casa porque trabajamos allí.

—¿Y los demás no trabajan allí, Ethan y Oliver?

—Pues no, ellos se han hecho sus propios laboratorios. Además, se dedican a cosas distintas. Raúl y yo hacemos la base de los productos y ellos después van haciendo las distintas variedades.

—Raúl y tú, Raúl y tú, Raúl y tú.

—James, no te entiendo. Sabes que Raúl es solo un amigo. Lo sabes.

—Él quiere más, Emma. Se le ve. Se lo noto. Mira si no cómo te ha agarrado en el baile, cómo te mira...

—Te estás confundiendo, pero ¿y si fuera así, qué?

—¿Cómo que y qué? Llegamos a un acuerdo de no hacer nada que pudiera molestarnos mientras estuviéramos juntos y tú no te separas de tu amigo Raúl.

—James —dijo Emma, acercándose a él y acariciándole las mejillas. Él se retiró—. De quien no me separo es de ti. Hemos pasado unas semanas maravillosas, ¿no crees? No lo estropees todo ahora con unos celos sin sentido.



En cuanto la palabra «celos» salió de su boca se arrepintió de ello. Había dado nombre propio a la molestia y mal humor que James sentía y aquel nombre evocaba cosas que el actor no quería sentir, que no quería recordar.

La palabra flotó entre ellos durante varios segundos de mutismo en que se miraron a los ojos. Emma vio el miedo asomar a los ojos de James y alargó ambas manos para agarrarle por los brazos y retenerlo, pero James volvió a retirarse, huyendo de su agarre.

—Ya hablaremos, Emma.

—James...

—Ya hablaremos.

—Pero...

—Necesito espacio, ¿de acuerdo? —dijo, suavizando su tono.

Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla. Un simple y casto beso acompañado de un «feliz cumpleaños» que silenció a Emma por completo y la dejó petrificada mientras él se alejaba.

—Emma —dijo a su lado la voz de su hermana Anna casi un minuto después—, ¿estás bien?

La joven pareció recuperar entonces la movilidad de su cuerpo y se llevó la mano al pecho.

—Me he enamorado de la persona equivocada.

Aquella noche James no fue a casa de Emma a dormir y Emma, sin poder conciliar el sueño, aprovechó para compartir con su hermana Anna todo lo que llevaba tiempo sufriendo en silencio. Le explicó que James huía del compromiso, que se creía incapaz de amar y que estaba con ella solo porque le había prometido que no se enamoraría de él. Le contó que cada día le recalaba a James la fantástica relación de amistad que tenían solo por temor a que él se pusiera a pensar lo que había entre ambos y concluyera que lo suyo hacía tiempo que había dejado de ser una simple amistad, si es que alguna vez había sido solo eso. Le confesó que estaba enamorada de él, enamorada hasta el alma, y le dijo, al borde de las lágrimas, que no sabía si volvería a verle.

—¿Cómo no vas a volver a verle, tonta? ¡Si en nada empezaréis a rodar una película juntos!

—Pero yo no quiero verle por trabajo, Anna, yo quiero que toque ahora mismo el timbre y en cuanto le abra la puerta me coma a besos y me diga que me quiere.

—Si te sirve de consuelo, yo estoy contigo en que él también está enamorado de ti. Os he visto toda esta semana haciéndoos arrumacos. ¡Si James ni tan siquiera puede estar sin tocarte más de cinco minutos! Ese tío es tonto y no lo sabe si no se ha dado ya cuenta de que está coladito por ti.

Emma suspiró.

—¿Por qué habré tenido que decirle que estaba celoso?

—Porque lo estaba.

—¿Pero por qué se lo he tenido que decir?

—Porque estaba siendo un capullo. Mira que montarte un numerito el día de tu cumpleaños... Y todo por bailar con Raúl. Mejor será que no vaya nunca a una de las clases de baile, porque si le ve enseñándote los movimientos, se muere. ¡Si Raúl me acalora hasta a mí cuando me pone las manos en la cintura y empieza que si suavemente para allá, que si suavemente para acá! ¡Ojú!

Anna se abanicó con la mano y consiguió lo que buscaba, hacer que Emma se riera tanto por la expresión que llegaba desde el otro lado del charco como del gesto, que emulaba al que solía hacer una tía abuela suya cuando veía a «un mozo de buen ver», como decía ella.

—Nunca voy a conseguir que supere su resistencia a amar —se rindió Emma, hundiéndose en el sofá.

—Según yo lo veo, sería más correcto decir que no vas a conseguir que supere su fobia al léxico amoroso.

—¿Cómo?

—¿Puede decir que verte con otro le pone de mal humor pero no puede decir que está celoso? ¿Puede decir que sois amigos especiales pero no una pareja? ¡Venga, hombre!

—Le asusta lo que esas palabras significan, Anna.

—Lo dicho, es tonto y no lo sabe. Aunque bueno, era de esperar: está cañón, así que tenía que ser gay, estar pillado o tener poco cerebro.

—Todo lo que te he contado de James es un secreto, ¿eh? No se lo puedes decir a nadie. Si James se entera que te he contado algo, me mata.

—Tranquila, todo lo que tenga que ver contigo y con James juntos va directo a la sección de secretos de mi memoria.

—Pero la historia de James también.

—¿Y no lo puedo contar ni aunque me pregunten algo curioso de James? ¿Ni aunque me

paguen?

—¡Anna!

—Era broma, era broma. Está archivado en la sección *top secret*.

Al día siguiente James tampoco dio señales de vida y Emma le mandó a medio día un mensaje en el que simplemente decía «¿Todo bien? Espero que no te tocara dormir en un motel de mala muerte». No le mandó ningún otro mensaje a fuerza de voluntad.

—Le vas a echar mal de ojo al móvil —le dijo su hermana.

—Toma.

—¿Quieres que te lo guarde?

—Escóndemelo. Pero en un sitio que si me llaman o me mandan un mensaje puedas oírlo, ¿eh?

Casi tres horas después Emma le suplicaba a su hermana que le devolviera el móvil.

—¿No me has dicho que te lo escondiera?

—Sí, pero ¿y si me ha enviado algo y no lo has oído?

—No te ha mandado nada.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Porque acabo de mirarlo, Emma. Si James te escribe o te llama, te lo diré.

A la hora de acostarse, Emma llegó a ponerse de rodillas en la cama de Anna para rogarle que le devolviera el teléfono. Tras varias suplicas, Anna alias Dama de Hierro le tendió el móvil. No tenía ningún mensaje de James.

—¡Cómo odio que huya de los problemas! —le gritó al móvil.

Anna, que se debatía entre la risa y la desesperación por el comportamiento de su hermana durante todo aquel día, le dijo:

—Espero que recuerdes ese odio dentro de un minuto y no lo llares arrastrándote.

Emma miró a su hermana y después al móvil. Evaluó lo que acababa de decirle y finalmente le volvió a tender el teléfono.

—Guárdalo tú.

—¿Otra vez?

—Sí. Tienes razón, lo llamaría.

—Si te lo guardo no te lo voy a devolver hasta mañana por la mañana, ¿comprendido? Ahora voy a acostarme y si me despiertas para que te lo dé no respondo de mis actos.

Emma lo dudó durante unos segundos pero acabó dándole el teléfono a su hermana con un largo suspiro.

—Si lo llamo va a ver que estoy desesperada y va a ser mucho peor.

A la mañana siguiente a Emma no le importó que fuera lunes y preparó crepes con chocolate, no porque estuviera de buen humor sino porque había prometido no despertar a su hermana pero el olor de aquel desayuno siempre conseguía poner en pie a Anna. Y su hermana, que no era tonta, salió con el teléfono en la mano y, antes incluso de saludar dijo:

—Acepto el soborno. Y no hace falta que lo mires, no ha llamado.

Aquel día, Emma se permitió mandarle otro mensaje más a James: «¿Sigues vivo? ¿Tengo que llamar al 911?». Después se metió en su laboratorio y trabajó sin descanso y sin reírle las gracias a Raúl, que en un principio se alegró de que hubiera vuelto de sus «mini vacaciones» pero después se dio cuenta de que no regresaba precisamente de buen humor.

—¿Todo va bien con James? —interrogó con cierta precaución.

—Maravillosamente.

Raúl no añadió nada ante aquello. Se puso en pie y fue hasta una estantería, donde comenzó a

buscar algo. Emma siguió concentrada mirando por el microscopio. Anotó algo en la libreta que tenía a la derecha y vio por el rabillo del ojo que Raúl se acercaba de nuevo, pero en lugar de sentarse en su mesa, se quedó parado a su lado.

—¿Qué pasa? —interrogó tras unos segundos en los que él estuvo allí de pie a su lado sin decir nada.

—Creo que esto te vendría bien —dijo él, tendiéndole un botecito de crema.

Ella lo cogió en una mano, pensando que tenía algo que ver con el trabajo.

—¿Crema antiarrugas? No estoy ahora mismo con eso.

—No, si es para que te la echas, porque tu «maravillosamente» te está llenando esto de arrugas.

—Le pasó un dedo por la frente y las arrugas se marcaron todavía más cuando ella frunció las cejas

—. ¿Qué pasa, preciosa?

—James y yo hemos discutido, pero no quiero hablar de eso.

—¿Espero que no fuera por el baile? —ignoró él la última parte.

—¿Por qué tendría que ser por el baile?

—Se marchó de la fiesta justo después del baile y hay muchos hombres que se ponen... digamos... nerviosos, cuando sus chicas bailan con otros.

Emma no contestó. No quería hablar de ello, pues una vez empezara no podría parar.

—¿Sabes cuál es el mejor modo de solucionarlo? —interrogó Raúl ante el mutismo de su amiga.

—¿Cuál?

—Tráetelo a las clases, que él también aprenda a bailar, así en la pista de baile serás toda suya.

Emma se giró para mirar a su amigo. Recordó lo que James le había dicho, que Raúl sentía algo por ella, que quería más que una amistad. Pero ella solo podía ver la sonrisa franca de su amigo, la preocupación y la pena en sus ojos. ¿Si realmente Raúl sintiera algo por ella no estaría en ese preciso momento intentando aprovecharse de la situación en lugar de estar diciéndole cómo solucionar las cosas con James?

—¿Que lleve a James a las clases de baile? —dijo Emma lentamente, para después añadir con una sonrisa—: Tú lo que quieres es que todas las chicas de Los Ángeles se apunten a tu curso.

—No me vendría mal, para qué mentirte —se carcajeó el cubano.

James no contestó a su mensaje en todo el día y cuando dieron el día de trabajo por terminado y Raúl se marchó a dar una clase de baile, Emma volvió a la tortura de esperar a que el dichoso móvil anunciara una llamada o un mensaje. ¿Y si estaba haciendo mal al no mostrar más interés? Tenía que llamarle... Pero eso solo lo haría una novia. Una amiga tras una pelea guardaría más las distancias y simplemente esperaría a que se le pasara el cabreo. ¿O no? ¡Uf! Era todo tan difícil con James. Nunca sabía lo que era normal y lo que no. Y si al menos supiera dónde estaba... ¡ni tan siquiera sabía si seguía en Los Ángeles!

Su hermana acababa de marcharse a una cita con una tal Elisabeth con la que llevaba hablando ya un par de semanas cuando el timbre de la puerta sonó. Emma se levantó de un salto del sofá donde estaba leyendo con un nombre en mente, «¡James!», pero mientras se dirigía hacia la puerta intentó calmarse. Seguro que era Anna, que se habría olvidado algo y le daba pereza sacar la llave.

Espió por la mirilla y comenzó a dar saltos de alegría al ver a James al otro lado. Contuvo el impulso de abrir inmediatamente y solo cuando se hubo calmado lo suficiente abrió la puerta.

—¡James! —se permitió exclamar con una sonrisa—. ¡No estás muerto!

—No, por suerte sigo vivo y coleando. Y siento no haber contestado a tus mensajes.

—No importa, pasa.

Se apartó a un lado y le invitó con el brazo a pasar, pero él no se movió de donde estaba. La miró con tanta intensidad que Emma comenzó a asustarse.

—¿Qué pasa, James? ¿Estás bien?

—¿Estás cabreada conmigo? —interrogó, allí plantado en su puerta.

—No, solo un poco molesta porque no dieras señales de vida. Me has preocupado.

Dijo con sinceridad. Ahora que lo tenía delante, que había ido a su casa, ya no estaba cabreada con él. No podía sentir enfado con aquellos ojazos mirándola con la intensidad con que lo hacían, y menos todavía cuando de sus tentadores labios escapó la siguiente pregunta:

—¿Entonces puedo besarte?

Incapaz de articular palabra, Emma simplemente asintió.

James la atrajo hacia sí en un abrazo que la cubrió por completo. Sus bocas se fundieron en una caricia anhelante, desesperada. Entraron a trompicones en la casa y Emma logró cerrar de un puntapié la puerta. James se agachó un poco y, cogiéndola por los muslos, la alzó hasta que Emma enroscó sus piernas entorno a su cintura. Avanzó con ella hasta el salón y cayeron juntos sobre el sofá.

—Siento haber desaparecido —le susurró James contra los labios.

Ella le acarició las mejillas y después hundió sus dedos en el denso cabello de él.

—Lo importante es que ahora estás aquí. Tú y yo así, me encanta.

—A mí también —confesó él.

No llegaron a desnudarse por completo, pues el deseo les quemaba por dentro, urgiéndolos a alcanzar juntos el paraíso, a disolver en el placer mutuo sus diferencias y enfados. James saboreó los gemidos de Emma, acallándolos con besos cuando lo hacían enloquecer demasiado; sintió sus uñas clavándose en su espalda, en sus hombros, en sus brazos, y gruñó excitado en un torbellino de sensaciones que fusionaban el dolor y el placer hasta convertirlo en una sensación enloquecedora que lo obligaba a mover las caderas hacia delante y hacia atrás, dentro y fuera de Emma. Estaba al borde del clímax e iba a hundir su cabeza en el cuello femenino cuando ella atrapó su cara entre las manos y lo obligó a mirarla. Ver sus pupilas dilatadas y sus labios fruncidos en una mueca de placer terminó de catapultar su orgasmo.



A la mañana siguiente, cuando se levantaron y fueron a desayunar, James se dio cuenta de algo tras mirar a su alrededor.

—No has encontrado mi regalo, ¿verdad?

Emma lo miró sorprendida.

—¿Tu regalo?

—Sí, no llegué a dártelo y por lo que veo no lo has encontrado tu solita.

—¿Está aquí, en mi casa?

—Y muy bien escondido al parecer

—¿Dónde está? —interrogó Emma, emocionada.

—Te encantan los regalos, ¿verdad? —sonrió James.

—Mucho. ¿Dónde lo has escondido?

—Búscalos.

Pero Emma no tenía intención de recorrer toda la casa buscando un regalo que no había sido capaz de encontrar tras varios días encerrada en casa, así que optó por sonsacarle a James la información. Se acercó a él poniendo morritos y se le sentó en el regazo. James la acogió con buen gusto, rodeándola con sus brazos.

—Dime dónde está... —pidió Emma con voz melosa acariciándole la mejilla con la punta de la nariz—. *Porfaaaa...* —Al ver que él se resistía, le plantó un besito justo debajo de la oreja y después otro en el cuello—. Dimelooooo.

—Por mí te puedes pasar así todo el día, la verdad.

—Dime dónde está el regalo y me pasaré así todo el día.

James valoró aquella oferta durante varios segundos y después se puso en pie con ella en brazos, como si fueran unos recién casados. Salió de la cocina con cuidado de que Emma no se golpeará contra el marco y fue hasta el dormitorio que quedaba libre en la casa y que utilizaban como trastero puesto que nadie dormía allí. Bajó a Emma hasta el suelo y esta se apresuró a abrir la puerta. Lo primero que hizo fue echar una ojeada a la caótica habitación, pero al no ver ninguna bolsa rara ni ningún trozo de llamativo papel de regalo se acercó al armario y lo abrió. Allí tampoco había nada interesante. Miró a James, que sonreía con un hombro apoyado en el marco de la puerta.

—Pensemos —dijo Emma, obligando a su cerebro a apartarse de los lujuriosos pensamientos que habían asaltado repentinamente su mente—. No lo dejarías a la vista, obviamente, pero creo que te tampoco te mareaste mucho escondiéndolo. Eso quiere decir que si no está en el armario, estará... debajo de la cama.

Se arrodilló junto al lecho y se asomó debajo.

—¡Bingo!

Emma sacó de debajo de la cama una caja rectangular y bastante pesada. James intentó convencerla de que fueran a abrirlo al salón o la cocina, pero ella estaba demasiado impaciente y rasgó el papel de regalo allí mismo.

—¡Hala!

Era una cafetera de cápsulas acompañada de una caja llena de cafés especiales: de origen brasileño, colombiano, indio, etíope y árabe.

—He pensado que como eres adicta al café te gustaría tener una cafetera, y como además eres

cosmopolita, disfrutarías probando otros tipos de café además de los que hacen en las cafeterías de Estados Unidos.

—¡Me encanta, James! Muchísimas gracias.

Llevaron la cafetera a la cocina y tras seguir las instrucciones para limpiarla y ponerla a punto, se prepararon el primer café. El ruido que hacía el aparato era tan exagerado que despertó a Anna.

—Prefiero el soborno de ayer a la taladradora de... —entró protestando, pero se calló al ver que James estaba allí y que había un nuevo electrodoméstico en casa que no era precisamente una taladradora, como había sospechado por el ruido.

—Siento que te haya despertado la cafetera, Anna —dijo James—. En la tienda os prometo que hacía mucho menos ruido.

—Y seguro que en la tienda también salía café —comentó Emma, concentrada en las tristes gotitas que salían de la máquina—. Yo diría que este ritmo no es normal.

Los tres se quedaron mirando la cafetera mientras esta temblaba y crujía, escupiendo café gota a gota. El timbre sonó entonces y Anna fue a abrir.

—¿Qué hacéis? —interrogó poco después una voz masculina.

—Hola, Raúl —saludó Emma—. Estamos intentando descubrir qué le pasa a esta máquina.

—Yo digo que tiene Parkinson —fue la apuesta de Anna.

—Y yo que la chica que me la vendió me echó una maldición gitana por no cogerle el número de teléfono.

Raúl, sin decir nada, se acercó a la cafetera, cogió el depósito de agua, lo sacó de su sitio y lo volvió a encajar. La máquina dejó de hacer ruido y la taza comenzó a llenarse de café casi al instante.

Emma, James y Anna se miraron con cara de tontos hasta que la actriz exclamó, provocando la risa de todos:

—¡Magia!

Disfrutaron de unas deliciosas tazas de café y después Raúl entró en el laboratorio para trabajar. Emma iba a seguirle para trabajar un rato mientras James se duchaba y atendía varios asuntos vía email y teléfono cuando su hermana la interceptó y en voz baja preguntó:

—¿Habéis solucionado lo vuestro?

—Pues... —dudó ella— estamos otra vez bien que es lo que importa.

—¿Y eso qué quiere decir?

Emma suspiró y cogió a su hermana del brazo para meterla en su habitación. Vale que hablaban bajo y que por lo que se oía James ya estaba en la ducha, pero más valía prevenir.

—No hemos hablado de por qué se fue ni de sus celos por Raúl. Me besó, me dijo que sentía no haber dado señales de vida y ya está.

—Vamos, que no habéis solucionado vuestros problemas, solo los habéis dejado pasar.

—No voy a hacer terapia de pareja, Anna. Me gusta lo que James y yo tenemos, y aunque desec más, eso no te lo voy a negar, prefiero tener este poco, esta cosa extraña que nos traemos entre él y yo, a asustarlo y no tener nada.

—Tienes miedo de asustarle.

—Claro que sí, ¿cómo no voy a tenerlo? Le digo que está celoso y desaparece dos días, ¿cómo crees que reaccionaría si intento que examinemos, parte por parte, por qué está celoso? Huiría.

Anna sabía que su hermana tenía razón; aun así, preguntó:

—¿Pero tú qué quieres de él, Emma? ¿Qué buscas en James?

—¿Yo? Yo lo quiero todo de él, Anna, quiero su cuerpo y su corazón. Quiero estar en cada uno



de sus pensamientos, quiero que me ame, que sueñe conmigo, que me eche de menos cuando no estoy con él. Pero me conformo con lo que él quiera darme, porque como te he dicho antes, prefiero tener solo una parte de él a no tener nada.

Aquella noche, James le dijo a Emma que en dos días se marcharía a Nueva York para estar con su familia unos días y le propuso que se fuera con él. Esta aceptó de inmediato y James interrogó:

—¿Raúl y tus otros compañeros no se molestarán porque te cojas tantas vacaciones?

—Qué va, no te preocupes.

Pero James sentía curiosidad por aquel tema y al día siguiente, cuando Raúl se marchaba ya a comer, lo siguió fuera de la casa poniéndole una excusa tonta para desaparecer tras él.

—¡Eh, Raúl, espera! —lo llamó tras bajar corriendo todas las escaleras y pillarlo casi llegando a la puerta del edificio.

—James, ¿qué pasa? —preguntó preocupado.

—Nada, tranquilo, solo quería hacerte una pregunta.

—Pues dispara.

—¿Emma te ha dicho que nos vamos a Nueva York mañana?

—Sí.

—¿Y no hay problema con eso?

—¿Qué problema va a haber? —pareció confundido Raúl.

—Allí no puede trabajar en lo vuestro. No me gustaría que Emma tuviera problemas con vosotros por mi culpa.

Aquella era una buena excusa, pero lo cierto era que James quería saber por qué Raúl era tan permisivo con Emma. Se había mantenido al margen desde que Emma y él hicieran las paces, pero seguía estudiando todos y cada uno de los movimientos de Raúl cada vez que estaba cerca de la joven. No podía evitarlo. Y aquel pequeño detalle de que le diera igual que se marchara en plena semana de trabajo era demasiado peculiar como para no significar nada.

La respuesta de Raúl lo desconcertó:

—Emma es libre de decidir cuándo trabaja en los cosméticos y cuándo no. De hecho, cada hora que le dedica a las mezclas y los experimentos es un regalo que nos hace.

—No lo entiendo —confesó James.

—A ver... —intentó buscar las palabras el cubano—. Este negocio de cosméticos lo hemos montado por muy diversos motivos. Cada uno de nosotros tiene una razón distinta. Yo empecé en él porque odiaba mi trabajo en la fábrica de explosivos y continué cuando me despidieron porque ahora mismo es difícil encontrar un trabajo decente. Meredith se metió porque los cosméticos son su mundo y Oliver porque Meredith es el suyo. Ethan trabaja porque tiene fe absoluta en el proyecto y cree que podremos ganar un montón de pasta con esto. Y Emma, ¿por qué se metió en esto?

—¿Por qué?

—Creo que simplemente por apoyarnos a nosotros. Lo que hacemos la mayor parte del tiempo ni tan siquiera se puede considerar química, solo un pequeño porcentaje es interesante. El resto hasta un mono podría hacerlo. ¿Y qué hace Emma metida en esto si fue la mejor de su promoción, si tiene un trabajo que le da más dinero del que yo espero llegar a ver en los próximos años? Cuando le propusimos que formara parte del negocio fue pensando en que podría hacernos publicidad en el mundillo del cine y que quizá aportaría algo de dinero. Jamás pensamos que dedicaría horas de trabajo al proyecto. —Se detuvo un momento y después continuó—: Emma es nuestra socia capitalista, así que sí, puede irse cuando le dé la gana a donde le dé la gana. Puede

estar un año entero sin hacer ni una sola mezcla, porque cada minuto que dedica a las pruebas es un regalo extra que nos hace.

Raúl sonrió al ver la expresión de su interlocutor y pareció que iba a marcharse, dejándolo con sus pensamientos, pero antes de darse la vuelta le palmeó a James un brazo y le dijo:

—Creo que todavía no eres consciente de la joya que tienes entre manos, James, pero espero que no seas tan tonto como para dejarla escapar.



Los días pasaron rápido y Emma y James no tardaron en recibir el guión de la nueva película, lo que quería decir que la grabación cada día estaba más y más cerca. Internet ardía con rumores e información sobre ambos, pero ellos ni tan siquiera eran conscientes, pues ninguno de los dos se metía en la red a ver qué decían sobre ellos. Susan, que estaba encantada de que Emma llevara durmiendo casi una semana en casa de su hermano, fue la encargada de decirle a la joven actriz que habían aparecido en la red varias páginas dedicadas a ella. Procurando que James no la oyera, comentó que también se habían creado un par de blogs que apoyaban Jemma.

—¿Jemma?

—Sí, es como os llaman a ti y mi hermano juntos. Como Brangelina para Brad Pitt y Angelina Jolie, pero con James y Emma. Mira, mira.

Le enseñó el blog, que estaba lleno de fotos en las que James y ella se daban la mano, se tocaban cariñosamente o incluso parecía que iban a besarse.

—Ay que ver lo que da de sí una foto sacada de contexto —se quejó Emma, viendo una foto en la que parecían a punto de darse un beso cuando en verdad lo que hacían era darse un abrazo.

—Mira con qué carita te mira mi hermano...

La joven se giró hacia Susan con el ceño fruncido. Esta sonreía mirando una foto.

—No me digas que tú has creado uno de estos blogs. Te veo capaz.

—¡No! Pero soy totalmente pro Jemma. Y mi madre también. Hacéis una pareja estupenda. Emma.

Charlotte, la madre de James, la había sorprendido una mañana en casa de su hijo ataviada solo con una camiseta del actor que, por su tamaño, le servía de vestido. Ambas se habían quedado paralizadas mirándose. En aquellos segundos, Emma se imaginó una y mil reacciones por parte de Charlotte, pero ninguna resultó ser la correcta. ¿Cómo iba a prever que la enfermera se acercaría a ella casi al borde del llanto y diciendo «ay, hija mía, hija mía»? Emma imaginaba a su padre en la situación inversa y más que lágrimas de alegría, lo que él derramaba sería sangre.

Así que para cuando comenzó el rodaje de la siguiente película todo el mundo apostaba por Jemma menos el propio James, que pese a haber pasado unos meses maravillosos junto a Emma desde que empezara la promoción, seguía negándose a que fueran algo más que James y Emma.

Lisa, que repetía en aquella película como la encargada del marketing online, los sentó a ambos frente a una cámara una semana después de haber empezado con la grabación y les sorprendió cuando les dijo:

—La gente está pidiendo a gritos que cantéis algo juntos.

—¿La gente está pidiendo a gritos que cantemos algo juntos? —repitió James, desconcertado.

—Sí. Nos han llegado miles de mensajes pidiéndolo.

—¿Y eso por qué? —interrogó Emma, que estaba tan perdida como su compañero.

—¿Cómo que por qué? Por el vídeo.

—¿Qué vídeo?

—¿No lo habéis visto?

—Supongo que no, porque no sabemos de qué hablas —respondió Emma tras confirmar con una mirada que James tampoco sabía nada al respecto.

—Este vídeo. En cuanto se supo que eráis vosotros las reproducciones subieron como la espuma.

Le pasó la tableta electrónica que tenía entre las manos a James y Emma se inclinó un poco más hacia él para ver mejor. Se quedó sin habla al reconocerse a sí misma, a James, y a todos los rostros asustados con los que había compartido refugio en Indianapolis durante el tornado.

—¡No me jodas que subió el vídeo! —dijo arrebatándole la tableta a James para acercársela más al oído. Se oyó a sí misma reñirle al muchacho del móvil por estar asustando a la gente y después pidiéndole la guitarra.

—A la gente le ha encantado lo que hiciste. Lo que hicisteis —se corrigió Lisa mirando a James— Os llaman héroes por haber sido tan valientes y haber tranquilizado a esa gente.

Emma y James se miraron y no se les ocurrió otra cosa que echarse a reír.

—Madre mía...

Aquello les parecía surrealista, y más todavía cuando Lisa les pidió que cantaran para las cámaras. Ante la reticencia de los dos, se enrolló preguntándoles qué canciones les gustaban, cuáles les hacían bailar... finalmente, cuando Emma confesó que últimamente se le había pegado bastante el ritmo de una canción de Jason Derulo, consiguió lo que buscaba y Emma, con voz algo insegura al principio, comenzó a cantar:

*Every time that you get undressed  
I hear symphonies in my head  
I wrote this song just looking at you oh, oh*

A aquella canción que decía «cada vez que te desnudas oigo sinfonías en mi cabeza; escribí esta canción simplemente mirándote» pronto se le unió James, que con sus habilidades de *beatbox* hacía de batería y trompeta, entre otros instrumentos. Cantaron aquella canción mirándose todo el rato el uno al otro, pues necesitaban confirmación visual del ritmo y de las intervenciones de cada uno.

Cuando días después Lisa y su gente subieron el vídeo a Internet y Emma tuvo la oportunidad de verlo, no le cupo duda por cómo lo habían montado y los planos que ponían de que el equipo también apoyaba a Jemma, aunque solo fuera por motivos comerciales.

Tanta aceptación tuvo su vídeo improvisado, que Sean les propuso que grabaran un par de canciones para incluirlas en la película. Cuando James y ella se negaron porque no tenían ni idea de componer, el director les dijo que bastaba con que pusieran su voz a la composición de otro. Así fue cómo James y Emma hicieron sus pinitos en el mundo de la industria musical, ensayando con músicos profesionales y después grabando las canciones en un estudio bajo la atenta mirada de varias cámaras con las que después se haría un vídeo de «así se hizo».

La presión con respecto a su romance fue creciendo y creciendo conforme avanzaba el rodaje. Emma la sentía por todos lados y comenzaba a agobiarse. Si hubiera estado saliendo con James, o incluso si entre ellos no hubiera habido nada más que amistad, aquello hubiera resultado simplemente anecdótico, pero no, ella tenía que vivir con la tensión de intentar que James permaneciera a su lado y sin que se asustara por todo lo que decían los medios y la gente sobre ellos. Por suerte, él no era de los que estaba pendiente de la prensa rosa y John, que sí que podría haberle ido con el cuento, recibió instrucciones precisas por parte de Emma para que no le comentara, ni en broma, la atención que había puesta sobre ambos.

Pero claro, James no era precisamente tonto y sabía que había rumores sobre ambos. Aun así, incluso él hacía el esfuerzo de obviarlos. Emma y él nunca se besaban en público ni caminaban

cogidos de la mano. Los abrazos que se daban y las caricias que compartían cuando había ojos (y objetivos) mirándolos podían confundirse con las de cualquier par de amigos con confianza. En algún momento la gente se cansaría y dejaría de especular. A él solo le importaba que Emma tuviera igual de claro que él lo que había entre ambos.

La situación empeoró cerca del final del rodaje, cuando comenzaron a llegar al estudio reporteros que querían compartir con el mundo qué tal iba la grabación de la película y que siempre acababan preguntándoles por su relación. La tensión que Emma sentía por la presión de los medios y los fans la volvió irascible e hizo que discutiera con frecuencia con James. Las discusiones y malos modos entre ambos provocaron cierto malestar entre ellos y aquello terminó por poner de un mal humor perenne a James, que estaba enfadado con Emma aunque no sabía muy bien por qué ni sabía exactamente qué estaba ocurriendo entre ambos.

La situación terminó de explotar el penúltimo día de rodaje. En el ambiente se palpaba la excitación y nerviosismo de estar a punto de concluir la grabación de la película, pero Emma tuvo que enfrentarse con una reportera de lo más pesada que no se daba por contenta con las respuestas esquivas de Emma con respecto a su relación con James e insistió e insistió hasta que la joven acabó por ponerse de pie y alejarse de ella dejándola con la palabra en la boca.

—¡Estoy harta! —le espetó a Sean con voz más alta de lo que debería cuando se lo cruzó en el estudio—. No voy a contestar una sola pregunta más sobre lo que hay entre James y yo, ¿comprendido? ¡Ni una!

—De acuerdo, Emma, estás en tu derecho de no contestar las preguntas que no te gusten.

—Pero tú y tu gente también vais a parar de subir vídeos y fotos que animen a la gente a seguir con esta gilipollez.

—Emma... que la gente hable de vosotros es publicidad gratuita para la película —intentó hacerla entrar en razón Sean—. Nosotros no decimos nada sobre James y tú, simplemente dejamos que el mundo os vea tal y como sois, tal y como os comportáis entre vosotros. No respondas a las preguntas que no quieras, pero no podemos dejar de subir vídeos y fotos de vosotros. Sois los protagonistas de la película, si no subimos cosas de vosotros, ¿de quién lo vamos a hacer?

—¡Estoy harta, Sean! ¡Harta! No haré la siguiente película si va a ser igual que esta. Un setenta por ciento de las preguntas que me hacen los periodistas que vienen a hablar sobre la película son siempre sobre mi vida privada. Si siguen así, los voy a mandar a tomar por culo a todos.

—Son los inconvenientes de la fama, Emma.

La joven ignoró las palabras de Sean y alzó un dedo a modo de advertencia.

—A todos, Sean. Y vosotros y la película vais detrás.

Emma se dio la vuelta, airada, y se marchó hasta encerrarse en su camerino. Tenía ganas de destrozar algo, pero se conformó con coger un cojín que había sobre uno de los sofás de diseño del camerino y estamparlo contra una pared a la vez que soltaba un grito furioso.

¿Por qué la gente tenía vidas tan aburridas? ¿Por qué no podían dedicar su tiempo a sus propias historias de amor, a sus propias vidas? A Emma le gustaba destacar por su trabajo; desde que nació había tenido que esforzarse por ser la mejor y así llamar la atención de sus padres frente a otras tres hermanas mayores a cada cual más inteligente. ¿Pero ahora por qué destacaba? ¿Por qué todo el mundo estaba pendiente de ella? Por quien estaba o no estaba en su cama. ¿Había algo más frívolo?

Seguía de un humor de perros cuando James, que había estado rodando en exteriores, apareció repentinamente a su lado y, cogiéndola de un brazo, se la llevó a un aparte.

—¿Qué ocurre, James?

—¿Qué has dicho? — interrogó él, visiblemente cabreado.

—He preguntado que qué ocurre.

—No, en la entrevista de esta mañana. ¿Qué has dicho?

—¿Qué he dicho?

—Mi madre me ha llamado para darme la enhorabuena porque finalmente seamos públicamente una pareja.

—¿Qué?

—¡Sí! —exclamó James, haciendo aspavientos con los brazos—. Hasta me ha llorado, Emma. «¡Al fin has superado lo que te hizo Caroline!» me ha dicho.

—James, te prometo que yo no he dicho nada.

—¿No? ¿En serio? ¿Y por qué de pronto soy tendencia en Twitter?

Con movimientos bruscos le pasó el móvil y Emma vio en la pantalla infinidad de comentarios que incluían la palabra clave #JamesEsElMejorNovio.

—No tengo ni idea de qué va todo esto, te lo prometo.

—¿No? ¿En serio? Pues es muy sencillo. —James le arrebató el teléfono y le clavó en el hombro un dedo acusador a la vez que decía—: Tú has soltado en la entrevista de esta mañana que soy el mejor novio del mundo.

—Eso no es verdad.

—¿No? ¿En serio? ¿Y por qué la entrevistadora dice que sí? ¿Por qué lo ha subido a Twitter? ¿Por qué promete que mañana el mundo entero verá ese gran momento en el que Emma Miller admite que James Petersen es su novio?

—¡Y yo qué sé! Es una mentirosa.

—No soy tu novio, Emma —le espetó James con tanta rabia que la joven sintió aquella afirmación como una bofetada.

Durante dos segundos la joven se mantuvo callada, pero de pronto todo el agobio e ira que había estado soportando durante las últimas semanas subió por su garganta en forma de palabras cual volcán en erupción.

—¿Y qué somos, James? ¡Dime! ¿Qué somos?

—¡No somos nada, Emma! ¡Nada!

—¿Nada? ¿Llamas nada a dormir juntos? ¿A ir a todos lados juntos?

—No soy tu novio, Emma.

—Sé que no eres mi novio, James. Si lo fueras todo sería mucho más sencillo, porque no tendría que mentir cuando me preguntan si entre tú y yo hay algo, no tendría que dejarme la cabeza pensando en cómo hacer que sigas a mi lado sin que te entre el pánico. Así que estamos de acuerdo en que no eres mi novio, pero dime, James, ¿qué eres? ¿Qué somos? Porque ni siquiera yo lo sé.

—Amigos, Emma, somos amigos.

—¿Amigos? No somos solo amigos, James. ¿Cuándo vas a darte cuenta? ¿Cuándo vas a ser capaz de reconocer que no somos solo amigos? Si te gusta lo que tenemos, ¿qué más te da llamarlo amor? ¿Qué más te da reconocer que tenemos más que una amistad, que me quieres?

—Yo no te quiero, Emma.

—¿En serio? ¿Eso es lo que crees? Pues yo no. Piensa un momento, solo un momento, en nuestra relación, y por una vez en tu vida sé sincero contigo mismo. ¿Lo que sientes por mí es solo amistad? ¿Es solo deseo?

—No te quiero, Emma.

—Mientes.

—¡Te digo que no te quiero!

—Y yo te digo que eres un cobarde y un mentiroso. ¿Por qué estabas celoso de Raúl, James? ¿Por qué te presentaste en mi habitación cuando pensabas que estaba con otro? ¿Por qué aceptaste acostarte solo conmigo? ¿Por qué si simplemente somos amigos, si no sientes nada especial por mí?

—¡Porque soy un tío y no me gusta compartir, Emma! Punto. Y te dije que solo me acostaría contigo para que dejaras de estar cada noche con uno, pero lo cierto es que he estado con otras desde entonces. ¿En serio te creías que te estaba siendo fiel? Pobre inocente.

Emma le cruzó el rostro de una bofetada y el silencio se impuso entre ambos. James, con lentitud, volvió el rostro hacia ella, tocándose con la yema de los dedos la mejilla en la que sentía picazón. Posó sus ojos en Emma y con una parsimonia que ponía los pelos de punta dijo:

—Ha sido divertido estar contigo, no lo negaré. Me lo he pasado bien. ¿Pero de verdad creíste en algún momento que yo querría algo serio contigo? Eres débil, Emma, e insegura. En las premieres y las entrevistas siempre tenía que darte ánimos, cogerte de la mano para tranquilizarte, decirte que ibas bonita para que te lo creyeras. Cada vez que terminamos de rodar una escena tienes que ir a preguntarle a Sean qué tal porque estás llenas de inseguridades. Vomitabas para encajar en lo que se esperaba de ti, y lo único que te hizo cambiar fue que yo te dijera que eras perfecta. ¿De verdad crees que yo quiero a mi lado alguien a quien tengo que darle palmaditas en la espalda todos y cada uno de los días? No, Emma, yo busco otra cosa, y jamás seré tu novio, ¿lo entiendes?

Pero ella no podía responder. Las lágrimas habían acudido a sus ojos y tenía un nudo en la garganta. Todo el apoyo que él le había dado para enfrentarse al público y a la prensa, todas las veces que la había rodeado con su brazo y le había infundido tranquilidad en plena sesión de fotos sobre la alfombra roja había sido un sacrificio para él, una obligación.

—¿Lo entiendes, Emma? —insistió él, la rabia asomando de nuevo a su voz.

—¡Sí! —replicó gritando—. Sí, lo entiendo. Lo he entendido todo perfectamente y desde hoy tú y yo ya no somos nada. Ni amigos. ¿Entiendes tú eso?

—¡Qué tragedia!

Su mofa le sentó como una nueva puñalada. Se giró bruscamente y se alejó a paso rápido, con las lágrimas surcándole las mejillas.





Al día siguiente se celebró la fiesta de despedida en el gigantesco jardín de uno de los productores de la película. Había música, barbacoas, una espectacular piscina y un montón de gente. ¿Qué más se podía pedir?

—No está aquí, no ha venido.

James se giró hacia la derecha y vio a su amigo John, que lo miraba con una cerveza en la mano. Supo de quién hablaba sin necesidad de que dijera el nombre.

—Me da igual —replicó apartando la mirada de él.

—¿Te da igual? ¿Y a quién buscas con tanto interés?

—A nadie.

—Pues para que no pierdas el tiempo, te informo de que «nadie» no va a venir.

James resistió la tentación de girarse para mirarlo. Con los brazos cruzados sobre el pecho, preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Al terminar el rodaje ha dicho que no se encontraba bien y que no podría venir a la fiesta. Se ha despedido de mí, de Sean y de un montón de gente más en el set.

—Mmmm —fue lo único que dijo James.

John se plantó delante de su amigo, y aunque James desvió la mirada, vio por el rabillo del ojo que el actor consultaba su reloj.

—¿Vas a ver el programa o qué?

—¿Qué programa? —interrogó James mirándolo con dureza.

—Ese en el que Emma supuestamente le confesó al mundo que eras su novio. No, disculpa, el programa en el que admite que eres «el mejor novio». ¡Ja!

James le lanzó una mirada furibunda e ignorando su tono de burla, preguntó:

—¿Y por qué iba a ver yo esa mierda?

—Porque Emma te dijo que ella no había dicho eso y si ella lo dice, lo más probable es que sea cierto.

—¿Cómo sabes que...?

—Os peleasteis en el set de grabación, ¡por Dios! Todo el mundo os oyó. Y quien no estaba se enteró esa misma noche de vuestra pelea. Fuiste un capullo.

—Mi madre me llamó contentísima porque al fin me había echado novia, John. Recibí una decena de mensajes dándome la enhorabuena por lo nuestro.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? No hay nada nuestro.

—Encima de capullo, gilipollas.

—No me insultes, John, no estoy de humor.

—¿No estás de humor por qué? ¿Por qué has discutido con alguien que no significa nada para ti, que no es nadie? ¡Pues sí que eres sensible para que una discusión sobre «nada» con «nadie» te afecte!

—Claro que Emma es alguien para mí. Es mi amiga. Pero ella quiere mucho más y yo no se lo puedo dar.

—¿Quiere más?

—Sí, John, quiere ser mi novia.

—Ya era tu novia, James, y el único que no se había dado cuenta de ello eras tú. Eres el único que no ha querido verlo. Emma no quería más, simplemente quería que llamas por su nombre a lo que hay entre vosotros. ¡Prácticamente vivíais juntos, por Dios!; sonreías como un tonto cada vez que la tenías cerca; siempre la incluías en tus planes. Si eso no es querer a alguien, que cambien la definición de querer del diccionario.

—Déjame en paz, John. No tengo ganas de hablar de esto.

El susodicho señaló su reloj.

—Hace dos minutos que ha empezado el programa donde supuestamente saldrá Emma anunciando con bombo y platillo vuestro noviazgo. Yo de ti lo vería, para ver cómo de estúpido has sido. —Y dicho aquello, se marchó.

Pero James no tenía ninguna intención de entrar en la casa a ver el dichoso programa. No, no iba a hacerlo. Intentó mezclarse con la gente de la fiesta y hablar un rato con alguien para despejar su cabeza, pero todos actuaban de una forma rara, como precavida. Si John no había mentido, todos los presentes debían estar al tanto de su pelea con Emma y, al parecer, aquello les hacía no saber cómo actuar ahora con él.

Volvió al hotel mucho antes que de costumbre y se tumbó en la cama solo con los calzoncillos puestos. Estuvo dando vueltas y más vueltas en la cama hasta que finalmente no pudo más y, poniéndose en pie, fue a buscar su ordenador y se lo llevó a la cama. Tras encenderlo, rastreó la red en busca del vídeo que se había hecho público esa noche, pero no lo encontró y la cadena en que lo habían emitido no tenía servicio online de visionado de programas a la carta. En Twitter, que era donde había corrido la noticia como la pólvora el día anterior, fue donde encontró varios comentarios que se quejaban de que la presentadora les había mentado con el mensaje que subió a su cuenta de Twitter. Una despistada preguntaba: «¿Pero entonces están juntos? No me ha quedado claro» y alguien le contestaba «Emma NO lo ha confirmado, pero todos apostamos a que sí lo están. ¡Habrás que esperar!». Una punzada de arrepentimiento logró abrir una brecha en la coraza de rabia que blindaba el corazón de James. Tenía que ver ese vídeo y saber exactamente qué había dicho Emma en la entrevista. Siguió buscando la entrevista por la red y fue así como descubrió los blogs y reportajes dedicados a Jemma. Hasta entonces sabía que mucha gente se preguntaba qué había entre ellos, pero aquello ya era demasiado. Durante casi una hora, con una extraña mezcla de sentimientos, vio las fotos, vídeos y comentarios que la gente había publicado.

Cuando finalmente apagó el ordenador y volvió a meterse bajo las sábanas, no sabía cómo se sentía. Estaba completamente perdido. Estiró un brazo hacia su izquierda, el lado que siempre ocupaba Emma cuando dormían juntos, y el vacío le provocó un escalofrío.

Al día siguiente estuvo atento a la red para ver si alguien se dignaba a subir el vídeo de la entrevista. Finalmente, poco antes del mediodía, encontró en Youtube lo que buscaba. No tenía muy buena calidad, pero el audio era aceptable.

—Emma, ¿qué nos puedes decir de James? —preguntaba la entrevistadora tras solo un par de preguntas sobre el rodaje.

—James es un compañero excepcional; no sé qué haría sin él. Trabaja duro haciendo que yo también me esfuerce al máximo y a la vez hace que todo sea mucho más divertido con las bromas que gasta. Está completamente loco, en el buen sentido.

—¿Y es cierto que vuestra relación va más allá de la pantalla? —insistía la entrevistadora.

—Claro que sí. Nos llevamos muy bien y congeniamos bastante bien, así que salimos a divertirnos juntos, ensayamos fuera de horario... Pero lo cierto es que eso puedo decirlo de

prácticamente todo el elenco. Somos una gran familia tanto trabajando como en horas de ocio y descanso.

—¿Entonces no estáis saliendo juntos?

—Somos buenos amigos, ya se lo he dicho.

—¿Crees que James sería un buen novio para ti?

James no veía con total claridad el rostro de Emma por la escasa calidad del vídeo, pero parecía un poco hastiada.

—No me cabe duda de que James es el mejor novio que cualquier mujer podría tener.

El reportaje terminaba allí, por lo que el actor no pudo ver la siguiente pregunta que la reportera le había hecho a Emma y que había terminado por desquiciarla, haciendo que se levantara y la dejara con la palabra en la boca.

James volvió a verse el vídeo un par de veces más. Tras el tercer visionado, cogió su móvil y marcó el número de Emma. Tenía que llamarla para disculparse. Ella había intentado explicarle que todo eran mentiras de la reportera pero no había querido creerla, pues había estado demasiado furioso como para escucharla. Le debía una disculpa.

Espero varios tonos de llamada pero finalmente la línea se cortó. O no podía o no quería contestarle. Le mandó un mensaje por una de las aplicaciones de mensajería del móvil, aunque según informaba el programita la última vez que ella se había conectado había sido el día anterior. Esperó durante todo el día a ver si ella le contestaba o daba señales de vida, pero ni se actualizó su hora de última conexión ni respondió a sus llamadas.

No podía reprochárselo, él también estaría cabreado con ella en caso de que la situación fuera a la inversa. Le había dicho muchísimas cosas que no sentía ni eran verdad, palabras que habían salido de su boca solo por rabia.

Aquella noche, cuando vio que ella había visto el mensaje pero no había respondido, volvió a llamarla. Una voz femenina algo robótica le anunció que el teléfono al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura. Decidió que al día siguiente iría a su casa a pedirle disculpas en persona, pero cuando a la mañana siguiente se presentó frente a su puerta, ni ella ni Anna respondieron a sus insistentes timbrazos. Al parecer no había nadie en casa, ni ese día ni los dos siguientes que estuvo yendo a distintas horas para ver si las pillaba en algún momento. Su teléfono seguía apagado o fuera de cobertura.

No tenía el teléfono de Raúl ni de ningún otro amigo o conocido de Emma, así que, sin saber cómo contactar con ella, se le ocurrió consultar en Internet el número de la embajada española en Nueva York para poder contactar con su padre. Marcó el número con cierto nerviosismo, pensando en qué decirle a Óscar, pero una secretaria le comunicó que el señor embajador estaba de vacaciones.

¡Vacaciones! Emma se había ido con el resto de su familia a España, a su paraíso, a su Nunca Jamás. ¡Claro! ¿Cómo no se lo había imaginado antes? Si días antes de su pelea ella le había dicho que se marcharía unas semanas a ver a sus abuelos ese verano y le había propuesto que se fuera con ella.

Ese mismo día James dejó la habitación de hotel en la que se hospedaba y voló a Nueva York. Se quedaría en su casa mientras decidía qué hacer y seguía probando a ponerse en contacto con Emma. Estaba seguro de que ella en algún momento acabaría por cogerle el teléfono o contestar a sus mensajes.

Su madre lo recibió con un cálido abrazo y una mirada cargada de lástima. Pero si James pensaba que aquello era malo, el recibimiento de su hermana fue todavía mejor, pues Susan había

dejado de hablarle.

—¿Qué te pasa conmigo, fea? —intentó sonsacarle información.

Entendía que su madre lo mirara con tristeza si se había enterado de que Emma y él habían terminado con su relación, ¿pero que su hermana no le dirigiera la palabra? Susan debía estar molesta por algo más.

—¿No me vas a hablar nunca, fea?

—¡No me llames fea!

—Al menos así me hablas, fea.

—¡Que no me llames fea, mono sin cerebro!

—¡Mono si cerebro! Mira a ver si lo que me ha dicho...

Pero James había conseguido lo que buscaba y Susan, una vez cabreada, no pudo guardar dentro todo lo que callaba:

—¿Cómo puedes estar tan ciego? ¿Cómo has podido ser tan gilipollas? Después de lo que le has hecho a Emma me da vergüenza ser tu hermana.

—¿Qué le he hecho a Emma?

—¿Qué le has hecho a Emma? ¿En serio me lo preguntas? ¿Le pones los cuernos, la hundes y le dices que tú nunca tendrías nada con ella y encima me preguntas que qué le has hecho?

—¿Quién te ha contado todo eso?

—¡Vas a ser un infeliz toda tu vida, James! Y te va a estar bien merecido por ser tan gilipollas.

Pero James no estaba dispuesto a no obtener una respuesta. Se acercó a su hermana en dos zancadas y la sujetó por los brazos, zarandeándola.

—¿Quién te ha contado todo eso? ¿Has hablado con Emma?

El rostro serio de su hermano y la fuerza con que la aferraban sus manos la asustaron y Susan no fue capaz de volver a insultarle.

—No.

—¿Entonces cómo sabes todo eso?

—Me lo ha contado Anna.

—¿Anna? ¿Tienes su número?

—S... sí.

—Llámalas.

—No creo que le haga mucha gracia hablar contigo.

—Te he dicho que la llames, Susan. Ahora.

Si podía contactar con Anna estaba un paso más cerca de poder hablar con Emma.

Susan marcó el teléfono y a los pocos tonos una somnolienta Anna descolgó:

—¿Susan?

—¿Te he despertado? Lo siento, no me acordé del cambio horario. Mi... mi hermano me ha pedido que te llame. Quiere hablar contigo.

James no llegó a oír el insulto que salió de la boca de la chica, pero debió ser fuerte, pues su hermana hizo una mueca. Susan, milagrosamente, se ahorró de repetirle el bonito término a su hermano y simplemente dijo:

—No quiere hablar contigo.

James le arrebató el teléfono a su hermana y se lo puso en la oreja.

—Anna, necesito hablar con tu hermana.

—¿Para qué? ¿Te faltó alguna cosa horrible más que decirle a la cara?

—Quiero pedirle disculpas.

—¿En serio? Habértelo pensado antes.

—Anna, por favor.

—Ni Anna ni leches. ¡Ni se te ocurra molestar a mi hermana!

Y le colgó. James volvió a llamarla pero la joven se lo colgó. La siguiente vez que la llamó, el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

El neoyorquino miró a su hermana, que lo observaba atentamente sentada en su cama. Sorprendentemente, la joven se mantuvo callada y no le dijo ningún «te lo dije» ni «te lo tienes merecido». James le tendió el teléfono y ella se lo cogió.

—¿De verdad quieres pedirle disculpas?

—Sí. Le dije cosas que nunca debía haberle dicho.

—¿Cosas que no sentías?

—Cosas que solo sentía por la rabia del momento.

—¿Es verdad que la engañaste con otras?

—Susan, Emma y yo no éramos pareja.

—¿Estuviste con otras o no?

—No; no desde mi cumpleaños.

La joven pareció soltar un suspiro de alivio.

—¿Y cómo fuiste tan gilipollas como para decirle que sí? ¿En qué estabas pensando?

—Ella me acusó de estar celoso, me echó en cara que había sido yo el que había pedido que no estuviéramos con nadie más. Yo... simplemente me defendí.

—¿Te defendiste? ¿De qué? ¿De Emma haciéndote ver que entre vosotros hay más que sexo?

Aquella palabra en boca de su hermana pequeña le sonó rara, aunque tenía otras muchas cosas de las que preocuparse. Se sentó junto a ella en la cama y hundió la cabeza entre las manos.

—No estoy preparado para amar otra vez, Susan.

—James —su hermana posó una mano en la espalda de su hermano—, mírame a los ojos y dime que no sientes algo especial por Emma.

—No es que sienta algo especial por ella, Susan, es que ella es especial. Ella... —se detuvo un instante y volvió a hundir la cara entre sus dedos—. Le dije tantas cosas horribles. Durante las premieres siempre estaba dándole la mano o pasándole un brazo por la cintura, y le dije que lo hacía porque era débil e insegura. Pero yo lo hacía porque ella me daba seguridad a mí. Nunca había trabajado con alguien como ella. Nunca he tenido una amiga como ella. Es divertida, inteligente, guapa. Me hacía querer más de ella; más y más y más. Siempre más. Y ella me lo daba encantada. Sabía que siempre podía contar con ella, que siempre me apoyaba. Y me decía que éramos amigos, me lo repetía todos los días. Ahora me doy cuenta de que lo hacía para que yo no me asustara por todo lo que compartíamos.

—¿La quieres, James? —insistió su hermana.

—La necesito. Necesito todo lo que me daba.

—¿Pero la quieres?

Durante casi un minuto, James permaneció en completo silencio con la mirada perdida en la coqueta blanca que su hermana tenía junto a la cama. Susan no se atrevió a interrumpir sus pensamientos, aunque aguantó la respiración hasta que él finalmente se giró hacia ella y mirándola a los ojos dijo:

—La quiero más de lo que nunca he querido a nadie. La necesito tanto que me da hasta miedo.



James recorría en coche los mismos caminos que un año antes había recorrido con Emma. La casona de los abuelos de la joven ya se vislumbraba en la lejanía y James estaba nervioso no, lo siguiente.

Tras hablar con su hermana y después con su madre, había decidido volar hasta Andalucía, donde sabía que estaba Emma pasando las vacaciones. El vuelo hasta Madrid había sido de seis tediosas horas y después había tenido que coger un avión doméstico hasta Sevilla. El taxista que ahora lo llevaba hasta el cortijo se había negado en un principio a llevarle, pero cuando James le había dado de propina adelantada dos billetes de cincuenta euros se había apresurado a buscar en su GPS la dirección que el actor le decía.

Y ahora estaba allí, con un nudo en el estómago y sin saber qué iba a decir cuando por fin viera a Emma. «Piensa, piensa, piensa», pero el discurso que se le había ocurrido en el avión parecía haberse evaporado.

Al llegar a la puerta del cortijo, el taxista se bajó para sacarle la maleta del taxi y James le pagó generosamente agradeciéndole que le hubiera llevado hasta allí. No supo si el hombre entendió sus palabras en inglés, pero al menos sonrió.

Tragando saliva, se acercó hasta la valla y, deteniéndose junto a la puerta, tocó al fono. La voz de Julieta, la abuela de Emma, le preguntó algo en español y James, sabiendo que la señora hablaba inglés, le dijo quién era y a quién buscaba. La anciana le abrió la verja y el actor pasó, arrastrando su maleta, al interior de la finca.

Julieta lo esperaba en la puerta principal de la casa, con un paño entre las manos.

—Sinceramente, no me esperaba esta visita —le dijo la anciana.

James, avergonzado, se acercó a ella con la cabeza gacha, aunque cuando fue a hablar, fue lo suficientemente valiente como para mirarla a los ojos.

—He venido a hablar con su nieta.

—No está aquí.

El neoyorquino miró a su alrededor. Era medio día y la casa estaba demasiado silenciosa para como él la recordaba. Las semanas que había pasado allí el cortijo había sido un hervidero de vida y ruido, y es que si algo tenían los españoles era que hablaban y reían muy alto.

—¿Dónde están todos?

—Han ido a pasar el día en un pueblo de aquí cerca; volverán esta noche. Pero Emma no está con ellos.

—¿Dónde está ella?

—No lo sé, se marchó.

—¿A dónde?

Julieta lo miró intensamente con aquellos ojos azules que su nieta había heredado. Se colocó el paño de cocina en el hombro y con tranquilidad interrogó:

—¿Por qué debería decírtelo?

—He venido a disculparme con Emma.

—¿Disculparte? ¿Y por qué crees que una disculpa va a ser suficiente?

James miró a aquella anciana y en ella vio a Emma de mayor. Con sinceridad, como si le hablara a Emma, le dijo:



—No será suficiente, pero será un principio.

Las comisuras de la boca de Julieta se alzaron ligeramente, de forma casi imperceptible, aunque James estaba seguro que había sonreído. Lo invitó a quedarse con ella hasta que volvieran Óscar, Julie y los demás de su viaje, pues ella no sabía cómo contactar con su nieta: siempre era Emma la que la llamaba.

Cuando al atardecer la familia más cercana de Emma llegó a la casa, se armó una buena. James les explicó a Óscar y Julie que necesitaba hablar con su hija para pedirle disculpas y estos parecieron dispuestos a decirle dónde estaba su hija, pero Anna les decía una y otra vez que no le dieran el número.

—Emma no quiere hablar con él, papá.

—Si el muchacho quiere disculparse, tiene que tener su oportunidad, ¿no crees?

—Antes de irse Emma dejó muy claro que no quería saber nada de él.

—La gente cambia de opinión. Cuando se fue de aquí Emma estaba cabreada y dolida, pero quizá ya se le haya pasado el enfado, cariño —intervino su madre.

—James ha hecho llorar a Emma un montón de veces —atacó Anna, exagerando la verdad. Aquello pareció tocar alguna fibra sensible en los padres de Emma, que se miraron durante un par de segundos.

—Por favor —presionó James, intentando dar mucha lástima—, déjenme arreglar las cosas.

Finalmente la balanza se inclinó a favor de James y Óscar decidió llamar a su hija.

—Dime, papá.

—Cariño, ¿qué tal estás? ¿Todo bien?

—Sí, papá, perfecto. ¿Todo bien por allí?

—Sí. Hoy hemos ido a ver a tus tíos. La chacha Joaquina te manda besos.

—Dale también un par de besos de mi parte cuando la veas.

—Cuando hemos vuelto teníamos visita —remoloneó Óscar para impaciencia de James.

—¿En serio? Parece que voy a perderme todas las visitas. ¿Quién ha ido a veros?

—De hecho, la visita era para ti.

Ante aquello Emma se quedó un instante callada; aun creyendo saber quién había ido a verla, interrogó:

—¿Quién era?

—James.

—¿Y qué quería?

—Hablar contigo.

—Le habéis dicho que se marchara, ¿no?

—Pues... de hecho lo tengo aquí delante.

Todos los ojos de la estancia, y eran unos cuantos entre hermanas, cuñados, padres, tíos y abuelos de Emma, se posaron en James.

—No quiero hablar con él, papá.

—Quiere arreglar las cosas, Emma.

—Me da igual.

—Te lo voy a pasar, ¿de acuerdo? Creo que deberías hablar con él.

—No, papá.

Sin hacerle caso, Óscar le pasó el teléfono a James y este, ansioso, se lo pegó a la oreja.

—¿Emma?

Durante unos segundos todos los presentes aguantaron la respiración y después, todos juntos,

soltaron un suspiro cuando James, apesadumbrado, se quitó el teléfono de la oreja.

—Me ha colgado.

Óscar se acercó hasta él y le palmeó un hombro.

—Debes darle tiempo. En algún momento el enfado se le pasará y podrás hablar con ella.

Anna comentó por lo bajini algo así como «ya lo dudo», pero todos prefirieron fingir no haberla escuchado.

—Emma no tiene planes de volver pronto, así que no tiene sentido que la esperes aquí —dijo Julie—, pero puedes quedarte aquí esta noche a dormir, James.

Aquel día dio comienzo el verano más largo de su vida.



Septiembre había llegado al fin y James veía más cerca el final de su tortura. Durante todo el verano había llamado al menos una vez al día a Emma y le había mandado un par de mensajes, que se fueron volviendo más y más desesperados conforme pasaban los días. Pero la joven no le había devuelto ni una sola de las llamadas ni había respondido a ningún mensaje. Al final del verano, de hecho, el mensaje que lo recibía al llamar a Emma en lugar de decir «el teléfono que marca está apagado o fuera de cobertura» comenzó a decir «el número al que llama no existe». El cambio casi lo volvió loco, aunque no le quedó más remedio que seguir esperando a que el verano terminara y todo volviera a su curso.

A mediados de la primera semana de Septiembre se presentó en casa de Emma en Los Ángeles. Esperaba que lo recibiera Anna, (no se atrevía a soñar que fuera directamente Emma), pero para su sorpresa fue Raúl quien abrió la puerta. Aquello lo desmoralizó por completo. ¿Y si Raúl y Emma...?

—Hola, James —saludó el cubano con una sonrisa en la cara, tan contento como siempre.

—Hola, Raúl. ¿Está Emma?

—¿Emma? —pareció sorprendido—. No.

—¿Sabes si volverá pronto?

Raúl le lanzó una mirada extraña. Cuando contestó, lo hizo con lentitud, cuidando sus palabras:

—James... Emma no creo que vuelva hasta el año que viene.

—¿Qué? —Tuvo que apoyarse en el marco de la puerta cuando sintió que las piernas le fallaban.

—Pasa, anda, te daré un vaso de agua. Se te ha puesto mala cara.

Como un autómatas, James lo siguió hasta la cocina y se tomó de un trago el vaso de agua que le sirvió.

—¿Cómo que Emma no volverá hasta el año que viene?

—Ha conseguido un trabajo en Europa. Según tengo entendido no volverá hasta que tenga que hacer la promoción de la película.

James se llevó la mano al pecho. De pronto le costaba respirar.

—¿Un trabajo de qué?

—Algo relacionado con la química. No ha querido hablar mucho de eso.

—¿Y dónde es?

—Tampoco me lo ha dicho.

—Sabía que nos veríamos y que te preguntaría—adivinó James, completamente hundido. ¿Emma no iba a volver hasta febrero, cuando comenzaran la promoción de la película?

Durante casi un minuto completo permanecieron en silencio.

—¿Y qué haces aquí, Raúl?

—Ahora vivo aquí. Emma me invitó a quedarme.

—¿Usas su... usas su habitación?

La idea de que usara su dormitorio le desagradaba, aunque Emma ya no lo utilizara. Respiró aliviado cuando él le dijo:

—No, estoy en la de invitados. Esa que estaba llena de trastos.

—¿Sigues trabajando en los cosméticos?

—Sí. De hecho ya tenemos a la venta varios productos a través de nuestra página web. Hemos empezado con buen pie, sobre todo gracias a que Emma envió varias muestras a ciertas personas

de influencia que han hablado en la red sobre los productos.

James no quiso preguntar cuándo había hecho eso Emma. Saber que durante el verano, ese verano en el que no había querido verle ni hablarle, había estado en contacto con gente de Los Ángeles le ponía enfermo.

—¿Tienes un número de teléfono o algo donde pueda ponerme en contacto con ella?

—Su teléfono ya no funciona.

—Lo sé.

—Tengo un correo electrónico —dijo Raúl, dubitativo—. Pero si te lo doy debes prometerme que no le dirás que te lo he dado yo.

—Te lo prometo.

Raúl se levantó y fue a buscar papel y boli. Le escribió con letra pulcra una dirección de email.

—¿Puedo preguntarte algo, Raúl?

—Puedes preguntar lo que quieras. Si no me gusta la pregunta, simplemente no contestaré.

—¿Nunca has intentado nada con Emma?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Sois buenos amigos, habéis pasado mucho tiempo juntos, seguro que alguna vez te has planteado intentar algo más.

El cubano se tomó su tiempo para contestar a aquello, meditando su respuesta.

—Emma es una persona muy especial, James. Es simpática, generosa, amable, lista... pero también es bastante cerrada. Es... es muy difícil llegar a conocerla, y a mí me llevó muchos años llegar a saber quién era. Llevábamos año y medio en el mismo grupo de trabajo y pensaba que la conocía bastante bien cuando en un viaje que hicimos a Nueva York no solo descubrí que su padre era un diplomático español, sino que encima ella se había codeado con un montón de gente famosa porque hacía de doble de Sue Johnson. ¿Qué chica no se las daría de diva por eso? Un padre con dinero y cierto peso político y un trabajo de superestrella. Pero Emma no era así. No es así. No se lo cree. Cuando quedó con nosotros tras volver a Los Ángeles desde Atlanta, nos comentó así de pasada que la habían contratado para una película. Cuando nos enteramos de que era una superproducción de cine a Meredith casi le da un infarto.

James asintió con la cabeza, aunque lo cierto era que no sabía dónde quería ir a parar Raúl contándole todo aquello.

—Emma es reservada, le cuesta contar cosas suyas porque prefiere que la gente vea de ella los hechos, lo que es capaz de hacer. Yo al principio pensaba que no se abriría conmigo porque no confiaba en mí, pero simplemente ella es así. Es su forma de ser. Me has preguntado si alguna vez intenté algo con ella, y he de decir que sí. Le lancé muchas indirectas, quedé con ella a solas unas cuantas veces... pero ella o no se dio cuenta de mis intenciones o las ignoró. Así que desistí y me limité simplemente a ser su amigo porque era obvio que no estaba interesada en mí de otro modo. Llegué a pensar que era lesbiana, la verdad, pues en todo el tiempo que la conozco solo ha estado con un hombre, un profesor gilipollas de la universidad con el que no acabó bien. El caso es que entonces llegaste tú, entraste en su vida, y de pronto Emma hablaba de un compañero de trabajo. ¿Emma hablando de un hombre? Lo nunca visto. No puedes ni imaginar cómo ha cambiado Emma desde que te conoce. De esconderse detrás de Sue y de sus estudios ha pasado a ser ella misma ante la gente y depender en gran medida de su labia y su apariencia. ¡Ella! Que todo lo demostraba siendo la mejor en darle vueltas al coco.

»Yo creo que su timidez viene de su familia. Sabes que hay padres que crían a sus hijas para que encuentren un buen marido y tengan hijos, pero los padres de Emma son todo lo contrario,

quieren hijas fuertes, listas e independientes. Para Emma todo lo del corazón siempre ha sido secundario, a ella lo que le importaba era ser la mejor en todo lo que hacía. E iba de camino a conseguirlo, pero entonces entraste tú en su camino.

James recordó lo que le había dicho Emma en Roma, cuando le había confesado que solo había estado con dos hombres y él le preguntó qué había visto en él. Ella le había dicho que la había sorprendido, que la había desarmado. Él era diferente a todo lo que había visto hasta entonces. Qué estúpido había sido para no haberse dado cuenta entonces de que ella también era completamente diferente a todo lo que había conocido hasta entonces.

Unas llaves giraron en la cerradura y James y Raúl se quedaron paralizados, como dos niños a los que pillan haciendo algo malo. Pero su parálisis no los volvió invisibles y Anna, que era la que acababa de llegar, pronto estuvo en la puerta de la cocina mirándolos de hito en hito.

—¿Qué haces aquí?

—Venía a ver a Emma —respondió James poniéndose en pie.

—Emma no está.

—Eso me ha dicho Raúl. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—No.

—Anna, por favor.

—Lo digo en serio, no sé dónde está. No quiere decirnos dónde está para que nadie se vaya de la lengua y te diga dónde encontrarla. Así que gracias por hacer que tenga una hermana perdida Dios sabe dónde.

—Anna, no seas tan mala con él —pidió Raúl—. El pobre quiere arreglar las cosas con Emma.

—Tú cállate, no deberías ni haberle dejado pasar. Márchate, James.

El neoyorquino no replicó ni peleó, pues sabía que Anna era un muro en el que no encontraría ninguna brecha. Se despidió de Raúl dándole las gracias por su amabilidad y se marchó de la casa.

De vuelta en la habitación de su hotel, volvió a buscar el teléfono de la embajada española y llamó. En aquella ocasión, cuando preguntó por Óscar, le pidieron que esperara un momento.

—¿James? —interrogó el padre de Emma, desconcertado.

Intercambiaron un par de frases intrascendentes y entonces el actor interrogó:

—¿Sabe... sabe dónde podría encontrar a su hija?

Al otro lado de la línea se oyó un prolongado suspiro y James se imaginó al padre de Emma pellizcándose el puente de la nariz con dos dedos.

—James, no me pareces mala persona, y siento lo que ha pasado entre mi hija y tú, de veras, pero no puedo decirte nada.

—Lo entiendo, pero yo solo quiero hablar con ella.

—No sé dónde está, James. No quiere decírmelo, ni a mí ni a su madre. Solo sé que está en Europa. Tengo un teléfono suyo, uno nuevo, pero no te lo voy a dar, así que por favor no me lo pidas. Es el único contacto que tengo con ella.

La tensión estaba pudiendo con James y se sentía al borde de las lágrimas. Se tapó los ojos con las manos y con voz forzada dijo:

—De acuerdo, Óscar. Siento haberle molestado.

—Y yo siento que lo tuyo con mi hija no haya funcionado.

Cuando colgó, James se sentía completamente hundido. Alguien había inyectado ponzoña en su corazón y un millón de bacterias se lo estaban comiendo por dentro. El pecho le dolía y estaba completamente perdido. Solo podía pensar en hablar con Emma, ¿pero cómo hacerlo si ella le cerraba todos los canales? ¿Cómo ponerse en contacto con ella si la joven no quería ser

encontrada, si había chantajeado a todo el mundo que podía tener contacto con ella? Solo tenía un email, el que Raúl le había dado, y estaba seguro de que no contestaría a sus mensajes.

Una idea repentina hizo que James se sentara de golpe en la cama. Emma había conseguido que su familia no le dijera nada, pero había alguien que seguro sabía su número y a quien James podía sobornar.

Se puso en marcha de inmediato. La única persona que se le ocurría que podía ayudarle estaba en Los Ángeles y pensaba sorprenderla en persona para que no tuviera tiempo de buscar excusas ni rutas de huida. Esa persona era Kim, la agente de Emma que, afortunadamente para el plan de James, también era agente suya.

Había sido él quien le había sugerido a Sean que contratara a Kim como agente de Emma. Había sido uno de esos trámites de los que se había encargado la productora para hacerle las cosas más fáciles a la joven. Kim Adachi era una japonesa de lo más eficiente que sabía negociar contratos y tarifas como una auténtica fiera. Era la encargada de recibir todas las propuestas de trabajo de los actores a su cargo, valorarlas y gestionarlas. Tenía una pequeña oficina en el centro de Los Ángeles de decoración minimalista y allí fue donde James se dirigió con su coche aquel día.

—Buenos días, señor Petersen —lo saludó la secretaria que trabajaba detrás de un escritorio alto—. No le esperábamos hoy. Avisaré a la señorita Kim enseguida.

—No hace falta —dijo James, dirigiéndose directamente hacia la puerta del despacho de su agente.

—¡Está hablando por teléfono ahora mismo!

James ignoró la exclamación alarmada de la secretaria y entró sin llamar en el despacho de Kim. Los ojos rasgados de la agente se posaron en él inmediatamente, con el teléfono pegado a su oreja. James cerró la puerta tras de sí, dejando a la secretaria fuera, y se dirigió hacia uno de los sillones que había frente a la mesa de Kim. La mujer seguía hablando por teléfono, aunque no apartaba los ojos de él. Levantó un dedo, pidiéndole un minuto, y James aprovechó para sentarse. La agente no tardó en cortar la conversación que mantenía por teléfono, prometiéndole a quien tenía al otro lado que le llamaría enseguida.

—James, qué sorpresa. ¿Qué te trae por aquí?

—Emma Miller —fue directo al grano.

—¿Emma Miller? ¿Qué en concreto de ella?

—Su nuevo número de teléfono. Me lo anotó en una hoja, pero me temo que lo he perdido, porque no lo encuentro. He supuesto que tú como su agente lo tendrás y ya que pasaba por aquí...

—¿En serio? ¿Te lo dio y lo has perdido?

—Sí —le dedicó una sonrisa seductora.

—El caso es que Emma me insistió bastante en que ese era su número privado y que no quería que se lo diera a nadie.

—Con nadie se refería a periodistas, productores y gente del mundillo. ¿Por qué no iba a querer que yo tuviera su número? Somos amigos.

Kim tamborileó con sus dedos sobre la mesa a la vez que lo miraba seriamente, sin duda pensando en cómo decirle que no podía darle el teléfono. Y como la mejor defensa era un buen ataque, James se le adelantó y dijo:

—¿Qué tal van las negociaciones para la nueva película de Marvel?

—Bien, parece que el trato ya está casi cerrado —respondió ella con tono precavido.

—Estupendo. Ni tú ni yo queremos que ese contrato se tuerza, ¿verdad que no? Va a reportarnos mucho dinero.

—No, claro que no queremos que la cosa salga mal.

—Bien, entonces te lo volveré a pedir: ¿me puedes dar el nuevo teléfono de Emma, por favor?

Durante unos segundos sus miradas se batieron en duelo. Finalmente la boca de Kim se curvó en una sonrisa.

—Tienes razón, estoy segura de que cuando Emma me pidió discreción con su número no te incluía a ti. ¿Cómo iba a hacerlo, si sois tan buenos amigos?

En un trozo de papel le escribió un número de teléfono tras consultarlo en la base de datos de su ordenador. Se lo pasó a James y este, tras agradecerse, se puso en pie dispuesto a marcharse. Kim lo retuvo cuando ya casi había alcanzado la puerta:

—James, espero que la hagas entrar en razón. Mucha gente se ha interesado por ella pero Emma se niega siquiera a mirar las ofertas, dice que no le interesan. Podría tener un futuro brillante en el mundo del cine, espero que se lo hagas ver.





James no sabía con exactitud dónde estaba Emma, pero todo apuntaba a que en Europa, por lo que no podía llamarla por la tarde. Con el cambio horario de al menos 9 horas que había entre Los Ángeles y Europa si la llamaba por la tarde seguro que la pillaría durmiendo y despertarla sería sin duda empezar con mal pie. Así que esperó hasta la media noche y entonces descolgó el teléfono que había en la habitación de hotel. Mientras marcaba los dígitos que Kim le había apuntado en el papel sentía el corazón latirle con fuerza en la garganta. Aguantó la respiración cuando comenzaron a sonar los tonos. Al tercero, Emma descolgó:

—¿Sí, dígame?

James no fue capaz de contestar. No le salían las palabras.

—¿Hola?

—Emma.

—James.

—No cuelgues, por favor —se apresuró a pedir él.

—¿Quién te ha dado este número?

—Eso no importa, pero si te sirve de consuelo, te diré que tuve que hacerle un buen chantaje.

Emma no respondió ante aquello y James, que tantas ganas tenía de poder hablar con ella, cuando finalmente la tenía a su alcance y oía su voz no encontraba las palabras.

—¿Por qué me llamas, James?

—Quiero arreglar las cosas, Emma. Pedirte disculpas por lo que dije e hice.

—No tienes por qué disculparte por nada, James. De hecho, te agradezco mucho lo que dijiste, pues me hiciste abrir los ojos. Si alguien tiene que disculparse soy yo por haberte mentado. Tú desde un principio fuiste claro conmigo, me dijiste que no podías amarme, pero yo no te creí. ¿Cómo no ibas a ser capaz de amar? Pero ahora ya sé que tenías razón y siento todo lo que nos he hecho pasar.

—Emma, yo...

—No, por favor. Déjame terminar, ¿de acuerdo? Me has llamado para pedirme disculpas pero no eres culpable de nada, así que no tienes por qué disculparte. Si me he marchado no es para castigarte ni nada por el estilo, es simplemente porque necesito espacio y tiempo. Volveré en febrero, ¿de acuerdo? Para la promoción de la película te prometo volver a estar al 100%. Para febrero habré conseguido olvidar todo lo que siento por ti, todo eso que nunca debí haber sentido, y seremos lo que tú siempre has querido: amigos. Pero para conseguirlo debes ayudarme, James, y si no haces más que intentar localizarme no me ayudas. Deja de buscarme, James. Deja de llamarme, de mandarme mensaje y de preguntar a la gente por mí, por favor. Y yo te prometo que dejaré de sentir lo que siento por ti.

La voz de Emma se había ido volviendo más aguda conforme avanzaba y en cuanto terminó de hablar James la oyó llorar. El neoyorquino, con los ojos húmedos, se apresuró a decir:

—No, Emma, no quiero que dejes de quererme.

Pero la joven, sumida en su llanto, no le oía. De hecho, se había despegado el teléfono de la oreja y había enterrado el rostro en su brazo. Sin acercarse el auricular a la oreja, solo el lado del micro a la boca, dijo:

—Nos vemos en febrero, James.

—Emma, ¡te quiero! Emma, por favor. Emma, ¡te quiero!

A través del altavoz sólo le llegó el hiriente pitido que hacía saber que la llamada había terminado.

—No, no, no —James no podía retener más la humedad de sus ojos y con las lágrimas perdiéndose en la barba de varios días que llevaba, le dio al botón de rellamada—. Por favor, Emma —pidió mientras el teléfono daba tono, pero la joven no volvió a cogerle el teléfono.

Cuando James arrojó el aparato contra el suelo, arrancando el cable telefónico de la pared del hotel, sabía que había perdido a Emma.

Volvería a verla, eso era seguro, pero lo haría cinco meses después, cuando hubiera superado lo que sentía por él. Al menos había descubierto algo positivo, que ella no lo odiaba por lo que le había dicho, aunque lo cierto era que sus palabras habían conseguido algo mucho peor: convencerla de su incapacidad para amar. Emma siempre había creído que su corazón podía volver a enamorarse y ahora que James se había dado cuenta de que tenía razón, era ella la que había dejado de creer en él.

El actor lloró en la soledad de aquella habitación de hotel, arrepintiéndose tarde de tantas y tantas cosas. Y lo peor era que ahora sabía que no tenía derecho a buscar a Emma. No se había alejado para torturarle, simplemente para poder curar su maltrecho corazón. ¿Cómo negarle lo que le había pedido? ¿Cómo seguir insistiendo en buscarla cuando ella lo que quería era recomponerse, curarse, olvidarse de él?

Pero no, no podía rendirse. No podía dejar las cosas así. Pensar que Emma no llegaría a saber nunca lo especial que era para él, que viviría pensando que su corazón estaba muerto, era algo insoportable. ¿Cómo iba a esperar hasta febrero para volver a verla? Tenía que encontrarla como fuera y decirle lo que sentía, y tenía que hacerlo antes de que ella dejara de amarlo. Emma era buena consiguiendo lo que se proponía. Había decidido enamorarlo y lo había conseguido, ahora se había propuesto desenamorarse y también lo haría. James tenía que encontrarla antes de que consiguiera olvidar todo lo que sentía por él.

¿Pero cómo? ¿Cómo encontrarla? ¿Cómo localizar a alguien que no desea ser encontrado? Emma podía estar en cualquier parte del mundo.

Se puso en pie de un salto. Acababa de ocurrírsele una idea, el método perfecto para encontrar a Emma.

Marcó en su teléfono el número de Kim sin importarle la hora que era. Aunque esperaba que no se lo cogiera, su agente acabó descolgando.

—¿James, qué quieres a estas horas?

—Necesito que me consigas una entrevista.

Kim era buena en su trabajo y la noche siguiente James entró en directo en uno de los programas nocturnos de mayor audiencia. La suma que James le había autorizado a pagar para asegurar su aparición ayudó sin duda a que los directivos del programa decidieran hacerle un hueco en un programa que llevaba ya días programado al segundo.

—De acuerdo, James —dijo el presentador tras los saludos de cortesía—. Estás aquí porque según parece tienes algo importante que quieres compartir con el mundo.

—Así es.

—Pues ahí tienes tu cámara, muchacho —animó el presentador que ya peinaba canas.

James centró su mirada en la cámara que le habían indicado y, tras tomar aire para intentar calmar sus nervios, dijo en directo ante todos los Estados Unidos:

—Me he enamorado de Emma Miller pero lo estropeé todo y ahora ella no quiere verme. De hecho, no sé dónde está, aunque sospecho que en Europa. Necesito vuestra ayuda para encontrarla y poder decirle que la quiero. En pantalla aparece una dirección de correo electrónico a la que podéis escribirme si la veis. Cualquier pista que podáis aportar es de gran utilidad. A quien descubra dónde está y me ayude a encontrarla le daré una recompensa de 10 000 dólares.

—¿10 000 dólares? —repitió el presentador—. ¡Vaya, muchacho, eso sí que es una recompensa por una chica! ¿Seguro que lo vale?

—Eso y más.

Antes de que llegara a su hotel, James había recibido ya más de un centenar de mensajes. Los leyó todos y cada uno de ellos, lo cual no le llevó mucho tiempo porque las personas que se los habían mandado ni tan siquiera se habían molestado en fingir que tenían información sobre el paradero de Emma. Se quedó toda la noche despierto, viendo en su ordenador como la noticia se iba expandiendo por la red de forma viral. Una historia de amor como aquella siempre llamaba a la gente, y si además había una recompensa detrás, todavía más.

Aquello era un intento a la desesperada por encontrar a Emma. No sabía cuánto tiempo le iba a llevar encontrarla pero quería creer que tarde o temprano alguien acabaría por localizarla. Podría llevar unas horas o un par de meses, pero nadie podía esconderse eternamente en la época en que vivían. Ahora solo le quedaba esperar. Él ya había hecho su movimiento sobre el tablero.

La información que buscaba llegó más pronto que tarde. De hecho, las noticias de Emma llegaron de buena mañana. James se había quedado dormido sobre el ordenador y el sonido de su móvil lo despertó a eso de las ocho de la mañana. Todavía con la mente espesa, fue a buscarlo, pues lo había dejado sobre la mesita. Miró el número que llamaba, pero no lo tenía guardado en la agenda.

—¿Sí? —interrogó, pasándose una mano por la cara para despertarla. Seguramente tenía en la mejilla o la frente la marca del borde del portátil.

—¿La quieres?

Aquella pregunta lo despertó por completo y se puso alerta.

—¿Quién es?

—¿Es verdad lo que dijiste anoche en el programa? —preguntó la voz, y James no tardó en reconocerla ahora que prestaba atención—. ¿De verdad te has enamorado de ella? ¿Quieres hablar con ella para decirle que la quieres?

—Sí, Anna, estoy enamorado de tu hermana. La amo.

Como ella no añadió nada más, James se atrevió a preguntar, casi con miedo:

—¿Sabes dónde está, Anna? ¿Puedes decirme dónde encontrarla?

—Sí.



Islandia era un país de lo más peculiar. Pese a lo nervioso que estaba James, no podía apartar la mirada de la ventanilla. ¿Cómo podía ser el lugar tan verde si no había árboles? James juraría que desde que se montó en el coche que lo llevaba de Reikiavik, capital de Islandia, al noroeste del país no había visto ni un solo árbol, y eso que llevaba seis horas en aquel vehículo. La belleza de aquella isla era casi mística.

Emma había decidido esconderse en un país que tenía poco más de 330.000 personas aun ocupando una superficie de aproximadamente 103.000 kilómetros cuadrados. ¿Qué densidad de población tenía aquel país? No llegaba a 3 habitantes por kilómetro cuadrado. Si a Anna no se le hubiera ablando el corazón al descubrir que James no solo quería arreglar las cosas con su hermana sino también mejorarlas, lo más probable es que nunca hubiera encontrado a Emma allí.

El conductor que lo llevaba hasta, según le había dicho, la zona geotérmica de Námaskard, tenía un nombre que James no estaba seguro de pronunciar bien, pues tenía varias letras que ni tan siquiera reconocía. Era un joven de aproximadamente la edad de Emma y trabajaba en la misma empresa que ella. Generosamente se había ofrecido a llevarle hasta dónde estaba la joven trabajando, aunque claro, James nunca se habría esperado que había un viaje en coche de seis horas de por medio. Durante aquel larguísimo viaje en el que cruzaron la isla de punta a punta le había explicado a qué se dedicaba la empresa en la que Emma trabajaba de forma temporal y James descubrió que la chica de la que estaba enamorado se encontraba midiendo los niveles de contaminación de las zonas más turísticas del país por encargo del gobierno de Islandia. Le pareció muy de Greenpeace y aquello le arrancó una sonrisa, aunque estaba tan nervioso que la mayor parte del trayecto se lo pasó tamborileando con los dedos el marco de la ventanilla del coche. El joven de extraño nombre, tan extraño como los nombres de los pueblos que se cruzaban, parecía contento de tener a alguien nuevo con quien hablar y se explayó contándole los pormenores del trabajo de Emma, presumiendo de que según los resultados que habían conseguido hasta ahora Islandia seguía siendo uno de los países menos contaminados de toda Europa.

Cuando llegaron a su destino y James estiró las piernas al fin, el verde había desaparecido y ahora parecía que se encontraba en Marte por la tonalidad rojiza del suelo. Caminaron a pie durante un buen rato y la impresión de que se encontraban sobre el planeta marciano fue aumentando conforme fueron pasando de largo cráteres humeantes.

—¿Esto es seguro? —interrogó James, que no podía apartar la vista de su entorno, aunque el resto de personas que paseaban por allí, en su mayoría turistas, no parecían tener miedo.

—Mientras no te metas donde no debes, sí.

Tras varios minutos de caminata, el joven finalmente dijo:

—Ahí están.

El corazón de James se aceleró en cuanto distinguió a Emma a casi un centenar de metros. Su pelo largo y su figura eran inconfundibles. ¡Al fin la volvía a tener cerca! Sintió un centenar de mariposas en su estómago.

Emma y su acompañante no los habían visto. Estaban entretenidos clasificando unas probetas y no se dieron cuenta de su presencia hasta que el acompañante de James se plantó a su lado.

—¡Aðalbjörn!, ¿qué haces aquí? —se sorprendió Emma.

Como ella no hablaba islandés sino inglés, James la entendió perfectamente. También

comprendió lo que contestó el otro.

—Alguien ha venido preguntando por ti y he decidido acercarlo y ya de paso recogeros a vosotros.

—¿Qué alguien ha preguntado por...? —Emma miró a su alrededor e interrumpió la frase al ver a James—. ¿Qué haces aquí?

—Hola, Emma.

Se miraron durante varios segundos sin decir nada ni moverse. Finalmente la joven miró a sus compañeros y, sin saber muy bien qué iba a hacer, les pasó el material que tenía en las manos. Echó a andar hacia la derecha, haciéndole a James un gesto con la cabeza para que la siguiera. En silencio, se apartaron del resto de personas que visitaban aquella zona geotermal.

—¿Qué haces aquí, James? —preguntó la joven con tono algo agresivo, girándose hacia él y plantándole cara—. Te dije que no vinieras, que no me buscaras. Te lo pedí por favor.

—Necesitaba hablar contigo, Emma. Las cosas no podían quedarse así.

—Y yo necesito tiempo para olvidarte, James, ¡ya te lo he dicho! No puedo superar lo que siento por ti si te tengo cerca.

El susodicho recorrió la distancia que los separaba en una zancada y cogió entre sus manos las de Emma.

—No quiero que me olvides, Emma. No quiero que superes lo nuestro. Te quiero. Estoy enamorado de ti.

—¿Qué?

—Te quiero —repitió él alto y claro.

Tenía que dejarle claro a Emma por qué estaba allí, no fuera a ser que pensara como su hermana Anna y se cerrara en banda creyendo que lo único que buscaba era seguir con la relación que tenían hasta entonces. Él quería mucho más; lo quería todo de ella. Tenía que hacérselo ver.

—He sido un estúpido y un ciego al no darme cuenta de lo que sentía por ti antes. Eres única, Emma, e intenté retenerte a mi lado todo lo que pude porque hacías mi vida mejor pero a la vez tenía miedo de ser vulnerable, de que me hicieras daño si te entregaba el corazón, por lo que me negué a llamar por su nombre a lo que sentía y me escudé en una amistad que nunca fue solo eso. Ahora lo sé, Emma, te amo. Te amo. Y siento todas y cada una de las palabras que te dije, porque además ninguna era cierta y solo las dije para defenderme lo que implicaba estar juntos. Estoy acojonado, la verdad, porque después de lo que te dije, de lo que te he hecho pasar, es muy probable que me digas que ya no me quieres, y eso mataría a esta cosa que tú has hecho latir de nuevo. —Posó una mano sobre su corazón—. ¿Pero sabes qué? Voy a arriesgarme, porque si me dices que no, el corazón se me hará trizas, pero si no hago nada, mi corazón morirá igual. Eres tú la única capaz de hacerlo latir, así que... allá vamos.

James metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y clavó una rodilla en la rojiza tierra islandesa a la vez que sacaba una cajita de terciopelo y la abría. Emma se llevó las manos a la cara al darse cuenta de lo que James estaba haciendo.

—Emma Carreño Miller, ¿quieres casarte conmigo?

—James...

—Tú querías que yo admitiera que lo que sentía por ti era más que amistad. Bien, pues lo admito: te amo, Emma, estoy enamorado de ti. He descubierto cómo sería mi vida sin ti y no estoy dispuesto a dejarte escapar. Si para ello tengo que casarme contigo, por mí que sea hoy mismo.

Emma miró a James, allí arrodillado frente a ella. James Petersen, el hombre que le provocaba taquicardias con solo mirarla, le estaba proponiendo matrimonio. ¿No era eso lo que había

querido siempre? Pues no, la verdad es que no.

Extendió la mano y cerró la cajita con el anillo que James sostenía. Pudo ver en los ojos de él que algo se rompía en su interior, por lo que se apresuró a estrechar las manos masculinas entre las suyas y a arrodillarse frente a él.

—Nunca he soñado con una boda, James. De hecho, nunca había soñado con nadie hasta que llegaste tú. Me cambiaste los esquemas. Me hiciste hacer cosas que nunca hubiera pensado que haría. Me hiciste enamorarme de ti. Todo lo que quería era que tú sintieras lo mismo por mí.

—Siento lo mismo, Emma. Te quiero más de lo que nunca he querido a nadie. Lamento no haberme dado cuenta antes de lo importante que eres para mí. Yo...

De pronto James se echó a llorar. La había perdido.

—No llores, James —pidió Emma, acariciándole la mejilla.

James inclinó la cabeza hacia la palma de la joven, mendigando su contacto.

—He sido un gilipollas y he conseguido que ya no me quieras.

—Claro que te quiero, James. Nunca podría dejar de quererte después de entrar en mi vida como un huracán y cambiarlo todo.

—¿Me sigues queriendo? —preguntó esperanzado.

—Ni viviendo mil vidas podría dejar de sentir lo que siento por ti.

—¿Pero entonces...? ¿Por qué no aceptas el anillo?

—¿El anillo? ¿Quieres que lo acepte?

Emma cogió la caja de terciopelo y la abrió. La joya era sencilla pero preciosa, de plata con diminutos brillantes incrustados a lo largo de todo el anillo.

Se llevó las manos a la nuca y soltó el broche de un colgante de plata que pendía de su cuello.

—Aceptaré el anillo, pero si te parece bien, lo guardaré aquí hasta que ambos consideremos que es el momento adecuado de dar el paso.

James no entendía nada, pero asintió como un autómatas. Estaba dispuesto a aceptar lo que fuera que Emma le ofreciera siempre que pudiera seguir teniéndola en su vida.

Emma pasó la cadena de plata por el anillo y volvió a abrocharse el colgante entorno al cuello. El delicado anillo quedó a la altura de su pecho y James lo miró, intentando aclarar sus pensamientos. Después alzó la mirada hasta los ojos azules de la joven y preguntó:

—¿Esto quiere decir que me das una oportunidad para demostrarte lo que siento por ti?

—Sí, James.

Una sonrisa gigante apareció en el rostro del neoyorquino y sus ojos se iluminaron. Atrajo a Emma hacia sí y la besó con pasión, dejando que los labios de la joven borrarán todo el dolor, sufrimiento y desesperación que había vivido en los últimos meses. Ella también se perdió en sus caricias, dejando que el amor, ese sentimiento que había intentado esconder en lo más recóndito de su corazón, volviera a fluir libremente hasta apoderarse de cada centímetro de su ser.

Cuando finalmente se separaron y Emma se puso en pie, él la retuvo agarrándola por las manos para que no se alejara de él. De nuevo arrodillado ante ella, dijo:

—He fallado con lo de pedirte matrimonio, pero sé que a lo que te voy a proponer ahora no vas a poder decirme que no. Emma Carreño Miller, ¿quieres dar la vuelta al mundo conmigo?

—¿Qué?

—Tú no ibas a regresar a Los Ángeles hasta febrero y yo no pienso regresar a Norte América sir ti. ¿Qué te parece si aprovechamos los meses que quedan hasta la promoción de la película para hacer ese viaje del que tantas veces hemos hablado? Sé mi compañera de viaje, Emma, permíteme disfrutar del mundo junto a ti.



La joven amplió su sonrisa.

—Usted sí que me conoce, señor James Petersen.

—¿Es un sí?

—Sí, claro que sí.

De un salto James se puso en pie y volvió a besarla en aquel paisaje marciano.

# Agradecimientos

Cuando comencé a escribir esta novela no quería contarle a nadie de qué iba, pero su desarrollo me mantuvo pegada al teclado como hasta ahora ninguna otra. Pese a lo que disfruté escribiéndola, tenía mis dudas sobre ella: ¿le gustaría a la gente tanto como me estaba gustando a mí? Es ahí donde entran en juego las tres lectoras que se leyeron la novela en cuanto terminé de escribirla: Beatriz, Tamara y Laura. Gracias a las tres por vuestro tiempo, vuestro entusiasmo y vuestros ánimos para que compartiera esta novela con más lectores. «Luces, cámaras, ¡corazón!» no sería la misma sin vosotras.

# Más libros de la autora

Shirin Klaus es el pseudónimo de la autora murciana Alba Navalón. Si te ha gustado «Luces, cámaras, ¡corazón!» no dudes en leer la novela corta «Follamigos». Además, publicados bajo su nombre real puedes encontrar dos libros de novela romántica juvenil que componen la bilogía «Como tú quieras llamarme», así como la novela juvenil «Damas de la luz». Para más información, no dudes en visitar [www.albanavalon.es](http://www.albanavalon.es).

¡Feliz lectura!